

Omraam Mikhaël Aïvanhov

LOS PODERES DE LA VIDA

ÉDITIONS



PROSVETA

LOS PODERES DE LA VIDA

Omraam Mikhaël Aïvanhov



Obras Completas - Tomo 5

EDICIONES PROSVETA

Al ser la enseñanza del Maestro Omraam Mikhaël Aïvanhov una enseñanza estrictamente oral, sus obras han sido redactadas a partir de conferencias improvisadas, taquígrafadas o grabadas en cintas magnéticas.

Traducido del francés, título original: «Les Puissances de la Vie»

® Copyright 2010 reservado a Éditions Prosveta S.A. para todos los países. Prohibida cualquier reproducción, adaptación, representación o edición sin la autorización del autor y del editor. Tampoco está permitida la reproducción de copias individuales, audio-visuales o e cualquier otro tipo sin la debida autorización del autor y del editor (Ley del 11 de Marzo de 1957, revisada).

Éditions Prosveta S.A. - B. P. 12 - 83601 Fréjus Cedex
(France)

e-mail: international@prosveta.com

www.prosveta.com

ÍNDICE

ÍNDICE.....	4
I - LA VIDA: 1	5
I - LA VIDA: 2	23
I - LA VIDA: 3	39
II - CARÁCTER Y TEMPERAMENTO	55
III - EL BIEN Y EL MAL: 1	74
III - EL BIEN Y EL MAL: 2	100
IV - CÓMO MEDIRSE CON EL DRAGÓN	116
V - LA PRESENCIA Y LA AUSENCIA	137
VI - LOS PENSAMIENTOS SON ENTIDADES VIVAS: 1..	161
VI - LOS PENSAMIENTOS SON ENTIDADES VIVAS: 2..	176
VII - LOS INDESEABLES: 1	189
VII - LOS INDESEABLES: 2	204
VIII - LA FUERZA DEL ESPÍRITU	214
IX - EL SACRIFICIO.....	245
X - EL ALTO IDEAL	271
XI - LA PAZ.....	288

I - LA VIDA: 1

Tengo que hablaros mucho, dándoos muchas explicaciones, argumentos e imágenes, para que toméis conciencia de la importancia de la vida... y de que sin la vida no hay nada.

Cuando yo era todavía muy joven, en Bulgaria, en el transcurso de una conferencia el Maestro Peter Deunov, que sabía que yo estudiaba quiromancia, me hizo esta pregunta delante de toda la Fraternidad de Sofía: «¿Qué línea de la mano que apareció primero?» Respondí: «La línea de la vida. - ¿Y después? – La línea del corazón. - ¿Y después? – La línea de la cabeza.» Era verdad, y el Maestro estuvo contento de mi respuesta.

Al principio está la vida. Mirad a las criaturas: en primer lugar tienen vida, y sólo después llegan, más o menos, a sentir y a pensar.

La vida... esta palabra resume todas las riquezas del universo que están ahí, indiferenciadas, caóticas, esperando que una fuerza venga a organizarlas. Así, en la palabra «vida» están incluidos todos los desarrollos futuros. Ya en una célula están contenidos en potencia todos los órganos que un día

deben aparecer. Como en una semilla, a la que hay que plantar, regar, cuidar, para ver lo que saldrá de ella, así, pasado un cierto tiempo, de este caos, de este magma, de esta realidad indeterminada que es la vida, todo empieza a salir y a tomar forma.

De esta manera aparecieron los órganos que ahora tenemos, y en el futuro aparecerán muchos otros... Puesto que el cuerpo físico está hecho a imagen del cuerpo astral y el cuerpo astral a imagen del cuerpo mental, y así sucesivamente hasta el plano divino, dado que el hombre tiene cinco sentidos en el plano físico, tiene también cinco sentidos en el plano astral y en el plano mental: tacto, gusto, olfato, oído y vista... Estos órganos todavía no están desarrollados en los otros planos, pero están ahí, esperando el momento de manifestarse. Cuando se hayan formado, el ser humano tendrá unas posibilidades increíbles para ver, sentir, oír, saborear, actuar, desplazarse. La vida, el ser vivo, la célula viva, el microorganismo, contienen todas las posibilidades de desarrollo, pero se necesitan aún miles de años para que éstas puedan llegar a manifestarse plenamente. Éste es el misterio, el esplendor de la vida.

Los humanos trabajan, se divierten, se dedican a toda clase de ocupaciones, pero su vida se ensucia, se debilita, periclita,

porque no le hacen ningún caso. Piensan que, como tienen la vida, pueden servirse de ella para obtener esto o aquello, para ser ricos, sabios, gloriosos... Y tiran de ella, tiran de ella... y, cuando ya no les queda nada, se ven obligados a detener todas sus actividades. Actuar así no tiene sentido, porque, si perdemos la vida, ya no nos queda ningún recurso. Por eso los Sabios han dicho siempre que lo esencial es la vida, y que, por tanto, hay que preservarla, purificarla, santificarla, eliminar todo aquello que la obstaculiza o la bloquea, porque, después, gracias a la vida lo obtenemos todo: la inteligencia, la fuerza, la belleza, el poder.

En la conferencia «Las cinco vírgenes prudentes y las cinco vírgenes necias!»², os expliqué que el aceite del que hablaba Jesús es el símbolo de la vida. Cuando el hombre ya no tiene ni una gota de vida, su lámpara se apaga y muere. La vida tiene su símbolo en todos los dominios: para un coche es la gasolina, para las plantas es el agua, para todas las criaturas terrestres es el aire, pero para el ser humano es más especialmente la sangre; para los negocios es el oro o el dinero, etc.

La vida es el depósito del que surgen cada día nuevas creaciones que se irán ramificando hasta el infinito. A partir de esta vida indiferenciada y sin expresión, que está ahí como una

simple posibilidad, el espíritu crea sin cesar nuevos elementos, nuevos medios, nuevas formas... La vida representa la materia primordial, y por eso es tan importante.

Pero los hombres se ocupan de todo salvo de la vida: si pensasen primero en la vida, en guardarla, en protegerla, en conservarla en la mayor pureza, tendrían cada vez más posibilidades de obtener lo que desean, porque es esta vida iluminada, clara, intensa, la que puede darles todo. Como no tienen esta filosofía, malgastan su vida, piensan que, como están vivos, todo les está permitido. Dicen: «Puesto que tenemos vida, hay que hacer algo con ella...» Pero raramente llegan a realizar lo que desean, porque lo han saqueado todo. Deben tener ahora otra filosofía, deben saber que la forma de pensar ya actúa sobre su vida, sobre sus reservas, sobre la quintaesencia de su ser y que, si piensan mal, lo malgastan todo. Así es cómo hay que instruir a la humanidad.

Tomemos un ejemplo: un chico tiene un padre muy rico. Cursa sus estudios, trabaja, y su padre le ayuda. Pero, he ahí que el hijo empieza a hacer tonterías que comprometen el prestigio del padre y, entonces, el padre le corta los víveres, deja de darle dinero... ¿Qué falta ha cometido el hijo? Ha cometido la mayor falta, que es la de comprometer su propia vida, es decir, las condiciones, las energías y las corrientes

cuyo símbolo aquí es el dinero. Y nosotros, si hacemos lo mismo, usando y abusando de nuestra existencia como nos dé la gana, permitiéndonos transgredir todas las leyes, entonces destruimos nuestras reservas y dejamos de tener esta corriente, estas fuerzas, estamos en la miseria, quizá no la miseria material, física, sino la miseria interior. La vida es la única riqueza que existe. Y, cualquiera que sea el nombre que le demos: riqueza, subsidios, aceite, quintaesencia, estamos diciendo lo mismo, porque la palabra «vida» puede ser reemplazada por todos estos términos. La vida sigue siendo, pues, lo más importante y, si el hombre no es inteligente, ni tiene las cosas claras, destruye la fuente de sus posibilidades, de sus gozos, de sus inspiraciones.

Y cuando Jesús decía: *«He venido para que tengan vida y para que la tengan en abundancia»*,³ ¿de qué vida quería hablarnos? Cuando leí esto por primera vez, hace mucho tiempo, estaba extrañado. Me decía: «¡Pero sus discípulos ya estaban vivos!... ¿Qué vida pedía para ellos?» Conocéis también este canto del Maestro Peter Deunov: «Siné moi, pazi jivota»: «Hijo mío, preserva tu vida, la chispa que hay enterrada en ti...» Lo que prueba que el Maestro Peter Deunov comprendía de la misma manera la importancia de la vida. Sí,

y ahora hacen falta instructores, pedagogos que clarifiquen esta cuestión esencial: la vida.

Observad a los humanos... ¿Por qué dedican su vida a tratar de obtener cosas que no son tan importantes como la vida misma? Trabajan durante años para ser ricos y se encuentran, un día, tan agotados, tan asqueados, que si ponemos en una balanza lo que han obtenido y lo que han perdido nos damos cuenta de que lo han perdido todo para ganar muy poco. Pero los hombres son así, están dispuestos a perderlo todo porque no les han enseñado que es más importante tener fuerza, salud y alegría –aunque no tengan ninguna otra cosa– que ganar unas riquezas de las que no se podrán aprovechar, porque ya estarán en las últimas. Hay un proverbio que dice:«Más vale un perro vivo que un león muerto». Pero muchos prefieren ser leones muertos...

Sí, mis queridos hermanos y hermanas, lo que falta es la verdadera filosofía. Desde la infancia se debe enseñar a los humanos a no malgastar su vida para poder consagrarla a una meta sublime, porque entonces es cuando se enriquece, cuando aumenta en fuerza y en intensidad. Es exactamente como un capital que hacemos fructificar. Habéis colocado un capital en un banco de arriba y, entonces, en vez de despilfarrarlo, perderlo, aumenta, y después, como sois ricos,

tenéis la posibilidad de instruiros mejor, de trabajar mejor, de ser bellos y gloriosos. ¿Acaso no es preferible razonar así?

Cada día os asombráis al ver qué verdad es lo que os digo; decís que nunca habéis oído cosas semejantes, pero, a pesar de eso, seguís como antes y lo que habéis escuchado se queda en alguna parte, pero no lo utilizáis. Ahora debéis consagrar vuestra vida a actividades luminosas y divinas; entonces, no sólo no la malgastaréis más sino que la reforzaréis, y con este capital podréis hacer mucho más. Mientras que, abandonándoos a las emociones, a la sensualidad, a los placeres, despilfarráis vuestra vida, porque todo lo que obtenéis hay que pagarlo, y lo pagáis con vuestra vida. Nunca obtenemos nada sin sacrificar otra cosa. Como decís en Francia. No se puede hacer una tortilla sin romper los huevos. Sí, yo conozco el secreto. ¿Pensáis que es algo imposible de realizar? No. Colocad vuestro capital en un banco de arriba y, entonces, cuanto más trabajáis, más fuertes y poderosos os hacéis. Sí, en vez de debilitaros os reforzáis, porque cada vez hay algo que viene a reemplazar lo que habéis gastado. Pero, para eso, debéis colocar vuestro «dinero», vuestro «capital» en un banco celestial...

Por eso es tan importante que sepáis con qué objetivo trabajáis y para quién, porque, según el caso, vuestras energías

toman tal o cual dirección. Si aquél para quien trabajáis es vuestro padre, por ejemplo, no sólo no perdéis nada, sino que ganáis. Lo más importante, pues, es saber a qué consagráis vuestras fuerzas, en qué dirección trabajáis, porque de ello depende vuestro futuro: os empobrecéis u os enriquecéis.

Sin que lo sepan, la mayoría de los hombres trabajan para un enemigo oculto dentro de ellos que les despoja y empobrece. Un verdadero espiritualista es más inteligente; trabaja y gasta todas sus energías para alguien que es él mismo, y es él el que gana. Esto es inteligencia: enriquecerse y no empobrecerse. Y esto no es algo personal, ni egoísta, al contrario. Por ejemplo, decidís no trabajar para vosotros, sino para la colectividad... Sí, pero, como estáis ligados a esta colectividad, como formáis parte de esta colectividad, cuando la colectividad mejora, se embellece y se benefician todos los individuos de la colectividad y, por tanto, vosotros también. Ganáis, porque habéis colocado vuestro capital en un banco que se llama familia, colectividad, Fraternidad Universal, del que vosotros formáis parte. Mientras que cuando trabajáis para vosotros mismos, es decir, para vuestro pequeño yo mediocre, todo se pierde y no os puede venir nada bueno. Diréis: «Sí, sí, puesto que he trabajado para mí...» No, porque vuestro yo personal, separado, egoísta, es un pozo sin fondo y,

al trabajar para él, lo habéis echado todo en este pozo sin fondo. Y no es así cómo hay que trabajar. Los individualistas, los egoístas, no ven todo lo que podrían adquirir trabajando para la colectividad; dicen: «Yo no soy tonto, trabajo para mí, me las arreglo...» y es justamente entonces cuando pierden todo su capital. La verdad es, pues, lo contrario de la apariencia. Sí. Los Iniciados, que saben que hay que buscar lo contrario de la apariencia para encontrar la verdad, trabajan para la colectividad, y son ellos los que obtienen los mayores beneficios.

Cuando digo colectividad, no quiero hablar solamente de la humanidad, sino también del universo, de todas las criaturas del universo, de Dios mismo. Esta colectividad, esta inmensidad para la que trabajáis es como un banco, y todo lo que hacéis para ella os volverá un día amplificado. Como el universo hace siempre negocios formidables, se enriquece sin cesar con nuevas constelaciones, con nuevas nebulosas, con nuevas galaxias, todas estas riquezas revertirán un día sobre vosotros.⁴

Aquéllos que trabajan sólo para sí mismos, en lugar de trabajar para la inmensidad, se empobrecen; y después nadie piensa en ellos, nadie les ama, ni siquiera su propia familia, porque son demasiado egocéntricos. Nunca han pensado en

los demás, ¿por qué los demás pensarían en ellos?, y acaban sumidos en las decepciones, las amarguras, las penas. Pero nunca les vendrá la idea de que quizá su filosofía fuese errónea... ¡Ah no!, no, no, ellos tenían razón y eran los demás los que eran injustos y malvados. Ellos, claro, merecían que les amasen, que les ayudasen... Merecer, merecer... pero ¿qué han hecho de bien para merecer algo? Mientras que aquéllos que están llenos de amor, de bondad, de abnegación, aunque en los primeros momentos usen y abusen de ellos y puedan parecer tontos y estúpidos, cuanto más pase el tiempo, más sentirán los demás que son verdaderamente unos seres excepcionales, y un día todo el mundo vendrá a recompensarles, a mimarles, a amarles. Han trabajado para el universo entero y, un día, recibirán la recompensa... Pero no de inmediato, evidentemente.

Cuando colocáis una suma en un banco no recibís los intereses al día siguiente, sino que debéis esperar y, cuanto más esperáis, tanto más elevados son estos intereses. La ley es exactamente la misma en el dominio espiritual. Trabajáis con mucho amor, con mucha paciencia, con mucha confianza y, al principio, no obtenéis ningún resultado... No os desaniméis; si os desanimáis, es que no habéis descifrado bien las leyes que hay en la Tierra. Sí, ¡debéis conocer las leyes de la banca y de

la administración! Si las conocieseis, comprenderíais que hay que esperar. Después las riquezas lloverán por todas partes y, aunque tratéis de escapar, ¡imposible!... El universo entero os lazarará a la cabeza riquezas extraordinarias, porque vosotros las habréis provocado. ¡Es la justicia!

¿Veis lo estúpida que es la filosofía egocentrista? Se fían de la apariencia, pero la apariencia es engañosa. ¡Cuántas veces os lo he dicho! Cuando miramos el Sol y las estrellas, siempre tenemos la impresión de que son ellos los que se desplazan y que la Tierra permanece inmóvil. Sí, la apariencia... Para descubrir la verdad hay que buscar más allá de las apariencias; aquello que es considerado como provechoso y útil en el presente es a menudo, en realidad, perjudicial para el futuro. Por eso los Iniciados no se guían por los mismos criterios que la masa ignorante, y a ellos es a quienes debemos seguir, porque son los únicos que han comprendido las cosas. Así que, no malgastéis vuestra vida por nada del mundo, porque nada es tan valioso como la vida. Evidentemente, hay casos excepcionales en los que hubo hombres que dieron la vida para salvar a los demás, para defender ciertas ideas. Sí, sólo en estos casos tenemos derecho a sacrificar nuestra vida; si no, hay que conservarla.

Los profetas, los Iniciados que perdieron su vida por una idea, para la gloria de Dios, en realidad no perdieron nada, porque el Cielo les dio después una vida nueva, todavía más rica y más bella, porque habían sacrificado su vida para el bien. No digo que haya que preservar absolutamente la vida, no; hay casos excepcionales... Pero, en general, el discípulo debe preservar, purificar e intensificar su propia vida, puesto que ella es la fuente, el depósito, el punto de partida de todos los demás desarrollos: intelectual, religioso, afectivo, estético, etc. Antes que nada, está la vida, y, en esta vida indistinta, indiferenciada, están depositados ya los gérmenes de todos los proyectos. Es exactamente como en la semilla. Sí, al principio está la vida, y después vienen la ciencia, la sabiduría, la luz. La vida no sabemos lo que es; es algo difícil de determinar, que no tiene ni forma ni color, pero que contiene todas las posibilidades. Nadie puede prever todo lo que saldrá de la vida, hay posibilidades infinitas...

Cuando digo que los humanos no se ocupan de la vida, que no trabajan para conservarla, podéis objetarme que no es cierto, que todos trabajan para prolongar la vida. Sí, para prologarla, pero no para espiritualizarla, para purificarla, para iluminarla, para santificarla, para divinizarla. Quieren prolongar su vida para poder seguir saboreando los placeres

que les envilecen. Esta cuestión no la toman suficientemente en serio los médicos, ni los farmacéuticos. Si creéis que prolongan la vida de los humanos para que esta sea consagrada al servicio de la Divinidad o para el Reino de Dios... ¡en absoluto! Cuando digo, pues, que no se ocupan de la vida, tengo razón: no se ocupan de la verdadera vida. Cuando buscan el gozo, la belleza, el poder, la riqueza, la gloria, el conocimiento, los humanos lo hacen de una forma tal que estropean su vida. Hagan lo que hagan se las arreglan siempre para estropear su vida.

Al ocuparse exclusivamente de embellecer su vida, de intensificarla, de consagrarla, de purificarla, de santificarla, los Iniciados trabajan ya para aumentar su inteligencia, su poder, su felicidad. Porque esta vida, que es pura, que es armoniosa, que es celestial, se infiltra en otras regiones en las que actúa sobre muchas otras inteligencias y entidades que vienen después a inspirarle. Y vosotros también, trabajando solamente sobre la vida, obtendréis la inteligencia, la ciencia, la fuerza. Indirectamente, la vida se encargará de aportar todo lo demás, pero sólo si la vida es perfecta. Entonces, sin ni siquiera ir a instruiros a las bibliotecas, o con los sabios, la vida, que es una vida pura, que es una vida noble, que es una

vida divina, os aportará conocimientos extraordinarios que extraerá de los archivos del universo.

Y ahora, en vez de hacer magia, como algunos, para que os amen, para que os veneren, ¡ocupaos de la vida! Cuando la vida que emanéis sea luminosa, llena de amor, impulsará a miles de personas a amaros. Es, pues, la vida que emanáis la que se encarga de que os amen. Sí, no sabemos lo que desencadena en los seres, cómo les habla, pero, inmediatamente, todo el mundo os ama. Es la vida la que se encarga de traeros unas veces el amor, otras los conocimientos, otras la alegría.

La mayor magia, la mayor magia blanca, es, pues, la vida luminosa. Y, si enviáis esta vida en todas direcciones, un día ya no podréis salvaros, aunque huyáis a otros planetas, porque hasta allí os perseguirá con amor. Aunque digáis: «¡Dejadme tranquilo!, nada que hacer...» Y si vuestra vida es apagada, caótica, tortuosa, tampoco ahí podréis salvaros: se irá a desencadenar en algunas reacciones hostiles y de todos lados os lloverán las catástrofes sobre la cabeza. La verdadera magia, la más poderosa, la más verídica, es la vida, la vida que lleváis. No os ocupéis después de ninguna otra cosa, ni de magia, ni de ciencia, ni de amos, todo eso lo tendréis. Algunos dicen: «Yo vivo... Vivo... como, bebo, hago negocios.» No, no

vivís, os contentáis con vegetar, todavía no sabéis lo que es vivir. Porque la vida tiene grados, miles de millones de grados.

El día en que hayáis comprendido que la verdadera magia es la manera de vivir, recibiréis todo lo que deseéis sin ni siquiera tener que pedirlo. Por eso, tengo ganas de deciros exactamente lo contrario de las palabras de Jesús: «¡No pidáis y recibiréis!... ¡No busquéis y encontraréis!... ¡No llaméis y se os abrirá!...» Sí, pero ¿cuándo? Cuando viváis una vida divina. ¡Sí! Y un día se escribirá un nuevo Evangelio, porque Jesús también lo pensaba pero no pudo decirlo. En la época en la que hablaba, la gente no hubiera podido comprenderle. Si volviese ahora, diría: «Vivid una vida divina y no pidáis nada... ¡Lo tendréis todo!» ¿Por qué? Porque, viviendo una vida divina, dais. Y, entonces, recibís. Y aunque no hayáis expresado ningún deseo, eso no tiene ninguna importancia, os dan. Evidentemente, si la inquisición estuviese ahí me excomulgaría: «¡Qué orgulloso!... ¡Este presuntuoso quiere poner patas arriba la Enseñanza de Jesús!», y me quemarían. Hasta ahora siempre he explicado y subrayado lo que Jesús había dicho, y hoy, por primera vez, me permito decir lo contrario (pero, en qué condiciones... eso es lo que hay que comprender).

Yo no quiero destruir lo que dijo Jesús, no, es verídico, es absoluto, además, en una conferencia expliqué las fórmulas: «*¡Pedid y se os dará! ¡Buscad y encontraréis! ¡Llamad y se os abrirá!*»

5 Y mostré cómo conocía Jesús la naturaleza humana y esta trinidad del intelecto, del corazón y de la voluntad que hay en el hombre. ¿Quién pide? ¿Quién busca? ¿Quién llama? El corazón es el que pide, el intelecto es el que busca y la voluntad la que llama. Y ahora, ¿qué pide el corazón? El calor, el amor. ¿Qué busca el intelecto? La luz, la sabiduría, la inteligencia. Y la voluntad, ¿por qué llama? Porque está prisionera y hay que darle espacio, libertad para crear y actuar. Ahí tenéis, pues, la trinidad: pedir el amor, buscar la sabiduría y llamar para tener libertad. ¿Veis la ciencia que tenía Jesús?... Sólo que los discípulos no lo anotaron todo. Porque «*Pedid y recibiréis*», no está claro. Pedir... pedir... pero ¿qué? ¿dinero? ¿coches? ¿mujeres?... Y buscar ¿qué? ¿las pulgas al vecino?... ¿Y llamar?... Todo eso nunca ha estado bien explicado, y los hombres piden, buscan, llaman, y están extrañados de no tener ningún resultado: no reciben nada, no encuentran nada y no les abren. Y, sin embargo, se trata de cosas precisas, matemáticas, indiscutibles.

Es el corazón el que pide, y no pide ni la ciencia, ni la fuerza, sino el amor y el calor. Y el intelecto, en cambio, no

pide, sino que busca, y lo que busca son los conocimientos, los secretos, las verdades. Y la voluntad no tiene necesidad ni de conocer ni de ser calentada, sino de actuar, quiere ser fuerte, poderosa, creativa, libre. ¿Veis qué precisión? Cada facultad del ser humano está particularmente preparada para una función determinada. Ésta es la verdadera psicología. No hay que mezclarlo todo. Pero, cuando fui todavía más lejos en el pensamiento de Jesús, encontré que había que invertir estas fórmulas -¡tanto peor para los cristianos si se escandalizan!- y decir: «¡No pidáis y se os dará! ¡No busquéis y encontraréis! ¡No llaméis y se os abrirá!» Sí, pero sólo si en su irradiación, en sus ondas, en sus emanaciones, vuestra vida es una vida divinizada.

Sèvres, 4 de abril de 1970

Notas

1.Cf. *Centros y cuerpos sutiles*, Col. Izvor n° 219, cap. I: «La evolución humana y el desarrollo de los órganos espirituales».

2.Cf. *Los dos árboles del Paraíso*, Obras completas, t. 3, cap. VII: «la parábola de las cinco vírgenes prudentes y de las cinco vírgenes necias»,

3.Cf. *¿Qué es un hijo de Dios?*, Col. Izvor n° 240, cap. I: «He venido para que tengan vida...».

4.Cf. *La clave esencial para resolver los problemas de la existencia*, Obras completas, t. II, cap. XXII: «El trabajo para la Fraternidad Universal» y *El amor y la sexualidad*, Obras completas, t. 15, cap. XXIX: «Hacia la gran Familia».

5.Cf. *El segundo nacimiento*, Obras completas, t. 1, cap. II: «Pedid y se os dará. Buscad y encontraréis. Llamad y se os abrirá».

I - LA VIDA: 2

Queridos hermanos y hermanas... Al principio, os imaginabais saber lo que era la vida, pero, al final, estabais asombrados al constatar que, en realidad, no sabíais gran cosa al respecto. Sí, mientras no hayáis aprendido cómo emanar la vida para que ésta os lo aporte todo, os lo revele todo, os abra todas las puertas, no sabréis lo que es.

De ahora en adelante debéis, pues, trabajar para intensificar y hacer fructificar esta vida que puede producir unos fenómenos de la más alta magia en los corazones, en las almas, en las inteligencias, en las entidades y las fuerzas de la naturaleza, e incluso en los objetos físicos. Sí, llega el momento en el que el mundo entero debe comprender que despilfarrar toda una eternidad de esplendor por una existencia de nada, que habremos pasado comiendo, bebiendo y desenvolviéndonos como hayamos podido, pues bien, ¡es algo idiota! Corremos, corremos, trabajamos para poseer, para acumular, y, al final, nos damos cuenta de que, en realidad, lo hemos perdido todo. Verdaderamente, decidme, ¿acaso es inteligente tener que llegar a eso? Si los Iniciados tienen equilibrio, paz, gozo, salud, y todas las bendiciones, es porque se han ocupado de la vida, porque han comprendido que la

magia más poderosa que existe se encuentra solamente en la vida y en ninguna otra parte. Sí, la vida, poder insuflar la vida, no existe magia más grande: animar a los seres, estimularles, exaltarles, resucitarles, eso es la vida, pero la vida en sus grados superiores, porque la vida tiene grados y grados...

Los humanos no tienen ni idea todavía de lo que se son los grados de la vida; se han parado en los grados más bajos, y van tirando... Pero, cuando se instruyan y se dejen aconsejar de otra manera, y en vez de malgastar su vida empiecen a amplificarla, a santificarla, estarán maravillados al descubrir que la vida es la verdadera magia que actúa ya en todas direcciones provocando fenómenos extraordinarios, y sobre todo, ¡porque empiezan a ser amados! Dais la vida, una vida pura, intensa, luminosa, y os aman. Mientras que, si dais suciedades, es decir, si sale de vosotros algo que desmagnetiza, que destruye, que disgrega, lo que introducís en los demás es la muerte, y la gente empieza a detestaros, os cierran las puertas. Evidentemente, eso también es magia, pero magia negra. Y, justamente, eso es lo que aprende la gente: cómo cerrarse las puertas de arriba. Sí, si sólo producís desorden y cacofonía, el Cielo ya no os da nada, no hace circular en vosotros energías para vivificaros, para inspiraros. Cada vez más, os abandona, y os sentís privados, limitados, vacíos. Y

después son los humanos los que empiezan también a cerrar las puertas. ¿Por qué los hombres son tan ignorantes? Y, sin embargo, ¡han pasado años en la Universidad! Sí, pero en la Universidad no enseñan esas cosas.

Los humanos todavía no han empezado a estudiar la verdadera ciencia; porque la verdadera ciencia no es la química, la física, la biología, la astronomía, las matemáticas... La verdadera ciencia es la ciencia de la vida: cómo vivir. Y, justamente, es la única que no se aborda jamás; no hay lugar en la Universidad para esta ciencia. Pero yo, mientras esté vivo, no cesaré de repetir: «No habéis aceptado esta luz transmitida desde hace milenios por los Iniciados, todavía seguís una filosofía perniciosa y estáis saqueándolo todo, estáis destruyendo las raíces, la fuente de vuestra existencia. ¡No sabéis lo que es la verdadera vida!»

¿Por qué coméis tres veces al día... o incluso cuatro? Coméis, bebéis, y después trabajáis, leéis, etc. Pero ¿por qué coméis en primer lugar? Y al comer, ¿acaso os instruí, acaso trabajáis? No, introducís la vida en vosotros y, cuando ésta empieza a infiltrarse, se va por todas partes a irrigar las células de los brazos, de las piernas, de los oídos, de la boca, del cerebro, etc., que así reciben energías. Entonces las piernas pueden correr y obtenéis el primer premio de la carrera... Los

brazos pueden golpear, y sois boxeadores, u otra cosa, ¡y obtenéis otro premio más!... Después, habláis, y vuestra lengua ¡es como una metralleta!, y de nuevo obtenéis la victoria... Y así sucesivamente, con los oídos, con el cerebro, con todo. Pero si no coméis no podéis ni correr, ni dar golpes, ni hablar. Así que ¿veis?, cuando la habéis introducido en vosotros, la vida se encarga de visitar todas las células, de reforzarlas, de estimularlas, y todas vuestras facultades se despiertan. En la base, pues, está la vida, y ella es la que anima y alimenta a todo lo demás.

De la misma manera, la vida puede poner os en contacto con el mundo divino. Esta conclusión la he sacado, justamente, de lo que sucede cotidianamente. Yo no invento nada, sólo tenéis que saber observar. Vuestros ojos pueden ver y vuestros oídos oír porque habéis comido. No comáis durante varios días y ya no veréis ni oiréis tan bien. Eso prueba que cuando falta la vida todo lo demás falta... Y cuando la vida es intensa, luminosa, pura, abre en vosotros otros oídos, otros ojos, y empezáis a oír y a ver en el plano invisible, veis leyes, verdades, correspondencias... Los Iniciados no han leído nada en los libros, pero pueden ver y oír en el mundo invisible unas realidades sutiles que los más grandes sabios todavía no han descubierto. Las perciben porque tienen esta vida superior que

anima sus órganos interiores, y sus ojos ven, sus oídos oyen... Es la vida la que se encarga de hacerles revelaciones. Se trata solamente de tener esta vida.

Cuando Jesús decía: *«He venido para que tengan vida y para que la tengan en abundancia»*, ¿de qué vida hablaba? Hablaba de otra vida, de un grado de vida tan sutil, tan espiritual, tan luminoso, tan divino, que permita ver, oír, sentir, saborear, tocar lo que no podemos alcanzar con una vida puramente física, animal. Así es cómo Jesús comprendía la vida, y rezaba para que el Cielo diese a sus discípulos esta vida espiritual que es la única que permite comprender y respirar en las regiones celestiales.

Tenéis una semilla, y un día llega a convertirse en un árbol, con raíces, tronco, ramas, hojas, flores y frutos. ¿Cómo ha logrado la semilla producir todo eso? Es la vida la que se ha encargado de ello. La vida tiene todas las posibilidades, sólo que hay que darle la dirección, hay que orientarla, como se orienta el agua. Si no orientáis el agua para que pase por donde están las verduras y los frutos, no podrá regarlos y perecerán. Pero el jardinero, que lo sabe, cava primero unos regueros, y después hace pasar el agua, que fluye por el camino trazado para alimentar a las plantas. ¿Por qué los hombres no han reflexionado sobre eso? Comprenderían que

primero debemos trabajar con la vida, es decir, encontrar el agua, y, después, canalizarla para que se dirija hacia arriba, como se hace en los edificios de cincuenta, cien o ciento cincuenta pisos.

El ser humano es también un rascacielos, y no tiene sólo ciento cincuenta, no, son miles de pisos los que hay en cada criatura, y hay que alimentar también a los habitantes que se encuentran en el último piso de este rascacielos, en el cerebro. Pero, en vez de enviar el agua hacia arriba, para alimentar a las células espirituales, los humanos la dirigen solamente hacia abajo, donde están los instintos, las pasiones, los deseos más inferiores, y no les queda nada para alimentar a las células de arriba. Y, así, estos habitantes duermen, están embotados, anémicos, y no pueden producir nada. Sí, en el cerebro viven unas entidades que hacen investigaciones, observaciones, que hablan, que envían mensajes, pero están cloroformadas -¡falta de agua!- y no pueden hacer sus trabajos ni llevar a cabo sus funciones. ¡No sabéis cuántos aparatos hay instalados en vosotros! ¡Ni los habitantes!... Podría describiros su carácter, sus trabajos, sus vestiduras, y hasta sus colores, sus gustos, el alimento que comen... pero lo dejaremos para otra ocasión.

¿Veis?, pues; es la vida lo que les falta, porque no pensamos en dirigirla, en orientarla hacia las regiones sublimes. La vida

es lo que fructifica, lo que embellece, lo que se desarrolla. Cuando plantáis una semilla, algún tiempo después la vida se manifiesta. Su lenguaje es éste: la eclosión, la aparición de pequeñas raíces, de pequeñas hojas... La vida es eso: un florecimiento, un embellecimiento, un enriquecimiento, ¡una invasión! Si empezáis a ocuparos de la vida, si la plantáis, si la regáis, si la orientáis hacia arriba, florecerá y, al desarrollarse, despertará unas células, unas facultades, cuya existencia ni siquiera sospechabais. La nutrición, pues, lo explica todo. Al comer, introducís la vida, y esta vida se encarga de infiltrarse por todas partes y de aportaros unos gozos y unos estados de conciencia de una riqueza y de un esplendor increíbles. Ni siquiera los poetas y los músicos son capaces de expresar todas las formas, los colores, las expresiones y las melodías en las que la vida puede manifestarse.

¿Y por qué nadie, ahora, ni siquiera los sabios, sabe lo que es la vida? Conocen muchas cosas, pueden pronunciarse sobre muchas combinaciones químicas, pero, cuando se trata de la vida no conocen nada y se contentan con decir: «es el mayor misterio». ¿Y por qué es un gran misterio? Porque nunca han comprendido que hay que ir a buscar mucho más arriba para descubrir lo que es. Es arriba donde podemos conocer la vida, no abajo; abajo es el instinto vital, la vida animal, vegetativa,

mineral... Pero, cuando suban hacia las regiones sublimes de donde viene la vida, cuando tengan unas percepciones mucho más espirituales, mucho más sutiles, los humanos descubrirán lo que es verdaderamente la vida.

La vida es Dios mismo.¹ Fuera de Dios no hay vida. Él es quien ha creado y distribuido la vida y, si los hombres no pueden conocerla, es porque ya no creen en Dios. La vida tiene su fuente en Dios y sólo aquéllos que se acercan a la Divinidad pueden conocerla. Pero los humanos tienen una presunción tal que llegan hasta a imaginarse que son ellos los que dan la vida a sus hijos. Pero no, ellos sólo son los depositarios de la vida. Dios ha depositado en el hombre y la mujer una parte de la vida que Él ha creado para que la distribuyan, pero ellos son incapaces de producirla. Únicamente Dios crea la vida y puede enseñarnos el misterio de la vida.

Comprendedme al menos por primera vez hoy, y decid: «Ahora vamos a orientar nuestra vida en otra dirección, a embellecerla, a hacerla fructificar, a consagrarla, a santificarla». Y todo empezará a cambiar: vuestra salud, la sensación que tenéis de vosotros mismos, y todo lo que venga después hacia vosotros será de otra naturaleza. Pero si os emperráis en seguir con vuestras viejas concepciones, ¡tanto

peor para vosotros!, nunca encontraréis nada. Vais a ir tirando todavía durante algunos años y, cuando os vayáis al otro mundo, os mostrarán qué inferior era vuestra existencia, qué pobre, qué lamentable. Y, aunque hayáis leído bibliotecas, aunque hayáis estudiado en cinco o seis universidades, os dirán que habéis vivido como un animal y habréis retardado enormemente vuestra evolución. Y de nuevo llegarán los sufrimientos y las dificultades. Mientras que los que me han comprendido abrirán ahora nuevas puertas y su destino cambiará.

Ya os lo dije, lo esencial es la dirección hacia la que os orientáis, la idea para la que vivís. Todo está en eso. Pero, como siempre se ha dicho que había que vivir y pensar de tal o cual manera para ser apreciados por los demás, los hombres viven como se ha convenido vivir desde hace miles y miles de años, sin saber que ésta no es la verdadera vida. Mientras que los que han comprendido, los que quieren vivir esta vida divina, los que nunca tienen miedo, los que tienen la audacia y la paciencia de seguir caminando, a pesar de los obstáculos y de las adversidades, éstos tendrán, un día, la fuerza, el poder y la luz. Por un tiempo sufrirán, es verdad, pero no durará mucho, y esto es sólo la apariencia; la realidad es muy otra. La realidad es que llegarán un día a la luz y al esplendor.

Mientras que los que han escogido la apariencia están en un camino sin salida: «tikmak sokak», como dicen los turcos; «sokak» quiere decir callejuela, y «tikmak» de la que no se puede salir. ¿Cómo lo decís en francés?... Sí, los humanos se encuentran en un callejón sin salida, porque han escogido la apariencia.

Evidentemente, bajo la apariencia siempre hay algunas pequeñas cosas que comisquear, pero, junto a eso, ¡qué tragedias! Pero los humanos se contentan con esas «cositas que llevarse a la boca», sin darse cuenta de que, mientras tanto, los comidos son ellos mismos... ¡y de qué manera! Mientras que los que no se han quedado en la apariencia y han escogido la verdadera realidad podrán decirnos en medio de qué riquezas y de qué esplendores viven. Sólo que no les creeréis y seguiréis marchando por los caminos trillados; como todo el mundo ha pasado por ellos, evidentemente, son más seguros, mientras que en los pequeños caminos que llevan a las cimas se corren, quizá, más riesgos. Por eso yo digo: «¡Pobre humanidad!... ¡Cómo razona!... ¡Qué criterios tiene!...» ¡Es deplorable! Y no hay forma de hacerla salir de todas sus tribulaciones, nadie os cree. A veces me siento muy desgraciado al ver que, diga lo que diga de todas estas verdades que yo he tocado, que he saboreado, los hermanos y

hermanas no me creen. Siguen con la masa, porque la mayoría se ha pronunciado a favor de este buen camino polvoriento en el que todo el mundo está ya transitando. Gracias a Dios hay algunas excepciones, algunos «tocados por el Sol» que me escuchan y me siguen y que darán después buenas noticias a los demás, como ya ha sucedido.

Lo esencial, pues, es eso: para quién trabajáis y en qué dirección orientáis vuestra vida. La vida es el agua que alimenta, que anima, y si la dirigís hacia las alturas para alimentar en vosotros a todos estos seres tan anémicos y somnolientos, éstos se despertarán, reanudarán sus trabajos y, gracias a sus instrumentos, os informarán sobre el universo, sobre vuestra vida interior... ¿Acaso tenéis necesidad de que os dé algunos ejemplos para mostraros cómo se despilfarra la vida? Observad en el dominio del amor. ¡Cuántos gastan su amor inútilmente en vez de enviarlo a alimentar a los habitantes del cerebro! Y se embrutecen, se ensombrecen, porque han orientado su vida hacia los abismos. Mientras que otros, que tratan de sublimar y de transformar esta energía, que la han consagrado, se han vuelto genios, instructores, benefactores de la humanidad.² ¿Por qué la ciencia no ha trabajado sobre esta cuestión? No conoce gran cosa del tema y aconseja al hombre que deje salir sus energías hacia abajo,

porque, si no, enfermaría, según parece. ¡Vaya descubrimientos!

De nuevo pregunto: «¿A quién servís? ¿En qué dirección camináis? ¿Cuál es vuestra meta, vuestro ideal? ¡Decídmelo!» Preguntaréis: «pero ¿por qué nos hace esta pregunta? – Para poder predecir vuestro futuro sobre cómo se desarrollarán los acontecimientos para vosotros, si seréis fuertes o débiles, si seréis ricos o estaréis en la miseria, si estaréis en la luz o en las tinieblas. - ¿Pero hay alguna relación? – Desde luego, está relacionado. Responded a esta pregunta y os diré después todo lo que os espera.» Pero los hombres no ven jamás la correspondencia que existe entre una cosa y otra.

Si hoy me habéis comprendido bien, podéis reconstruir vuestro futuro. Decidíos, por fin, a vivificar a estos seres que os habitan para que puedan hacer sus trabajos. Y veréis que la vida es capaz de aportaros todo: conocimiento, amor, bondad, belleza. Hasta ahora, no lo teníais muy claro: no habíais sabido interpretar los fenómenos que se producen cada día ante vuestros ojos, y no habíais comprendido que los mismos fenómenos se producen en el dominio espiritual. Y, sobre todo, no habíais visto que la vida es la verdadera magia, que es ella la que os aportará la estima, el respeto y el amor de los humanos y del universo entero. Si queréis hacer magia, podéis

hacerlo, pero sin pronunciar fórmulas, sin trazar círculos o hacer fumigaciones y ceremonias: concentraos solamente en mejorar vuestra vida para volverla rica, floreciente, llena de amor, de abnegación, de pureza, y distribuídla, proyectadla por todas partes en el universo.

Con todas las demás magias hay riesgos, pérdidas, daños. Únicamente la magia divina no tiene ningún peligro.³ Evidentemente, exige tiempo, mientras que las demás son mucho más rápidas... Pero siempre está el reverso de la medalla. Si para ser amados por tal o cual mujer hacéis magia utilizando recetas que habéis encontrado en libros, quizá lleguéis a ser amados por esta mujer, pero, como la habéis forzado, como la habéis obligado, habéis transgredido la ley de la voluntad libre y otra ley se encargará después de acarrearos problemas y dificultades. Lo pagaréis, pues, muy caro. Y, después, no es seguro que siendo amados por esta mujer vayáis a ser más felices o a tener más suerte; quizá con este amor os lleguen todas las desgracias. Sí, si os dedicáis a la magia, siempre tendréis que preguntaros: «¿Habré transgredido alguna ley? ¿Qué me va a suceder? ¿Acaso tendré que pagar?...» En la Tierra siempre hay que pagar algo, eso es algo que los que se dedican a la magia nunca han

aprendido; pero también, ¡cuántos han acabado mal! ¿Veis?, lo han pagado...

La única magia en la que no hay nada que pagar es la magia de la vida divina: no pedís nada, no hacéis nada para obtener ninguna cosa, y, sin embargo, os dan. Esto es lo que Jesús quería decir: «Cuando viváis una vida divina, ya no pediréis y se os dará, ya no buscaréis y lo encontraréis todo, ya no llamaréis y os abrirán en todas partes.» He ahí el resumen de la sabiduría, la quintaesencia de la ciencia esotérica. Pensáis: «¡Pero usted nos dice lo mismo en cada conferencia!» Sí, es verdad, porque cada conferencia es la quintaesencia de la vida entera, pero presentada cada vez bajo un aspecto diferente.

Evidentemente, habría todavía muchos puntos que aclarar, como, por ejemplo la cuestión de los habitantes que hay arriba, en el cerebro, pero eso vendrá más tarde. De momento, tomad lo que os digo y no malgastéis vuestra vida. Diréis: «Pero ¿acaso no debemos trabajar para ganar dinero y tener una casa, un coche, casarnos y tener hijos?» Yo nunca he dicho esto. Digo solamente que, de la forma que lo hacen hoy, sobrepasan los límites y se destruyen. Si trabajáis para asegurar vuestra vida material y tener la posibilidad de pensar, de meditar, de amar, está muy bien. Pero ¿por qué querer tragárselo todo? Quieren una cosa, y después otra, y luego

otra aún... y malgastan su vida para obtenerlas. No, hay que trabajar razonablemente, consagrándolo todo a una idea divina. Todos éstos que quieren ser multimillonarios, los reyes de esto o de aquello, se ven obligados a sobrepasar ciertos límites y, entonces, evidentemente, pierden su salud y su equilibrio, y a menudo acaban en las clínicas o en los asilos psiquiátricos. ¡Y éstos son, sin embargo, los que el mundo entero toma como modelos!

En cuanto a los jóvenes, tienen como modelos a las vedettes de cine o a los cabecillas, o los drogadictos, o a los anarquistas, y lo darían todo para parecerse a ellos. La prensa, el cine, el teatro, la publicidad, todo contribuye a orientarlos hacia un camino pernicioso. Se diría que todos se han juramentado para que la humanidad se pierda... ¡y ellos también, por otra parte! Los humanos galopan hacia los abismos, pero, como estos abismos no se presentan inmediatamente, ni siquiera sospechan de que existan y siguen corriendo hacia ellos. Si fuese posible verlos desde lejos, podrían tomar precauciones; pero como están lejos y camuflados, corren, corren... y como ya no pueden pararse, caen en ellos. Llega un momento en el que ya es demasiado tarde y, aunque vean los abismos ya no pueden detenerse, ya no pueden recular, y se acabó. A cuántos

he oído decir: «Veo el abismo abierto ante mí, ¡pero ya no puedo detenerme!»

¡Bienaventurados aquéllos que hoy me han comprendido! Pero, aunque no me hayáis comprendido, hay miles de personas en el mundo que me comprenderán, porque tienen antenas y captan mis ondas. Sí, si vosotros no me comprendéis, hay otros que me comprenden y que reciben mis palabras, incluso mejor que muchos de vosotros. Ya leo y oigo en el mundo algunas de mis frases, algunas de mis fórmulas... ¡Es formidable cómo las han captado!

Sèvres, 6 de abril de 1970

Notas

1.Cf. *La fe que mueve montañas*, Col. Izvor n° 238, cap. XI: «Dios, la vida».

2.Cf. «*Y me mostró un río de agua de vida*», Col. Sinopsis, Parte X, cap. 3: «De Iesod a Kether: la sublimación de la fuerza sexual».

3.Cf. «*El Libro de la Magia divina*», Col. Izvor n° 226.

I - LA VIDA: 3

En la última conferencia os di un ejemplo que debería haceros reflexionar: el del jardinero. El jardinero ha plantado verduras y árboles frutales, hasta ha cavado regueros para regarlos, pero si falta el agua, las plantas se secan. Ahí tenéis el cultivo de los humanos: lo han preparado todo, no falta de nada, pero se han olvidado del agua, es decir, de la vida, de la energía; y, entonces, todo se seca y muere. Y la diferencia, justamente, entre un Iniciado y un hombre ordinario es que el Iniciado se ocupa en primer lugar de llevar el agua, porque sabe que el agua encontrará su camino.

El ser humano posee brazos, piernas, estómago, pulmones, corazón, hígado, cerebro... Todo está ahí, no le falta nada, pero si le falta el «agua», es decir, si falta la sangre, ya se está muriendo. Pero, he aquí que le dan sangre: de nuevo sus órganos se reaniman y habla, camina, gesticula. Todo el mundo sabe eso. Pero ¿por qué en el dominio de la vida psíquica, espiritual, ignoran esta verdad, la de que, en primer lugar, deben llevar el agua? Se ocupan de todo lo demás, salvo del agua, y están cansados, somnolientos, embrutecidos. Sin embargo, lo han preparado todo... Sí, lo han preparado todo, pero no hay agua.

Tomemos otro ejemplo: cada casa está equipada con una instalación eléctrica, pero, si la corriente no está ahí, nada funciona. Y el mismo fenómeno se produce por todas partes. Hay que cambiar, pues, esta filosofía que se limita a poner a punto solamente lo exterior de la vida sin ocuparse de mejorar la vida misma, de llevar el agua. Cuando se trata de la agricultura, todo el mundo sabe que hay que llevar el agua, porque solo así las plantas van a crecer; pero, cuando se trata de la existencia humana, ya no saben lo que hay que hacer. Y por eso la ciencia de la vida será un día el mayor descubrimiento.

¿Veis?, mis queridos hermanos y hermanas, todavía quedan muchas cosas que decir, y se os dirán. Para aquéllos que quieren perfeccionarse, para aquéllos que quieren hacer un trabajo sobre sí mismos, todo está aquí. Que vengan y se les darán los argumentos, los métodos, los medios, los materiales, las condiciones para cambiar su vida. Porque eso es lo que debéis hacer: cambiar vuestra vida. Vivid una vida pura, intensa, luminosa, y ella se encargará de atraer hacia vosotros a los seres que os sean favorables, que os ayuden, que os amen. Vivid solamente esta vida y dejadla hacer; no sabéis hasta dónde puede ir para invitar a las criaturas que os convengan exactamente y llevarlas hasta vosotros. Y un día

diréis: «No he buscado a mi alma gemela, no he buscado a mi bienamada y, sin embargo, ha venido... ha venido desde las profundidades del universo...» 1

¡Pero tratad de hacer comprender esto a los humanos! No emanan nada, no envían esta vida para atraer a un ser que les corresponda, y, para encontrar a su alma gemela, escriben en los periódicos, van por todas partes a las recepciones, y hasta a los cabarets. Y allí la encuentran... ¡y de qué manera! La olla ha encontrado su tapadera, como se dice. Se encuentran para sufrir y se tiran de los pelos. ¿Por qué? Porque no es así cómo hay que buscar. Hoy, por primera vez, oís algo completamente nuevo. No busquéis a vuestra alma gemela, tratad solamente de vivir la vida divina y esta vida divina se encargará de encontrarla. Cuando la encontréis, diréis: «Sí, es a ti a quien buscaba desde hace mucho tiempo... Te conozco, estoy contigo desde hace miles de años...» Entonces, ya no hay más peleas, ya no hay más discusiones como se ven hoy... ¡un amor tan ordinario! Los hombres se encuentran y ya se están exterminando, porque se han buscado demasiado abajo.

Había una hermana de la Fraternidad, ¡una maravilla! Sí, su voz era una maravilla, es posible que en el mundo entero no hubiese otra voz semejante. Podía tener todo lo que quisiese, pero era tonta, quería casarse a toda costa. Como todavía era

muy joven, ¡cuántas cosas le pude decir!... Que tenía que esperar, que después tendría cientos de candidatos, mientras que si se precipitaba haría una tontería y sufriría... Pero ella no me escuchó y en los clubs nocturnos encontró a alguien; sí, en un club nocturno... La volví a prevenir, pero nada que hacer, se casaron. Y, una vez casados, casi se matan entre sí. Se pegaron... ¡era formidable! Se pegaron para subrayar mis palabras... Sí, mis palabras eran subrayadas, ¡y de qué manera! Al final se separaron: él se fue a América del Sur y ella se quedó en Francia. Después, claro, buscó un segundo marido, ¡y otra vez la misma historia! Después, un tercero, y tampoco fue mejor. Ahora está sola... ¡y en qué estado!

Yo os digo: «¡No busquéis! Vivid, en primer lugar, y tendréis a miles de personas que vendrán junto a vosotros.» Supongamos que sea invierno, hace frío y todo el mundo tiritita; pero si vosotros sois un fuego vendrán a calentarse al amor de vuestra llama. Procurad, primero, tener fuego, y todo el mundo vendrá a calentarse. Los hombres no tienen fuego, están helados y dicen: «¿Por qué no vienen?... ¿Por qué no me aman?...» Porque están demasiado fríos. Es así de sencillo, ¡tan sencillo! Pero los hombres no lo han comprendido. ¿Verdad, queridos hermanos y hermanas, que os asombra mi simplicidad...? ¡La simplicidad! ¿Qué es la simplicidad? Es

vivir, solamente vivir, pero vivir divinamente. Hay demasiadas cosas complicadas, sofisticadas, engañosas. Los hombres se tiran faroles, se dan importancia y se engañan mutuamente con bellas palabras. Incluso os puedo decir: «Si queréis, no creáis ni siquiera lo que os digo, pero tratad de sentir, tratad de ver si yo estoy viviendo la vida de la que os hablo y creed solamente a la vida. Yo sólo creo en la vida.»

Y si ahora me preguntáis: «¿Por qué hay tan poca gente que se decida a cambiar su vida, su manera de pensar, de sentir, de actuar? ¿Qué razones hay para que sea así?» En primer lugar, porque no tienen una idea clara de las ventajas que trae consigo un cambio semejante. Están persuadidos de que la vida que todo el mundo lleva es la verdadera vida. La prueba está en que siempre dicen: «¡Es la vida!» Ante todo lo que sucede de triste y de abominable, repiten: «¡Qué le vamos a hacer, hombre!, ¡es la vida!» Y, así, ¿cómo queréis que cambien? En segundo lugar, no creen que sea posible cambiar. Y en tercer lugar, para la mayoría de la gente se trata de algo muy difícil, y por eso no están muy decididos. Todo lo demás es fácil: obtener diplomas, ganar dinero, es muy fácil... ¡pero cambiar de vida!... Y yo, ¡si creéis que cuando era joven era como soy ahora! En absoluto: era un pillastre, como muchos niños. No llegamos perfectos a la Tierra. A veces hacen falta

años y años para mejorarse. Y, cuando uno es un desvergonzado, un borracho, un ladrón, un asesino, no cambia tan fácilmente; a veces hacen falta varias encarnaciones...

Y ahí os mostraré que los cristianos no han comprendido gran cosa del pensamiento de Jesús. Jesús conocía la reencarnación, creía en ella, y dio pruebas de que creía en ella pero los cristianos no se han dado cuenta. Porque, mirad: ¿cómo puede ser que un hijo de Dios, tan puro, tan sabio, pudiera ser, al mismo tiempo, tan tonto como para pedir a los hombres, que son débiles y pecadores: «*Señ perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*» ?2 ¿Acaso era verdaderamente psicólogo Jesús? ¿Acaso era inteligente? No, tal como lo presentan los cristianos no tenía nada en la cabeza puesto que pedía a unos hombres tan enclenques y miserables que fuesen perfectos como el Padre celestial. En realidad, para poder pedir una cosa así, es que presuponía la reencarnación, porque en una sola encarnación nadie puede llegar a ser como el Señor, es imposible. O bien, otra ignorancia se añade aún a la primera, y es que los cristianos no saben lo que es el Señor. Para pensar que es tan fácil ser perfecto como Él, hay que imaginárselo apenas un poco mejor que se lo imagina la gente ordinaria: un buen hombre con una gran barba, como presentan a los ascetas y a los eremitas. ¡Esto es la perfección

para los cristianos! Por eso podemos llegar fácilmente a ella, yendo a la iglesia, escuchando los sermones de algún cura y santiguándonos con agua bendita... ¡Si fuera tan fácil! Pero, en su cabeza, es fácil.

Los cristianos están lejos de sospechar lo que conocía Jesús. No han profundizado los Evangelios, nunca han tratado de tener a Jesús como modelo, de hacer durante años un trabajo de identificación para poder captar lo que pensaba, comprender cómo consideraba las cosas. Además, ni siquiera saben que esta identificación pueda ser posible, y que es, incluso, el único ejercicio espiritual que permite entrar en el alma, el corazón y el espíritu de un ser, aunque éste haya desaparecido desde hace miles de años. Al identificarnos con él, es como si entrásemos en su cabeza.³

Los hombres –ni siquiera los sabios- no han comprendido por qué los egipcios, por ejemplo, se disfrazaban y se ponían máscaras representando a ciertas divinidades o a ciertos animales, ni por qué, aún, en ciertos países, en pueblos llamados primitivos, en Indonesia, en Malasia, en Nepal, en el Tibet, etc., los brujos se ponen máscaras de monstruos, procuran tomar la apariencia de ciertas entidades benéficas o maléficas. Es, simplemente, para poder identificarse, al menos durante unos minutos, con ellas. Y, tomando su apariencia,

moviéndose como ellas, haciendo ciertos gestos, desencadenan interiormente fuerzas, corrientes, y se impregnan tan bien de la naturaleza de estos seres que llegan a sentir y a comprender todo aquello que no podían sentir ni comprender en su forma humana normal. No hay otras razones. Pero todos los que no ha comprendido el significado oculto de estos disfraces los han ridiculizado diciendo: «¡Mirad que cosa más estrafalaria!» Sí, incomprensión, ¡ignorancia!... Así pues, si en los templos egipcios los sacerdotes tomaban el aspecto de Osiris, de Isis, de Seth, o incluso de toda clase de otras divinidades terroríficas, era para tener acceso a ciertas realidades o para emanar ciertas fuerzas, porque la identificación da la posibilidad de ser semejantes, al menos durante unos minutos, a los seres con los que nos identificamos.

Supongamos ahora, pues, que hacéis este ejercicio con Jesús. Hacéis todos los esfuerzos para imaginaros que vivís hace dos mil años en Palestina, que andáis por aquellos caminos, que habláis a sus discípulos, y os imagináis todo eso como si fuese una realidad absoluta: descubriréis cosas extraordinarias. De esta manera podemos llegar a saber lo que pensaba Jesús cuando pronunciaba ciertas palabras. Y cuando decía: «*Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*», sabía que el hombre no es capaz de llegar a ser perfecto en una sola

encarnación, pero que, deseando llegar a serlo y trabajando, este deseo se vuelve tan fuerte, tan vivo en él que, cuando vuelva a la Tierra por segunda o por tercera vez, ya no podrá salir de estas corrientes espirituales que habrá creado y continuará en la misma dirección, hasta que un día, por fin, ¡lo consiga!... Pero no en una sola encarnación. Pretender que en una sola existencia el hombre vaya a alcanzar la perfección del Señor es la cosa más estúpida y más inverosímil. O bien, es que no se sabe lo que es el Señor. ¿Cómo podemos empequeñecer hasta este punto al Señor, que es tan inmenso, tan poderoso, tan luminoso, tan bello, tan lleno de amor? Ni siquiera somos capaces de dejar de fumar, de beber, de jugar a las cartas, de calumniar o de estafar y, en unos años, ¡llegaremos a ser como el Señor! Os lo digo, no saben lo que es el Señor.

Si no comprendemos que Jesús presuponía la reencarnación, le dejamos en muy mala posición, porque, o bien no era psicólogo, no conocía la naturaleza humana y pedía a unos bebés que levantasen montañas, o bien no conocía al Padre celestial y decía cualquier cosa. Quitad la reencarnación y todo se vuelve insensato, en la Biblia, en los Evangelios, e incluso en la vida. ¡Cuántas veces os lo he mostrado! A Dios se le presenta como un ser caprichoso que

hace lo que le da la gana, y que, de repente, se pone furioso y condena a la gente al Infierno por toda la eternidad. Pero ¿cómo pueden creer en un Dios tan monstruoso? Y nada se explica tampoco en la vida: ¿por qué tenéis tal o cual hijo?, ¿por qué sois pobres o ricos?, ¿por qué estáis enfermos o sanos?, ¿por qué sois buenos o malos, inteligentes o tontos, bellos o feos?, nada se explica. Todo eso es el capricho de Dios. En estas condiciones, ¿dónde está la responsabilidad del hombre? Ya no es responsable... ¿Por qué se dice, entonces, que es responsable de sus actos? Hay ahí algo que no es lógico. Pero con la reencarnación todo se explica, todo se vuelve claro y sensato. ¿Por qué los cristianos han quitado, justamente, la viga que sostenía todo el edificio? Todo se derrumba... quieren hacer algo sin la reencarnación, pero no lo conseguirán. Sólo el día en que acepten la reencarnación, todo se volverá claro.

Pero hoy no es el momento de hablaros de la reencarnación. ¡Ya os he hablado tanto de ella!⁴ Era sólo para mostraros que cuando Jesús decía: «*Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*», presuponía la reencarnación. Incluso Moisés hace mención a ella al comienzo del *Génesis*. No lo explica claramente, claro; no dice: «La reencarnación existe». En ninguna parte de la Biblia se precisa, porque esta creencia

estaba tan propagada que era inútil mencionarla, pero algunos pasajes sólo pueden ser interpretados con la reencarnación.

¿Y dónde habló Moisés de la reencarnación? Está escrito en el Génesis: «Y Dios dijo: Creemos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza». Y más adelante: «*Dios creó al hombre a su imagen, a su imagen lo creó*». ¿Dónde ha quedado la semejanza? ¿Acaso Moisés perdió la memoria para no acordarse de lo que había dicho en la primera frase? ¿Por qué en la segunda frase se dice dos veces «imagen»?... ¿Y la semejanza? Pues bien, es ahí, justamente, donde escondió la reencarnación. Eso significa: Hagamos al hombre a nuestra imagen y, después de numerosas reencarnaciones será a nuestra semejanza. Dios creó al hombre a su imagen, pero no a su semejanza. Pero lo puso todo en él para que se le pudiera asemejar (esto es la imagen). Como la bellota y la encina: la bellota lleva la imagen de la encina, lo tiene todo para ser semejante a ella, pero no se le asemeja aún. Se le asemejará cuando haya sido plantada y crezca.

El hombre es a imagen de Dios: como ÉL, piensa, siente, actúa. Pero no piensa como el Señor, no es tan sabio, no es omnisciente. No siente como ÉL, porque no es todo amor. No crea como ÉL, porque no es todopoderoso. Así pues, en la medida en que piensa, siente y actúa, es a su imagen, pero, un

día, cuando se haya desarrollado –y necesita, pues, varias vidas, varias existencias- será semejante a Él, será tan poderoso como Él, tan bello, tan sabio y tan lleno de amor. Mirad al hijo: es la imagen de su padre, pero no es semejante a él, es decir, todavía no ha llegado a tener las mismas cualidades, las mismas posibilidades, porque es pequeñito; tiene que vivir mucho tiempo para llegar a ser como él. Lo mismo sucede con el hombre: un día será semejante a su Padre celestial. Esto es lo que quería decir Moisés, pero únicamente los que saben buscar y profundizar pueden interpretar este pasaje.

Pero volvamos a la vida. ¿Por qué los humanos no se deciden a cambiar de vida? Como os dije, en primer lugar, porque no conocen las ventajas de este cambio. Después, porque no creen que sea posible transformarse. Los sabios, claro, buscan el medio de mejorar la especie humana, pero trabajan solamente en el plano físico. Piensan que operando cambios en los cromosomas producirán, de un solo golpe, genios. Es posible... pero esa es otra cuestión. La tercera razón es que, es verdad, mejorar es difícil. Pero ¡cuántos métodos os he dado hasta ahora para cambiar vuestra vida, para transformaros!... como por ejemplo, cómo hacer injertos: habéis visto un membrillo muy vigoroso que da unos frutos

muy ásperos, muy ácidos... pero, como tiene mucha savia, mucha fuerza, podéis injertarlo y así obtendréis frutos succulentos. Evidentemente, como os expliqué, hay que comprender estos injertos en el dominio interior, psíquico. Os dije también que el Sol contiene injertos a profusión, y que encontraríais en él todos los que queráis para transformaros rápidamente y dar frutos sabrosos y perfumados.

En realidad, no es tan difícil transformarse, todo depende del deseo que tengamos de hacerlo. Cuando estamos asqueados de nosotros mismos hasta el punto de no poder soportarnos ya, si tenemos verdaderamente un deseo intenso de cambiar, de vernos un poco mejor, este deseo puede producir unos efectos extraordinarios. Pero ¿acaso tienen los hombres este deseo intenso? Sí, quizá durante un día, dos días, pero después abandonan todas sus buenas resoluciones caen al agua. Hay que alimentar constantemente este deseo y, un buen día, cambiamos, nos transformamos; y esto es la resurrección, ya os hablé de ella. Muchos se imaginan que, para resucitar, deben esperar al final de los tiempos, cuando los muertos se despierten y se levanten... ¡Así es cómo los cristianos comprenden las cosas! Y, entonces, todos estos muertos darán un espectáculo de una belleza, de un esplendor... ¡Es

formidable! No, mis queridos hermanos y hermanas, es ahora, en esta vida, en la que hay que resucitar.⁵

Evidentemente, siempre quedarán aún cosas que decir sobre la vida: cómo hacer para no malgastarla... Sobre eso tampoco se sabe gran cosa, no se conocen ni las medidas, ni las proporciones, lo veo. A menudo, los hermanos y hermanas tienen buenas intenciones, dicen: «Quiero vivir, por fin, una vida divina. Quiero embellecer mi vida, espiritualizarla, consagrarla» ... Pero, después, se encuentran ante unos problemas tales que ya no saben ni donde están, están perdidos y hacen tonterías, porque no conocen ni la medida, ni los límites, ni las dosis. La cuestión no está, pues, agotada y habrá que continuar hasta que quede bien clara para vosotros. He dado estas conferencias solamente para que os decidáis a ocuparos de la vida, pero hay muchas otras cosas que decir... La vida es un dominio muy vasto, muy rico, infinito...

Y por eso yo amo tanto esta Ciencia iniciática: porque no tenemos ninguna esperanza de llegar a agotarla. Y es esta desesperanza lo magnífico: poder decirse que no acabaremos nunca, eso es lo que me a mí me gusta. Cuando veo lo infinito de esta empresa, me alegro... Evidentemente, para algunos, a menudo se produce lo contrario y se dicen: «Como dura tanto, abandono...» y escogen un trabajo que sea posible terminar

rápidamente; pero pronto se dan cuenta que ellos también se acaban con él. Sí, porque se han lanzado a algo finito. Hay que lanzarse a lo infinito, a lo ilimitado, a lo que está más allá del tiempo y del espacio, y de esta manera nos volvemos inmortales, eternos, inconmensurables... ¡No os refugiéis en lo que es pequeño y limitado! Abarcad el infinito y vuestro gozo también será infinito, tendréis sin cesar la felicidad, la luz, la fuerza, el florecimiento... En vez de tomar unas pequeñas botellas de alguna parte, id a beber al océano, porque el océano es tan vasto que podréis beber en él durante miles y miles de años sin agotarlo. Sí, mis queridos hermanos y hermanas, ¡id a beber en el océano infinito!

¡Que la luz y la paz estén con vosotros!

Sèvres, 7 de abril de 1970

Notas

1.Cf. *El amor y la sexualidad*, Obras completas, t. 14, cap. XIX: «El alma gemela».

2.Cf. *La verdadera enseñanza de Cristo*, Col. Izvor n° 215, cap. III: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto».

3.Cf. «*Y me mostró un río de agua de vida*», Parte IV, cap. 4: «La Iniciación, un cambio de estado de conciencia».

4.Cf. *Las leyes de la moral cósmica*, Obras completas, t. 12, cap. VIII: «La reencarnación».

5.Cf. «*Al principio era el Verbo*», Obras completas, t. 9. cap. XI: «La Resurrección y el Juicio final».

II - CARÁCTER Y TEMPERAMENTO

Pregunta: «Maestro, ¿puede explicarnos qué es el carácter?»

En general, se dice de cada ser vivo, animal, insecto u hombre, que tiene su carácter propio o, para emplear un término más vasto, sus características. Pero, para que esté más claro, hay que establecer primero la diferencia entre el carácter y el temperamento, porque a menudo se confunde estos dos términos.

El temperamento está relacionado, esencialmente, con lo vital; es una síntesis de los instintos, de los deseos, de las tendencias y de todos los elementos que el hombre puede difícilmente corregir o suprimir, porque tienen sus raíces en su naturaleza biológica y fisiológica. El temperamento se asemeja, pues, más bien al lado animal. En cuanto al carácter, no se disocia del temperamento, pero representa el lado inteligente, consciente, voluntario: el hombre puede actuar sobre algunas de sus tendencias porque ve la ventaja o la necesidad de hacerlo. El carácter es, pues, aquello que el hombre, con su inteligencia, su consciencia y sus deseos, ha cambiado –

añadido o quitado- a su temperamento, es decir, a los elementos que la naturaleza le ha dado. El carácter es el comportamiento de un ser inteligente y consciente que sabe lo que hace y a dónde va, mientras que el temperamento representa solamente los impulsos de la naturaleza biológica, los complejos, las tendencias inconscientes y subconscientes. El carácter es como una síntesis de todas las particularidades del temperamento, pero dominadas y controladas por el hombre, con su inteligencia, su voluntad, su ideal.

Casi es imposible modificar el temperamento, porque venimos al mundo con tal o cual temperamento bien determinado. Pero, puesto que el carácter está constituido por las tendencias conscientes del ser que piensa, que reflexiona, que desea afirmarse, en mejor o en peor, puede, por tanto, dar nacimiento a una actitud, a un comportamiento, a una forma de manifestarse que a menudo está en contradicción con el temperamento. Eso es el carácter. El carácter es idéntico al temperamento, pero matizado, coloreado, orientado y dirigido hacia una meta, un ideal; es un hábito que, tomado conscientemente, acaba por convertirse en otra naturaleza. Así pues, a pesar de la expresión corriente: «características de un ser», el carácter no existe en el origen, se forma con el tiempo.

Podemos verlo en los niños: tienen un temperamento, pero todavía no un carácter.

Desde Hipócrates se distinguen cuatro clases de temperamentos: sanguíneo, bilioso, nervioso y linfático. Después hubo otras clasificaciones. Para la astrología tradicional hay siete: solar, lunar, mercurial, venusino, marciano, jupiterino, saturnino. Podemos también considerar tres, según que el hombre sea más instintivo (predominio del lado biológico), más sentimental (predominio del lado afectivo) o más intelectual (predominio del lado mental); el mundo entero, o casi, puede ser clasificado según estos tres temperamentos.

Es casi, pues, imposible cambiar el temperamento, pero el medio, la familia, la sociedad, la instrucción, etc., ejercen sobre él una influencia. Por eso se puede decir también que el hombre forma su carácter en función del medio y de las condiciones en las que vive y que este carácter es susceptible de mejorar o de degradarse. En el carácter intervienen la voluntad personal y consciente, que juega un gran papel, pero también la voluntad de los demás; revela que el hombre ha decidido o aceptado ser tal o cual. El carácter es más bien, pues, la expresión del lado consciente del hombre, mientras

que el temperamento es más bien una expresión del inconsciente o del subconsciente.

No es necesario que os explique, una vez más, que si nacemos con tal o cual temperamento no es sin razón. Éste proviene, ya lo sabéis, de las vidas anteriores, de las reencarnaciones: en el pasado, el hombre, con sus actos, se conectó con ciertas fuerzas que determinan ahora su subconsciente, es decir, su temperamento; y sobre eso no puede hacer gran cosa. Es como el sistema óseo, o el sistema muscular, tampoco el hombre puede cambiar nada en ellos: no puede ni ensanchar su cráneo, ni alargar su nariz, ni enderezar su mentón si éste está retraído. Estos elementos constituyen también el temperamento, y aunque en la naturaleza todo se transforma o puede modificarse con la omnipotencia del pensamiento y de la voluntad, estos cambios son, sin embargo, tan lentos y tan imperceptibles que podemos considerar que son inexistentes. Pero el carácter, sí, podemos modificarlo, mejorarlo, modelarlo, y éste es, justamente, el trabajo de todos nosotros en la Enseñanza.

Suponed un hombre dinámico, fogoso, hasta violento: es tan brusco y tan categórico que no puede pronunciar una frase sin herir a los demás o lesionar sus intereses. Es su temperamento impulsivo el que le impulsa a producir, de esta

manera, erupciones y explosiones. Pero, un día, este hombre se da cuenta de que su actitud le acarrea grandes perjuicios y, gracias a su voluntad, consigue, después de un cierto tiempo, dulcificar su carácter, poner, como se dice, un poco de agua en su vino. En realidad, sigue siendo igual de capaz de responder, de dar bofetadas o puñetazos –y así será hasta el final de su existencia- pero, gracias a su voluntad, consigue dominarse. Desgraciadamente, muy pocos están decididos a hacer este esfuerzo, pero los hay, de todas formas, y, sobre todo, los Iniciados. Los Iniciados son fuego, sí, pero llegan a controlarse, a dominarse, a encontrar el gesto, la palabra, la mirada que no produzcan daños. Esto es el carácter.

El carácter es, pues, una forma de comportamiento que está injertado, basado, si queréis, en el temperamento; comportamiento para consigo mismo, pero también para con los demás; es una actitud, una forma de actuar que resulta de la unificación de diversos elementos, de cualidades o de defectos determinados. Es a esta unidad a lo que se llama carácter.

El trabajo del discípulo de la Fraternidad Blanca Universal está, pues, basado en el conocimiento del temperamento y del carácter, para que –aunque su temperamento no le predisponga demasiado- llegue a modelarse un carácter

extraordinario de bondad, de belleza, de grandeza y de generosidad. Esto no es fácil, claro, porque, si no, todo el mundo habría ya llegado a tener un carácter divino.

Tomemos el ejemplo del árbol. ¿Dónde está su temperamento? En las raíces. Son las raíces las que determinan toda la estructura, las cualidades y las fuerzas del árbol. En cuanto a su carácter... Un árbol, claro, no puede tener carácter, pero, de todas formas, sus flores y sus frutos tienen unas cualidades, unas propiedades características (astringentes, laxantes, calmantes, excitantes, nutritivas, etc.) de las que podemos decir que constituyen el «carácter» del árbol. Sin embargo, el árbol no podría producir sus manifestaciones características si no tuviese raíces. Evidentemente, la imagen del árbol no conviene totalmente al hombre, porque la dependencia que tienen las ramas de las raíces es casi absoluta, salvo cuando la intervención de los hombres que se ocupan de él modifica, con el injerto, por ejemplo, las características del árbol, es decir, sus flores y sus frutos. Pero exactamente como el árbol, que podría no producir flores y frutos si no tuviese raíces, el hombre tampoco podría tener un carácter si no tuviese un temperamento.¹ El temperamento le sirve, pues, de depósito del que extrae los elementos de su personalidad. Es como una

fábrica o un laboratorio: tal laboratorio, tal actividad; tal fábrica, tal manifestación. Está limitado.

En los animales no podemos hablar de carácter. El carácter de los gatos, de los perros o de los ratones es su forma particular de morder, de arañar, de ladrar, de comer, de correr. Es, pues, muy poca cosa. Los animales sólo tienen temperamento, porque, como acabo de decir, el carácter es una particularidad que el hombre mismo forma; mientras que los animales no pueden hacer nada para transformarse, son lo que la naturaleza ha hecho de ellos. Así pues, la diferencia entre los animales y los hombres es que los animales están limitados por su temperamento, están condenados a no salirse de los límites que la naturaleza les ha impuesto. Por eso permanecen fieles a su instinto, mientras que el hombre dispone de muchas más posibilidades y de condiciones favorables para transformarse en bien o en mal, o incluso para transgredir las leyes naturales y no obedecer. Los animales son inocentes hasta cuando se destrozan entre sí, no transgreden las leyes de la naturaleza, porque actúan de acuerdo con estas leyes, es la naturaleza la que les ha dado este instinto de agresividad.

Llegamos ahora a una cuestión mucho más práctica: cómo cambiar el carácter, cómo mejorarlo, perfeccionarlo. Si

consultáis a los biólogos sobre la herencia, os dirán que todos los rasgos de carácter que el niño recibe al nacer están contenidos en los cromosomas y que, si llegásemos a modificar los cromosomas, podríamos cambiar el carácter de cualquiera. Es verdad que los cromosomas contienen todos los elementos necesarios para la formación de las características de un niño, pero los cromosomas son solamente el aspecto bioquímico de la cuestión. Los sabios, que nunca han estudiado estos problemas desde el punto de vista de los Iniciados, no saben que en el cuerpo etérico del hombre se encuentran unos clichés, y que estos clichés, justamente, son de una importancia superior a la de los cromosomas.

En la Ciencia esotérica se dice que cada órgano, cada célula, posee un doble etérico: detrás de los ojos físicos hay otros ojos; detrás de los brazos, otros brazos; detrás de los pulmones, otros pulmones. Esto es el cuerpo etérico, el doble, como se dice, el doble del cuerpo físico.² Los Iniciados, que han estudiado esta cuestión, han descubierto que todas las células, pero sobre todo las que se encuentran en la materia gris y en la materia blanca del cerebro y del plexo solar, poseen una memoria y que graban la menor acción, el menor deseo, el menor pensamiento. Y ahí tenéis los clichés. Una vez grabada, cada cosa debe repetirse obligatoriamente; así es

como nace el hábito y, para cambiar un hábito debemos, por tanto, cambiar el cliché.

Os conté que, cuando vivía cerca del Parc des Princes, en Boulogne-sur-Seine, salí un día para mandar por correo unas cartas que había escrito; las puse en el bolsillo del abrigo y salí con la intención de pasearme y, al mismo tiempo, de ir a correos... Sí, pero las cartas se quedaron en el bolsillo... Sólo dos o tres días más tarde me di cuenta de que no las había mandado, de que las había olvidado. ¡Se quedaron «en el bolsillo» ! Y cuando hemos olvidado una vez, se acabó, el cliché se ha quedado bien impreso y siempre nos vamos a olvidar. Y esto es lo que me pasó a mí, las olvidé dos veces, tres veces... hasta que, al final, tomé una resolución y decidí no ponerme más las cartas en el bolsillo, sino llevarlas en la mano; así cambié el cliché y ya no se me volvieron a olvidar. Eso no sólo vale para las cartas, sino para cualquier cosa. Estáis habituados a fumar, a besar a las chicas, a poner la mano en el bolsillo de los demás, y, se acabó, el cliché se ha impreso en la memoria de las células y se repetirá eternamente. Sucede como en una imprenta, si no cambiáis el cliché imprimiréis siempre el mismo texto. Una vez que comprendí este fenómeno, saqué de él grandes conclusiones que compartí con mis hermanos y hermanas.

Tomemos el caso de alguien que estudia piano. Si no conoce las leyes de las que os acabo de hablar, empezará a estudiar un fragmento rápidamente y con mayor o menor atención. Evidentemente, con esta rapidez y esta inconsciencia cometerá al menos una falta, si no varias. Y una vez impresa esta falta, se acabó, ya no podrá corregirla; veinte o treinta años después, aunque se sepa el fragmento de memoria, si no se vigila, cometerá otra vez la misma falta en el mismo lugar, porque el cliché sigue ahí. Así que aconsejé a los músicos que empezasen aprendiendo sus fragmentos sin prisa, nota tras nota, poniendo todo el tiempo que hiciese falta para lograr un cliché impecable. Después podrán ir muy deprisa, rapidísimos; podrán incluso comer y dormir tocando, y tocarán sin faltas porque todo esta impreso en el subconsciente.

Lo que os digo aquí es absoluto. Si no aplicamos este método, nos vemos obligados a volver a empezar cuatro, cinco o diez veces, y todavía no se ha acabado, hay que prestar atención sin cesar y son muchos esfuerzos inútiles. Mientras que con la sabiduría y la inteligencia podemos economizar los esfuerzos, las fuerzas y el tiempo. No hay que darse prisa, sino trabajar con el primer cliché para que éste sea perfecto. Observad a un grabador: si tiene mucha prisa, o está nervioso, traza sobre el metal una línea ligeramente desviada y, después,

se acabó, ya no puede corregirla o quitarla, ha quedado grabada. Debe empezar de nuevo, y esto no es económico. Por eso he dado consejos a mis amigos, y aquéllos que los aplican me dicen lo útiles que son.

Con el saber se evitan las penas, las decepciones y las amarguras. Pero los humanos, que no tienen instructores, se permiten cualquier cosa, y eso se graba. La naturaleza es fiel e implacable, lo graba todo. Uno se dice: «Hago esto por primera y última vez», pero ya se ha grabado, y vuelve a hacerlo dos veces, tres veces, muchas veces... Un hombre había decidido no ir más al bar y decía: «Ésta es la última vez, se acabó, no beberé más... ¡Pero hay que celebrarlo!» y, evidentemente, siguió bebiendo.

No sólo se graba el mal, el bien también. He conocido a ladrones que rezaban todos los días. Les preguntaba cómo podían continuar rezando cuando se dedicaban a semejante «oficio» ... Y respondían que rea un hábito que su padre les había inculcado cuando eran pequeños y que ya no podían desembarazarse de él. La naturaleza es, pues, fiel; el bien, lo mismo que el mal, todo se graba.

La cuestión es ahora cómo eliminar las viejas improntas, los viejos clichés que ya están grabados para empezar una vida

nueva y luminosa. Muchos tratan de cambiar su vida, pero lloran y se lamentan porque siempre vuelven a recaer en las mismas debilidades. Así que, ¿cómo escapar? Esforzándose en hacer lo contrario de lo que teníamos el hábito de hacer, poniendo otros clichés. Pero para eso debemos tener una vigilancia extraordinaria; si no tenemos esta vigilancia, nos olvidamos, y el viejo cliché sigue manifestándose fielmente. Se dice en las Escrituras: *«Estad vigilantes, porque el diablo está ahí, como un león rugiente que trata de devoraros»*.³ Esta vigilancia, justamente, es el secreto del cambio y, de ahora en adelante, debéis aprender a hacer otros gestos, a pronunciar otras palabras, a mirar de otra manera, para imprimir profundamente en vosotros los clichés de la nueva vida que vienen de las regiones celestes. Habitándoos a hacer estos ejercicios, cambiáis los viejos clichés.

En realidad, los viejos clichés no desaparecerán jamás, porque nada desaparece en la naturaleza. ¿Por qué? Porque ésta se cuida bien de conservar en los archivos toda la historia del mundo, todo el pasado desde hace miles de millones de años. Eso es lo que se llama el Akasha Chronica. El Akasha es el éter; es, pues, en el dominio etérico en donde todo se graba y sin que siquiera nosotros lo sepamos. Hay seres que han llegado a un grado tal de elevación que han entrado en estos

archivos para conocer la historia del mundo; de esta manera nos han revelado lo que el mundo era hace millones de años, cuántas humanidades han pasado sobre la Tierra, por qué razón desaparecieron y hasta qué grado de evolución habían llegado. Podemos saber así muchas cosas de las que la ciencia oficial no tiene ni idea: su pequeña historia se remonta apenas a unos miles de años... ¡qué miseria!

En otra conferencia os expliqué cómo hacer un trabajo sobre uno mismo con los injertos. Suponed que tengáis un árbol extremadamente vigoroso y tenaz, pero que da unos frutos ásperos, incomedibles; así que vais a hacer un injerto. De esta manera, de unos perales salvajes podemos obtener unas peras magníficas u otras frutas de varias clases. Pero, para ello, hay que conocer las leyes de la naturaleza, porque cualquier especie no puede ser injertada sobre cualquier árbol. Entre los frutos existen también afinidades y correspondencias, y en un árbol que da frutos con hueso, no se puede, por ejemplo, injertar otro árbol que da frutos con pepitas. ¡Los injertos son toda una ciencia!... De la misma manera, pues, el discípulo puede también hacer injertos sobre algunas de sus antiguas tendencias. Por ejemplo, sobre la ira, en el árbol de la ira, en el de la vanidad, en el de la sensualidad, puede injertar otras ramas que darán unos frutos

extraordinarios. Pero, el mayor distribuidor de injertos es el Sol.⁴ Si debemos ir a ver el Sol cuando sale es, justamente, para pedirle injertos.

Si tenéis una sensualidad tal que os lleva a una vida desordenada y os hace sufrir, considerad que es una fuerza magnífica, un árbol formidable cuyas energías podéis extraer injertando en él otra idea, otro deseo, otro ideal. Hacéis pasar, pues, estas energías por otros canales y, en vez de haceros la vida imposible, la sensualidad puede servirnos como una fuerza abundante que os conducirá hasta la Madre divina, hasta el Padre celestial. Sí, pero estos métodos hay que aprenderlos y, como normalmente los hombres no tienen ni idea de ellos, continúan sufriendo y aniquilándose, porque no saben cómo utilizar los injertos y los clichés. Debemos cambiar los clichés; no podemos borrarlos, sino solamente poner otros clichés encima; los antiguos permanecen en los archivos, es decir, en el subconsciente. No podemos borrar un cliché, podemos solamente reemplazarlo sustituyendo malos hábitos por otros hábitos mejores.

Tomemos el ejemplo de un tren: hagamos lo que hagamos, seguirá los raíles sobre los que está puesto y, si queréis que vaya en otra dirección, tenéis que ponerle en otros raíles. Pues bien, los clichés son raíles, y el discípulo debe trazar, pues, en

sí mismo, otros raíles, es decir, poner otro ideal, otras tendencias, otros intereses. Si no sabe cómo hacerlo, por mucho que diga: «Voy a cambiar, voy a mejorar... La próxima vez iré mejor...», como no ha hecho nada para mejorarse, la próxima vez será como la primera y el tren seguirá pasando por el mismo lugar. No digáis nada, pero cambiad la dirección de vuestros raíles y el tren tomará esta nueva dirección.

Los clichés, los injertos, son dos métodos diferentes que debéis aprender a utilizar. Hay que reemplazar los clichés, pero para los injertos es diferente, basta con añadirlos. Para los injertos debéis conservar la raíz, no arrancarla nunca, porque es muy vigorosa, y el tronco también; es sobre ellos sobre los que hay que injertar, porque son ellos los que poseen las fuerzas que podéis después conectar con una entidad, con un espíritu luminoso, con un ángel o con un arcángel. Esto son los injertos. Todos los Iniciados se han visto obligados a hacer injertos, siempre se han conectado con seres que les sobrepasaban, y los frutos que daban eran mejores.

Pero el injerto más poderoso, el más sublime, es conectarse con el Señor diciendo: «Señor, lo que yo hago, no es muy bueno que digamos; acepta, pues, entrar en mí, trabajar y manifestarte a través de mí. Quiero trabajar para tu Reino y tu Justicia.» Y, si entonces Dios acepta, vuestro árbol, es decir,

vosotros mismos, que producíais en el pasado unos frutos incomedibles, produciréis después unos frutos deliciosos y perfumados. Han quedado solamente las raíces y el tronco, pero el injerto, es decir, el mundo invisible, el mundo divino, el mundo celestial, ha producido sus frutos. ¿Qué es lo que ha sucedido? Vosotros habéis consagrado todas las fuerzas brutas, primitivas y borboteantes que hay dentro de vosotros al servicio del Cielo, y el Cielo las ha tomado para transformarlas. A veces encontramos en los bosques pequeñas peras salvajes que son incomedibles, pero, si las ponemos en el horno unos minutos, se vuelven azucaradas. ¿Cómo es posible? El calor las ha transformado. Y si le es posible al hombre hacer las peras comestibles, ¿pensáis que el mundo invisible no será capaz de transformar todos vuestros frutos ácidos en frutos succulentos?

Un discípulo, que conoce sus tendencias inferiores, pide injertos diciendo: «¡Señor Dios! Si estoy sólo, no lograré transformarme, así que, ayúdame, dispón de mí, trabaja a través de mí, yo estoy a tu servicio, yo cumpliré tu voluntad.» Y, entonces, quizá no sea el Señor mismo quien venga, pero enviará a uno de sus ángeles o de sus arcángeles, como se lo envió a los patriarcas, a los profetas, a los apóstoles y a todos los santos: los ángeles venían a visitarles y a instruirles.

Estas son unas cuestiones de una extrema importancia, y aquéllos que las han descuidado o ignorado no podrán evolucionar. Los humanos tienen las cabezas duras, pero la vida se encargará de hacer que maduren. Yo sé lo que sé. Todo lo que os digo lo he verificado primero en mí mismo; os lo revelo para ayudaros y a vosotros os corresponde ahora sentir, comprender y decidir para tener resultados.

¡Miren hasta dónde hemos ido respondiendo a su pregunta sobre el carácter! Sin todos estos conocimientos, no podemos verdaderamente mejorar nuestro carácter y volvernos irradianes, luminosos, divinos. No podemos transformarnos si no conocemos estas grandes verdades, si no tenemos mucho amor para desear realizarlas y si no tenemos una voluntad inquebrantable para perseverar en el trabajo. Éstas son las tres condiciones necesarias: en primer lugar saber, luego querer, y, finalmente, poder.

Sé que algunos de vosotros han trabajado tanto su carácter que ya no son los mismos. Exteriormente, claro, no han cambiado, pero interiormente son diferentes; ya no sufren como antes, ya no se sienten tan aplastados y limitados, ya no están en la oscuridad, poseen nuevas riquezas y nuevos conocimientos, nadan en el esplendor, irradian... ¡Eso es el cambio! Cambiar no es volverse físicamente irreconocibles,

no, os seguirán reconociendo por todas partes, sino que es cambiar interiormente en las vibraciones, en las emanaciones: ponéis vuestra mano en el agua y el moribundo que beba de esta agua resucitará. ¡Éste es el verdadero cambio!

Tomad solamente lo que hoy os revelo, trabajad con los clichés y con los injertos y transformaréis toda vuestra existencia. Cuántas veces os he dicho: «Retened solamente lo que hoy os digo.» Siempre lo mismo; es aburrido, ¿verdad? Y, sin embargo, es la verdad; cada conferencia es completa y basta para transformar vuestra vida. Evidentemente, no es más que un punto particular, pero ésta es la verdadera ciencia: cada punto es el centro del universo. En cada conferencia hablo para que aquél que no haya oído más que una sola en su vida pueda, a partir de ésta solamente, construir todo su futuro. Actúo de esta manera conscientemente, cada verdad que os revelo es el centro del universo, el centro de la vida, y podéis ponerla como punto de partida de vuestro trabajo y de vuestra existencia. A partir de esta verdad podréis descubrir todo lo demás y obtenerlo todo.

Videlinata (Suiza), 15 de mayo de 1969

Notas

1.Cf. *El trabajo alquímico la búsqueda de la perfección*, Col. Izvor n° 221, cap. II: «El árbol humano».

2.Cf. «*Y me mostró un río de agua de vida*», p. 108-109, p. 124-128 y *Las leyes de la moral cósmica*, Obras completas, t. 12, cap. XVII: «La cuestión del doble. Las nuevas grabaciones».

3.Cf. *La verdadera enseñanza de Cristo*, Col. Izvor n° 215, cap. IX: «Velad y orad».

4.Cf. *Los esplendores de Tiphereth – El Sol en la práctica espiritual*, Obras completas, t. 10, cap. XIII: «El injerto espiritual».

III - EL BIEN Y EL MAL: 1

En la vida, todos esperan... Vosotros también esperáis, ¿pero qué? ¡Hay tantas cosas que esperar! Pero, debéis saberlo, mis queridos hermanos y hermanas, lo más maravilloso que podemos esperar es fundirnos en la inmensidad, en el Alma universal, para tener, por fin, la plenitud, para vivir la vida de Dios. Ésta es la mejor espera, la única que nunca nos traerá decepciones. Cuando Dios nos creó, depositó en nosotros todas las posibilidades para que llegásemos a esta plenitud. ¿Y dónde están estas posibilidades? En el pensamiento. Por eso hay que habituarse, cada día, a conectarse con Dios con el pensamiento y, sobre todo, a amar este trabajo.

En el hombre están todas las posibilidades, pero éste las ignora, porque nunca se las han revelado, y no se sirve de ellas, busca en otra parte, fuera. Y fuera sólo puede encontrar medios para actuar sobre la materia, pero no para transformarse interiormente, para actuar sobre su alma y su espíritu. Sobre nuestro cuerpo, sí, podemos trabajar con medios externos, materiales, pero, para unirnos a Dios, sólo encontramos medios dentro de nosotros, mediante el pensamiento. Por eso el discípulo de una Escuela iniciática

procura despertar todas las posibilidades que Dios ha depositado en él.

Hace un rato, meditando, tuve el deseo de daros otro método de trabajo. Supongamos que os guste la belleza, o bien la inteligencia, y deseéis obtenerla. Tratad de concentraros imaginándoos tal como quisierais ser, contemplad durante unos minutos a este ser que queréis llegar a ser, y sentiréis aumentar vuestro gozo, vuestra confianza y vuestra vitalidad, como si saboreaseis de antemano lo que un día llegará a suceder. Durante diez, veinte minutos, imaginaos que lo que deseáis ya se ha realizado; contemplaos en la luz, junto a Dios, haciendo cosas magníficas. El pensamiento, que prepara de esta manera el terreno, os conducirá, cada vez más, a la realización de lo que deseáis.

Claro que habría muchas cosas que añadir, y, en primer lugar que hace falta ser guiados, instruidos por un Maestro, para no extraviarse o desencadenar cosas que, cuando se realicen, os hagan gritar en lugar de dar gracias al Cielo. No hay que hacer este ejercicio sin saber muy bien lo que se hace. Existen sociedades ocultas que preconizan este método de visualización para obtener lo que deseamos, pero sin explicar lo que puede suceder si estos deseos son demasiado personales y egoístas, si transgreden las leyes de la naturaleza, si van en

contra del orden divino. Dicen solamente: «Haced esto... haced aquello...» y la gente lo hace. Pero después, ¡lo que les viene encima! Por eso, este consejo solamente es benéfico y válido si vuestros deseos son divinos, si son buenos para el mundo entero y no sólo para vosotros. Porque, debéis saberlo: todo se realiza, y ahí está el peligro. Diréis que no veis este peligro. Pero, justamente, ¿quién dice que, si vuestros deseos se realizan, no vais a sufrir porque no hayáis sabido prever las complicaciones que se van a derivar de ellos, porque no habéis estudiado bien las relaciones entre estos deseos y las leyes de la naturaleza y de la vida, porque no os habéis preguntado qué producirían al realizarse?...

El método que os doy es bueno, pero necesita explicaciones y aclaraciones. Yo os aconsejo que visualicéis durante unos minutos lo que os gustaría ser, y ya tenéis a uno que se imagina que es un gran conquistador, que se cubre de gloria y se ve mandando y destruyendo a sus enemigos... Y otro, al que le gusta mucho el dinero, se imaginará que por todas partes afluyen vagones de oro hacia él y que se atiborra, come, bebe y se lo permite todo... Ya se ve con tiendas y sucursales, arruinando a sus competidores y reinando exclusivamente en el mercado... No es eso lo que os aconsejo, ¡pero así lo comprendéis!...

Pero debo atraer aquí vuestra atención sobre un fenómeno inevitable, o casi. Cuando tenéis deseos muy elevados, muy espirituales, provocáis a vuestra naturaleza inferior, que suscita en vosotros fuerzas contrarias. ¿Por qué? Porque en vosotros, como en todo ser humano, la naturaleza divina no está absolutamente separada de la naturaleza inferior. ¿Dónde habéis visto que las ramas de un árbol no tengan ninguna comunicación con sus raíces? Lo que deseamos de magnífico arriba despierta en las raíces del ser unas fuerzas y unos deseos contrarios. Es como si toda una delegación se presentase al cerebro del hombre que ha tomado resoluciones divinas para convencerle de que no tenga prisa, de que renuncie a estas resoluciones o, incluso, de que actúe en sentido contrario. ¡Cuántas cosas misteriosas suceden en las profundidades del alma humana! Sí, teníamos deseos divinos, pero, poco a poco, otros elementos se han infiltrado y han logrado desviarlos.

Claro que para el discípulo, que tiene la costumbre de analizarse y de estar vigilante, las argucias de la naturaleza inferior, que trata de introducir sus representantes en la asamblea de los santos y de los profetas, arriba, en la cabeza, tienen éxito mucho más difícilmente, porque, al mismo tiempo que trabaja, que medita, que construye, el discípulo pone a su

alrededor a seres que vigilan y que le protegen. Ahí tenéis a un discípulo evolucionado: ha tomado precauciones. Por otra parte, en la Francmasonería primitiva, que estaba basada en una ciencia verídica, se representaba al masón (*maçon=albañil*) trabajando con una paleta en una mano y una espada en la otra para defenderse. Es algo simbólico. El masón que construye con la paleta es un símbolo del discípulo: al mismo tiempo que trabaja, otro ser, en él, representado por la espada, vigila y mira, como con un proyector, para estar seguro de que, aprovechando la oscuridad, no traten de infiltrarse algunos enemigos en la fortaleza para invadirla.

Sin extenderme mucho más sobre la vida interior del discípulo, os diré simplemente esto: desead lo que queráis, cread con el pensamiento lo que queráis, pero, al mismo tiempo, estudiad bien vuestros deseos y vuestros proyectos, porque, si son demasiado personales, si no vibran en armonía con el orden establecido por Dios en toda la creación, entrarán en conflicto con las leyes divinas, con existencias, con entidades, con todo un orden vibratorio, y no conseguiréis nada. O bien, si lo conseguís, será todavía peor. En tales condiciones es mejor que no lo consigáis. El fracaso os habrá al menos evitado toda clase de decepciones y de accidentes de los que os escaparéis gracias a que no habéis logrado lo que

queríais. Es preferible no tener éxito en nuestros malos designios porque, si no, las consecuencias kármicas son inextricables. Queríais vengaros de alguien, queríais matarle, pero habéis fallado el golpe y abandonáis... ¡Tanto mejor! No pagaréis tanto como si lo hubieseis logrado, porque este éxito os habría hecho contraer una deuda formidable.

¿Acaso la gente se para a estudiar todas estas cuestiones? No; sin embargo, ése es, justamente, el lado sutil de la vida del discípulo. Está metido en la vida y debe tomar conciencia de todo lo que sucede. Come, bebe, respira, actúa y, si no se da cuenta de todo lo que sucede en él, a su alrededor y dentro de él, evidentemente, no es muy bueno que digamos. Un discípulo debe saber por qué está en la Tierra, por qué tiene un cuerpo, lo que este cuerpo representa, y cómo debe comportarse para llevar todas las cosas hacia el bien. Yo también me he visto obligado a darme cuenta de todo lo que sucede a mi alrededor y dentro de mí, a preguntarme por qué estoy en la Tierra y lo que esperan de mí. Además, todo el mundo llegará, un día, a plantearse esta cuestión.

Cuando se plantea sinceramente esta cuestión, el discípulo ve cómo se descubre ante él todo un mundo nuevo: se da cuenta de que las cosas no suceden exactamente como él se imaginaba, que existe por encima de él un orden más poderoso

que él, en el que nada puede cambiar, y que debe, pues, someterse, ponerse de acuerdo con él.² Por mucho que se oponga, que se rebele, que dé cabezazos o patadas, las leyes son inmutables, y acaba comprendiendo que debe aceptar ir de acuerdo con estas leyes. Éste es el comienzo de la verdadera evolución. No hay que imaginarse que somos fuertes y poderosos cuando nos enfrentamos al orden divino. Algunos se imaginan que dan prueba de una gran autoridad porque son capaces de rechazar este orden y de actuar como les parece. Sí, pero ¿por cuánto tiempo? Todos los seres más inteligentes que existen y que han existido descubrieron que hay leyes a las que el hombre debe someterse; y los verdaderos poderes empezaron a manifestarse en ellos cuando comprendieron y aceptaron estas leyes.

Os daré un ejemplo para mostraros lo que le sucede a aquél que trabaja solamente con la personalidad, es decir, con sus propios medios. ¿Qué valen estos medios? No mucho. Imaginad a un hombre que se va a un país extranjero, y allí proclama: «Soy el representante de Francia; reuníos, que suene la marcha militar, rendidme honores; voy a explicaros las razones de mi visita...» Se reirán de él y hasta quizá le encierren en alguna parte. Nadie le reconoce, porque sólo trabaja con sus propios medios. Pero, ahí tenéis ahora a un

embajador enviado por Francia; aunque sea pequeño, enclenque y canijo le reciben con grandes honores: suenan las marchas, desfilan los soldados, todos se inclinan ante él, porque viene de parte de Francia; y como Francia es grande, rica y reconocida, es a Francia a la que rinden estos homenajes, y no a este buen hombre insignificante que sólo se distingue por algunas medallas o condecoraciones. Lo mismo le sucede a un hombre que no se conforma al orden divino y que se presenta con su propia autoridad ante las fuerzas luminosas de la naturaleza: ni estas fuerzas ni los Iniciados le reconocen, y le preguntan: «¿De dónde vienes? ¡Muéstrame tus credenciales!» Y, como no tiene nada, le expulsan.

El discípulo es aquél que reconoce que existe un mundo mucho más poderoso, más rico y más bello que el suyo; así que se somete y se convierte en un servidor: quiere aprender, quiere trabajar de acuerdo con los proyectos de este mundo superior y ejecutar su voluntad... Entonces todo cambia: le dan unos papeles, unas insignias, todo aquello que necesita, dispone de medios formidables, pero ya no son sus propios medios, porque viene en nombre del Señor y todo el mundo está detrás de él para sostenerle.

Los humanos obcecados que no han comprendido esta ley continúan jugando a ser capitostes, y por eso no tienen los

verdaderos poderes. Mientras que el discípulo verdaderamente inteligente ve cómo son las cosas en realidad y se dice: «¡Qué tonto he sido de querer interpretar estos papeles! Ahora voy a dejar de actuar de esta manera y voy a someterme al orden divino.» Entonces empieza a disponer de medios que ya no son los suyos, sino los del cosmos entero, los de la naturaleza entera, porque se ha convertido en uno de sus representantes. Así que, ¿veis?, el que se obstina en trabajar sólo con su personalidad estará a la merced de sus propias fuerzas, que van a disminuir cada vez más, mientras que el discípulo que ha comprendido se volverá cada vez más fuerte, porque dispone de todo un capital cósmico, divino.

Cuando os hablaba hace un rato, sentía que estabais verificando instantáneamente la veracidad de mis palabras, y os oía decir: «¡Qué verdad es lo que dice! ¡Cuántas veces he tenido deseos magníficos, desinteresados, divinos, pero, al cabo de algún tiempo se ha infiltrado en mí algo que los ha hecho desviar! ¡De dónde ha venido eso?» De la otra naturaleza que todos llevamos en nosotros... Y esto ha sucedido porque no teníais las cosas claras, porque ignorabais que pueden infiltrarse en vosotros elementos contrarios. Hubierais debido eliminarlos, o bien utilizarlos –porque lo

podemos utilizar todo- pero los humanos no saben ni desembarazarse de las cosas negativas, ni utilizarlas.

Ya os lo dije, hay dos escuelas: la del bien y la del mal. En la escuela del bien aconsejan rechazar todo lo malo, con la esperanza de que, actuando así, estaremos salvados. En la escuela del mal, luchan contra el bien, imaginándose que llegarán a aniquilarlo. En realidad, existe una escuela muy superior, muy por encima de las del bien y del mal, porque sabe utilizarlas a ambas. Sí, se sirve igualmente del mal, pero en dosis homeopáticas, para llegar a obtener unas realizaciones formidables; no rechaza nada, sino que enseña: «Puesto que el mal existe, es que Dios permite su existencia, porque, si no, hace ya mucho tiempo que habría desaparecido; si todavía existe es porque hay una razón para ello.» Sí, si el mal aún existe, es porque tiene su razón de ser. Así que, ¿para qué luchar? ¿Por qué imaginarse que llegaremos a destruirlo? No aniquilaremos el mal. Hay, pues, otra solución.

Y, sobre todo, no os imaginéis que si Dios ha dejado que se manifieste el mal en el mundo es porque no consigue vencerlo y necesita que los humanos vengan a ayudarlo. Quizá os asombréis de la filosofía que os voy a presentar, pero os diré que el mal es necesario y hasta indispensable para los trabajos de la naturaleza, porque ésta sabe cómo servirse de él. Es

como en los laboratorios que necesitan venenos para fabricar unos medicamentos muy poderosos. El mal es un veneno que puede matar a los débiles y a los ignorantes, pero, para los fuertes e inteligentes es una panacea, les cura. Ésta es la filosofía de la tercera escuela: utilizar el mal.

Algunos luchan sin cesar y con esta lucha acaban destruyéndose a sí mismos, sin llegar a resolver el problema, porque el mal sigue existiendo. Entonces, ¿por qué luchar? ¿No es mejor aprender a utilizar el mal? Responderéis: «¡Pero la moral no lo permite!» Bueno, reflexionad. En una guerra, ¿qué hacen con los prisioneros? En vez de matarlos, los ponen a trabajar. En la antigua cultura exterminaban a los enemigos que habían hecho prisioneros y entonces no les quedaban obreros, puesto que los hombres del país estaban en la guerra, mientras que ahora los ponen a trabajar. Ésta es una manifestación nueva de los humanos que yo comprendo e interpreto. Quizá sea en ellos algo instintivo e inconsciente, pero ya es un signo de los tiempos. Eso muestra que empiezan a saber servirse de lo malo para realizar los planes de Dios.

He abordado una cuestión muy delicada y muy difícil. Siempre se ha aconsejado luchar contra el mal, pero la nueva filosofía, os lo profetizo, ya no enseñará que hay que destruirlo, sino que, al contrario, hay que utilizarlo,

transformarlo, ¡y entonces nos enriqueceremos! ¿Qué hacemos con los torrentes, con el rayo, con el viento, con todo lo que quema y destruye? Los hemos domado y nos servimos de ellos. Y, sin embargo, en el pasado, estos elementos eran considerados como un mal contra el que se luchaba. Ahora los utilizan... ¿Y por qué no podríamos hacer lo mismo en el dominio psíquico en donde se encuentra igualmente el mal? Lo que en el pasado se consideraba como un mal, será considerado en el futuro como una fuerza formidable, que sigue siendo capaz de destruir y de hacer estragos, pero que también es capaz de procurarnos toda clase de riquezas.

La Tierra no piensa como nosotros. Mirad: echan en ella todas las suciedades, todos los desechos, y ella los toma como una materia muy preciosa, que transforma en plantas, en flores y en frutos. Y el carbón, ¿cómo se ha convertido en carbón? ¿Y el petróleo? ¿Y las piedras preciosas? Entonces, si la Tierra y algunos Iniciados poseen esta sabiduría, si Dios posee esta sabiduría, puesto que no quiere destruir el mal, ¿por qué no tratar de poseerla nosotros también? Desde hace miles de años los humanos suplican: «¡Señor Dios, aniquila el mal!» Pero Dios se rasca la cabeza, sonrío y dice: «¡Pobres! Cuando comprendan que el mal es necesario, dejarán de suplicarme.» Pero, hasta que eso llegue, ¡cuántas plegarias! Hay que rezar,

desde luego, pero lo que debemos pedir es eso: «Señor Dios, enséñame cómo has creado el mundo, cómo consideras las cosas... Dame este entendimiento, esta sabiduría, esta inteligencia, para que pueda, como Tú, estar por encima del mal, para que éste no me alcance, sino que sea capaz de servirme de él para realizar grandes cosas.» Pensando así veremos que no hay nada malo en la naturaleza. Diréis que os han instruido de otra manera. ¡Ah!, lo sé muy bien, pero esta instrucción no es completa; es buena y verídica para los niños, pero la realidad es otra cosa muy distinta. La creación entera prueba la veracidad de mis palabras.³

Si el mal existe es porque Dios acepta su existencia, porque, si no, habría que admitir que Dios no logra vencer a un enemigo más fuerte que Él, y que, por tanto, no es el Amo todopoderoso que gobierna el universo. Si algo se le puede resistir, ¿quién ha creado, pues, a ese algo? ¿Otro Dios más poderoso que Él? Esto es, por otra parte, lo que a menudo creyeron los humanos. Decían; «Pero ¿qué clase de Dios es éste que no es capaz de hacer gran cosa? No lo sabe todo, no sabe profetizar, ni hacer milagros, mientras que el Otro es capaz de hacerlo... ¿Vayamos, pues, hacia él!» En cierta forma, razonaban bien. ¿Por qué ir a servir a un Dios incapaz, puesto que todos los conocimientos y todos los dones venían

de su adversario, el Diablo? ¡Y era la Iglesia la que lo decía! Cuando alguien hacía milagros... ¡era el Diablo! Algunos religiosos nunca admitieron que fuese Dios el que hacía los milagros; en su cabeza Dios era totalmente incapaz de hacerlos. No hay que extrañarse, pues, de que los hombres firmasen pactos con Satanás, ¡era lógico! ¿Veis a lo que se llega cuando no se tiene el verdadero conocimiento?...4

Todo lo que os revelo trastoca y revoluciona quizá vuestras ideas, pero dentro de algunos años el mundo entero aceptará esta filosofía, la más verídica, la única que pone, por fin, exactamente las cosas en su sitio. Ya no habrá en el hombre esta lucha y estos desgarros, ya no habrá más contradicciones, será la unidad. El bien y el mal caminarán juntos en la misma dirección, estarán a su servicio. Mientras el hombre oponga el bien al mal, se divide contra sí mismo y se desgarrará hasta aniquilarse completamente. ¿Qué puede hacer un ser que está continuamente en lucha consigo mismo? Con esta vieja filosofía la paz no vendrá jamás. La paz y la armonía vendrán solamente cuando se haga la unidad, cuando todo marche en la misma dirección. ¿Es esto posible? Desde luego, para las criaturas superiores ya es una realidad: todo les obedece, todo les sirve.

E incluso, debéis saberlo, mis queridos hermanos y hermanas, los diablos y todas las criaturas infernales son servidores de Dios. ¿Creéis que son los ángeles los que se ocupan de castigar? ¡Tienen otras muchas cosas que hacer! Son los diablos los que vienen a atormentar a los humanos, cuando éstos turban el orden divino. Y, cuando el hombre ha restablecido el orden en él, cuando se ha puesto de nuevo en armonía con los proyectos de Dios, ya no vienen. Por eso Dios no quiere destruir a estos seres: porque son útiles. Cuando hay suciedades, cuando hay impurezas en alguna parte, algunos insectos vienen a comerlas, si, ¡limpian el terreno!... Pero, quitad estas suciedades y ya no vienen.

Mientras los humanos transgredan las leyes divinas, los espíritus infernales vendrán a atormentarles. No son los ángeles, ni los arcángeles, los encargados de restablecer el orden y de hacer sentar la cabeza a los humanos; lo han intentado, lo han pedido, lo han explicado, pero los humanos no les han escuchado, se han enfrentado, y ahora no les corresponde a ellos, que viven en la armonía, en la belleza, en la perfección, ir a castigarles. Entonces les dicen a los otros: «¡Venga, id vosotros ahora!» Y los otros obedecen, son fieles a la consigna, porque han prometido cumplir la voluntad de Dios. Estos «otros» son los diablos, los demonios, los ángeles

exterminadores. Evidentemente, diréis que en el *Apocalipsis* de San Juan está escrito que eran los ángeles los que traían las plagas a la humanidad. Sí, pero eran tan poderosos que, en realidad, sólo tenían que hacer un signo para que las otras fuerzas entrasen en acción y causasen estragos en la Tierra.

Incluso los sabios, los santos, los profetas fueron atormentados por espíritus malignos que les enviaron para probarles y hacerles más fuertes con esta prueba. Estos espíritus son servidores; van allí donde les envían, obedecen a una orden. Y aquéllos que causan estragos en la humanidad con desgracias y enfermedades también son enviados por seres que velan para que las leyes sean respetadas. Cuando los humanos aceptan someterse a ellas, estos espíritus les abandonan, están obligados a ello, porque no hacen lo que quieren, no tienen derecho a hacerlo.

Si habéis leído el *Libro de Job* habréis podido verificar lo que os estoy diciendo. El *Libro de Job* es el más antiguo de los libros de la Biblia, es un libro muy iniciático, escrito por alguien que sabía. Se dice que Satanás estaba presente en la asamblea de los Hijos de Dios. ¿Por qué era aceptado? ¿Por qué no le expulsaban, puesto que hacía daño? No, asistía, y conversaba con el Señor, puesto que le pidió permiso para ir a atormentar a Job y ponerle a prueba. Y lo que es muy interesante de

observar es que Dios, al concedérselo, le puso condiciones: la primera vez, Satanás sólo tenía derecho a tocar los bienes de Job, no debía tocar a su persona, y le quitó sus rebaños, sus servidores y sus hijos; la segunda vez, Satanás obtuvo del Señor el permiso de cubrir de llagas a Job, pero debía dejarle la vida. Y, cada vez, Satanás obedeció, no le hizo nada más a Job que lo que se había convenido; pero, sin la orden de Dios, hubiera podido hacerle morir.

Algunos teólogos y religiosos se sintieron tan desconcertados al descubrir a Satanás en conversación con el Señor que pensaron en suprimir de la Biblia este libro que contradecía todas sus concepciones. En realidad, este relato hace reflexionar; y aquéllos que reflexionan se ven obligados a reconocer su profundidad. ¡Es toda una mina! Las tentaciones de los santos (porque no creáis que únicamente San Antonio fue tentado de manera tan terrible), sus pruebas, eran queridas por el Cielo para ver cómo sabrían reaccionar.

En «Fausto», Goethe volvió a tomar la idea del *Libro de Job* y la obra empieza también con una conversación entre Dios y Mefistófeles con respecto a Fausto. Ahora se sabe que Fausto existió realmente y que fue un gran mago. Vivía en la época de Lutero, de Paracelso, de Melanchton, de Agrippa, de Tritemo... Lutero le conocía, pero, claro, le recriminaba, le

trataba de secuaz de Satanás, de cloaca de todos los Diablos... La tradición relata que, en el pacto que concluyó con el Diablo, Fausto había pedido juventud, riquezas, poderes, todos los placeres... La duración del pacto, que había rubricado con su propia sangre, era de veinticuatro años; durante todo este tiempo el Diablo debía realizar sus menores deseos, hasta le hacía volar por el espacio. Pero cuando los veinticuatro años hubieron transcurrido, Fausto, que debía morir, se negó a someterse. Cuentan que la casa tembló toda la noche y que, a la mañana siguiente, le encontraron muerto, con el cerebro reventado; durante todo este tiempo el Diablo no había cesado de repetir: «Firmaste, firmaste, debes cumplir las reglas.» Fausto creía que todavía podía luchar. Pero no; durante un cierto tiempo el Diablo había obedecido, pero, después, se acabó. Así que, mis queridos hermanos y hermanas, hay que reflexionar y saber que nada sucede nunca exactamente como nosotros nos imaginamos.

El bien existe, por supuesto, y el mal también; pero hay una tercera escuela que dispone de las otras dos. Un día todo cambiará y habrá una nueva filosofía por encima del bien y del mal. Ya os lo dije, para esta filosofía todo sucede como para el sabio que tiene en su laboratorio toda clase de productos peligrosos, pero que sabe dosificarlos y combinarlos para

volverlos curativos; o como la Tierra... Para la Tierra también, nada es sucio, nada es rechazable. Entonces, ¿por qué el Iniciado no conocería lo que conoce la Tierra? ¿Por qué debe sucumbir ante una impureza, una ofensa, un ultraje? ¡Cuántos han sido envenenados con críticas, sobre todo los artistas! ¡Cuántos pintores, poetas, músicos, se han dejado morir de pena por culpa de calumnias, de cartas injuriosas, de artículos venenosos! Si el mal tuvo sobre ellos tal poder es porque fueron incapaces de utilizarlo para reforzarse.

La ciencia del futuro es aprender a transformar, a purificar, a utilizar todas las cosas para reforzarse. Esta filosofía invadirá un día el mundo entero, porque los hombres se darán cuenta de hasta qué punto es verdadera, evidente incluso. Los sabios, instintivamente, lo han realizado: se sirven de los venenos, del fuego, del rayo, de los torrentes, etc., y hasta, un día, utilizarán las bombas atómicas para producir calor y electricidad. Hasta ahora, una vez que las bombas han sido fabricadas ya no se sabe qué hacer con ellas... a menos de servirse de ellas para destruir. No sé si los sabios han pensado en ello, pero yo pienso que, en vez de hacerlas explotar bruscamente, podrían, lentamente, progresivamente, extraer la energía que contienen. Puesto que logran realizar muy lentamente la fisión del átomo, deben poder encontrar un medio de liberar muy lentamente la

energía acumulada en las bombas. Evidentemente, esto es mucho más peligroso, pero todo llegará. Lo que es seguro, en todo caso, es que, un día, de ciertos materiales, como el plutonio, o el uranio, con los que preparan las bombas atómicas, extraerán la energía para calentar y alumbrar las ciudades.

Si os han dado otras explicaciones sobre el bien y el mal que las que yo os he dado, debéis saber que éstas no corresponden a la verdad. A mí también me dieron las mismas explicaciones que a vosotros, pero tuve que darme cuenta de que su veracidad no se verificaba en ninguna parte, que toda la naturaleza decía lo contrario; mientras que lo que acabo de deciros, lo prueba toda la naturaleza. ¡Vamos, verificadlo, analizad, comparad!

Estudad al hombre. Si lo miramos arriba: su boca, su nariz, sus ojos, su cerebro, estamos maravillados; pero si miramos más abajo: el estómago, los intestinos, etc., nos quedamos un poco asqueados. Y, sin embargo, la prueba de que estas dos partes trabajan juntas es que el hombre se pasea siempre con lo de arriba y lo de abajo, que lo transporta consigo por todas partes; no se deja una mitad en alguna parte para quedarse sólo con la otra, la que le parece más decorosa y más estética. Entonces, ¿por qué en su pensamiento las ha separado?

Ambos lados trabajan juntos para asegurar la existencia y el desarrollo de todas sus facultades, y, si se enfrentan el uno al otro, es porque el hombre, por su ignorancia, ha introducido en sí mismo el desorden y la división. En realidad están juntos y trabajan juntos.

Si os cuento hasta dónde he llegado en mis reflexiones estaréis asustados. Imaginad que les pregunto a los teólogos, a los religiosos... a todos estos puritanos: «Bueno, díganme ahora cómo conciben el Paraíso, el Reino de Dios: cuando los seres llegan arriba, ¿piensan que han dejado la mitad de sí mismos en otra parte, o que están... completos? ¿Qué han hecho de todo eso que les repugna y asquea? ¡Explíquenmelo!» Dirán: «No hemos pensado en ello. – Entonces, falta algo en sus concepciones. Todos estos hombres y estas mujeres, allí abajo, ¿cómo son? ¿Tienen todos sus órganos, o sólo han conservado el cerebro, la cabeza, los ojos?» ... Es una pregunta muy embarazosa, ¿verdad? Y vosotros quizá tampoco hayáis reflexionado sobre eso y os extraña la pregunta. Diréis: «Es verdad, hay un Paraíso, pero ¿cómo es?, ¿dónde está?» Os aseguro que el paraíso que los religiosos conciben, ¡debe ser de un aburrido! ¡La prueba es que se dan prisa para volver a bajar a la Tierra!... No, comprendedme bien, os hablo así para mostraros que muchas

cosas no están muy claras, ni son muy lógicas, para ponerlos en una situación en la que toméis conciencia de ciertos problemas en los que nunca os habíais fijado. Éste es mi papel.

Ahora vais a preguntar: «Entonces, ¿cómo viviremos allí y cuándo será?» Pues bien, justamente, yo lo sé... Dios no creó al hombre para cortarlo en dos. Sería tan poco estético que los pintores y los escultores estarían asqueados al verle allí mutilado destruido. ¿Y para dar gusto a quién?... Dios es el esteta más grande y no creó al hombre de cualquier manera. Ni siquiera se sabe cuánto tiempo necesitó para crearlo. Diréis: «Sí, se sabe: un día, el sexto.» ¡Qué bien informados estáis! Un día... ¿Creéis que necesitó un día para crear al hombre tal como es, con todo lo que vemos y todo lo que no vemos aún de él, sus cuerpos luminosos? Tratad de ver, justamente, todo este esplendor y entonces comprenderéis por qué el Señor no puede destrozarse al hombre cortándole en dos para dar gusto a los ignorantes. Yo sé cómo son los seres allí arriba, en el Reino de Dios. Aquello que encontráis asqueroso, feo, vergonzoso, es, al contrario, tan bello, tan luminoso y grandioso que estos seres no pueden tener las mismas ideas que vosotros y querer hacer mutilaciones, porque están maravillados de la plenitud del hombre tal como fue concebido

en la cabeza de Dios, con todas las posibilidades de poder manifestarse en el esplendor y en la perfección.

Puedo deciros lo que sucede arriba, sólo que no me creeréis, estaréis sorprendidos. Me lo guardo, pues, para más tarde. Todos los libros sagrados hacen alusión a ello, pero todo eso no puede ser revelado todavía, hay que esperar a que seáis capaces de comprenderlo. Entonces sabréis lo que es vivir en el amor. Arriba, sólo existe el amor, no hay más que amor. Pero ¿bajo qué forma?... ¿de qué manera? Siento que no ha llegado aún el momento de revelároslo.

Poco a poco descubriréis qué lógico y verídico es lo que os digo, cómo corresponde a la realidad. Pero no os aconsejo que vayáis a verificarlo en los libros de los ignorantes; dirigíos al libro de la naturaleza, a la creación, ahí es donde veréis cómo lo que acabo de deciros está inscrito por todas partes. Es del libro de la naturaleza del que he sacado mi saber, y no de los libros humanos, que no reconozco. La Biblia, los Evangelios y otros libros sagrados, sí, pero no los escritos de hombres que no estaban instruidos ni iluminados. Los leo, a veces, por curiosidad, para mantenerme un poco al corriente, pero no busco en ellos la verdadera ciencia.

Todo está ahí, inscrito delante de nosotros en el libro de la naturaleza, pero hay que tener ojos para verlo. Sí, incluso lo que acabo de decirnos respecto al bien y al mal está constantemente delante de nuestros ojos y en nosotros mismos. Ahí tenéis de qué reflexionar para progresar. Y si los hay que creen que lo que digo va en contra de la religión, que estoy haciendo una revolución, pues bien, si son tan miedosos y tan débiles, ¡que se queden donde están! ¡Que sólo los que osen acercarse al verdadero saber continúen avanzando!

Para dirigir, dominar, o transformar el mal hay que ser un servidor de Dios. No basta con ser un servidor del bien, porque el bien, como os he dicho, está limitado. Puesto que el bien no ha conseguido vencer al mal, es que todavía no es Dios mismo, es sólo su mitad, y el mal es la otra mitad. El bien y el mal son hermano y hermana, si queréis, pero no son el Padre. Pero es hacia el Padre hacia el que hay que ir, porque él es quien gobierna al hijo y a la hija, o a los dos hermanos. Ir hacia el Padre es ser un servidor de Dios, y no sólo un servidor del bien. Hay que subir, pues, todavía más arriba para servir a Dios, que dirige el bien y el mal. Ahí es donde está el verdadero refugio. Evidentemente, arriba no hay mal, y en la medida en que el bien significa perfección, podemos decir que ser un servidor del bien es ser un servidor de Dios. Pero el

bien, tal como lo comprendemos intelectualmente, es decir, opuesto al mal, todavía no es Dios; sólo es su mitad.

Escuchadme atentamente. Os daré todavía otros ejemplos que os harán comprender la verdad de lo que os digo. Tomemos la circulación de la sangre. Si sólo existiese la circulación arterial la vida no sería posible, porque es necesario que todos los desechos se vayan, y entonces interviene la circulación venosa, la otra mitad. La sangre pasa por los pulmones, en donde se purifica, y cuando es pura entra en el corazón. Del corazón, pues, sale la sangre pura, el bien; sí, pero este bien, al cabo de un cierto tiempo, contiene de nuevo impurezas. ¿se ha estudiado bien lo que significa este fenómeno?

Volvemos a encontrar el mismo fenómeno en la circulación de los coches en las carreteras: hay izquierda y derecha... Si hubiese una sola dirección, un sentido único, ¿qué harían los coches que tienen que volver? ¿Sólo ida y no vuelta? – Otro ejemplo aún: en el pasado, e incluso en nuestros días en ciertos países, para hacer girar la rueda que sirve para moler el trigo, o para sacar el agua del pozo, se ponen hombres a ambos lados de la rueda y unos empujan en una dirección y los otros en la otra; parece que trabajan en sentido contrario, pero así es como consiguen que la rueda gire.

El bien y el mal, pues, están enganchados a la misma rueda; si sólo existiese el bien, no lograría hacerla girar. Quizá sea el primero que osa decir que el bien no es capaz de hacer todo el trabajo si el mal no le echa una mano. Diréis que es una fuerza contraria... Pero, justamente, ¡hace falta que sea contraria! Cuando queréis tapar o destapar una botella, os servís de las dos manos y éstas trabajan en sentido inverso, una empuja en una dirección y otra en la dirección opuesta, pero de esta forma es como logran ambas hundir el tapón o quitarlo. ¿Comprendéis ahora cómo las fuerzas contrarias trabajan para un objetivo determinado?... Es un proceso que está cada día delante de nuestros ojos, pero no lo veis.

Sèvres, 28 de diciembre de 1964 (por la mañana)

Notas

1.Cf. «*Sois dioses*», Parte II, cap. 1: «Naturaleza inferior y naturaleza superior».

2.Cf. *Las leyes de la moral cósmica*, Obras completas, t. 12.

3.Cf. «*Y me mostró un río de agua de vida*», Parte IX, cap. 1: «El río de la vida divina».

4.Cf *La Balanza cósmica – el número 2*, Col. Izvor n° 237, cap, V: «Dios, más allá del bien y del mal».

III - EL BIEN Y EL MAL: 2

Lo que os he dicho esta mañana, guardadlo para vosotros: si ahora vais a contárselo a todo el mundo, tendréis problemas. La gente no está todavía preparada para oír estas verdades. Mirad, vosotros habéis necesitado años para llegar a comprenderlas, y ni siquiera es seguro que las comprendáis todavía, ¡ya veis hasta qué punto la humanidad es víctima de tradiciones erróneas! Se necesitarán generaciones para que se cure.

Los humanos están luchando siempre consigo mismos y dividiéndose porque solamente se han fijado en la apariencia. Dicen: «Aquí está la luz y aquí las tinieblas... Aquí está la materia y aquí el espíritu... Aquí está el bien y aquí está el mal...» Pero esta división son ellos quienes la han inventado; los verdaderos Iniciados nunca han dicho semejante cosa. Siempre han creído en la unidad; la dualidad sólo es para ellos una manifestación de la unidad.

¡Y si supiesen aún dónde está el bien y dónde está el mal!... Pero no lo saben y luchan siempre. Luchan contra Dios mismo, tomándole por el Diablo, y, a menudo también adoran al Diablo, tomándole por Dios. Si por lo menos supiesen lo

que es bueno y lo que es malo, eso facilitaría las cosas, pero lo confunden todo. Pelearse, eso es lo que les interesa a los humanos; sea contra sí mismos, contra su sombra, o contra Dios, necesitan pelearse. Sí, Don Quijote... era contra molinos de viento, pero poco importa, había que declarar la guerra a alguien. Os lo digo, con el dualismo la paz no vendrá jamás.

Podría hablaros durante mucho tiempo sobre este tema, pero no serviría de gran cosa, porque todavía no estáis preparados para estas verdades. ¡Tratad de comprender a los humanos! Dicen que los órganos genitales son vergonzosos, asquerosos, diabólicos, que todas las tentaciones vienen de ahí, pero, mira por donde, con estos órganos crean los hijos... Así que, ¿todos los hijos son diabólicos? ¡Qué lógica! Y, si estos órganos conducen al Infierno, ¿por qué cuando los sabios, los santos y los Iniciados vienen al mundo, la sabiduría de Dios les hace pasar por estos lugares? ¿Cómo se puede aceptar una teoría así, y por qué la habéis aceptado vosotros durante tanto tiempo? ¿Por qué la Iglesia lo decía?... Un día la Iglesia se verá obligada a admitir muchas cosas que ella había condenado y rechazado.

No creáis que soy el primero, o el único, que piensa de esta manera sobre el bien y el mal. En la antigüedad había seres que conocían estas verdades, pero no las revelaban o, si las

revelaban, lo hacían con unos términos tan oscuros que no las comprendieron. Hace miles de años, mucho antes que Jesús, Hermes Trismegisto dijo en la Tabla de Esmeralda: «Abajo es como arriba, y arriba es como abajo para hacer los milagros de una única cosa.» ¿Habéis comprendido lo que significan estas palabras? Son la quintaesencia de lo que acabo de deciros. Sólo que Hermes Trismegisto no lo explicó, lo resumió. Abajo... ¿qué entendía por «abajo»? ¿Y por qué empezó por abajo, y no por arriba?...

Y Hermes Trismegisto termina la Tabla de Esmeralda con estas palabras: «Por eso me llaman Hermes Trismegisto (Trismegisto significa «tres veces grande»): porque poseo la ciencia de los tres mundos.» Si recibió este nombre de Trismegisto es porque conocía el secreto de la unidad, sabía cómo servirse de esta fuerza única con aplicaciones múltiples, gracias a la cual tenía todos los poderes. Es también de esta fuerza de la que se dice que, quien la posea, tendrá toda la gloria del mundo. Y, si Hermes Trismegisto la poseyó, ¿por qué otros no pueden también poseerla?

La dualidad no es otra cosa que una expresión de la unidad. El número 1 es el primero y el único número. Únicamente existe el número 1, eso es lo que hay que comprender. ¿Y qué representan entonces el 2, el 3, el 4, etc.?... Divisiones del 1.

Arbitrariamente dividimos el 1 en 2, 3, 4, 5, 6... y cada división se representa como un nuevo número, cuando no es más que una visión diferente del 1. Entonces, ¿qué es el 2? Es el 1 polarizado. Tomad un imán: está polarizado, pero no está dividido, es 1 y sigue siendo 1. En ninguna parte el 2 está separado del 1. Cualquier objeto... o incluso el hombre, tiene dos extremidades, dos polos, pero sigue siendo 1. ¿Y el 3? Pues bien, son los dos polos que han permanecido relacionados y que actúan el uno sobre el otro para producir un ser, o un objeto, que es el 3; pero el 3 tampoco está separado. Y el 4, el 5, son también nuevos aspectos del número 1; individualmente no existen, sólo el 1 existe.

Hasta ahora se ha pensado siempre que cada número tenía una existencia propia, que está el 1, luego el 2, después el 3, es decir, que todos los números están en el mismo plano que el 1. No, sólo el 1 existe: Dios es amor, es el padre, la causa, el origen de todo. Pero eso no lo han comprendido y creen que el 1 y el 2 existen separadamente, es decir, que Dios y el Diablo son iguales, que tienen el mismo poder. Es falso, el Diablo no existe separadamente para enfrentarse a Dios. El Diablo es un aspecto de la unidad; está lejos, en alguna parte del Todo, pero sigue estando conectado con esta unidad. Fijaos en las cloacas: no están separadas de la ciudad.

Evidentemente, el problema del mal nunca ha sido explicado de esta manera. Pero ahora lo veis, hay un solo número, el 1; todos los demás son aspectos, divisiones múltiples del 1, que los contiene a todos. Es imposible salir de Dios, de este 1. Ésta es la verdadera filosofía que siempre se ha enseñado en los templos, en los Misterios. Pero a la masa de los humanos le han dado pequeños juguetes para que se entretenga: le han dejado creer lo que quisiera.

Sólo es necesario conocer el 1, porque éste contiene todos los demás números. Es inútil ir a buscarlos en otra parte que no sea el 1, no están. Todos aquéllos que no se han quedado en el 1, que representa a Dios, han encontrado al Diablo que venía a atormentarles, y Dios desaparecía de su cabeza, ya no pensaban en Él. Mirad durante la Edad Media, en las catedrales, por todas partes, dibujaban y esculpían al Diablo, los sufrimientos de los condenados en el Infierno, etc., y de Dios, ni siquiera hablaban... ¿Qué representaba este pobre Buen Dios, puesto que el Diablo era tan poderoso?... ¿Veis?, ¡qué extravío, qué caída!... La falta más grande de la humanidad es haber querido salir del 1, porque, si pensasen en el 1, todo lo que es negativo y hostil desaparece, y el Diablo con ello; sólo queda Dios.

También hay que estudiar al hombre desde el punto de vista de la unidad. Aunque el hombre se divida en 2: alma y cuerpo, individualidad y personalidad, interior y exterior, arriba y abajo, espíritu y materia, emisivo y receptivo, cóncavo y convexo, hombre y mujer, bien y mal, cielo e infierno, sigue siendo 1. Podemos también dividirlo en 3: cabeza, tronco y miembros, o cabeza, pulmones y vientre, pero siempre sigue siendo 1. Los alquimistas lo dividen en 4, los teósofos en 7, otros aún en 9 o en 12, pero continúa siendo 1. ¿Quién tiene razón? Todos tienen razón; que dividan al hombre en tantas partes como quieran, siempre seguirá siendo 1.

Trabajad, pues, con el 1, porque no hay ni 2, ni 3. Aunque lo dividáis hasta el infinito, con sus órganos, sus nervios y sus capilares, no salgáis del hombre, es decir, de la unidad. La unidad es, pues, lo interesante. Cuando dividís al hombre, lo mutiláis, lo mortificáis, lo disgregáis, mientras que, si le veis siempre en su unidad, le conserváis la vida y el vigor.

El número 1 es la armonía, la plenitud, la inmortalidad, mientras que los demás números ya aportan la disgregación. El 2 es la guerra, el antagonismo, el bien y el mal, Ormuz y Ahrimán, el día y la noche. El 3 los reconcilia por un momento; es el hijo que dice: «papá, mamá, ¡no discutáis!...» y les abraza. Entonces, por amor al hijo, los dos hacen un poco

las paces, pero siguen discutiendo, de todas formas, incluso con el hijo. ¡Ya sabéis como suceden las cosas!... Después viene una hija, el 4, y de nuevo es la guerra, porque la madre prefiere a su hijo y el padre a su hija. Y las discusiones empiezan de nuevo, no tienen fin... Solamente en el 1 se encuentra la paz.

Acordaos de lo que os dije esta mañana: debéis ir más allá del bien y del mal. El bien no basta, porque hasta ahora no ha logrado resolver el problema del mal, puesto que está siempre en guerra contra él y no consigue vencerle. Y el mal tampoco consigue fulminar al bien; lo quema, lo persigue y lo extermina, pero el bien siempre renace, crece y se propaga por todas partes, ¡porque también es tenaz! No hay, pues, nada que hacer con el bien y el mal, hay que estar por encima de ellos.

Habéis leído en la Biblia que en el jardín del Edén había dos árboles: el Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal, que Adán y Eva no debían tocar, y el Árbol de la Vida, de cuyos frutos podían comer.² ¿Por qué? Porque, contrariamente a los del otro árbol, los frutos del Árbol de la Vida les elevaban por encima del bien y del mal. Cuando hemos comido de los frutos del Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal, empezamos a probar, unas veces el bien y otras veces el mal; unas veces la

alegría y otras veces la tristeza; nos sentimos bien y después estamos enfermos; somos felices y después desgraciados. Esta división en el hombre es la manifestación del número 2. Para que esta lucha cese debemos remontar a la fuente, comer de los frutos del Árbol de la Vida. El Árbol de la Vida es la unidad. ¿Y cómo volver a la unidad? Cuentan que un Arcángel armado con una espada llameante impide la entrada al Paraíso... Sí, pero existe, sin embargo, un medio de entrar, y es el amor, el amor al Creador, un amor tal que el Arcángel os permitirá entrar, porque Dios le ha dicho: «Sólo dejarás entrar a los seres que están agradecidos, que son puros y están llenos de amor.» El Árbol de la Vida existe, está ahí, es real, podemos tener acceso a él y comer de sus frutos, pero primero debemos purificarnos y transformarnos.

En los tiempos antiguos los Iniciados sólo predicaban la filosofía de la unidad. Más tarde apareció la dualidad: en la religión de los persas, por ejemplo, el maniqueísmo, o en el cristianismo, que presenta al Diablo como un adversario de Dios. Dios no tiene adversario y no puede tenerlo, todo se inclina ante Él, todo le obedece, porque es el Creador. Nosotros, sí, quizá tengamos adversarios, porque somos ignorantes y transgredimos las leyes sin cesar, ¡pero no Dios!

Debéis desprenderos, pues, de todo lo que habéis comprendido mal y que retarda vuestra evolución, porque únicamente la filosofía de la unidad os salvará. «No hay otro Dios que Dios, dicen los musulmanes, y Mahoma es su profeta.» Hubieran debido añadir que existen también otros profetas, además de Mahoma, pero la primera mitad de esta fórmula es magnífica. «No hay otro Dios que Dios» ... No le reconocen ningún adversario, pero saben que existe uno que trabaja contra los humanos y le llaman Chaïtan. ¿Veis?, es el mismo nombre de Satanás (*Satán*), al que los egipcios llamaban Seth. Para los cabalistas y los astrólogos, Saturno, Sabbat, Satán, Chaïtan, es la S, la Serpiente, la gran Serpiente que representa al Diablo. No es por casualidad que exista una correspondencia entre todos estos nombres.

El hombre lleva esta serpiente en sí mismo, en su columna vertebral, porque la columna vertebral representa la serpiente. La volvemos a encontrar también en las manos, que representan una serpiente que se enrosca.

En el caduceo de Hermes hay también dos serpientes. ¿Por qué? El caduceo es la columna vertebral, con las dos corrientes Ida y Pingala.³ Son las dos fuerzas con las que

trabajan los Iniciados; son, pues, también, las dos manos. Pero ya os hablé de eso en las primeras conferencias. Os dije también que no debíais poner el pulgar dentro de la mano cerrada, porque es un signo de debilidad. Poned siempre el pulgar en el exterior, fuera, bien visible.

Me gustaría volver aún sobre esta cuestión de la unidad. Por encima de la dualidad, de la polaridad, está el 1. Nunca os he dicho que no estudiéis los demás números, no, hay que estudiarlos, pero sabiendo que sólo son aspectos, manifestaciones del 1, y volviendo siempre al 1. Todavía os es difícil comprenderme, pero un día comprenderéis. De momento, retened solamente que los demás números sólo existen aisladamente en las clasificaciones, los análisis, los esquemas, y que, en realidad, todo está comprendido en el 1.

En todo caso, no os aconsejo que propaguéis demasiado lo que acabo de deciros, porque los humanos están tan influenciados aún por las viejas ideas que les han inculcado, que no sólo no podrán comprender, sino que os acarrearán problemas. Cuando Juan Huss ardía en la hoguera, vio a una vieja que echaba más madera al fuego y dijo: «¡Oh sancta simplicitas!» (¡santa inocencia!). Evidentemente, ella creía que obraba bien... Y muchos son así, os quemarían con placer, pensando que hacían un servicio al Señor. El Señor necesita,

sin duda, que quemen a los heréticos, está ávido de sangre y de llamas; ¡le habrán consultado, sin duda!... Y vosotros también seréis quemados bajo otra forma si reveláis estas verdades a los brutos. Si la Inquisición existiese aún, hace tiempo que me habrían quemado veinte veces, y por menos que todo eso, porque la estrechez y la ignorancia humanas son espantosas.

Hay casos en los que nos vemos obligados a dejar a la gente con su ignorancia, a dejarles sufrir sin comprender nada de la grandeza y el amor de Dios. Vosotros mismos os hacéis a veces la pregunta: «¿Por qué no viene Dios a sacarnos de nuestros sufrimientos y de nuestras desgracias?» Es porque hemos puesto entre Él y nosotros tantas barreras, tantas ideas falsas y arbitrarias, que no puede llegar a ayudarnos. Y entonces, lo que queda en la cabeza de los humanos es que Dios está lejano, que es inaccesible, que no les oye, mientras que el Diablo, en cambio, está muy cerca, les oye y puede satisfacerles. Probadlo, haced una encuesta y veréis si la gente no piensa así: «Este Dios al que suplicamos desde hace tanto tiempo es inaccesible... está sordo... dormido... Mientras que el Diablo, que está bien despierto, inmediatamente está ahí.» Es verdad, pero los humanos no saben que son ellos mismos los que han puesto esta distancia, los que han cavado un abismo entre ellos y Dios. En realidad, ningún ser está tan

cerca de nosotros, ningún ser nos ama tanto como Dios, ningún ser quiere ayudarnos tanto como Él; pero nosotros debemos desembarazarnos de todo lo que impide que este amor llegue hasta nosotros.

¿Os acordáis?, un día os decía que el Sol, que es capaz de hacer mover los planetas, que hace surgir la vegetación y que puede llegar a provocar epidemias, guerras y toda clase de acontecimientos con un simple cambio de las corrientes que envía, el Sol es impotente ante las cortinas corridas... O, más bien, podría quitarlas, pero no quiere; a nosotros nos corresponde quitarlas, y entonces él entrará para iluminarlo todo. Pero no puede quitar una cortina. Aunque le supliquéis durante millones de años: «Entra, querido Sol, entra en mi casa, ilumíname, ¡eres tan bello!», os responderá: «No puedo... No puedo... Debes quitar las cortinas.» ¡Y esperamos ahora que Dios quite las cortinas! No, no, y aún a riesgo de pasar por blasfemos, os diré: Dios lo puede todo, pero es extremadamente débil ante las cortinas corridas... A nosotros nos corresponde quitarlas.

Los cristianos piensan que Dios lo puede todo. Sí, salvo quitar las cortinas que nosotros mismos hemos tejido, consciente o inconscientemente. Cuando el Sol entra en nuestra habitación todo se vuelve bello, todo se ilumina, pero

antes había sido necesario hacer el gesto: quitar las cortinas. Y, entonces, ¡qué luz! ¿Veis, pues? Aunque yo quiera quitar las estupideces acumuladas en la cabeza de los humanos, no puedo hacer nada sin su ayuda, si no aceptan apartar las cortinas que ellos mismos, u otros, han tejido. Si Dios no puede, si el Sol no puede, yo tampoco podré.

De momento, antes de hablarles del bien y del mal, presentadles a los humanos otros temas. Pero vosotros, desde ahora, cesad de dejaros engañar por todas estas divisiones que sólo son útiles para explicar claramente ciertas cosas. En realidad, hay que hacer síntesis, y no divisiones. Todas las divisiones están comprendidas en la síntesis y no podemos salirnos de la síntesis. Incluso los análisis deben hacerse en la síntesis, porque, si no, conducen a la muerte.⁴ Es esto tan cierto que hay que esperar a que el hombre sea un cadáver para disecharlo. El análisis, tal como se comprende, es sinónimo de muerte; para llevar a cabo el análisis nos vemos obligados a quitar todos los elementos que producen y conservan la vida. Pero, en el futuro, el análisis se hará de forma diferente. Por ejemplo, para conservar la vida, la unidad, se estudiará el fruto en el árbol, sin desprenderlo de él. Estudiar un cadáver de fruto, o de hombre, no puede sino darnos una idea errónea,

mientras que estudiarlos con vida nos conduce a conclusiones verídicas.

Pero terminemos. No es fácil resolver los problemas del bien y del mal. Aquello que los hombres llaman habitualmente mal, ¿acaso es un mal para el cosmos entero? ¡Y cuántas veces un mal, del que nosotros nos quejamos, es un bien para otro! Si perdéis vuestro monedero, es un mal para vosotros... pero ¿y para el que lo encuentre? Matar animales para vender su piel, o para hacer morcillas, jamones y toda clase de charcuterías es un bien para los hombres, pero ¿y para los pobres animales?... Y si los coches van por las carreteras en dos direcciones opuestas, ¿dónde está el mal? No deben chocar, eso es todo. No hay ningún mal en que las circulaciones venosa y arterial vayan en dos direcciones opuestas, pero no deben mezclarse, porque, si no, se produce la enfermedad azul. Tampoco hay ningún mal en que cada ciudad tenga cloacas para evacuar todo lo que tira la gente, pero no hay que caer en ellas. Y así sucesivamente para todo lo demás.

El mal, pues, no se encuentra en el hecho de que existan fuerzas opuestas, porque éstas hacen un trabajo. Pero si, en vez de hacer el trabajo determinado por la Inteligencia cósmica, estas fuerzas chocan entre sí, se combaten y se

aniquilan mutuamente, ahí está el mal. Es como el fuego y el agua. ¡Cuántas cosas extraordinarias podemos producir poniendo el agua sobre el fuego!... pero con una pared que los separe, porque, si no, el fuego hará evaporar el agua, y el agua apagará el fuego, lo que sucede en todos los dominios de la vida cuando se es ignorante. Las fuerzas, los venenos sólo son nocivos para el hombre que no está suficientemente instruido, ni es suficientemente fuerte para utilizarlos. Pero para la naturaleza no hay mal.

Todas las criaturas se ven obligadas a comer y a beber, pero después deben eliminar todo aquello que ya no es útil para su organismo y que se encontraba, sin embargo, en el alimento que era bueno. Así, el Infierno, con sus habitantes, debe ser considerado como el lugar en donde están acumulados todos los desechos de todas las criaturas. Esta imagen explica que el Infierno es una consecuencia de todas las impurezas y las maldades que las criaturas mismas han expulsado; y, si no llegan a purificarse y a perfeccionarse, ellas mismas son atraídas a este Infierno por las leyes de la atracción y de la afinidad.; no pueden escaparse.

¿Acaso existe el Infierno verdaderamente en alguna parte en el espacio, o es solamente un estado de conciencia, una vibración, una longitud de onda? En otra ocasión hablaremos

de este tema.⁵ Recordad solamente que Dios está por encima del bien y del mal y que, para elevarse por encima del bien y del mal, hay que llegar a ser uno con Él.

Sèvres, 28 de diciembre de 1964 (por la tarde)

Notas

1.Cf. «*En espíritu y en verdad*», Col. Izvor n° 235, cap. V: «De la multiplicidad a la unidad».

2.Cf. *El árbol del conocimiento del bien y del mal*, Col. Izvor n° 210, cap. I: «Los dos árboles del Paraíso».

3.Cf. *Centros y cuerpos sutiles*, Col. Izvor n° 219, cap. V: «La fuerza kundalini».

4.Cf. «*Y me mostró un río de agua de vida*», Parte VII, cap. \$: «El armazón del universo. Análisis y síntesis».

5.Cf. Obra cit. Parte X, cap. 5: «Infierno, Purgatorio y Paraíso».

IV - CÓMO MEDIRSE CON EL DRAGÓN

Quizá os extrañe lo que os digo sobre la vanidad, pero es la verdad. Si tomáis la decisión de movilizar la vanidad para servir a una idea, se convertirá en una fuerza formidable que os estimulará, que os proyectará hacia el Cielo y, un día, ya no será vanidad, sino gloria divina. El orgullo, la ira, la fuerza sexual, son también fuerzas que podemos utilizar para el bien o para el mal, es decir, para una idea divina o para nuestro placer y nuestro propio interés.¹ Ya, en el pasado, cuando os decía que podemos utilizar los defectos y los vicios, muchos se extrañaban porque creían que, al contrario, había que desembarazarse de ellos. Pero, en el futuro, los humanos serán tan inteligentes que, en vez de luchar contra estas fuerzas (sin que, por otra parte, lleguen a aniquilarlas) se servirán de ellas para llegar a ser más poderosos y más ricos en todos los dominios.

Hasta ahora la religión ha hablado siempre de arrancar el mal, de desenraizarlo, de extirparlo, sin saber que contiene unos poderes formidables. Tomad el ejemplo de algunos místicos, de algunos religiosos que habían decidido no volver a mirar un rostro de mujer, porque las mujeres eran una

tentación, ¿comprendéis?; el Infierno, el Diablo, las había creado, y había que huir de ellas para evitar caer en sus trampas... Así que no salían, o se refugiaban en las grutas y los conventos. ¿Y qué lograban? Ya no había vida en ellos, las fuentes se secaban, su cara se arrugaba y eran desgraciados. Ya no sentían ningún impulso, ningún gozo, y pensaban que de esta manera se habían convertido en santos. ¡Pero la santidad no es eso! En el pasado generaciones enteras siguieron este camino, pero ¿cuál fue el resultado?... Evidentemente, algunos de estos miles de místicos tenían verdaderamente dones, una inteligencia y una voluntad extraordinarias que les permitió superar esta falta de vida, pero, de todas formas, ellos tampoco se desarrollaban. ¿Por qué? Porque no sabían que la fuerza sexual es una fuerza primordial que Dios ha dado para el bien de la humanidad.

En el futuro habrá una nueva filosofía que enseñará a los hombres y a las mujeres cómo utilizar todos estos impulsos que se dan mutuamente, la maravilla y felicidad de contemplarse para estar siempre inspirados, para llegar a convertirse en genios, en divinidades. Gracias al amor, que vendrá a sostenerles y a ayudarles, a propulsarles, en vez de secarse estarán vivos, serán bellos y expresivos.² Mientras que, en el pasado, los que no conocían esta filosofía se volvían

apagados, amargados, eran desgraciados, porque, aún tratándose de la misma fuerza, en vez de ayudarles les destruía completamente. Sí, la misma fuerza. No os aconsejo, pues, que adoptéis las concepciones erróneas del pasado, porque dan muy malos resultados. Ni siquiera los psicoanalistas consiguen salvar a esta gente; nadie puede ayudarles, salvo una enseñanza iniciática que enseña al hombre cómo servirse de sus fuerzas instintivas para evolucionar.

Y para la vanidad la solución es exactamente la misma que para la fuerza sexual. Mientras la vanidad no ha sido puesta a trabajar, no ha sido movilizada, orientada, debilita el hombre: éste quiere mostrar ante los demás lo rico, lo suntuoso, lo glorioso que es, y todo su dinero se va, su vanidad le arruina. Y hasta todas sus otras energías, las energías intelectuales y morales, son desviadas, absorbidas y utilizadas por la vanidad. La vanidad, pues, puede empobreceros completamente, material y psíquicamente. Pero si la utilizáis para recibir un impulso, para propulsaros, como se utilizan los carburantes, la gasolina o el carbón, por ejemplo, podéis hacer muchas cosas. Siempre se quiere suprimir lo negativo, arrancarlo, matarlo, exterminarlo, desenraizarlo, y quedarse sólo con lo positivo. Pero, si trabajáis solamente con lo positivo, os faltará siempre

un elemento, porque, si existe lo negativo, es porque ha sido puesto ahí por la Inteligencia cósmica para servir para algo.

Ahí tenéis unas nociones completamente nuevas que se alejan de lo que se enseña en la moral y en la religión. Es un poco pronto para haceros estas revelaciones, pero os digo que, en el futuro, estudiarán esta cuestión y se darán cuenta de que podemos servirnos de las potencias del Infierno; sólo que debemos aprender a hacerlo.

Lo primero que debemos saber es que el mal sólo puede ser benéfico en dosis homeopáticas. Todos aquéllos que no lo saben son víctimas de él, porque, en dosis alopáticas, el mal es un poder terrible que lo destruye y saquea todo. Por eso la religión siempre ha prescrito huir de él, o combatirlo, y trabajar solamente con el bien. Quizá ella tampoco sabía que el mal puede ser utilizado. Pero, si Dios le ha dado al mal, como al bien, la posibilidad de manifestarse, es porque hay una razón para ello. Evidentemente, mientras los humanos sean débiles, es muy arriesgado revelarles la utilidad del mal; se necesitan hombres muy fuertes, muy inteligentes, para soportar estas revelaciones. Pero, más tarde, cuando la Ciencia iniciática esté propagada, poco a poco iluminará estas profundidades desconocidas que se llaman mal, Infierno, tinieblas, abismos.³

Hasta ahora sólo os he revelado un aspecto de las cosas, el aspecto positivo, espiritual, celeste. Pero, para ser perfectos, para llegar al último grado de la Iniciación, el discípulo no debe descuidar nada y ocuparse también del otro lado. Hermes Trismegisto decía: «Abajo es como arriba, y arriba es como abajo.» Sólo que, como no explicó en la Tabla de Esmeralda lo que entendía con estas palabras, «abajo» y «arriba», los ocultistas han creído que quería decir que los hombres, los animales, los árboles, todo lo que hay abajo, en la Tierra, es como lo que hay arriba, en el Cielo. Esto es lo que han comprendido, porque, en realidad, no han penetrado en el pensamiento íntimo de Hermes Trismegisto. Sin embargo, si fue llamado Trismegisto, es, justamente, porque poseía la ciencia de los tres mundos: el mundo de arriba, el mundo intermedio y el mundo de abajo.

Pero para explorar el mundo de abajo hay que ser luminoso, fuerte, y estar bien protegido, mientras que, actualmente, se lanzan a descubrir el subconsciente sin gran luz y sin gran sabiduría. Sin embargo, incluso torpemente practicado, el psicoanálisis es un signo de que ha llegado el tiempo para el hombre de explorar las regiones oscuras y desconocidas de su ser. De momento no hace sino empezar, se aventura, tanteando, sin saber bien cuál es la organización y la

estructura de estas regiones, ni cómo se agrupan los materiales y los elementos de las que están formadas, ni cuáles son los poderes y las entidades que trabajan en ellas. Los humanos se han lanzado al dominio del subconsciente sin estos conocimientos previos, porque son audaces, pero también porque son impulsados en esta dirección por unas fuerzas determinadas: las fuerzas de Acuario. Los que han empezado son médicos o universitarios que no están suficientemente preparados, porque solamente los Iniciados poseen estos conocimientos. Pero, aún con los medios limitados de los que disponen, encuentran fragmentos de verdades, y ello es una prueba de que llega el momento de descender para penetrar y explorar este otro lado de la creación.

Hasta ahora sólo os he hablado de la supraconsciencia, de la conciencia de sí y de la consciencia, es decir, de todo aquello que es llamado «arriba» según la Tabla de Esmeralda, porque todavía no estabais preparados para afrontar los poderes del subconsciente. El subconsciente está formado por numerosas capas, y lo que los psicoanalistas estudian no es, a menudo, más que la superficie. En las capas más profundas se encuentra el Infierno, porque el Infierno es eso, el otro polo, y aquéllos que se aventuran en él sin estar preparados, son comidos, exactamente como si descendiesen a una región en

donde se hubiesen dejado a las fieras en libertad. Sí, es muy peligroso, es muy arriesgado descender a las profundidades de la naturaleza humana sin estar bien instruidos y bien protegidos con armas de todas clases, porque, cuando despertamos las fuerzas hostiles y nauseabundas, somos atacados.

Y ahora vamos a ver que «abajo» no es exactamente este lugar asqueroso y vergonzoso que los religiosos han presentado. Porque abajo, justamente ahí, es donde se realiza la creación de donde los niños nacen; es de ahí de donde proviene la vida. Abajo es también el centro del ser humano, mientras que arriba no es más que la periferia. Los libros de alquimia y los Evangelios mencionan este centro, y Basilio Valentín, en su libro «Las doce Llaves», lo llama el centro de la Tierra, allí donde arde el fuego; es a esta región, dice, a la que hay que descender para encontrar la piedra filosofal. Pero esta Tierra al centro de la cual hay que descender es nuestra Tierra, el interior de nuestro ser. Ahí es donde debemos buscar los tesoros enterrados. Este centro es la fuente de la vida, desde allí la vida mana, circula y sube; y hasta el cerebro es alimentado y funciona gracias a este centro.⁴ En cuanto el ser humano se aleja de él, pierde su equilibrio, ya no domina sus pasiones y está a la merced de todas las fuerzas negativas.

Existen métodos, dados por los Iniciados, para penetrar en este centro y encontrar en él el equilibrio y extraer de él energías, una abundancia, un plus de fuerzas vitales. Es posible que, pronto, os dé algunos de estos métodos para que aprendáis a juntar los dos extremos, arriba y abajo, abajo y arriba, porque así es cómo el ser humano realiza en él la plenitud. Evidentemente, hay peligros, porque, desde el pasado más lejano todo lo vicioso y tenebroso se ha acumulado en este centro. Pero, si sabemos cómo proceder, tomando solamente partículas pequeñas, descubriremos que el mal aporta, justamente, el elemento que faltaba para tener la plenitud.

Se dice en el Talmud que al final de los tiempos los Justos, es decir, los Iniciados, harán un banquete con la carne del Leviatán, el monstruo que vive en el fondo de los océanos. Sí, será descuartizado, salado y conservado en frigoríficos y, cuando llegue el momento, todos los Justos se deleitarán con algunos pedazos de la carne del Leviatán. ¡Qué perspectiva más divertida! Si hubiese que comprenderlo literalmente, creo que muchos, cristianos, estetas, estarían verdaderamente asqueados. Hay que interpretarlo, pues, y ahí tenéis la interpretación. Puesto que el Leviatán, que es un monstruo, debe deleitar a los Justos, eso significa que, si sabemos

servirnos del mal, éste se convierte en una fuente de riquezas y de bendiciones.

Mirad las fuerzas de la naturaleza, como el rayo, la electricidad, el fuego, los torrentes... Ahora que el hombre sabe cómo dominarlas y utilizarlas, se enriquece. Y, sin embargo, al principio eran fuerzas hostiles, eran el mal. Y el odio, la ira, los celos, etc., son venenos; pero en las nuevas farmacias de la Fraternidad Blanca Universal aprenderéis a utilizarlos, incluso se os darán métodos para servirlos de todas estas fuerzas negativas que poseéis en abundancia. ¡Alegraos! Hasta ahora los hombres se tiraban de los pelos diciendo: «Seré condenado... Seré condenado... arderé durante toda la eternidad en un lago de fuego y de azufre...» Mientras que, ahora, ¡qué buenas perspectivas se presentan ante vosotros! Pero no hay que lanzarse a tumba abierta sobre el mal para comerlo a grandes pedazos. Hay que comer solamente un electrón, un átomo, y digerirlo bien

En el futuro, aquéllos que sean audaces estudiarán estos problemas de los celos, del odio, del miedo, de la fuerza sexual, y aprenderán a utilizarlos; incluso llenarán frascos con ellos para ponerlos en su farmacia y que no les falte de nada el día que lo necesiten. Ahora todo debe cambiar en vuestra cabeza. Ya no debéis tener miedo del mal, y, de esta manera, la guerra

se detendrá. Siempre hay una guerra interior en los religiosos, en los místicos, en los espiritualistas, porque no han comprendido nada de la creación, de la vida; continuamente se están peleando consigo mismos, porque piensan que el bien debe aniquilar al mal... Pero el mal es tenaz y no logran aniquilarlo. Ahora, pues, en vez de pelearos con él, tenéis que utilizarlo, para que ya no haya más lucha y división, sino un trabajo. Por eso los Iniciados ya no luchan; han comprendido que nunca se llega a matar el mal y viven en la paz.

Podemos domar al mal, cloroformarlo, utilizarlo, descuartizarlo para comerlo, pero no podemos matarlo. Y ¿veis?, en el *Apocalipsis* no se dice que se matará al Dragón, que representa el mal. Se dice solamente que se le atará se le echará al abismo durante mil años (pero hay que comprender lo que significan estos mil años); y, después, lo dejarán salir. ¿Acaso quiere decir esto que el mal reinará de nuevo? ¡No!, porque durante estos mil años se le habrá educado. Nadie ha pensado nunca lo que fabricarían abajo con el Dragón. Pues bien, para quitarle las uñas, las garras y los dientes tendrá educadores, pedicuros, manicuros, dentistas... y cuando salga se habrá vuelto inofensivo. ¿Veis?, nadie ha pensado sobre eso. Mientras que yo, por curiosidad, fui a preguntar y me dijeron: «Veamos, veamos, ¡no se puede dejar al Dragón

durante mil años sin ocuparse de él!» Así que, le educarán, y saldrá habiendo sentado la cabeza, casi como un servidor de la humanidad. Porque hay educadores, ¿sabéis?, incluso bajo tierra. ¡Ahí tenéis una nueva filosofía, una nueva ciencia, una nueva religión!

Tampoco se ha explicado nunca por qué, antes de subir al Cielo, Jesús descendió a los Infiernos.⁵ ¡Se dice que fue allí abajo a liberar a algunos desgraciados!... Pero esto es una respuesta demasiado rápida. ¿Por qué Jesús debía descender a los Infiernos? ¿Qué son los Infiernos y qué representan en el hombre? Representan la fuente de la vida. Sí, ¿por qué ha inventado Dios hacernos venir al mundo a través de esta región, que se dice vergonzosa, asquerosa, diabólica? He ahí unos misterios que todavía no han sido aclarados, pero que lo serán un día, porque se dice que en los últimos días todo será desvelado.

Los últimos días, claro, no son los últimos días definitivos, sino los últimos días de una época. Siempre están los últimos días de una época que se acaba y los primeros días de una nueva época; hay que comprenderlo. Varias veces han predicho el fin del mundo para tal o cual año, y, entonces, muchos se preparaban a morir, los pobres, pero el mundo no se acababa. Era sólo una época la que había terminado. Había

que comprender que «el mundo» significaba una época. Y los últimos días del mundo también los vivimos ahora, porque una nueva época viene. En un periódico que leí anteayer vi, incluso, que hablaban de un nuevo tipo de hombres, de una nueva humanidad que iba a aparecer en la Tierra. ¿Veis?, los hombres tienen antenas, a pesar de todo; sienten que algo nuevo va a producirse en el mundo. Evidentemente, no pueden decir exactamente lo que será la nueva raza, los hombres de Acuario, porque se basan solamente en datos científicos.

¡Ah!, claro que pueden elucubrar diciendo que estos hombres irán a la Luna y que allí construirán toda clase de instalaciones... que después irán a Marte, etc. Es posible, claro, pero cómo será el alma humana, cómo pensarán y sentirán los hombres, cuáles serán sus cualidades y su vida, todo eso no pueden predecirlo, porque no tienen los elementos para hacerlo, están demasiado influenciados por la ciencia oficial. Pero no saben las peripecias que esperan a la ciencia, y puede que su camino tome una dirección que la lleve hacia la Ciencia iniciática. Ponen esperanzas en tal o cual descubrimiento, en la evolución de tal o cual técnica, y lo que va a suceder es que la ciencia va a orientarse de forma

diferente. Sí, porque la ciencia no avanza en línea recta, sino en espiral, y pronto se juntará con la Ciencia iniciática.

Es extremadamente importante para el hombre saber utilizar todas sus debilidades. En el futuro éste será el aprendizaje que deberéis hacer. Por otra parte, ya habéis empezado; muchos de vosotros han empezado y, en vez de tratar de desembarazarse definitivamente de las fuerzas negativas que les atormentan, procuran utilizarlas para llegar a ser más fuertes. ¿Cómo utilizar la duda, por ejemplo? Siempre se trata de una cuestión de orientación. En vez de dudar de la Inteligencia cósmica, de la existencia del Señor, de la bondad de los demás, ¿por qué no dudar de uno mismo, de la veracidad de su punto de vista y decirse: «¿Acaso tengo razón? ¿Acaso estoy en la verdad? ¿Acaso no existe una forma de razonar mejor que la mía?» Y ponerse a buscarla.⁶ Desgraciadamente, ahí creen absolutamente, no dudan. Dudan de todo lo demás, salvo de su razonamiento limitado ¡y se meten en un lío! Esto no es inteligente.

En vez de creer que todos nuestros deseos y nuestras codicias son válidos, legítimos, maravillosos, y de defenderlos, debemos empezar a preguntarnos respecto a ellos. En vez de dudar siempre de nuestra naturaleza superior, de nuestro espíritu sublime y de todos los tesoros que Dios ha depositado

en nosotros, debemos dudar de nuestra personalidad. Pero dudamos de lo que Dios nos ha dado de mejor y seguimos ciegamente las fuerzas que se desencadenan en nosotros, creemos que hay que satisfacerlas. Pues bien, hay que cambiar, y, si a toda costa queremos dudar, debemos saber al menos de qué dudar. Como les dije a algunos que estaban en la cárcel. «¿Sabéis por qué estáis aquí? – Sí, claro, lo sabemos, respondieron, porque nos dejamos atrapar. – No, sino porque creísteis demasiado en vuestra inteligencia, en vuestros cálculos y maquinaciones. Confiasteis demasiado en el éxito, en que vuestro plan era impecable. Si hubieseis dudado, no estaríais aquí. Hubiera hecho falta dudar, justamente, y creísteis demasiado...»

¿Veis todo lo que podemos decir para utilizar el lado negativo y hacer de él un poder, y hasta una protección? Pero para saber ahora cómo trabajar, hay que entrar en una Escuela iniciática, porque sólo allí os explicarán lo que es tal virtud, tal fuerza, tal pensamiento y cómo trabajar con ellos. No creo que se pueda encontrar solución fuera de la luz que nos aporta la Ciencia iniciática, porque es la única que está basada en el conocimiento de la naturaleza humana. Pero ¿quién cree ahora en todo eso?

Actualmente se imaginan estar en la verdad no creyendo en nada. ¡Es catastrófico! ¿Cómo explicar a los humanos, y a la juventud sobre todo, que no se puede fundar la vida sobre la nada, que hay que tener una filosofía, un alto ideal? Los jóvenes quieren destrozarse todas las creencias y se extrañan, después, de que estén desequilibrados. La inteligencia es una facultad que no depende de la cantidad de conocimientos. Es una mirada, una visión interior, una intuición inexplicable que os hace ver la realidad de las cosas; y gracias a esta intuición, a esta sensación, os sintonizáis, entráis en armonía con todas las fuerzas de la naturaleza y del cosmos. Pavonearse diciendo que tiene tal diploma, que ha escrito tal o cual libro, cuando se encuentra interiormente en el mayor desorden, pues bien, eso prueba que falta la inteligencia, porque la inteligencia, tal como se comprende en la Iniciación, no es la facultad que está localizada en el cerebro; la verdadera inteligencia os aporta la salud, el equilibrio, el gozo y todas las bendiciones.⁷

Las palabras que acabo de decir hoy son un ensayo, una tentativa. He querido abrir ante vosotros un nuevo camino, pero me pregunto si no es prematuro y si esta cuestión del lado negativo quedará clara para vosotros. El bien, lo que está arriba, sólo es la mitad, y no podemos descuidar la otra mitad.

Sólo que debemos empezar siempre por lo de arriba, por el bien, para poder protegernos.

Cuando en una casa tienen que destruir nidos de abejorros o de avispas, llaman a los bomberos que están vestidos con unos trajes muy espesos y equipados con máscaras y lanzallamas, porque, si no, es muy peligroso, porque se arriesgan a que puedan picarles y morir. Para descender a las profundidades del mar, o a los subterráneos, hace falta también todo un equipo para protegerse. Para cualquier empresa un poco peligrosa hay que prepararse, pues, y protegerse. Pero, para descender a las profundidades de su propia naturaleza, los hombres se imaginan que es fácil, que no hay peligro. Pues bien, ahí están, precisamente, los mayores peligros y hay que estar equipados. Vosotros, ahora, empezáis a equiparos, porque trabajar con las fuerzas de arriba, con la luz, con el amor, con la pureza, con la bondad, eso es el equipo, las armas y las máscaras; así que pronto podréis descender a las profundidades, a las grutas, donde todo está húmedo, oscuro, donde todo es viscoso, porque estáis conectados con las entidades celestiales. Y las entidades celestiales no os abandonarán; ellas saben que para alcanzar los últimos grados de la Iniciación debéis explorar los abismos en vosotros.

En cada ser están juntos los dos principios del bien y del mal. Puede ser que el mal esté cloroformado, encerrado en unas jaulas, como en los parques zoológicos; sí, los tigres, los osos, las cobras quizá estén encerradas, pero eso no impide que estén ahí, en cada criatura.⁸ La prueba está en que, si los ponéis en ciertas condiciones favorables, veréis cómo la muchacha más gentil y más casta y el chico más delicioso y más puro se convierten en demonios. Decís: «¿Cómo es posible? ¡Es increíble! No nos lo esperábamos...» Pues sí, justamente, había que esperárselo. Todas las fieras están dentro, pero todavía no han tenido la ocasión de manifestarse; y, el día en que esta ocasión se presenta... ¡estamos alucinados!

En cada criatura, incluso en la mejor, se esconden siempre tendencias infernales que vienen de un pasado muy lejano. La cuestión, ahora, es no hacerlas salir de golpe con el pretexto de utilizarlas. Hay que enviar una sonda para tomar solamente algunos elementos; no se trata de ir a pelearse imprudentemente con el Infierno, porque, si lo hacemos, nos comen. Hay que saber cómo proceder. Por eso debéis seguir trabajando con las fuerzas de arriba, con la oración, la armonía, el Sol, el amor, y, de vez en cuando, cuando algo sale de las profundidades de vosotros mismos, con garras, con

dientes y con uñas, para hacer algunas tonterías, entonces, cogedlo, capturadlo, id a estudiarlo en vuestro laboratorio, ¡y hacedle incluso secretar sus venenos para poder utilizarlos! Pero, lo repito, mis queridos hermanos y hermanas, tened cuidado, no vayáis ahora, a causa de lo que os digo, a medirlos imprudentemente con el mal. No digáis: «¡Ah! ¡Ah! Ahora he comprendido, ¡vais a ver!», porque quizá no volváis a subir. Esto es lo que les sucedió en el pasado a algunos que se creyeron muy fuertes cuando todavía no estaban suficientemente conectados con el bien con la luz, y ahora, los pobres, ¡en qué estado se encuentran! Todas las fuerzas negativas les saquean.

Actualmente hay miles de hombres sumergidos en las locuras y los desórdenes porque, con lo que aparece ahora en los libros, las películas, la música, el teatro, la pintura, la danza, el mundo entero está ocupado en desencadenar los poderes del Infierno, del plano astral. Casi todos los que trabajan en el dominio del arte van a buscar su inspiración en las regiones infernales. Quizá sea original, quizá sea interesante, pero es necesario que los humanos estén preparados para no sucumbir. Quieren novedades, bueno, vale, pero, en vez de ir a buscarlas arriba, van a buscarlas abajo; estas novedades son, justamente, las que desencadenan

fuerzas astrales en toda la naturaleza y, como no saben protegerse, sucumben. Por eso la religión se debilita, la moral disminuye, y el sentido común ya no se encuentra en ninguna parte. Por todas partes hay desánimo, desesperación, locura. El mundo astral invade a la humanidad.

Únicamente la enseñanza de la Fraternidad Blanca Universal puede remediar este estado de cosas. Por eso os digo: «preparaos y seréis modelos para todos aquéllos que vengan.» En el mundo cada vez hay más gente desequilibrada, y es algo fatal, porque el sistema nervioso no puede soportar unas sacudidas semejantes. Para poder mostrarles, al menos, el buen camino, debéis prepararos. Necesitamos aquí, pues, una cohesión, una armonía, una entente formidable. Entonces, los Ángeles, los Arcángeles, los Iniciados, los grandes Maestros, los Patriarcas, los Profetas nos ayudarán a expulsar estas fuerzas y a devolverlas bajo la Tierra. Esto es lo que está escrito en el *Apocalipsis*. Todos estos seres, reunidos bajo el símbolo del Arcángel Mikhaël, son una imagen de las fuerzas del bien que vendrán a atar al Dragón. Sólo que hacen falta obreros para llamar a estas fuerzas, y estos obreros son la Fraternidad Blanca Universal.

La tarea es tan grandiosa, tan gloriosa, que debéis, por fin, decidiros a hacer algo mejor que lo que habéis hecho hasta

ahora. Debéis decir: «Yo también quiero participar, quiero conectarme con los obreros del Cielo que trabajan por todas partes en el mundo para iluminar a los humanos.» Entonces, las fuerzas luminosas del bien estarán siempre con la Fraternidad.

Sèvres, 29 de diciembre de 1968

Notas

1.Cf *El trabajo alquímico o la búsqueda de la perfección*, Col. Izvor n° 221, cap. X: «Vanidad y gloria divina», cap. XI: «Orgullo y humildad», cap. XII: «¡La sublimación de la fuerza sexual».

2.Cf. *La pedagogía iniciática*, Obras completas, t. 28, cap. X: «El modelo solar».

3.Cf. «*Y me mostró un río de agua de vida*», Parte Vi, cap 2: «El trabajo con el subconsciente».

4.Cf. *La armonía*, Obras completas, t. 6, cap. X: «El centro Hara».

5.Cf. *La verdad, fruto de la sabiduría y del amor*, Col. Izvor n° 234, cap. XVII: «La verdad, más allá del bien y del mal».

6.Cf. *El amor, más grande que la fe*, Col. Izvor n° 239, cap. III: «La duda saludable».

7.Cf. *La armonía*, Obras completas, t. 6, cap VIII: «Intelecto humano e inteligencia cósmica».

8.Cf. *La clave esencial para resolver los problemas de la existencia*, Obras completas, t. 11, cap. XIX: «Domesticar nuestros animales interiores».

V - LA PRESENCIA Y LA AUSENCIA

Estos días, mis queridos hermanos y hermanas, os he hablado de la atención. En ciertos lugares, en el ejército, por ejemplo, o en las escuelas, cuando quieren verificar si todo el mundo está, pasan lista, y cada uno debe responder: «¡Presente!». Mientras que de alguien que no está se dice que está ausente. Todo eso es muy sencillo, casi infantil, pero, en realidad, la presencia y la ausencia son dos palabras que explican muchas cosas. Si durante las comidas no prestáis atención, si estáis un poco ausentes, golpeáis los cubiertos y hacéis ruido. Y en todos los dominios de la vida, sin la presencia de espíritu, sin la presencia de la atención, de la vigilancia, de la consciencia, el hombre está perdido. Cuando se está ausente, todo puede suceder: las caídas, los accidentes, las desgracias.

Tomemos la palabra presencia como punto de partida y constataremos unos hechos extremadamente interesantes. Cuando echamos un vistazo sobre los fenómenos de nuestra existencia, ¿qué es lo que vemos? Si hay presencia de oxígeno, todo va bien, la vida sigue; si no, es el gas carbónico el que está presente y la salud del hombre corre peligro. Si hay una

chispa, el oxígeno y el hidrógeno pueden producir agua, y, en otras circunstancias, explosiones. Sí, ¡la presencia de una chispa!...

Si faltan vitaminas, las deficiencias y las enfermedades aparecen. Allí donde hay hormigas, las serpientes desaparecen, porque la presencia de las hormigas las hace huir. Las gallinas y los pájaros sienten instintivamente la presencia de un águila y se esconden. Los buitres, en cambio, son atraídos por la presencia de cadáveres... La miel atrae a las abejas, mientras que las suciedades atraen a otros bichos. La presencia de una bonita muchacha seguramente despertará en otras chicas los celos, la maledicencia o la ira, mientras que, en los chicos, despertará otros sentimientos. Si la muchacha es inocente, cándida, débil, tendrán el deseo de mostrarse nobles y generosos, de protegerla, pero, si tiene mucho encanto, serán presa de un torbellino de sensualidad. Evidentemente, todo depende de los chicos y de las chicas, pero, en general, en presencia de las chicas, los chicos se vuelven más atentos, más caballerosos... Y la presencia del oro, ¿qué despierta en la gente? La avidez: empiezan a hacer proyectos y se vuelven deshonestos. Mientras que la presencia de flores, de colores, desencadena otras emociones.

Cualquier presencia siempre provoca cambios. Por eso la palabra «presencia» se vuelve muy significativa cuando la estudiamos en todos los dominios, bajo todas las formas. Sabemos que la presencia del agua hace crecer las plantas, que la presencia del Sol las hace madurar, que la presencia del alimento y del aire da la vida, y que su ausencia hace peligrar. Pero la gente no va más lejos. Debemos comprender ahora que la palabra «presencia» puede abarcar no sólo el plano físico sino también los otros planos. Estáis en una reunión, por ejemplo, y tenéis en vosotros la presencia de un pensamiento o de un deseo diabólico, ¿Sabéis cómo se reflejará en los demás y cuáles serán los resultados? Quizá la gente no sepa lo que ha pasado en vosotros, porque no estén evolucionados y no sean clarividentes, pero, instintivamente, experimentarán una inquietud o una antipatía, debido a lo que vosotros fomentáis en vuestro fuero interior. Pero, si hubiesen sido clarividentes, habrían visto los pulpos, las serpientes, los tigres, los jabalíes, todas las entidades espantosas que se desencadenaban dentro de vosotros.

Como los humanos ignoran lo que sucede en el mundo invisible, no saben cuáles son los sentimientos y los pensamientos que atraen a los indeseables y rechazan a las entidades luminosas –o inversamente- y, sin saberlo, atraen a

entidades tenebrosas y nocivas. ¡La presencia!... En nosotros, alrededor nuestro, el espacio está poblado de entidades maléficas, y los que son sensibles a ellas están asustados. Sienten olores, corrientes que les indisponen. Si supiesen entonces cómo reaccionar, rezando, meditando, podrían remediarlo, pero no saben y dejan que estos indeseables lo ensombrezcan y destruyan todo dentro de ellos, lo que acarrea manifestaciones extremadamente negativas.

Todos habéis hecho esta clase de experiencias: algunos días habéis sentido una atmósfera pesada, la presencia de algo inquietante, pero no sabíais lo que era, ni cómo defenderos. Y lo contrario también: cuando veis bellos colores, cuando os encontráis en un estado místico de adoración, de éxtasis, lográis atraer a criaturas magníficas y su presencia se manifiesta también: os sentís dilatados, maravillados, iluminados, os decidís, por fin, a vivir una vida sensata, queréis abrazar a toda la creación, estar en armonía con el universo entero. La causa de todo eso es la presencia de estas entidades, pero quizá vosotros no lo sepáis.

Una presencia puede ser exterior, pero también puede ser interior... Por eso la presencia que los Iniciados desean con más fuerza y que quieren realizar en su corazón, en su alma, es la presencia del Señor. Día y noche trabajan, estudian, se

purifican, para que su ser entero se convierta en el templo que el Espíritu Santo venga a habitar. Un verdadero Iniciado sólo desea la presencia divina, porque sabe que con esta presencia puede obtenerlo todo y hacer el bien al mundo entero. Sólo que ¡no es tan fácil atraer la presencia del Señor! El Señor es omnisciente, todopoderoso, pero tiene también gustos estéticos y no puede penetrar en un lugar en donde no encuentre otra cosa que olores nauseabundos, colores apagados y feos, movimientos desarmoniosos y estados de conciencia caóticos. En un lugar semejante nunca querrá entrar, porque no reúne condiciones para Él.

Además, si fuese tan fácil atraer al Señor, todos los humanos estarían llenos de su presencia, porque todos son capaces de comprender lo deseable que es esta presencia, que lo mejora y embellece todo. Mientras que la presencia de un espíritu maléfico en una familia, o en una casa, atrae todas las maldiciones: los fracasos, los accidentes, las enfermedades, la ruina. Sí, ¡solamente esta presencia! Porque cada cosa tiene unas propiedades determinadas. La presencia de una rosa, sobre todo de una rosa de Bulgaria, embalsama la atmósfera de toda una habitación y encanta a todos los que entran en ella; mientras que con la presencia de un olor nauseabundo... ¡todo el mundo sale corriendo tapándose la nariz!

Meditad solamente sobre la palabra «presencia», y pedid siempre la presencia del Señor en vosotros. ¿Por qué?... Cuando un rey se desplaza nunca va sólo; inmediatamente, todos los notables y los personajes mejor situados acuden para rodearle y, delante y detrás de él, marcha toda una multitud que le aclama. ¿Y creéis que si el Señor va a alguna parte, va a ir sólo? No. Estará rodeado de muchas otras criaturas y, como cada una de estas criaturas irradia, propaga, emana algo de Él, cada una de ellas es una bendición. La presencia divina aporta, pues, todas las bendiciones en todos los dominios. Pero, como los humanos no saben cómo introducirla en ellos, continúan atrayendo presencias tenebrosas de las que ya no se pueden desembarazar. Y, después, toda la vida son desgraciados. Se quejan, no saben qué remedios emplear. Estas presencias sólo pueden ser expulsadas con la pureza y la luz, pero, como los hombres no aprecian demasiado trabajar con estas virtudes, las entidades maléficas no les abandonan. ¿Qué sucede cuando tenemos en la sangre la presencia de un microbio, de un virus, o de un cáncer que nos carcome?... ¿Y cuando este microbio, este virus, o este cáncer abandonan el cuerpo?... Así que, ¿veis?, la presencia o la ausencia lo explican todo.

¡La presencia!... Sí, la presencia que debemos desear, que debemos pedir, es la presencia del Señor. Evidentemente, el

Señor no se desplaza tan fácilmente, pero enviará al menos a alguno de sus representantes. Además, como veis, la palabra «representante» contiene la idea de presencia. Y un presente también recuerda la presencia de aquél que lo ha ofrecido. Y, cuando el Cielo nos llama ¡ah!, ¡sería tan maravilloso si pudiéramos responder inmediatamente: «Presente Señor» ! Desgraciadamente, cuando esto sucede siempre estamos ausentes.

A veces, cuando quiero saber en qué estado se encuentran mis hermanos y hermanas, cuando yo estoy en Sèvres o en Bonfin y ellos en alguna parte de su ciudad o en su casa, echo un vistazo sobre toda la Fraternidad, y todos aquéllos que no han flaqueado, que siguen caminando por el camino de la luz, están ahí, presentes, los siento presentes. Mientras que a los que han sido débiles, a los que no han sabido permanecer fieles, ya no les siento, están ausentes -¡lo que es muy inquietante para ellos!- Cuando los discípulos no vienen junto a su Maestro, el Maestro no se pregunta cuál es la causa, porque ya lo sabe: algo les ha retenido. ¿Y qué es lo que impide que el discípulo esté presente en la habitación de la luz? En todo caso, no deben ser ni la bondad, ni la pureza, ni el amor divino los que le han atado para impedirle que esté ahí, y un Iniciado ya sabe cuáles son estas entidades. Para

justificar su ausencia dicen: «¡No pude venir!» No, que se dejen de historias, ¡debían estar ahí! Evidentemente, no hablo del plano físico, sino del plano espiritual.

Sí, en el otro mundo se celebran reuniones y todos aquéllos que son fieles y verídicos están presentes con su entidad espiritual. Y sé que los que no lo están han sido retenidos por deseos, pasiones, u otras entidades tenebrosas que les han encarcelado y atado. Así pues, cuando echo un vistazo sobre los hermanos y hermanas de la Fraternidad que no están ahí físicamente (lo que no es la cosa más importante), si no les siento presentes espiritualmente, es muy mal signo para ellos. Por otra parte, a menudo, algún tiempo después recibo noticias y me entero de que han hecho algunas tonterías. Sí, ¡así es, mis queridos hermanos y hermanas!

Donde la luz está ausente, las tinieblas están presentes; donde la salud está ausente, la enfermedad está presente; donde la inteligencia está ausente, la locura y la estupidez están presentes. Y así para todo lo demás... La presencia de una cosa supone siempre la ausencia de otra. La presencia del dinero expulsa la pobreza y la miseria. Y lo mismo sucede en el plano espiritual: cuando tenéis pureza, las impurezas se van; cuando sentís odio, el amor se va, no pueden vivir juntos. ¡Son unas verdades tan sencillas, tan evidentes! Pero todavía no

tenéis esta facultad de utilizar todos los acontecimientos de la vida cotidiana para sacar conclusiones en otros dominios de la existencia. Sólo los sabios, los Iniciados, los grandes Maestros, descubren verdades extraordinarias a partir de todos los hechos dispersos ante sus ojos.

De todas las actividades que os he presentado: saber alimentarse, saber respirar, saber amar, etc., la mejor actividad es trabajar para atraer en uno mismo la presencia del Señor - ¡y ya no perderla jamás!- Evidentemente, ya os lo he dicho, quizá no venga el Señor mismo, el Señor no va a instalarse en cualquier buen hombre o buena mujer... ¿Cómo podría resistir y soportar tantos miasmas y tantas fermentaciones? Pero si el terreno está preparado, enviará al menos a sus ángeles, que son sus representantes. Los ángeles, claro, no son exactamente lo mismo que el Señor, pero, por sus emanaciones, son sus representantes.

Ya os dije que los rusos y los americanos han verificado últimamente un fenómeno que los Iniciados habían descubierto ya hace mucho tiempo: que el ser humano es capaz de emanar con el pensamiento ciertas ondas, ciertas partículas, y de proyectarlas al espacio. Tomemos solamente el experimento de los americanos. Escogieron a dos personas dotadas de facultades mediúmnicas: una de ellas debía enviar

mensajes con el pensamiento y la otra captarlos. A la persona «emisora» la vigilaba en Washington toda una comisión de expertos que estaban allí para verificar y controlar, y todos los mensajes que la persona enviaba se anotaban y encerraban en una caja fuerte para que no hubiese fraude. A la persona «receptora» la habían llevada a bordo de un submarino en el Océano Pacífico a miles de kilómetros, pues, y a una gran profundidad. Captaba y anotaba los mensajes que recibía y también la vigilaba una comisión que encerraba en una caja fuerte todo lo anotado. Cuando compararon, después, los mensajes enviados y los mensajes recibidos, constataron un porcentaje de errores muy pequeño.

Este experimento prueba que el hombre es capaz de emanar de sí mismo ciertas partículas y de proyectarlas muy lejos en el espacio. No se sabe hasta dónde pueden llegar... lo mismo que tampoco se sabe la distancia que recorren los rayos del Sol, o de una estrella, puesto que los rayos de una estrella extinguida desde hace miles de años continúan recorriendo el espacio. Y lo mismo sucede con el pensamiento humano, porque nuestro pensamiento no es otra cosa que los rayos de un Sol, que es nuestro espíritu. El Sol proyecta una quintaesencia de un poder extraordinario, que sus rayos – como pequeños vagones cargados de víveres y de tesoros-

transportan muy lejos por el espacio; y nuestro espíritu, lo mismo que el Sol, envía rayos, los pensamientos, que transportan el bien y el mal con los que están cargados.

Lo extraordinario es que se ha podido constatar la diferencia que existe entre los rayos **a**, **b**, **g** y **X**, que no pueden penetrar profundamente en el agua, y el pensamiento, que puede, en cambio, penetrar muy profundamente en ella. En todo caso, para que el pensamiento sea capaz de poner en marcha tantos aparatos en el cerebro de otra persona, es que es muy fuerte. Acordaos también de lo que os dije ayer: alguien come un limón delante de vosotros, vosotros no lo probáis, tan sólo miráis, pero las impresiones que el ojo recibe en la retina son transmitidas al cerebro, y el cerebro ordena la secreción de las glándulas salivares, que se ponen a funcionar. ¡Qué extraordinaria es esta transmisión!... Sólo con los ojos.

El fenómeno de la telepatía muestra que el pensamiento tiene un poder tal, que es capaz de producir a distancia efectos sobre otros cerebros. Tenéis un pensamiento, y ya os deja y se va a alguna parte del mundo a actuar sobre el cerebro de otras personas. Es un poder. Con vuestro pensamiento ponéis, pues, en acción toda clase de mecanismos que no conocéis. ¿Qué conclusión debemos sacar de eso? La conclusión de que, si nos dejamos llevar por pensamientos negativos, tenebrosos,

destructivos, por la ley de afinidad desencadenamos en la cabeza de miles y miles de personas unos estados que les corresponden. Aunque no nos demos cuenta, es así. Y somos responsables... Y seremos castigados, porque no tenemos derecho a influenciar negativamente a un ser humano o a destruir algo bueno en él.

Existe una moral, no la moral creada por los humanos ignorantes, sino la moral creada por la Inteligencia cósmica; esta moral es inquebrantable, indestructible, absoluta, y tarde o temprano nos veremos obligados a reconocerla y a respetarla. Uno de los puntos de esta moral es que cosechamos lo que sembramos.¹ Si sembráis cardos, sus espinas os pincharán a vosotros mismos primero. Así que, ¡tened cuidado con los pensamientos y sentimientos que proyectáis!

La presencia... hay que meditar durante mucho tiempo para profundizar todo lo que se esconde detrás de esta palabra. Ponemos un imán en alguna parte y ya se producen ciertos efectos. Incluso el uso de talismanes está basado en el principio de la presencia: la presencia de una fuerza que Hermes Trismegisto llamaba Telesma y que dio su nombre a los talismanes. Los antiguos sabían lo importante que es llevar encima un objeto impregnado de esta fuerza. Si poseéis un talismán impregnado de una fuerza benéfica, emana, irradia

unas partículas que atraen lo que le corresponde y rechazan lo que le es contrario. Esta fuerza benéfica, pues, que está ahí, presente, es como un imán que sólo atrae los elementos que se encuentran en afinidad con él.²

La presencia y la ausencia, todo está ahí. Dicen: «Me falta dinero». Es decir, el dinero está ausente y, entonces, ¡qué desgracia! Y la falta de inteligencia, y la falta de salud... ¡Ay!, todos los sufrimientos y las imposibilidades están ahí; ya no podemos hacer nada. Por eso todo el mundo quiere tener esto, y después aquello, y después otra cosa aún: carbón, agua, electricidad... Y, sobre todo, una mujer, un marido... Sí, la presencia de un marido calma a una mujer. Aunque solamente esté ahí, aunque no haga nada, pero que ella sienta que está. Hay mujeres que lloran durante noches enteras porque no tienen un marido a su lado y, para reemplazarlo, tienen un perro, un gato, un canario... ¡o un conejo!... diciéndose: «¡Al menos hay una presencia!...» ¿Acaso no es verdad lo que os cuento?... Sí, ¡qué cierto es! Instintivamente, todo el mundo comprende lo que son la presencia y la ausencia, pero sólo cuando se trata de lo material, claro. Dicen: «Me faltan armas y no puedo luchar». Sí, en el plano material los jóvenes, los viejos, los sabios, los ignorantes, comprenden lo que es tener o no tener. Pero no hay que pedirles que vayan más lejos para

comprender la importancia de la presencia y la ausencia en el mundo sublime.

La presencia del mundo divino, del mundo celestial, es lo que a mí me interesa. Se dice en la Tabla de Esmeralda que, cuando el alquimista posea la fuerza Telesma, la fuerza fuerte de todas las fuerzas, que penetra todo lo espeso y todo lo sutil, tendrá la gloria del mundo y las tinieblas le abandonarán. Así pues, la presencia de esta fuerza fuerte de todas las fuerzas expulsa las tinieblas; y las tinieblas son las debilidades, las dificultades, las enfermedades.

De esta fuerza, Hermes Trismegisto dice aún: «El Sol es su padre, la Luna es su madre, el viento la ha llevado a su vientre y la tierra es su nodriza». Aquél que puede interpretar estas palabras, que sabe dónde se encuentran en sí mismo la Luna y el Sol, que sabe cómo el viento puede transportar esta fuerza y qué tierra es la que la debe alimentar, puede obtener esta fuerza fuerte de todas las fuerzas que expulsará las tinieblas y le dará la gloria del mundo. Ahí tenéis la verdadera ciencia resumida en unas palabras. Cuando el hombre logre introducir en sí mismo la presencia del Sol, sólo entonces esta fuerza fuerte de todas las fuerzas emanará de él. Exteriormente, la fuerza solar está presente bajo la forma de prana y, si sabéis

cómo captarla, puede reforzaros y haceros mucho bien; pero el prana no es, aún, esta fuerza única, la fuerza Telesma.

Meditad sobre la importancia de la palabra «presencia» y desead en vosotros la presencia del Señor, que lo enderezará todo, que lo resucitará todo. Cuando los discípulos de Jesús recibieron el Espíritu Santo el día de Pentecostés, empezaron a profetizar, a hablar lenguas, a curar enfermos, a expulsar los demonios. Era la presencia del Espíritu Santo la que se manifestaba a través de ellos. Por eso rezad, rezad día y noche para recibir la presencia del Señor, que serena, que ilumina. Desgraciadamente, los humanos se apartan cada vez más de estas grandes verdades, se alejan de la presencia del Señor, que podía protegerles, para sumergirse en ocupaciones desordenadas y caóticas; por eso son asaltados por toda clase de males de los que ya no pueden liberarse. La verdadera liberación solamente vendrá el día en que los hombres levanten de nuevo los ojos hacia el Señor pidiéndole perdón por haberle abandonado y olvidado, cuando le supliquen que les dé su Presencia, su santa Presencia.

No existe criatura más poderosa que el Señor, nadie puede oponerse a Él, y, si le tenemos en nosotros, todo se resuelve. Pero, si estamos solos, abandonados a nuestras propias fuerzas, limitados, nos será imposible superar los obstáculos;

aunque seamos inteligentes, sabios, ricos y estemos bien situados en la sociedad, nunca estaremos a salvo. Porque otras fuerzas que no vemos vendrán a carcomernos. Cuando nos confiamos a nuestros propios medios, en todo momento podemos quebrar y desmoronarnos. Sólo debemos contar con la presencia del Señor, porque todo lo que no vibra en armonía con esta fuerza única está condenado un día a desaparecer.

Los espíritus invisibles no son tan estúpidos, saben muy bien dónde pueden instalarse para comisquear y robar, pero saben también que allí donde se encuentra este poder divino serán pulverizados, fulminados, y por eso se alejan. Son como las fieras, que tienen miedo del fuego y no se atreven a acercarse a él. Y como el fuego físico es el símbolo del fuego celestial –se dice que Dios es un fuego- estas fieras, que son los espíritus salvajes, los espíritus violentos y terribles del mundo invisible, no pueden acercarse a un alma que lleva en ella la luz, el fuego divino.

La presencia de Jesús expulsaba a los malos espíritus y, por todas partes por donde pasaba, aportaba el gozo, la paz, la esperanza. Y ahora cada uno de vosotros puede imitarle. Por todas partes en donde entréis podéis también hacer entrar bendiciones con vosotros. Pero sólo si sois habitados por esta fuerza única, por la luz celestial, por la presencia del Espíritu

Santo, porque, si no, sólo produciréis desgracias. Se dice incluso que, en todas partes en donde pone el pie el que es habitado por las tinieblas, la hierba deja de crecer, los árboles no florecen, los pájaros no cantan, los ríos no fluyen. Encontráis que es algo exagerado... No, y un verdadero Iniciado, un hijo de Dios, que se ha consagrado, que se ha purificado, es semejante a un torrente que, por todas partes por donde pasa, riega y desaltera. Es como la luz y, por todas partes en donde llega esta luz todo sonríe, todo se vuelve bello y alegre. Sólo que, para llegar a eso, ¡qué trabajo, qué disciplina, qué tenacidad, qué amor! Pero el día en que la luz penetre en el discípulo cantando: «¡Estoy presente!... ¡Estoy presente!...» por todas partes por las que el discípulo pase aportará gozos y bendiciones.

En este sentido es en el que debemos trabajar. ¿Por qué querer imitar a gente completamente ignorante de estas grandes verdades? ¿Porque tienen fábricas, o castillos, o mucho dinero? Esto no es la prueba de que la presencia divina esté en ellos. La única prueba es la paz y la armonía. Cuando un ser os aporta la paz y la armonía, eso prueba que todo lo demás está ahí. A veces, cuando alguien entra en vuestra casa sentís que vuestra paz se va, que os volvéis irritables, nerviosos, inquietos. Mientras que otra persona, con una sola

mirada, serena inmediatamente las tempestades y los huracanes que os sacudían. Ésa es la prueba de que este ser está habitado por el Espíritu divino.

Pero ¿cómo llegar a eso? En primer lugar, hay que tener un alto ideal. Las criaturas que tienen un ideal muy personal y egocéntrico nunca podrán conseguirlo, porque están predestinadas a reptar y a arrastrarse en las capas inferiores de la existencia. Sólo un alto ideal puede ponerles en pie, levantarles, un alto ideal tejido con todas las maravillas y con todos los esplendores celestiales y un amor desinteresado como el del Sol, que quiere siempre dar, dar, dar... Evidentemente, los humanos piensan que toda clase de ideales son grandes ideales. Alguien quiere llegar a ser jefe de Estado, o un conquistador, o... ¡el rey del petróleo! Se trata, de todos modos, de un gran ideal; sí, grande según los humanos, pero en realidad no va muy allá, porque sólo trabaja para sí mismo. Quieren ser fuertes, poderosos y ricos, pero sólo para sí mismos. ¿Qué hay de bueno para los demás en estos proyectos? Hay que comprender las cosas y no confundir ideal y ambición.

La presencia y la ausencia... puedo explicároslo todo con estas dos palabras. Alguien viene a contarme sus desgracias, le escucho y le digo: «Te falta esto o aquello, amigo, por eso estás

en este estado.» Y a otro, al contrario, que se siente feliz, en la plenitud, le digo: «La presencia, la presencia divina esta ahí y ella es la que te da este gozo». Sí, ¿veis?, me gusta mucho la síntesis y lo resumo todo en estas dos palabras: la presencia y la ausencia. Lo mismo que he resumido también todas las religiones y todos los libros sagrados en las palabras unidad y multiplicidad, es decir, cómo volvemos al Cielo gracias a la simplificación, a la unificación, y cómo nos alejamos de él con la complicación y la diversificación.³ Para atraer la presencia divina el discípulo debe prepararse en el silencio y la armonía, purificarse, hacer sacrificios, reforzar su voluntad.

Suponed que alguien pone polvos para hacer estornudar en esta sala: inmediatamente todo el mundo se pondrá a estornudar. ¡Ahí tenéis la presencia! Y suponed ahora que se manifieste la presencia de una entidad divina: muchos de vosotros vibrarán ya de otra manera debido a las emanaciones y a las radiaciones emitidas por esta presencia.

Acabo de pronunciar las palabras emanaciones y radiaciones. A menudo la gente las emplea sin saber lo que significan y voy a explicároslo. Cuando miráis al Sol, veis que hay rayos que salen de él en línea recta hacia el espacio, pero también círculos de luz concéntricos, como los que se forman cuando lanzamos una piedra en el agua. Estas olas, estos

círculos que se propagan, eso son las emanaciones, mientras que las radiaciones son los rayos que van en línea recta. Las radiaciones corresponden al principio masculino y las emanaciones al principio femenino. El Sol se manifiesta, pues, bajo la forma de los dos principios. Y el hombre es como el Sol: puede emanar ondas y proyectar rayos.

Encontramos la misma oposición entre el calor y la luz; el calor se difunde en ondas circulares, mientras que los rayos luminosos van en línea recta. Y todavía otros hechos que no habéis observado. Tenéis una estufa en una habitación: si le ponéis una pantalla delante, el calor la rodea y os llega a vosotros de todas formas. Mientras que si ponéis una pantalla delante de una lámpara, los rayos no os llegan. ¿Veis?, las propiedades del calor y de la luz son completamente diferentes; el calor es más bien femenino, y la luz masculina. Lo mismo sucede con la electricidad y el magnetismo: la electricidad se desplaza en línea recta y el magnetismo en línea curva. Si observamos las pequeñas partículas de hierro que atrae el imán, constatamos que están dispuestas siguiendo líneas curvas; el magnetismo es, pues, más bien femenino, y la electricidad masculina. Si estáis demasiado gordos y queréis adelgazar, haceos más eléctricos: muchas partículas se irán y adelgazaréis. Mientras que, si queréis engordar, haceos más

magnéticos: el magnetismo añadirá partículas a vuestro cuerpo y engordaréis. La ciencia no se ha ocupado de estas cosas y, sin embargo, ¡qué verídicas son! Sí, son los misterios de la luz.

¿Veis, mis queridos hermanos y hermanas? He empezado hablándoos de la atención que debíais poner durante las comidas: mirar bien, medir bien los gestos, para no hacer ruido con los cubiertos. Sí, la presencia de esta atención lo arregla todo. Evidentemente, la presencia del Espíritu es mucho más difícil de realizar, pero si lográis comer en silencio, en una armonía perfecta, no solamente exterior sino también interior, es decir, en la armonía de vuestros pensamientos y de vuestros sentimientos, llegaréis también a atraer la presencia del Espíritu Santo.⁴ Y, con esta presencia, todo el Cielo estará con vosotros, toda la riqueza celestial, que brota, que emana y que irradia. Al mismo tiempo, pues, irradiáis y emanáis; la irradiación y la emanación se unen maravillosamente en vosotros con el objetivo de producir la vida, la paz y la plenitud. Las dos son necesarias, como el hombre y la mujer; si uno de los dos falta, no puede haber hijo. Hay que emanar y hay que irradiar. En general, la mujer es más magnética, y el hombre más eléctrico. La mujer atrae y el hombre repele. A menudo es la mujer la que repara las torpezas de su marido: va a ver a la persona a quien el marido ha insultado o maltratado,

le sonrío, le dice unas palabras... y ya está, arreglado, ¡el marido es readmitido en su trabajo! ¿Cómo lo ha conseguido?... ¡Sólo Dios lo sabe! No siempre es confesable. Pero era magnética y ha sabido decir las cosas magnéticamente. Mientras que él, demasiado eléctrico, demasiado brusco, ¡fuera, despedido!; y después es su mujer la que arregla las cosas. Evidentemente, a veces sucede lo contrario, porque hay mujeres eléctricas y hombres magnéticos. Pero hablo en general.

Volvamos aún a estas dos palabras: presencia y ausencia. No olvidéis jamás que con la sola presencia de una criatura maléfica podéis temeros lo peor, porque están reunidas todas las condiciones para que se produzcan catástrofes; mientras que la presencia benéfica de un ser puede restablecerlo todo. Y eso no lo habéis apreciado aún en su justo valor: la presencia del Sol, la presencia de un buen pensamiento, la presencia de una idea luminosa, la presencia de los enviados del Cielo. Cuando alzamos la mano para saludarnos, con este gesto yo envío conscientemente algunas partículas de mi ser a todos los hermanos y hermanas, y los que saben recibirlas ya tienen la presencia de algo mío que empieza a vibrar en ellos. Pero no lo apreciáis, ¡no está la consciencia! Si tan solo recibieseis mi saludo de otra manera, pasado algún tiempo tendríais

revelaciones. Diréis que no se ve nada. Los microbios tampoco se ven, ¡y sin embargo causan estragos! Lo que yo os envío puede incluso aniquilar a los microbios; pero lo que falta es comprensión. De ahora en adelante, si tenéis más luz, recibiréis mucho más y mucho mejor todo lo que os envío. Debéis aprender a recibir, porque, si no, todo se pierde. Pero también debéis aprender a dar. ¿Y qué debéis dar? ¿Amistad, confianza, respeto?... No os lo diré, sois vosotros quienes debéis encontrarlo. Pero yo, varias veces al día, os doy cosas formidables, y, si las sintieseis, seríais iluminados, vivificados, resucitados.

Comprended, de ahora en adelante, que si en nuestras reuniones, durante nuestros ejercicios de meditación, de contemplación, de identificación, os sentís dilatados, iluminados, maravillados, estimulados, entusiasmados, vivificados, es porque, con vuestro silencio, con vuestros cantos, con vuestra actitud de respeto, de amor, de confianza hacia todo lo que es sublime y sagrado, habéis logrado atraer la presencia de entidades divinas. Y si seguís aumentando cada día más vuestro respeto, vuestro amor y vuestra confianza, estas presencias son capaces de manifestarse y de materializarse ante de vosotros.

Bonfin, 20 de septiembre de 1968

Notas

1.Cf. *Las leyes de la moral cósmica*, Obras completas, t. 12, cap. I: «Como hayáis sembrado, recogeréis».

2.Cf. *El libro de la Magia divina*, Col. Izvor n° 226, cap. V: «Los talismanes».

3.Cf. «*Conócete a ti mismo*» – *Jnani yoga*, Obras completas, t. 17, cap. IX, Parte II: «Unidad y multiplicidad».

4.Cf. *Hrani yoga – El significado alquímico de la nutrición*, Obras completas, t. 16.

VI - LOS PENSAMIENTOS SON ENTIDADES VIVAS: 1

Os leeré primero este pensamiento:

«El día en que seréis capaces de realizar en vosotros el verdadero silencio, podréis realizar las creaciones más bellas a través del pensamiento: alguien creará colores espléndidos, otro, música divina, otro la Nueva Jerusalén, y encontraréis en este trabajo de creación la felicidad, la fuerza y la paz.»

Creedme, mis queridos hermanos y hermanas, es la verdad. Tratad de permanecer en silencio, de introducir en vosotros este silencio, y, entonces, vuestro pensamiento, liberado de todo aquello que lo obstaculiza, se volverá capaz de realizar las creaciones más bellas. Lo que limita las posibilidades del pensamiento son todas estas pequeñas cosas que vienen de muy abajo, las inquietudes, las penas, todas las preocupaciones prosaicas. Ayer os decía que sólo si sabéis liberar vuestro pensamiento podréis crearos un alto ideal y embellecerlo cada día, reforzarlo, amplificarlo, intensificarlo, divinizarlo, añadirle cada día algo más bello, más puro, más desinteresado. Porque un ideal es un ser vivo, poderoso, real, que habita en las

regiones celestiales; desde allí arriba se ocupa de vosotros, no os deja que os extraviéis, os protege, os instruye, os inspira.

Lo que debéis comprender ante todo es que cada pensamiento es una entidad viva que viaja por el espacio y que es capaz de influenciar a las criaturas... Sí, los pensamientos son criaturas, son seres vivos, y os diré incluso que no somos nosotros quienes los creamos, nosotros creamos solamente las posibilidades para que vengan a visitarnos. Los pensamientos son entidades que han creado otros seres... Pueden venir a visitarnos, a instalarse en nosotros, a ayudarnos, pero nosotros no podemos crearlos. Sucede exactamente como con los hijos. El hombre y la mujer nunca pueden crear un hijo, es decir, su espíritu, su alma: solamente construyen la choza, el palacio, o el templo (es decir, el cuerpo físico en donde esta alma y este espíritu vendrán a habitar), dependiendo de los materiales que han logrado procurarse.

El hombre, pues, no crea los pensamientos, solamente los atrae o los rechaza, porque en este dominio hay también leyes de atracción y de repulsión. Si fueseis vosotros los que pudierais crear vuestros pensamientos, también deberíais poder destruirlos como quisieseis. Pero, a menudo, estos pensamientos se lanzan sobre vosotros como avispas, o como mosquitos, ¡y os es imposible desembarazaros de ellos! ¿Por

qué? Porque habéis creado las condiciones para atraerlos; habéis dejado algunas suciedades y vienen bichos a los que les gustan estas suciedades. Limpiad todo esto ¡y después podréis ver los pensamientos que vendrán!... Hay pensamientos en todas las regiones del espacio hasta llegar al mundo de las Ideas del que habla Platón. ¿Qué son las Ideas? Son principios, arquetipos, poderes que trabajan para formar y modelar el universo. Son divinidades. Cada Idea es una divinidad.

Diréis: «Pero, entonces, ¿cómo y con qué atraemos los pensamientos? ¿Creamos nosotros pensamientos que atraen a otros?» No, en realidad venimos al mundo con unos pensamientos que ya se han instalado en nosotros; estos pensamientos son semejantes a obreros con los cuales trabajamos. Y cada uno de nosotros es también un pensamiento. El universo entero está poblado sólo por los pensamientos del Señor; el Señor piensa, y las criaturas son sus pensamientos, los espíritus son sus pensamientos. Ésta es la verdad. Dios es el único que piensa, y nosotros pensamos en tanto que poseemos su espíritu. Mientras no tengamos este espíritu divino, son otros seres los que piensan a través nuestro, los que disponen de nosotros. Cuando el niño está en el seno de su madre, ¿acaso es él quien se alimenta, quien

respira? No, es su madre la que respira para él, la que come para él, la que vive para él. Él lleva una vida de dependencia. Y, mientras el hombre aún no sea independiente, es decir, mientras no haya nacido por segunda vez (lo que se llama el nuevo nacimiento) son otros seres los que piensan en su lugar, los que comen y respiran en su lugar; y él, que no lo sabe, ¡se imagina, el pobre, que es algo independiente y formidable!...

Ésta es la verdad, mis queridos hermanos y hermanas: el hombre todavía no ha nacido. Diréis: «Sí, ya le cortaron el cordón umbilical, vive, es independiente.» Sí, claro, pero esta independencia tiene grados. El hombre ha salido del seno de su madre, pero todavía se encuentra en el seno de otra madre, la naturaleza, y el cordón umbilical que le une a ésta todavía no ha sido cortado. Un día tendrá que cortar también este cordón para ser independiente. Preguntaréis: «¿Y entonces ya seremos totalmente independientes?» No, habrá que cortar aún otros cordones hasta el día en que llegará a ser libre como el Señor. Hasta entonces seguirá estando conectado con la naturaleza; aunque alcance regiones superiores, seguirá dependiendo de la naturaleza y seguirá habiendo cordones que cortar. La mujer, la madre, es un reflejo de la naturaleza, y la imagen del hijo en el seno de la madre es el símbolo del proceso que existe también en los demás planos. El hombre,

pues, es todavía dependiente, y está durmiendo todavía, como el niño en el seno de su madre; su cordón umbilical todavía no ha sido cortado.

Cuando el niño viene al mundo, lo que sale primero es la cabeza... ¿acaso os habéis preguntado por qué? Esta posición del niño al nacer tiene un significado muy profundo. ¿Queréis conocerlo?... Bueno, bueno, os lo diré, pero podríais encontrarlo vosotros mismos si supieseis cómo reflexionar. ¿Habéis visto a un hombre bucear? Se lanza al agua con la cabeza hacia abajo, y, cuando quiere salir, al contrario, saca primero la cabeza. ¿Y por qué el niño tiene la cabeza hacia abajo? Porque el espíritu, que viene de arriba, de las regiones sutiles, debe sumergirse en un mundo mucho más denso, la Tierra. Esta posición es, pues, un símbolo del espíritu que se hunde en la materia. E inversamente, cuando el hombre muere, sale de una región muy densa para penetrar en una región sutil, como el que sale del agua para venir al aire, que es más sutil. ¿Veis, pues?, el nacimiento es una muerte. El nacimiento de un niño es la muerte en las regiones sutiles. Y la muerte en la Tierra es un nacimiento arriba.

Pero volvamos a la cuestión del pensamiento. Cuando vivís en el gozo, la dilatación, en la maravilla, cuando tenéis pensamientos de una gran elevación, de una gran generosidad,

cuando queréis trabajar para el Reino de Dios, no sois vosotros quienes habéis creado estos pensamientos. Estos pensamientos son espíritus, y a menudo espíritus muy grandes y muy poderosos que vienen a visitaros para influenciaros, para crear en vosotros unos estados magníficos, y después se van. ¿Por qué no podéis volver a vivir de nuevo estos estados? Si fueseis vosotros los que los hubieseis creado deberíais poder revivirlos cuando quisierais, como quisierais, tanto como quisierais, Pero no, son visitantes que han venido. Tienen su itinerario, tienen su programa y, si interiormente habéis preparado las condiciones favorables, vierten, al pasar, sus bendiciones sobre vosotros. Para vosotros no son más que pensamientos inconsistentes, porque no captáis casi nada de su poder y de su realidad. Si fueseis clarividentes, los veríais como ángeles, como divinidades vestidas con vestiduras resplandecientes; pero no, lo más que decís es: «Hoy he tenido buenos pensamientos.»

Os dije que nosotros sólo tenemos el poder de preparar las condiciones para atraer a los pensamientos. Pero también tenemos a nuestro servicio a entidades que son sentimientos, pensamientos, emociones, con los que tenemos la posibilidad de atraer a otras entidades. Imaginaos que tenéis servidores en vuestra casa; les encargáis que preparen un banquete y que

vayan a invitar a tal o cual persona. Pues bien, estos invitados no sois vosotros, y vuestros servidores tampoco sois vosotros. Vosotros sois el dueño –o la dueña- de la casa, y ellos son vuestros servidores. De la misma manera, desde su nacimiento el hombre tiene dentro de sí mismo, a su servicio, un cierto número de servidores: pensamientos, sentimientos, fuerzas, que son entidades independientes. Ya sé que os resulta muy difícil aceptar una idea semejante porque no se os ha instruido así. Incluso hay sabios que dicen que el pensamiento es una secreción del cerebro, exactamente como la bilis es una secreción de la vesícula. Esto es un invento extravagante que no se basa en nada real... Si no, ¿por qué no nos es posible secretar pensamientos cuando queremos y como queremos? Evidentemente, ¡lo explicarán otra vez con el azar!...

Así pues, cuantos más servidores tengamos en nosotros, tantas más posibilidades tenemos de preparar condiciones para que el Cielo venga a visitarnos y a instalarse bajo la forma de dones, de virtudes, de poderes. Y, cuando dejamos de ser razonables, estas entidades nos abandonan, porque no soportan vivir en condiciones semejantes: no soportan la fealdad, los olores nauseabundos, las fermentaciones, y se van. Si fuésemos nosotros los que pudiésemos crearlas, deberíamos fabricar nuevas facultades, o retener estos dones, no

perderlos... ¡Pero cuántos han perdido sus talentos de cantantes, de pintores, de músicos, etc., o sus dones de sanadores y de clarividentes! Evidentemente, la ciencia oficial nunca ha hecho estudios sobre eso; con sus medios limitados le es imposible verificar semejantes verdades. Mientras que, desde hace miles de años, los Iniciados, que disponen de facultades superiores a los microscopios y a los telescopios, han podido hacer «in situ» estas constataciones.

Sin cesar somos visitados. Interiormente hay un barullo enorme, porque somos como una casa con muchos pisos y habitaciones en los que se agita todo un pueblo de inquilinos. Sí, y, a menudo, el dueño de la casa está encerrado, el pobre, en una pequeña celda, en alguna parte, y nadie le obedece, nadie le escucha; son los otros, los inquilinos, los servidores, los que imponen su voluntad: han hecho una revolución, le han metido en un cuarto oscuro y apenas le dan un mendrugo de pan y un poco de agua para que no se muera de hambre, pero son ellos los que dirigen, son ellos los que gobiernan... Y él, si supiera levantarse y comunicar con las regiones celestiales para enviar allá arriba algunos mensajes, vendrían a liberarle. Pero, el pobre, está tan ensombrecido que ni siquiera sabe que puede hacerlo. Y los otros siguen gobernando, sí, los inquilinos, los anarquistas.

¿No me creéis?... Pero hay muchos hombres que ya no son dueños de la situación, que ya no son los reyes de su reino. Todos los que habitan en ellos comen, beben, disfrutan, y el rey, el pobre, no puede impedirselo, no tiene la palabra, nadie le escucha. ¿Por qué? Porque no fue razonable, se abandonó a sus deseos inferiores, a sus caprichos, y se debilitó cada vez más. Entonces, el pueblo, la «demos», le derrocó, porque vio que no estaba a la altura de la situación. Esto es exactamente lo que ha sucedido en la historia con la monarquía y la aristocracia. Los reyes y los nobles fueron derrocados porque eran crueles, injustos, codiciosos... Nada se produce en la historia que no sea también verídico para los mismos humanos. Todos los acontecimientos políticos, revoluciones, cambios de régimen, etc., que suceden en el mundo, no son otra cosa que la repetición, una pálida repetición de lo que sucede dentro, en el ser humano. Así pues, si sabéis descifrar e interpretar los acontecimientos que se producen en el mundo, llegaréis a comprender los acontecimientos que se producen también en cada ser humano. Encontramos absolutamente las mismas leyes.¹

Actualmente, la monarquía ha sido reemplazada por toda clase de gobiernos: democracia, república, oligarquía... ¡o anarquía! ¿Por qué? Porque los que estaban en el poder no se

mostraron a la altura de la situación. Los súbditos, que les vigilaban, se rebelaban, y, como los soberanos se habían debilitado, ya no podían mantenerse y capitulaban. Mientras que siempre ha sido muy difícil derrocar a aquéllos que han estado a la altura de la situación. Mirad al Señor. Él también es un monarca y, cuando los ángeles se rebelaron (porque hubo también una rebelión de los ángeles), no pudieron destronarle, porque el Señor nunca cometió ninguna falta. No tiene debilidades... Es imposible vencer a las criaturas que están a la altura de la situación: puesto que tienen cualidades morales, luz, fuerza, son invencibles. Pero, si no sois capaces de imponeros por vuestras cualidades y virtudes, cuando otras fuerzas traten de apoderarse de vosotros os veréis obligados a satisfacerlas. No os engañéis, ¡no tendréis la victoria! El día en que estalle dentro de vosotros una revolución quedaréis completamente aniquilados.

Debéis saber si sois, o no, el rey de vuestro reino. Si sentís que ya no tenéis ni voz ni voto es que ya estáis prisioneros en alguna parte: os han dado solamente la posibilidad de constatar, de observar, sin poder cambiar nada de nada. Así que ahora, para restablecer la situación, debéis enviar en secreto toda clase de mensajes, debéis vigilar para encontrar el medio de desbaratar las intrigas de todos aquéllos que os

tienen encerrados, hacer un agujero, cavar, limar, para que podáis huir... exactamente como sucede en ciertas novelas de aventuras.

Los discípulos, pues, deben saber cómo buscar ayudas, amigos, para poder expulsar a los enemigos y volver a tomar la dirección de su reino. Y no hay que esperar, hay que reaccionar inmediatamente, porque si no la cosa irá de mal en peor. Hay muchos que se dejan ir; ya no tienen esperanza de que puedan enderezar la situación y asisten pasivamente a su decadencia, hasta la ruina y la miseria. Son desgraciados pero ya no pueden hacer nada y todos los demás asisten impotentes a su ruina. ¡Cuántos poetas, pintores, músicos formidables se dejaron hundir! Algunos por el alcohol, otros por el juego, otros por las mujeres... Lo probaron todo para salvarles, ¡pero no hubo nada que hacer! Mientras que aquéllos que no quieren capitular, aunque estén encarcelados, aunque estén encadenados, logran un día enderezarlo todo y son ellos los que gobiernan de nuevo. ¡Y qué victoria la de lograr ocupar de nuevo su sitio en la cima! Éste es un tema sobre el que no hay todavía suficiente luz.

Sí, se producen en el hombre exactamente los mismos acontecimientos que en la historia de los pueblos y de las sociedades. A veces, cuando veo a hermanos y hermanas que

están siendo presa de sus tendencias inferiores,, procuro advertirles y hacerles comprender, de diferentes formas, los peligros que les amenazan, para no decirles francamente que en poco tiempo estarían interiormente completamente encarcelados y atados... Y, creedme, las cárceles más terribles están dentro de uno mismo. Las cárceles exteriores no son nada; al contrario, quizá sea allí donde nos liberemos de otras cárceles. Incluso es en cárceles así donde algunos llegaron a comulgar con el Cielo, donde recibieron sus armas espirituales y todos los medios para llegar a ser hijos de Dios. Pero es muy difícil salir de las cárceles interiores. Hay que hacer grandes sacrificios, grandes renunciaciones, porque, si no, los espíritus de arriba nunca vendrán a liberaros.

Siento que os resulta difícil comprender que no sois vosotros los que creáis vuestros pensamientos, pero ésta es la realidad. El hombre dispone de muchos pensamientos, que son sus sirvientes, exactamente igual que un padre puede tener una decena de hijos que están ahí para ayudarlo en su trabajo, pero no es él quien los ha creado. Ha creado los cuerpos físicos, pero las almas y los espíritus han venido de otra parte. También podemos tratar la cuestión de los espíritus familiares. Habréis leído, imagino, en la literatura oculta que cada ser está acompañado por algunos espíritus familiares que están ahí,

para ayudarlo, para servirle. ¿Acaso es él quien los ha creado? No, pero de todas formas están a su servicio. En tanto que espíritus, nosotros somos también un pensamiento, pero este pensamiento no lo hemos creado nosotros, no somos nosotros quienes nos hemos creado, es el Señor. Nosotros somos, pues, un pensamiento poderoso, bien armado, que tiene a su servicio a su vez a muchos otros pensamientos.

Nosotros somos una creación del Señor, y Él es el único que crea pensamientos y que los envía. Los ángeles, los arcángeles, son también pensamientos del Señor; y el universo es el templo que el Señor ha poblado con sus pensamientos, es decir, con sirvientes, entidades, espíritus. El Señor, pues, ha creado los pensamientos, los espíritus, y el universo es la morada que ha sido formada para albergarlos. Ya os lo dije, la creación es diferente de la formación. La creación es la obra del Señor, y la formación la de la Madre divina. Es la Madre divina quien ha formado la morada y el Padre celestial quien ha creado las entidades que debían habitarla.

La creación y la formación, el espíritu y la materia, Dios y el universo, encontramos un reflejo de eso en todas partes, hasta en las células. Cada célula es como una pequeña casa habitada por un alma; todo se explica a partir de este modelo, todo no es más que la repetición de este modelo. El universo es

una habitación, y en esta habitación hay muchas otras. Cuando Jesús decía: «*Hay varias moradas en la casa de mi Padre*» y «*Voy a prepararos un lugar...*» **2** estaba hablando de las condiciones del lado material. No dijo: «Os prepararé espíritus» porque eso no podía hacerlo, pero un lugar sí.

De la misma manera, el hombre prepara solamente las condiciones, la morada que recibirá los pensamientos. No es él quien los crea, como tampoco crea la vida que le da a su hijo. Existen, sin embargo, hombres muy ignorantes que cuando están furiosos contra su hijo le amenazan diciéndole: «Te puedo matar, puesto que te di la vida.» Pues bien, si el hombre fuese verdaderamente capaz de dar la vida, ¿por qué, cuando tiene que morir, ni siquiera puede prolongar unos minutos más su existencia? Porque él no es dueño de la vida. Así que tampoco es él quien ha dado la vida a su hijo, se la han dado otros. Él ha construido solamente la casa. Si el hombre fuese el dueño de la vida, ¡os dais cuenta!... Ya habría ido a destronar al Señor diciéndole: «¡Venga, Señor, bájate que me pongo en tu sitio!» Por eso el Señor, que había previsto todo esto, se guarda la vida para sí y la distribuye como quiere.

Con la vida que Dios le ha dado, el hombre puede, de todos modos, construir algo; pero la verdadera vida viene del Señor. Todos los padres que creen tener derechos sobre la vida de sus

hijos son los mayores ignorantes. Los padres son unos gobernantes, eso es todo; les han enviado a una criatura para que la cuiden y la eduquen, y un día deberán rendir cuentas. Si han sido descuidados, poco atentos, serán castigados; pero, si han sido buenos tutores, recibirán recompensas por el trabajo que han hecho. Por otra parte, estos hijos que han recibido, ni siquiera saben de dónde vienen, ni quiénes son. Así que ¿qué se imaginan? Los padres son unos tutores, nada más.

Han sido unas palabras sobre el tema de los pensamientos. Cada pensamiento que proyectáis flota en el espacio, da vueltas alrededor vuestro o se va. El pensamiento posee todas las expresiones: puede ser bello o repugnante, luminoso o tenebroso. Tiene un color, un perfume, una música. ¡No olvidéis jamás que vuestro pensamiento es una criatura viva!

Bonfin, 9 de septiembre de 1970

Notas

1.Cf. *Acuario y la llegada de la Edad de Oro*, Obras completas, t. 25, cap. IV: «Comunismo y capitalismo» y cap. VII: «Aristocracia y democracia».

2.Cf. *Al principio era el Verbo*, Obras completas, t. 9, cap. XII: «Hay varias moradas en la casa de mi Padre».

VI - LOS PENSAMIENTOS SON ENTIDADES VIVAS: 2

Si hay una cosa, mis queridos hermanos y hermanas, que nunca debéis olvidar, es que vuestros pensamientos, incluso los más débiles, los más insignificantes, son una realidad. Hasta se pueden ver y hay criaturas que los ven. El pensamiento es un ser vivo. Evidentemente, en el plano físico no podemos verlos actuar, ni cogerlos; pero, en su región, con los materiales sutiles de los que está hecho, es un ser activo. ¡Esto es algo que debéis saber! La ignorancia de esta verdad es la causa de muchas desgracias. No veis, no sentís, que el pensamiento trabaja, que construye, o bien que destroza, que destruye, y, entonces, os permitís pensar cualquier cosa. El pensamiento es una realidad viva, por eso debéis vigilaros para tener y proyectar sólo los mejores pensamientos, unos pensamientos llenos de amor, de bondad, de luz, de armonía. El verdadero saber empieza ahí: con la consciencia de que el pensamiento es una realidad. En cuanto hayáis comprendido esto, podréis recorrer mucho más rápidamente el camino de la evolución.

Al estar descontento, al ser celoso, colérico, vindicativo e ignorante, el hombre continuamente tiene pensamientos

abominables y envenena al mundo entero impidiendo la realización del Reino de Dios en la Tierra. Pues no, ¡debe vigilar sus pensamientos! Diréis: «Pero, puesto que no se ve, puesto que no podemos ni tocarlo, ni pesarlo, ¡el pensamiento no tiene ninguna importancia!» Esto no es un argumento. El poder más formidable que Dios ha dado, se lo ha dado al pensamiento, es decir, al espíritu. Y como cada pensamiento está impregnado de la omnipotencia del espíritu que lo ha formado, actúa, es decir, construye o destruye. Sabiendo esto podéis llegar a ser benefactores de la humanidad; a través del espacio, hasta las regiones más lejanas, podéis enviar mensajeros, criaturas luminosas, a las que encargáis que ayuden a los seres, que les consuelen, que les iluminen, que les curen. Haciendo conscientemente este trabajo os acercáis a la Divinidad. Si no, viviréis mucho tiempo sin saber lo que sois, ni donde estáis, ni lo que hacéis. Y como todo se inscribe, un buen día las desgracias y las enfermedades os caerán encima, porque habréis ignorado lo esencial.

¡Si tan sólo la ciencia oficial se decidiese a ocuparse de esta cuestión tan importante del pensamiento! Pero no, por el momento fabrica cohetes, fabrica bombas... Incluso ha fabricado el teléfono para importunar a todo el mundo. ¿Verdad? El teléfono es la desgracia de las desgracias. ¿Qué

me decís de él? ¿Buenas cosas? Sí, pero siempre que no lo tengamos en casa. Exagero, claro, para bromear, porque, en realidad, ¡cómo facilita las cosas el teléfono! Cuando queréis insultar a fulano o a zutano, sin tener que perder el tiempo en el metro o en el tranvía para irle a ver, cogéis el teléfono, ¡y lo que tiene que oír! Y después, orgullosos de vosotros, os fumáis tranquilamente un puro. ¡Ahí tenéis las ventajas del teléfono!... Evidentemente, la comunicación es formidable; cuando se piensa que en el pasado una noticia tardaba meses en llegar, y ahora nos comunicamos instantáneamente, hasta en la Luna. ¿Habéis oído como hablaban los cosmonautas con los técnicos de la NASA?

Es preciso que la ciencia estudie ahora este medio de comunicación extraordinario que es el pensamiento. Ya sé, de todas formas, que algunos sabios se han ocupado de este problema. En otra conferencia os hablé de los experimentos de telepatía que se han hecho oficialmente en Estados Unidos y en Rusia. Sí, pero esto no es suficiente: el poder del pensamiento todavía no se conoce bien. Existe toda una ciencia que los antiguos conocían ya desde la Lemuria y la Atlántida: cómo, por ejemplo, materializar el pensamiento. Pero como esta ciencia fue puesta al servicio de todas las ambiciones y las pasiones humanas, los que la utilizaban

cayeron a menudo en la magia negra. Por eso los grandes Iniciados sólo se permiten revelar los secretos del poder del pensamiento cuando los discípulos son puros y poseen suficiente autodomínio.

Creedme, mis queridos hermanos y hermanas, esta cuestión del pensamiento es de las más importantes, y, si os hablo así, es para que os decidáis a proyectar sólo pensamientos que tengan las consecuencias más benéficas. Cuando sintáis que ya no sois dueños de la situación, que vuestro cerebro secreta... (bueno, supongamos que el cerebro secrete) pensamientos tenebrosos, destructivos, entonces, vigilaos, y tratad de dar otra dirección a vuestros pensamientos. Si no sois conscientes de ello, si dejáis escapar vuestros malos pensamientos sin ni siquiera prestarles atención, éstos se irán a trabajar para vuestra desgracia. Se dice en las Escrituras: «*¡Estad vigilantes!*» Pero eso quiere decir vigilantes para todo lo que sucede dentro de vosotros, y no para lo que os pueda llegar de fuera. Por lo de fuera no corremos tanto peligro, y no es necesario estar siempre en guardia para vigilar lo que venga a atacaros en la esquina de una calle.

Vigilantes... ¡son el espíritu, el pensamiento, los que deben estar vigilantes! «*Estad vigilantes*» es un consejo que concierne a la vida interior y no tanto a la vida exterior.¹ Exteriormente

estáis tranquilos y no corréis peligro todos los días de que os pongan un cuchillo en la garganta, pero dentro, ¡cuántos golpes recibís! Os muerden, os pinchan, os desgarran... Os echan agua hirviendo sobre la cabeza, y después os sumergen en el agua helada. ¡Es el Infierno de Dante!...y ya no sabéis cómo escaparos. Pues bien, todos estos tormentos son producidos por pensamientos que habéis lanzado y que vuelven ahora hacia vosotros. Debéis conocer esta ley y comprender, de ahora en adelante, que nada es más importante que ser conscientes y vigilar los pensamientos.

Evidentemente, no podréis conseguirlo de inmediato. Pasaréis aún por tribulaciones, pero, al menos, algún día tendréis la posibilidad de llegar a ser dueños de la situación. Debéis acabar con todas estas entidades. Primero las atrajisteis; después las enviasteis al espacio; y ahora vuelven hacia vosotros para acosaros, como enjambres de moscas y de avispas. Por eso ya no hay que decir más: «¡Es culpa de mis padres que me han dado una herencia espantosa!» ... No, ellos están ahí, los pobres, para daros exactamente lo que merecéis. Si habéis merecido ser un genio de la música o de la pintura, os reencarnáis en una familia que os dará todas las condiciones para que podáis serlo. Pero si os merecéis ser débiles, estúpidos, o estar enfermos, la Justicia divina os hace

reencarnar en una familia que os transmite toda clase de taras. No hay que reprochar nada a los padres. Los padres sólo son responsables en apariencia. Ésta es una verdad que la ciencia oficial ignora cuando explica la herencia. Sin saberlo, los padres no son más que ejecutantes, eso es todo. Todas las taras que el hombre ha recibido es él mismo quien las ha formado desde hace mucho tiempo con sus pensamientos y sus sentimientos; y eso tampoco lo sabe la gente.² Por eso la filosofía hindú dice que la ignorancia es la causa de todas las desgracias. Sí, la ignorancia...

Seguro que habéis leído algunos libros esotéricos que tratan de la cuestión del Guardián del umbral. Le representan siempre como un ser terrorífico al que el hombre debe enfrentarse un día. Pues bien, este Guardián del umbral, justamente, es una parte de nosotros mismos, una condensación de todo lo que hay de malo y vicioso en nosotros. Debéis saber que en el hombre, igual que en la naturaleza, todo lo malo se junta y se acumula en un mismo lugar, y todo lo bueno también.

Ya os hablé de la tribu de los Mouloukouroumbes, que habita en las montañas de Nilgiri, en la India, y os expliqué que, si son peligrosos, es porque son depositarios de una parte del mal que se hace en el mundo, del odio, de la venganza, de

la impureza, de todos los deseos inferiores. Han acumulado tanto veneno que con una sola mirada son capaces de matar a un animal, o incluso a un hombre. Ciertas plantas, como la belladona, la datura, etc., también condensan venenos, mientras que las rosas, por ejemplo, y otras flores, son las depositarias de todo lo bueno, bello y luminoso. Pero, claro, ¡no son los botánicos los que os darán semejantes explicaciones! Sin embargo, mis queridos hermanos y hermanas, es preciso que lo sepáis, todo el mal que hacemos se acumula en alguna parte como algo pesado, tenebroso.

Nuestro Guardián del umbral representa todo el mal que hemos acumulado en encarnaciones y encarnaciones. El Guardián del umbral, pues, es también nosotros mismos. Todavía no se conoce lo que es el ser humano, cómo está constituido por dos regiones, una indescriptiblemente fea, y otra que es todo el esplendor del Cielo. Porque todo el bien que hacemos se va a un lado y todo el mal a otro: no se mezclan, se van a dos regiones diferentes porque su naturaleza es diferente; hay una selección y esta selección se hace automáticamente. Así es en el universo entero. Cada cosa se va a su región, como en las tiendas. Según su naturaleza y su calidad los productos van a tal o cual escaparate. Y lo mismo sucede con los pensamientos que, según su naturaleza y su

calidad, van a tal o cual región. Sí, mis queridos hermanos y hermanas, en el universo también hay selecciones, no es el hombre el que las ha inventado.

Por otra parte, todos vosotros habéis podido constatar que hay dos naturalezas en vosotros, dos seres. Algunos días, os sentís tan mezquinos, tan repulsivos, hipócritas, malvados, injustos, que os horrorizáis de vosotros mismos y quisierais suicidaros. Y otros días, al contrario, os sentís un hijo de Dios. Pues bien, justamente, es porque unas veces se manifiesta una de estas dos naturalezas y otras veces la otra. Y cuando son las criaturas infernales las que se presentan, desgraciadamente no sabéis dirigirles la palabra para expulsarlas. Las apartáis, pero algún tiempo después vuelven. Las apartáis de nuevo, y vuelven otra vez; hasta que empezáis a creerlas, porque os dan toda clase de argumentos sacados de los Evangelios, de los Libros sagrados... y, sobre todo, ¡de la opinión pública! Y, entonces, ya está, perdéis la cabeza.

¡Cuántos hombres se han suicidado porque no pudieron resistir a estas criaturas maléficas que venían a desmoralizarles! Y, sin embargo, ¡a menudo eran genios! ¿Cómo comprender esto? Evidentemente, los psicoanalistas y los psiquiatras darán toda clase de explicaciones, pero sus explicaciones no explican nada en absoluto porque no conocen

la estructura del ser humano, e incluso, algunas veces, llegan a hacer mucho daño. Cuando no se conoce la estructura psíquica del hombre, ¿cómo se le puede curar?3

Entonces, ¿qué debéis hacer cuando estos seres tenebrosos y malvados se presentan ante vosotros? El mejor método es humillarse y decir: «Sí, ya lo sé, soy débil, soy incapaz, soy abominable... Pero, a pesar de todo Dios es bueno, es Amor, me tenderá la mano.» Entonces, ante esta humildad, se van. No pueden hacer nada porque vosotros os humilláis y creéis en la bondad y en el amor de Dios. Pero, sobre todo, lo que no debéis hacer es responder, no os enfrentéis a ellos, porque si no les excitaréis. Decidles: «Sí, es cierto, ¡incluso soy mucho peor!» Esto es lo que hago a menudo con algunos que han venido a decirme que era un monstruo. Les respondía: «Pero ¿a quién se lo dice usted? Eso es muy poco. Yo me conozco, ¡y soy mucho peor que eso!» ... Se quedaban tan asombrados que cogían su sombrero y se iban. ¿Veis?, pues, es un truco para despistar al adversario. Pero, sin embargo, no conocéis el poder de la humildad. Cuando hay huracanes y tornados, ¿acaso os erguís para afrontarlos? No, no es el momento. Debéis agacharos para dejar pasar la tempestad, y después podréis decir: «¡Eres tú el que tiene los pies planos!»

Conocéis esta historia... Un buen hombre había ido a comprarse un par de zapatos pero ninguno le iba bien. ¡Qué queréis!, ¡tenía los pies planos! El vendedor no hacía más que subir y bajar cargado de zapatos y, al final, extenuado, le dijo: «Ya basta, no iré a buscar más, ¡ahora váyase, pies planos!» Entonces, el pobre, se fue avergonzado, sin atreverse a responder. Después, cinco kilómetros más lejos, cuando llegó a una colina, se irguió y gritó: «¡Eh! ¡Eres tú el que tiene los pies planos!» Y se volvió a su casa orgulloso y contento. ¿Veis? Así es cómo hay que hacer. Evidentemente, es una historia para reír, pero, de todas formas... Vosotros también debéis bajar un poco la cabeza, después seguís, y, al final, decís: «¡Eres tú el que tiene los pies planos! ¡Los míos son los más bonitos!» Y después acariciáis vuestros pies diciéndoles cosas amables... ¿Acaso habláis, de vez en cuando, a vuestros pies? Hay que hablarles, porque son muy inteligentes. Dependemos muchísimo de nuestros pies, a través de ellos tenemos contacto con el suelo, con la Tierra; debemos, por tanto, cuidar de ellos.

¡Ah!, mis queridos hermanos y hermanas, tengo ganas de haceros una profecía. No sé cómo vais a encontrarla, pero tengo ganas de profetizaros que la primavera vendrá, que las flores se abrirán, que los pájaros cantarán... Siempre, hasta

ahora, he sido un profeta impecable, ¿verdad? Cuando digo, por ejemplo, que la primavera vendrá, nunca me he equivocado. Diréis: «Sí, pero, si no es más que eso, ¡nosotros también somos profetas!» ¿Y por qué no lo decís? ¿Cómo sabrán que sois profetas si no decís nada? Sí, el invierno no durará mucho y la primavera vendrá... ¿Acaso no es mejor fijarse en las cosas positivas? Y hasta, en vez de decir algo sobre la primavera, ¡decid algo sobre vosotros mismos! Por ejemplo: «Un día seré sabio, luminoso y poderoso... Un día seré un rey, un profeta... ¡Seré un sacerdote de Dios!» ¡Ahí tenéis, al menos, unas perspectivas prometedoras! ¿Por qué no tenéis pensamientos así? Trabajad y esperad, un día la realización llegará.

Hay que salir de lo negativo, y en vez de pensar siempre: «No lo conseguiré... Estoy perdido», haced como los niños que viven en los cuentos. Decíos: «Sí, aunque sea irreal, pensaré en todo lo más maravilloso, porque eso es un ejercicio benéfico.» Sí, eso os hace bien. Como la mujer que le pedía a su bienamado: «Querido, ya sé que no me amas, pero, de todas formas, dime que me amas, ¡me hace tanto bien oírlo!» Prefería alimentarse con mentiras más que con verdades. Todos tenemos esta tendencia. Entonces, ¿por qué no utilizarla? ¿Por qué no darle al pensamiento una actividad

saludable y, durante una hora cada día, trabajar para crear el futuro?

Los hombres viven en el pasado, repiten sin cesar su pasado. Sufrir, hacer tonterías, eso es el pasado. Mientras que vivir en el futuro es vivir en todo lo más espléndido, lo más maravilloso, en todo lo que todavía no existe. Al vivirlo con el pensamiento, ya existe. Así que, lanzaos al futuro, vivid en el futuro y esto será el presente. Mientras que ahora, vuestro presente es el pasado. Repetís continuamente el pasado. No, no debéis hacerlo.⁴

Conocéis la historia de esta muchacha que iba al mercado con un jarro de leche sobre la cabeza: durante el camino se imaginaba todo lo que podría hacer con el dinero que sacaría de la venta de la leche: comprar huevos, y después gallinas, y después cerdos. Estaba tan contenta que se puso a saltar... y el jarro cayó y se rompió. ¿Veis?, pues, ella vivía ya en sus proyectos, vivía en el futuro, y hacía bien, ¡pero no debía saltar! Y vosotros tampoco: vivid en el futuro, ¡pero no saltéis! Es decir, pensad, alimentad proyectos, pero todavía no hagáis como si ya se hubiesen realizado verdaderamente, porque, si no, todo caerá por los suelos. Si decís: «Dadme esto... dadme aquello... porque soy multimillonario...», cuando no tenéis ni un centavo, o «Soy el sabio más grande», cuando no sabéis

nada, esto es saltar prematuramente, y os meterán en la cárcel u os tomarán por locos.

Así que, mis queridos hermanos y hermanas, no saltéis, ¡pero trabajad cada día para crear el futuro! Saboread con el pensamiento el futuro más maravilloso, y, sobre todo, no olvidéis que el pensamiento es una realidad, que cada pensamiento es un poder capaz de destruir o de construir.

Sèvres, 2 de enero de 1971

Notas

1.Cf. *La verdadera enseñanza de Cristo*, Col. Izvor n° 215, cap. IX: «Velad y orad».

2.Cf. *Un futuro para la juventud*, Col. Izvor n° 233, cap. XI: «¿Por qué nacemos en tal familia?».

3.Cf. «*Y me mostró un río de agua de vida*», Parte III: «El hombre en el Árbol de la vida».

4.Cf. *Las semillas de la felicidad*, Col. Izvor n° 231, cap. XXI: «Somos los creadores de nuestro propio futuro».

VII - LOS INDESEABLES: 1

En el pensamiento del Maestro Peter Deunov que os he leído esta mañana, hay una frase en la que me gustaría detenerme. Se dice: «El mal es comparable a unos inquilinos que han entrado en vuestra casa y que se quedan en ella durante años sin pagaros alquiler...» Esta frase puede extrañar a muchos, porque la idea de que el ser humano está habitado por otras entidades no está muy extendida. Sin embargo, es muy importante que sepáis esto. ¿Por qué es importante? Tiene importancia para vuestra salud, para vuestra libertad y para vuestra salvación.

Hace años ya, os di unas conferencias sobre este tema, diciéndoos que a estas criaturas se les llamaba indeseables; os expliqué lo que había que hacer para no atraerlos, pero no prestasteis atención. Sin embargo, si tan sólo hubieseis comprendido esta cuestión de los inquilinos, de los indeseables, habríais podido transformar vuestra vida. ¿Acaso debo repetir de nuevo lo que dije?... Me parece que sí, porque vuestra existencia está tan repleta de problemas y de inquietudes de todas clases que dejáis de lado estas cuestiones, y de ellos se derivan unos acontecimientos muy perjudiciales

para vosotros. Trataré, pues, una vez más, de mostraros la importancia de esta cuestión.

Se dice en los Evangelios: «*Si alguno me ama... mi Padre y yo vendremos a hacer en él nuestra morada*». Esto significa, pues, que el ser humano está construido de tal forma que puede albergar en él a otras entidades. Y si esto es verdad para el Señor, para el Espíritu Santo, para Cristo, también es verdad, desgraciadamente, para los espíritus infernales y los diablos. Los Evangelios hablan muy claramente de ello.

Conocéis la historia de María Magdalena, a quien Jesús liberó de siete demonios. Se dice siete, pero había una multitud de servidores con ellos; eran, pues, toda una legión de indeseables, pero que, al principio, ¡eran muy deseables!... Sí, porque María Magdalena había hecho todo para atraerlos, para invitarlos. Diréis: «¡Esto no es posible! Ella no conocía la existencia de estos espíritus...» Pues bien, justamente, al ignorarlo, no sabía que con su forma de vivir, con su hábito de seducir a los hombres, invitaba a los espíritus malignos. Y, una vez que son invitados, se instalan para ser alojados y alimentados gratuitamente: comen, beben, y después lo ensucian todo, rompen los muebles y la vajilla (simbólicamente, claro). Pero, cuando Jesús encontró a María Magdalena vio que no era una mala mujer, que hasta era

buena y generosa y que, quizá debido a esta bondad, había aceptado servir a los humanos, pero de una forma un poco rara, evidentemente. Por otra parte, si observamos un poco a este género de mujeres, las prostitutas, nos damos cuenta de que, a menudo, tienen grandes cualidades. Sólo que, al lado de estas cualidades, carecen tanto de inteligencia, son tan débiles e influenciables, que se convierten en víctimas, porque siempre hay otros que se aprovechan de sus debilidades; y, después, la sociedad es muy cruel con ellas.

Así pues, Jesús decidió liberar a María Magdalena de estos espíritus malignos, porque vio que, una vez liberada, haría mucho bien a otras que pertenecían al mismo medio que ella. Sí, porque cada ser está siempre en relación con los habitantes de la región, del medio al que pertenece. Cuando cae, arrastra a muchos otros con él, y, cuando se eleva, igualmente. Por eso el bien y el mal son muy poderosos: porque no están aislados. El mal tiene ramificaciones, paralelismos, conexiones incalculables; y el bien también. Por eso, cada ser es responsable de lo que hace, de lo que piensa, y de las sensaciones que experimenta.

Conocéis también la historia del poseso en el país de los gerasenos. Jesús, dirigiéndose al espíritu que le habitaba, le preguntó cuál era su nombre. «*Legión*», respondió, porque

muchos demonios habían entrado en él y le hacían cometer actos insensatos: corría por las montañas sin vestidos y dando gritos, se hacía heridas en el cuerpo con las piedras, etc. Pero no vale la pena que os hable de todos los casos de posesión que son mencionados en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, estos ejemplos bastan. En toda la literatura oculta encontraréis un gran número de relatos que cuentan cómo los espíritus tomaron posesión de ciertas personas para atormentarlas, debilitarlas, destruirlas.

Los indeseables son, pues, unas criaturas de orden inferior que se instalan en el hombre inspirándole toda clase de actos reprobables e insensatos, hasta aniquilarlo. Porque, una vez que el hombre está habitado por estos espíritus, es su prisionero y ya no puede desembarazarse de ellos. A veces, por la gracia divina, o cuando ya ha pagado su karma y el plazo ha llegado, vienen amigos del Cielo a expulsarlos; pero es raro, muy raro; hay que haberlo merecido, hay que haber hecho esfuerzos.

Y ahora, si vais a decirles a los humanos que han invitado a espíritus maléficos para que vengan a habitar en ellos, no sólo no os creerán sino que se burlarán de vosotros, o se pondrán furiosos. Desgraciadamente, es la verdad, la pura verdad. No quiero describiros a estos espíritus: sus formas, sus

emanaciones, porque al hablar de todo eso nos conectamos con ellos, les vivificamos, les hacemos presentes. Solamente os diré cómo el hombre los atrae. Cada vez que el hombre no es irreprochable en sus pensamientos, sus sentimientos y sus actos, prepara las condiciones para que puedan venir estos indeseables. Tomemos un ejemplo. Cuando tenéis una mesa bien limpia, ningún bicho vendrá a pasearse por ella. Pero si, por falta de atención, dejáis en ella algunos alimentos, veréis cómo toda clase de bichos van a precipitarse sobre ella, sobre todo si encuentran algunas pequeñas fisuras o algunos pequeños agujeros por los que infiltrarse.

Por eso no debéis introducir impurezas en vuestros pensamientos y en vuestros sentimientos, porque éstas atraen a espíritus inferiores que vendrán a instalarse en vosotros para ser alimentados, ni dejar aberturas por las que toda clase de animales puedan infiltrarse. Y, al decir no dejar aberturas, quiero decir que vuestra aura debe ser fuerte y luminosa, que debe oponerse, como una barrera infranqueable, a la intrusión de los seres maléficos y nocivos. Pero éste es un tema desconocido para la mayoría de los humanos.¹ Nunca han oído hablar del aura y, evidentemente, tampoco saben cómo ensancharla, purificarla, hacerla poderosa e inmensa. No volveré hoy sobre esta cuestión del aura; os repetiré solamente

que, cuando el hombre es malvado, celoso, envidioso,, y está asaltado por toda clase de codicias, inmediatamente se producen en su aura brechas, fisuras, a través de las cuales los indeseables pueden infiltrarse.

El cuerpo físico es como una casa con muchos pisos que están todos habitados. El sótano, la planta baja, el primero, el segundo, el tercer piso, etc., tienen sus habitantes. E incluso en la parte más alta, en la terraza, todavía se encuentran otros habitantes con unos aparatos para observar las estrellas, el Sol, la Luna y pueden transmitirnos mensajes. Os expliqué, un día, que la diferencia entre las diversas categorías de hombres (los brutos, los hombres ordinarios, los hombres de talento, los genios, los santos, los Iniciados y los Maestros) proviene del número y de la calidad de los habitantes que han atraído y de la armonía, más o menos grande, que reina entre todos estos habitantes. Podemos comparar también este fenómeno con lo que sucede en una familia. Evidentemente, en la actualidad, los miembros de una misma familia ya no viven tan juntos, pero, en el pasado, desde los tatarabuelos hasta los niños más pequeños, todos estaban ahí, apelotonados en una misma casa. Así es la casa del hombre.

A veces decís: «No sé por qué, pero tengo la impresión de que hay dos seres en mí. Cuando viene uno de ellos, soy

bueno, dulce, comprensivo, y todo el mundo está maravillado... Pero cuando viene el otro, ¡soy espantoso!...» Aún hay otros muchos que pueden manifestarse, pero tomemos a dos solamente. Ni el psicoanálisis, ni la fisiología, pueden explicar la existencia de estas manifestaciones contradictorias en el hombre. Estudian las células pero no saben nada de todos los habitantes que hay en estas células. Cuando los biólogos estudian la célula, en realidad sólo estudian la casa del ser que la habita; se contentan, por tanto, con describir la forma (hexagonal, redonda, etc.) y la estructura (membrana, protoplasma y núcleo), sin saber nada del alma que la habita, ni de la vida que circula en este alma. Sin embargo, ahí está la explicación de todo lo que sucede en el hombre. Estamos hechos de una multitud de habitantes, pero, en conjunto, podemos dividirlos en dos categorías, buenos y malos, que vienen a presentarse unos tras otros.

Suponed una familia con dos hermanos: uno de ellos es maravilloso y el otro casi un monstruo. Evidentemente, los padres, que son buenos, honestos, inteligentes, se tiran de los pelos porque no comprenden de dónde les viene este hijo espantoso, ni cómo es posible que los dos hermanos sean tan diferentes el uno del otro. Pero es debido, simplemente, a que los padres han invitado a ambos. ¿Y cómo? Es muy fácil.

Puesto que no conocían demasiado bien las leyes del karma, los padres, en una encarnación precedente, contrajeron una deuda con esta criatura que ahora ha venido a su casa para ser alimentada, alojada y... aseada; por eso deben cuidar a este hijo, sin inquietarse por él, y pagar por todas las tonterías que hace.

Y nosotros también, interiormente, somos como una familia numerosa, con hijos, padres, abuelos, etc. Y, cuando uno se observa, ¡es increíble lo que se puede descubrir en esta familia que se apelotona dentro de él! Uno tras otro vienen a hablar, a gesticular, a reclamar, ¡verdaderamente vale la pena hacer un estudio!... Así pues, todos estos indeseables que habitan ahora en nosotros son seres que hemos atraído, porque hemos transgredido ciertas leyes, y, ahora que están ahí, debemos educarles. Es muy difícil desembarazarse de ellos; lo que debemos hacer es sólo educarles, hacer grandes sacrificios por ellos, porque les debemos algo. Evidentemente, les gusta mucho infiltrarse por todas partes fraudulentamente, pero a nosotros nos corresponde no dejarles penetrar. Los espíritus luminosos, en cambio, no entran nunca si no se lo pedimos, pero los otros no respetan ninguna ley y entran sin pedir permiso.

Los Iniciados se sirven a veces de procedimientos mágicos y de pentáculos contra estos espíritus malignos. Si habéis leído «Fausto» (evidentemente, Fausto no era un gran Iniciado, pero tenía conocimientos ocultos), habréis visto que éste había puesto encima de su puerta un pentagrama para impedir que entrasen los elementales y que saliesen los buenos espíritus.² Existen pentáculos para protegerse que podemos utilizar después de haberlos preparado mediante fórmulas y ritos mágicos, y muchos ocultistas se sirven del pentagrama. En la vida corriente veis carteles que dicen: «Prohibido pasar», «Propiedad privada», «Prohibido fumar», «Prohibido depositar basuras» ... Sucede exactamente lo mismo en el mundo espiritual, sólo que estas prohibiciones las indican símbolos y talismanes que los espíritus comprenden y respetan. Mientras que los carteles humanos no siempre son demasiado eficaces. Aunque esté escrito que está prohibido depositar basuras, vienen a hacerlo por la noche; si está escrito en un tren «Prohibido fumar», todo el mundo fuma, etc. Los Iniciados tienen, en cambio, unos medios de protección mucho más eficaces que los carteles; y, si los espíritus no hacen caso de estas prohibiciones, son fulminados.

¿Os queda más clara ahora esta cuestión? Los hombres no quieren creer en la existencia de los indeseables, pero, lo

quieran o no, hay toda clase de fenómenos y de manifestaciones que prueban su existencia. Los vicios, por ejemplo, ¿qué son los vicios? Todo el mundo reconoce la realidad de los vicios, pero ¿cómo explicarlos?... Ahí tenéis a un hombre que tiene bondad, inteligencia, instrucción, y toda clase de cualidades, pero, al lado de eso, tiene un vicio espantoso que no logra vencer. Sin embargo hace esfuerzos extraordinarios, pero cuando llega el momento, sucumbe de nuevo. En todos los demás dominios puede ser excepcional, tener talentos, ser músico, artista, pero es un borracho y no puede dejar de beber. Como Chaliapine, por ejemplo... ¡Qué voz tenía! Pero bebía... Otros tienen la pasión del juego: la ruleta, el bacarrá, o las apuestas, y se arruinan jugando. ¿Cómo explicar eso? Lo explicarán por algún complejo, o por una mala costumbre que adquirió el hombre bajo la influencia de su familia o de la sociedad, pero en realidad eso no explica nada.

La ciencia oficial no está todavía en condiciones de explicar estos fenómenos. Únicamente la Ciencia iniciática es capaz de hacerlo y os dirá que este vicio lo producen unos seres a los que el hombre debe alimentar porque los ha invitado, y ahora ya los ha reforzado tanto que se ve absolutamente dominado y no logra desembarazarse de ellos. Sí, mis queridos hermanos y

hermanas, los vicios no son otra cosa que criaturas que se han instalado en el ser humano para hacer de éste su esclavo. Es posible vencerlas, dominarlas, pero para ello hace falta una voluntad y un saber extraordinarios.

¿Y cuáles son los medios para no atraer a los indeseables? El primero es la pureza, la pureza comprendida en todos los dominios; 3 y, después, el calor y la luz. La pureza los hace morir de hambre, porque en la pureza no hay alimento para los indeseables. La luz los asusta y los expulsa, y el calor los hace secar y los quema. Evidentemente, es una forma de hablar. Tener luz es conocer la realidad de las cosas y, por tanto, comprender muy claramente esta cuestión; el calor es tener mucho amor por un ideal divino; y la pureza es llevar una vida ejemplar para no permitir que estas criaturas se infiltren y se instalen en nosotros. Y, además, si aún así quieren infiltrarse, son rechazadas inmediatamente, porque todas estas cualidades de pureza, de inteligencia y de amor las apartan.

¿Veis?, pues, mis queridos hermanos y hermanas, la Enseñanza nos aporta todo lo que es necesario para comprender. Nos muestra claramente que todo depende de nosotros, que, aunque en el pasado hayamos cometido faltas que han permitido a los indeseables venir a instalarse en

nosotros, hay remedios. Hay que hacerlos volver a entrar en razón, hay que convencerlos de que, en vez de destruirlo todo en nuestra morada, valdría más que participasen en su embellecimiento aportándonos algo: si son músicos, que nos den su música; si son pintores, que nos pinten cuadros; si son sabios, que vengan a revelarnos los secretos de la naturaleza. Porque algunas de estas criaturas son muy sabias y muy capaces, pero, en vez de ayudarnos, nos quitan fuerzas. Mientras que los espíritus luminosos que vienen a instalarse en nosotros nos dan todo lo que poseen. Además, muchos de estos buenos espíritus que vienen a ayudarnos pertenecen a nuestra familia; son abuelos y abuelas que quieren apoyar a sus hijos o a sus nietos. Son los llamados espíritus familiares. Algunos de estos espíritus son desinteresados y están evolucionados, mientras que otros lo son un poco menos. Cuando un abuelo, por ejemplo, ha fumado en pipa toda su vida, quiere seguir haciéndolo aún a través de su nieto, y el nieto se puede a fumar en pipa, y no puede dejar de hacerlo porque el abuelo es muy obstinado, ¡y quiere su pipa!...

Alguno dirá: «¿Los indeseables? ¡Venga ya!... Esto no es asunto mío.» Pero los indeseables lo tienen en sus manos, ¡y bien!... Por eso, algún día, debéis llegar a ocuparos seriamente de esta cuestión y aprender cómo actuar con todas estas

entidades maléficas, cómo educarlas, cómo iluminarlas... Expulsarlas, ya os lo dije, es muy difícil; e incluso, si lo intentamos, a menudo los resultados son peores. Hay que ayudarlas, pues, o hasta rezar por ellas, mostrándoles mucha buena voluntad y mucho amor, porque, si no, se ponen furiosas y os pueden fulminar. Para poder expulsarlas hay que ser muy fuertes, muy poderosos, y, antes de intentarlo, es mejor hablarles para tratar de entenderse con ellas. Algunos clarividentes lo han visto. Cuando a una persona le atormentaba una entidad maléfica, y la persona se dirigía a la entidad, rezaba por ella, o le leía pasajes del Evangelio, el clarividente podía ver cómo la entidad estaba escuchando, y cómo incluso, a veces, se iba de esta persona. La persona misma no veía nada, sólo se daba cuenta de que su estado había cambiado, pero el clarividente veía cómo se iba el espíritu.

Yo también he hecho muchas verificaciones en este dominio. Así que, para mí no hay duda, creo absolutamente en estas cosas. Vosotros también debéis creerlas, porque, si no, nunca mejoraréis vuestra situación. Estas criaturas existen verdaderamente. Algunas son bastantes comprensivas, evolucionadas, instruidas, mientras que hay otras que son de un orden verdaderamente inferior y, entonces, no hay nada

que hacer. Aunque les deis explicaciones, no las comprenden. Con ellas hay que utilizar unos medios completamente diferentes. Pero, sobre todo, no intentéis luchar, porque es peligroso, os podrían fulminar. Debéis suplicar a otros espíritus muy luminosos y muy poderosos que vengan a instalarse en vosotros, que luchen en vuestro lugar, porque ellos son capaces de hacerlo, tienen todos los medios, todas las armas, ¡pero vosotros no luchéis! Sí, mis queridos hermanos y hermanas, se trata de una ciencia muy vasta que no puedo exponeros en unos minutos, pero os digo lo esencial, y, si me creéis, vais a empezar a hacer una evolución fantástica.

Hoy es Pascua, y os diré que la resurrección también está relacionada con esta cuestión de los indeseables. Quizá os extrañe... Pero no, todo está relacionado. La resurrección es un proceso de liberación. Igual que la crisálida sale de su capullo para convertirse en una mariposa, libre, bella, luminosa, el hombre debe salir de la tumba –simbólicamente- y liberarse para convertirse en un hijo de Dios.

Sí, la fiesta de Pascua está ahí para invitarnos a reflexionar.⁴ Este proceso de liberación se produce por todas partes en la naturaleza, y el hombre debe también liberarse de las criaturas que se agarran a él, que le retienen prisionero de sus pasiones y de sus codicias, porque no sabe cómo actuar

con ellas, cómo instruir las y volverlas inofensivas. ¿Veis?, para mí todo está relacionado. La resurrección es un proceso natural de liberación que se produce para todos los seres que han llegado a un grado muy alto de luz, de desapego y de pureza.

Sèvres, Pascua de 1962

Notas

- 1.Cf. *El aura, nuestra piel espiritual*, Folleto n° 309.
- 2.Cf. *El simbolismo de las figuras geométricas*, Col. Izvor n° 218, cap. IV: «El pentagrama».
- 3.Cf. *Los misterios de Iesod – los fundamentos de la vida espiritual*, Obras completas, t. 7.
- 4.Cf. *La fiesta de Pascua – «Yo soy la resurrección y la vida»*, Folleto n° 308.

VII - LOS INDESEABLES: 2

El ser humano, ya os lo dije, es semejante a una casa con inquilinos de todas clases que han venido a establecer su domicilio en ella; algunos hacen ruido, se divierten y destruyen todo lo que encuentran, mientras que otros, al contrario, son amables, serviciales, y reparan las tonterías de los primeros. Habéis leído en los Evangelios cómo expulsaba Jesús los demonios, y en cada religión encontramos también ritos de exorcismo con oraciones y fórmulas apropiadas.¹ Desde la creación del mundo se sabe que el ser humano no está sólo, sino que alberga dentro de él a muchos otros habitantes.

Mientras la ciencia oficial no llegue a admitir la existencia de estas criaturas, mientras reduzca todo lo que sucede en el hombre a procesos químicos y físicos, no obtendrá grandes resultados. En realidad, ya os lo dije, los procesos químicos y físicos son la consecuencia de procesos psíquicos; sí, sólo son consecuencias. Evidentemente, los biólogos no han llegado a descubrir a estos indeseables con escalpelos, lupas y microscopios, pero esto no es razón suficiente para negar su existencia; no porque no los hayan visto no existen.

¡Si supieseis todas las entidades que los clarividentes ven entrar e instalarse en los humanos! Los propios afectados no lo ven, claro, pero, si estuviesen más vigilantes, si tuviesen el hábito de analizarse, se darían cuenta de en qué momento está entrando en ellos una entidad negativa y cuáles son los trastornos que ésta provoca. Cuando os sentís, de repente, turbados, desgraciados, o invadidos por los deseos y los sentimientos más inferiores, es porque os están visitando indeseables. ¿Y por qué os visitan? Porque habéis preparado alimento para ellos.

Cuando estudiamos la zoología, constatamos que cada especie animal (insectos, fieras, mamíferos, reptiles, pájaros) tiene un alimento bien determinado. Unos comen grano, otros hierba, carne o gusanos, y algunos, como los chacales, las hienas, los buitres, sólo se alimentan de cadáveres. Así pues, para poder alimentar a los animales hay que conocer el alimento que les conviene. Os he hecho notar también varias veces que, en cuanto dejáis unas migajas de comida en una habitación, inmediatamente después llegan los insectos. ¿Cómo han sentido, desde lejos, que había algo para ellos? ¿Qué antenas tienen?... Y, en cuanto limpiáis, desaparecen. Pues bien, esto es un lenguaje, pero vosotros no sabéis descifrarlo. Este fenómeno explica, justamente, que si

mantenéis en vosotros ciertos pensamientos, ciertos deseos o sentimientos que no son ni luminosos ni puros, inmediatamente llegan entidades a las que les gustan estas impurezas y se instalan en vosotros para alimentarse; pero, si os purificáis, si os volvéis razonables, estas entidades os abandonan y, por fin, empezáis a respirar. ¿Veis?, ¡es formidable! Pero muy pocos saben leer en este libro de la naturaleza viviente que está ahí, abierto ante ellos. Diréis que esto no son más que pequeños detalles; sí, pero sus aplicaciones en la vida psíquica son inmensas.

Cada pensamiento, cada sentimiento que pasa por el hombre, emite unas corrientes electro-magnéticas favorables para el bien o para el mal. Así es cómo el hombre atrae a los espíritus más luminosos, a los más evolucionados, y rechaza a las criaturas maléficas que son engullidas por el centro de la Tierra, o bien, al contrario, atrae a las larvas, a los elementales, a los demonios, y, entonces, estos espíritus luminosos, que habían venido a ayudarle, se van, porque no pueden soportar las emanaciones nauseabundas que los otros producen. Desgraciadamente, este dominio no es muy conocido, y esta ignorancia es la causa de muchas desgracias.

De ahora en adelante es preciso que todo esto se explique muy claramente, y, sobre todo, que el hombre tome la decisión

de verificar por sí mismo la realidad de estas criaturas. Y es fácil... Sólo que no es tan necesario que verifique por sí mismo la existencia de los malos espíritus, sino que basta con que verifique la de los espíritus luminosos, para ver todas las bendiciones que éstos pueden aportarle. Evidentemente, hace falta tiempo, y si se imagina que en apenas unas horas obtendrá resultados, se decepcionará. Se necesita mucho tiempo para obtener resultados, hay que tener perseverancia, tenacidad y estabilidad, que son las cualidades de la séfira *Binah*. Los impacientes nunca pueden verificar nada.

Ya os expliqué que todo lo que deseamos, todo lo que pensamos está, en realidad, aquí, presente; todavía no se ha realizado en el plano físico, no podemos ni verlo, ni tocarlo, pero está ahí. Todo lo que deseáis, todo lo que pensáis, todo lo que os imagináis ya se ha realizado en una región muy sutil y, si perseveráis durante mucho tiempo en este sentido, estas realizaciones, que todavía sólo existen en el mundo invisible, van a ir descendiendo, cada vez más, al plano físico, y entonces –tanto si es para bien como para mal- ya es muy difícil oponerse después a su materialización.² El mal se vuelve resistente, testarudo, y el bien también, ya no podéis desembarazaros de ellos.

Ya sé que no me creéis. La mayoría de la gente piensa que no es posible que lo que deseamos sea ya una realidad. Sí, ya se ha realizado. Tomad, por ejemplo, a alguien que tiene unos deseos poco recomendables: si fuese clarividente, vería que hay entidades que dan vueltas a su alrededor, que le acompañan y que tratan de preparar las condiciones para que se realice aquello que desea; o, incluso, si fuese un poco más sensible, sentiría, al menos, que estas entidades están ahí. Pero, como no es ni sensible, ni clarividente, se imagina que no hay nada. Sí, justamente, estas entidades existen, son una realidad. Cuando rezáis y pedís todo lo más sublime y divino, aunque penséis después: «No hay nada que hacer, no me han atendido, ni siquiera me han escuchado... Soy un pecador, soy un criminal...», en realidad ya estaban viniendo unos seres maravillosos a instalarse en vosotros, pero, como no los sentíais, no os alegrabais con su presencia. Pero, seguid rezando y, un día, todo lo que hayáis deseado se realizará. Si me creéis, ya tenéis en vuestras manos una llave formidable.

Me gustaría hablaros ahora de un tema sobre el que, ciertamente, no habéis reflexionado. Habéis conocido, sin duda, a muchos que dicen que no quieren frecuentar a los demás, que prefieren estar solos porque, al menos, cuando están solos nadie les molesta. La colectividad no les dice nada

en absoluto, porque no les gusta sentir la presencia de los demás, la promiscuidad, como dicen... Pero, ¿si supiesen tan sólo en qué promiscuidad están viviendo interiormente! Están habitados por toda clase de criaturas espantosas, repugnantes, maléficas, y las transportan consigo, las soportan –¡no pueden hacer otra cosa, por otra parte!- ¿Cómo aceptan, entonces, esta promiscuidad interior? No se dan cuenta de que viven en concubinato con estos monstruos, y que son estas criaturas, justamente, las que les aconsejan no amar la vida colectiva, fraternal, no vivir en la armonía, en la luz, porque entonces se verán molestadas y ya no podrán deleitarse con ellos, chuparles las fuerzas y carcomerlos.

Como los humanos están ciegos y son ignorantes, no se han dado cuenta de que son otros seres que hay en ellos los que les aconsejan que se queden solos, porque están interesados en favorecer sus vicios para alimentarse a sus expensas. Se imaginan que son ellos mismos los que no aman la vida colectiva, fraternal. Cuando, en realidad, son incitados por otras criaturas, por unas criaturas inferiores que no pueden soportar ni la luz, ni la sabiduría, ni la armonía, ni el amor, y que les dicen: «¡No te quedes ahí!... éste no es un lugar para ti». Porque la luz, la pureza, la armonía, las expulsan, y estas criaturas no quieren ser expulsadas. Verdaderamente, los

hombres son ignorantes; no saben por qué les gusta eso y por qué no les gusta aquello, y ni siquiera se plantean la cuestión. Puesto que tienen tal o cual gusto, encuentran que es natural, normal, legítimo... ¿Dónde está el criterio? No se ocupan de conocerlo.

Por eso, cuando veo a hombres y a mujeres muy encerrados en sí mismos, muy silenciosos, y que no tienen ningún gusto por los intercambios fraternales, todo esto, para mí, es un signo de que interiormente tiene promiscuidades y asuntos turbios. Sé que se refugian en la soledad para esconder su pereza y sus elucubraciones malsanas. Están encerrados en sí mismos, no dicen nada y evitan a los demás porque son tímidos, según parece, pero nada de eso. Y, si los ciegos y los ignorantes no comprenden nada y no saben interpretar esta actitud, también hay Iniciados en la Tierra, y a estos Iniciados no podéis engañarles. A los criminales, por ejemplo, se les reconoce inmediatamente, porque su actitud, las precauciones que toman, su forma de mirar y de protegerse muestran que no tienen la conciencia tranquila. La policía, los detectives, lo huelen inmediatamente y dicen: «Hay que seguir a éste, tiene algo que ocultar.» Así pues, cuantas más precauciones toman, más se traicionan. ¡Qué cierto es!

Por eso, creedme, todos estos seres que viven una vida poco normal y que quieren aprovechar la soledad para poder entregarse a la pereza, al desenfreno y a elucubraciones de todo tipo, se convierten rápidamente en víctimas de espíritus que les agotan, y acaban muy mal. ¡Qué lejos estáis de comprender correctamente todas las manifestaciones de los humanos! Siempre tengo que estar ahí para mostraros lo limitados que estáis con vuestros conocimientos y vuestra visión de las cosas. Éste es todavía un aspecto nuevo para vosotros... Cuando los hombres buscan demasiado la soledad, es muy mal signo.

Evidentemente, cuando hablo así de los que les gusta la soledad, no hablo de los ascetas, de los eremitas, ni de aquéllos que se aíslan para estudiar, meditar o crear obras de arte, lo que justifica entonces la vida en soledad: hablo de todos aquéllos a los que no les gusta la compañía de los demás simplemente porque son perezosos, egoístas, o por otras razones todavía menos confesables. Cuando un hombre se aísla para meditar, o para trabajar, es decir, para concentrarse en algo útil, bello, noble, entonces ya está cogido, ya está ocupado, y, por tanto, no hay sitio en él para las entidades maléficas, y eso es lo importante. Pero, si no busca la soledad para trabajar, no puede justificarse; debe saber que está

alimentando a muchos indeseables y que, si continúa, llegará un día en el que ya no podrá salvarse.

Para salvarse, es necesario que el hombre acepte la filosofía de la Fraternidad Blanca Universal, y que la acepte con todo su corazón y con toda su alma. Sí, la filosofía de la Fraternidad Blanca Universal puede salvar a los humanos de lo que les atormenta, porque les enseña a hacer intercambios con todo lo mejor y lo más luminoso que existe en el universo.³ Ya os lo dije: en la vida todo son intercambios, y, si no hacéis intercambios con los espíritus luminosos, los haréis obligatoriamente con los espíritus infernales... Pero no podéis evitar hacer intercambios.

Así que, mis queridos hermanos y hermanas, ¡cuidado!... Si queréis liberaros de todas las criaturas que os persiguen, aprended a hacer intercambios con el mundo de la belleza, de la armonía, del amor y de la sabiduría, intercambios con el Sol y las estrellas, intercambios con todos los santos, con todos los grandes Maestros y todas las criaturas del Cielo.

Bonfin, 24 de agosto de 1971

Notas

1.Cf. «*Buscad el Reino de Dios y su Justicia*», Parte VI, cap. 2: «El bautismo», «*Y me mostró un río de agua de vida*», Parte XI, cap.

4-I: «*Los poderes del agua*»; *El Libro de la Magia divina*, Col. Izvor n° 226, cap. XVII: «Exorcizar y consagrar los objetos» y cap. XVIII: «Proteged vuestra morada».

2.Cf. *La armonía*, Obras completas, t. 6, cap. VI: «Cómo se realiza el pensamiento en la materia».

3.Cf. *La pedagogía iniciática*, Obras completas, t. 29, cap. VII: «Participar en el trabajo de la Fraternidad Blanca Universal».

VIII - LA FUERZA DEL ESPÍRITU

Pregunta: «Maestro, usted nos prometió hablarnos de la fuerza, decirnos cómo la conciben los Iniciados y de dónde la extraen.»

Esta cuestión es inmensamente vasta; necesitaría horas para responderla. Evidentemente, puedo hacerlo en dos segundos, pero no quedaría claro. Para responder claramente hay que empezar mostrando cómo, en general, actúan los humanos, dónde buscan la fuerza, cómo la manifiestan, y después explicar lo que piensan los Iniciados sobre la verdadera fuerza.

Este problema siempre me ha preocupado mucho. He observado a los humanos y he visto que todos buscan la fuerza. Sí, pero ¿dónde la buscan? En las máquinas, en los aparatos, en las armas, en todo lo que es externo a ellos. Evidentemente, en apariencia pueden obtenerla, pueden imponerse y destruir. Pero la verdadera fuerza no es ésta. Como tenéis dinero, como tenéis máquinas, aviones, cohetes, ametralladoras... o bombas atómicas, os sentís fuertes. Pues bien, no, porque, al estar fuera de vosotros todas estas posesiones, si acaso os las quitan, ¿dónde está vuestra fuerza? Si os creéis fuertes por lo que poseéis, esto no es más que una

ilusión; en realidad no sois capaces por vosotros mismos de levantar un peso más pesado, ni de lanzar una piedra más lejos que antes, ni de desembarazaros de ciertas dificultades o sufrimientos. La fuerza, pues, no os pertenece. Disponéis de medios externos, sí, pero ¿qué haréis si os los quitan?...

Los Iniciados han comprendido desde hace mucho tiempo que, en vez de pasarse la vida buscando unos poderes que nunca llegarán a poseer verdaderamente, es preferible trabajar para tener estos poderes dentro de ellos mismos. Y en eso se ejercitan, en eso trabajan. Saben que la verdadera fuerza está dentro, en el ser que vive, que piensa, que actúa, porque él es el que decide, el que dispone de los objetos, el que construye. Por eso, han establecido unas reglas y han dado unos métodos para permitir, justamente, la manifestación completa, perfecta, absoluta, de este ser que lo contiene todo, que dispone de todo: el espíritu. Conocéis la fórmula del Maestro Peter Deunov: «Niama sila kato silata na douha, samo silata na douha é sila bojia»: «No hay fuerza como la fuerza del espíritu; únicamente la fuerza del espíritu es fuerza de Dios». Es en el espíritu donde el hombre debe buscar la fuerza. La verdadera fuerza está en el espíritu, en la voluntad, en la inteligencia del espíritu.

Tomemos el ejemplo del microscopio. Todos miran admirados cuántas veces puede agrandar un objeto; pero olvidan lo esencial – como siempre, por otra parte –, se olvidan de que no pueden ver nada sin sus propios ojos y que, si no tienen ojos, todos los microscopios del mundo no les servirán de nada. ¿Por qué maravillarse siempre de los instrumentos externos, cuando todo el mérito, toda la gloria, deben ser atribuidos al que ve? Y el que ve es el espíritu; ve a través de nuestros ojos, así que, ni siquiera nuestros ojos son todavía lo esencial. Lo esencial es este ser, el espíritu; pero no lo tienen en cuenta, siempre se olvidan de él, porque siempre se olvidan de lo esencial. Mirad, por ejemplo, las fórmulas químicas: tienen letras para cada elemento, pero nada para el fuego, sin el cual, sin embargo, ninguna reacción es posible. Hacen como si el fuego no existiese, cuando el factor más poderoso es, justamente, el fuego.

Esta forma de ver es una consecuencia de la filosofía materialista. Esta filosofía ha hecho que los humanos se extravíen, les ha hecho salir de sí mismos para llevarles a perderse muy lejos en las brumas de la materia y, ahora, ya no pueden encontrar las verdades fundamentales que les permitirían resolver todos sus problemas.

Tenéis que comprenderlo. Todo lo que esta fuera de nosotros no nos pertenece; nos lo prestan por muy poco tiempo, y no es ahí dónde se encuentra la verdadera fuerza. La verdadera fuerza se encuentra en el autor de cada cosa, es decir, en el espíritu que se manifiesta. La prueba es que, cuando el espíritu se ha ido, aunque el hombre posea todos sus órganos, ya nada funciona: el estómago ya no digiere, el corazón ya no late, los pulmones ya no respiran, el cerebro ya no razona. Si lo pesáis, veis que el hombre pesa lo mismo que antes, nada ha cambiado; pero está muerto, porque el ser que vivía, que pensaba, que sentía, se ha ido; y, justamente, él era lo esencial.

¡Cuántas veces os he citado este ejemplo! Un marido tiene una mujer encantadora, la más bonita, la más exquisita, y la adora noche y día. Pero, si ella muere, ¿qué hace con su cuerpo? Lo guarda durante unas horas, durante unos días y, después, deja que se lo lleven al cementerio. Entonces, ¿a quién amaba en realidad? Amaba a la vida, a este ser que habitaba en su mujer y que hacía el encanto de su voz, de su mirada, de sus gestos. Cuando este ser ya no está, ¿qué hacemos con el resto? Lo enterramos. Así de sencillo, así de claro y evidente. Lo esencial es la vida, el espíritu. ¿Por qué ir a buscar, entonces, lo que no es esencial? La única diferencia

entre un Iniciado y un hombre común es que el Iniciado se interesa, justamente, por lo esencial. El Iniciado busca el espíritu, trata de darle todas las posibilidades de manifestarse, de hacer aparecer todo lo que contiene, todas las riquezas que hay acumuladas en él.

Tomemos el ejemplo de la piel. Ella es la que ha formado el tacto, el gusto, el olfato, el oído, la vista, e incluso el cerebro. ¿Acaso podemos decir que ahora ya se acabó y que ya no saldrá nada más de la piel? No, la piel tiene unas posibilidades todavía desconocidas, pero necesita tiempo, y quizá, un día, aparezcan un sexto, un séptimo, un octavo sentido... La piel representa la materia. Todo aquello que envuelve representa la materia, y, en la célula, por tanto, está representada por la membrana. El citoplasma, en cambio, representa el alma, y el núcleo el espíritu. Porque, en una célula volvemos a encontrar también esta división en espíritu, alma y cuerpo.¹ Por eso podemos considerar a nuestro cuerpo como la piel del alma. En el alma circulan unas fuerzas, unas energías, la vida; mientras que el núcleo, el espíritu, es el lugar en donde se encuentra la inteligencia que crea, que ordena, que organiza.

Actuando sobre el protoplasma, el espíritu, el núcleo, ha formado esta membrana, y de esta membrana han salido, poco a poco, los órganos de los sentidos. El núcleo es, pues, el que

ha creado, por medio del protoplasma, porque el protoplasma le sirve de materia al núcleo. La fuerza se encuentra en el núcleo, es decir, en el espíritu. El espíritu quiere manifestarse y crea, con su impulso, nuevas formas, modela la materia. Si el hombre ha llegado a su grado actual de desarrollo, es gracias a los esfuerzos que el espíritu ha hecho sobre la materia para manifestarse. El espíritu tiene todas las posibilidades y, un día, encontrará el medio de infiltrarse a través de la materia para organizarla, de tal forma que ésta será de una belleza indescriptible. Este día conoceremos la gloria de Dios.

El espíritu quiere dominar la materia para manifestarse con todo su poder, y así es cómo produce en nosotros impulsos, movimientos. De ahora en adelante, sabréis que, cuando tenéis inspiraciones, cuando sentís una fuerza que os impulsa a actuar noblemente, a ayudar a los demás, a fusionaros con el Alma universal, es el espíritu que se manifiesta. Pero cuando, al contrario, sentís una fatiga, un debilitamiento, un poco de incertidumbre, dudas, sospechas, cuando estáis tentados a abandonarlo todo, es que la materia ha tomado la preponderancia y se opone a los esfuerzos del espíritu. ¿Qué podemos hacer en tales momentos? Para simplificar mi exposición, os diré, brevemente, que es el intelecto el que debe poner remedio a esta situación.

En el hombre, el intelecto se encuentra entre el espíritu y el corazón, es decir, entre el espíritu y la materia. Por eso puede intervenir. Cuando ve que la materia llega a dominar, a bloquear los impulsos divinos del espíritu, el intelecto puede, entonces, intervenir para volver a dar su fuerza al espíritu y abrirle las puertas. Desde dentro, el espíritu empuja siempre, pero el hombre no es consciente de ello y no sabe que puede facilitar el trabajo de Dios, o, al contrario, oponerse a él, dando más posibilidades a la materia. Si los Iniciados han abierto escuelas es, justamente, para incitar a los humanos a hacer un trabajo sobre sí mismos, a dominarse, a purificarse, y para permitir de esta manera la manifestación del espíritu. Si el hombre no tuviese ninguna posibilidad de actuar, con su intelecto o su voluntad, los Iniciados no habrían hecho nada para empujarle a tomar conciencia de su papel en el universo, y todo se habría hecho, por tanto, sin su participación. Pero, justamente, el hombre tiene un papel que jugar en la evolución de la creación, y Dios tiene en cuenta su existencia. Puesto que Dios creó al hombre, es que éste puede contribuir a la realización de la obra cósmica.

Dios ha dado la inercia a la materia y el impulso al espíritu, y el hombre está colocado entre los dos. Exteriormente está envuelto en materia, pero interiormente está animado por el

espíritu. Recibe, pues, una doble influencia; a veces es Dios el que se manifiesta a través de él, y otras veces es la materia la que quiere engullirle y devolverle al caos primordial. El hombre está luchando siempre y, si no está iluminado y activo, se deja llevar por la inercia hasta convertirse en una ciénaga invadida por los renacuajos, las ranas y los mosquitos. Esto es lo que les sucede a algunos en quienes la materia predomina, porque no hacen ningún trabajo intelectual, espiritual, divino; se convierten en ciénagas y en cloacas con olores nauseabundos. Mientras que el discípulo que está instruido, que es guiado, en vez de reprimir al espíritu, le da todas las posibilidades, le abre todas las puertas; y el espíritu, que entonces es rey, empieza a trabajar para armonizarlo todo, para embellecerlo todo, para iluminarlo todo, para vivificarlo y resucitarlo todo en él. Estas transformaciones pueden realizarse rápidamente, siempre que se dé la prioridad al espíritu. La materia sólo sabe engullir, absorber, mortificar, mientras que el espíritu sabe organizar, vivificar, resucitar, no sabe hacer otra cosa que eso; por eso, justamente, hay que darle la prioridad.²

¡Cuántos hombres se petrificaron porque impidieron que el espíritu se manifestase en ellos! No le reconocieron, hasta se burlaron de él. Sí, mientras es de día, ¿para qué sirve el Sol?

Éste es el razonamiento de Nastradine Hodja. ¿Veis?, mis queridos hermanos y hermanas, a pesar de la civilización y de la cultura contemporánea, de lo que todos están tan orgullosos, la ignorancia humana es muy grande.

Pero vayamos más lejos. Puesto que todos los poderes se encuentran en el espíritu, y dado que éstos se manifiestan a través de la materia, no podemos concebir al espíritu en estado puro, completamente desprendido de la materia. Si existe el espíritu puro, no es ciertamente aquí, y no sabemos en qué región se puede encontrar. Aquí, espíritu y materia están conectados: todo lo que veis, todo lo que tocáis, está constituido por espíritu y materia combinados bajo una u otra forma.

Tomemos el ejemplo de la bomba atómica. La gente se imagina que es la materia la que produce las explosiones; no, la materia es solamente la forma que contiene, que retiene y comprime al espíritu. La explosión atómica es, en realidad, una irrupción del espíritu, que se manifiesta como calor y como fuego. Para que la explosión tenga lugar hace falta que el espíritu esté ahí, comprimido en la materia, porque la materia sola no puede nada, es solamente un vehículo, un recipiente. Pero si no hubiese materia para contenerlo, el espíritu se escaparía, porque es volátil. Los sabios se equivocan cuando se

maravillan del poder de la materia; no han sabido ver que las fuerzas que se desprendían de ella eran las del espíritu, que se encontraban encerradas ahí por un cierto tiempo, para que no se perdiesen, pero que esperaban el momento de manifestarse. La prueba es que, una vez liberadas, ya no se pueden recuperar; cuando el espíritu ha podido escaparse es imposible capturarlo de nuevo y regresa hacia las regiones de las que vino. En cuanto a la materia, no queda nada de ella, es pulverizada, porque el poder del espíritu es tal que, cuando le damos la posibilidad de hacerlo, aniquila incluso a la materia.

A menudo, junto al fuego, os he hablado del ruido tan especial que hacen las ramas que arden. Desde hace miles de años la humanidad se sirve del fuego, pero ¿ha comprendido, acaso, lo que significa la crepitación de las ramas que arden? Porque, ¿qué es un árbol? Un árbol es un recipiente, simplemente, sí, un recipiente: almacena la energía que viene del Sol. Veis un árbol enorme y pesado con el que se podría construir una casa, pero, en realidad, no es más que un depósito, un formidable depósito de energías que vienen del Sol; basta con quemarlo para tener la prueba de ello.

Cuando quemamos un árbol no hacemos otra cosa que desencadenar un proceso ininterrumpido de liberación de energías. Bajo una u otra forma, se trata del mismo fenómeno

que el de la fisión del átomo. Las energías que se encontraban en el árbol se escapan y, como prisioneros a los que se libera con ruidos de cadenas y de cerraduras, estallan haciendo oír una crepitación. Esta crepitación es la liberación de las energías solares; éstas se liberan bajo forma de calor que podemos utilizar. Y ¿veis?, el vapor de agua, el aire y el gas se van hacia arriba; abajo sólo queda un poco de ceniza, que es tierra propiamente dicha, cuyo volumen es verdaderamente mínimo en comparación con la cantidad de agua y de gas que se han escapado. Ahí tenéis otra prueba de que la materia mantenía al espíritu prisionero dentro de ella.

Los humanos no saben abrir el libro de la naturaleza viviente para leer en él los fenómenos que se desarrollan ante sus ojos que pueden ayudarles a comprender las cuestiones filosóficas más complejas. De ahora en adelante, hay que saber ir más lejos para descubrir lo que significa un fenómeno físico en las regiones del espíritu y del alma, y comprender que arriba las leyes son las mismas que abajo. La mayoría están ahí, delante del fuego, sin ver nada: se contentan con estar ahí y con mirar, constatando que experimentan un cierto bienestar, que se sienten un poco mejor, que reciben algunas fuerzas, y eso es todo. Pero eso es pobre, es minúsculo, en comparación con el trabajo que puede ejecutar un Iniciado

cuando se encuentra ante el fuego. ¡Si supieseis tan sólo lo que sucede en el alma y en el espíritu de un Iniciado cuando está delante del fuego! ¿Os gustaría que os dijese lo que hace, verdad? No, todavía no...

Está claro, pues, que la energía que libera el árbol al arder viene del Sol; no es del árbol mismo, sólo se encuentra almacenada en él. La materia no puede producir la fuerza; la fuerza viene de otra región y la materia está solamente ahí para mantenerla y conservarla. Hay muchos errores que corregir en los sabios, porque no siempre tienen nociones justas. Se han fijado exclusivamente en lo visible y exterior de las cosas, en la corteza; no tienen el sistema filosófico que les proporciona a los Iniciados otra visión del mundo. Los sabios hacen experimentos y obtienen resultados, pero no poseen aún la verdadera ciencia. Hacen descubrimientos, por supuesto (¡aunque a veces también se equivocan!), pero, cuando, un día, lleguen a conocer el verdadero lugar de cada cosa, harán descubrimientos de otra envergadura.

Os lo dije, la mayor prueba de que el espíritu y la materia son dos realidades completamente diferentes la tenemos en el momento de la muerte. Hasta entonces los hombres lo confunden todo: el espíritu, la materia, son lo mismo para ellos. Pero en el momento de la muerte se ve la diferencia, y

nadie puede decir lo contrario. Si no, ¿por qué el hombre ya no se mueve? ¿Por qué no sigue hablando y pensando? Porque la muerte significa la ausencia de vida: porque el espíritu se ha separado de la materia.

Cuando el hombre está vivo el espíritu y la materia están juntos, soldados, abrazados, casados, por descontado, pero no son idénticos; y, cuando se separan, el hombre muere. El espíritu y la materia son como el hombre y la mujer; aunque el hombre y la mujer tengan en común el ser dos criaturas humanas, una es positiva y la otra negativa, tampoco son idénticas. No abordaremos hoy el problema filosófico de las relaciones de la materia y del espíritu. Además, en otras conferencias ya os expliqué cómo el espíritu ha producido la materia –porque la materia no es, en realidad, sino una condensación del espíritu– y cómo se han polarizado el uno con respecto al otro.³

Pero prosigamos. Cuando los Iniciados estudiaron en profundidad las diferentes manifestaciones de la vida, decidieron dar a los humanos unas reglas, unos ejercicios que les permitiesen volver a recobrar su fuerza primordial. Porque al principio el hombre poseía esta fuerza y toda la naturaleza le obedecía; después la perdió porque se dejó arrastrar por el peso de la materia y a eso es a lo que se ha llamado la caída. El

ser humano cometió, pues, una falta: perdió su fuerza al dejar que ésta fuese engullida por una materia más densa, más grosera. Antes vivía también en la materia, pero en una materia etérea gracias a la cual hacía maravillas. Por eso se dice en la Biblia que vivía en el Paraíso, en el jardín del Edén, en la desnudez, la pureza y la luz, y entonces no conocía ni la enfermedad ni la muerte.

Los humanos perdieron su ligereza, su libertad y la inmortalidad cuando quisieron penetrar en una materia más densa para explorarla (aunque Dios les había prevenido). Empezaron a sufrir enfermedades y la muerte hizo presa en ellos. Y ahora, desde hace miles de años, todo eso continúa: el sufrimiento, la enfermedad, la muerte... Y continuará hasta que vuelvan a encontrar de nuevo el camino que les conduzca al restablecimiento de su vida primordial.⁴ Esto es lo que todos los Iniciados llaman «la reintegración de los seres»: el retorno a la primera gloria. Ahí tenéis toda la filosofía de los Iniciados. Nos dicen: «Estáis situados entre el espíritu y la materia; así que, reflexionad, estudiaos, en cada momento de vuestra existencia observad qué lado gana en vosotros: el espíritu o la materia. Si sentís que se despiertan pensamientos y sentimientos que os pesan, que os atormentan, en vez de dejaros arrastrar, tratad de neutralizarlos».

Los seres que se dejan dominar por la materia pierden su luz, su libertad y su belleza; mientras que aquéllos que logran desprenderse de ella para dar la preponderancia a la actividad del espíritu se vuelven libres, luminosos y fuertes. Es en el espíritu en donde se encuentra la verdadera fuerza. Debéis, pues, entrar dentro de vosotros mismos cada vez más, recogeros para alcanzar el principio divino en vosotros; un día, un manantial empezará a brotar y os sentiréis alimentados, sostenidos, inundados por unas fuerzas inagotables. Pero si os olvidáis del espíritu para contar solamente con lo externo (el dinero, las casas, las máquinas, las armas), entonces, la fuerza, la verdadera fuerza del espíritu os abandonará. ¿Por qué? Porque no la sostenéis, porque no pensáis en ella, no os dirigís a ella, no comulgáis con ella. Con los recursos que os quedan vais a seguir tirando un poco, pero no iréis lejos; os creeréis todavía fuertes, pero cuando el manantial deje de manar, porque habéis roto el contacto, ¡veréis entonces si sois fuertes y poderosos!... Seréis barridos, borrados, ¡eso es lo que os pasará!

La mayoría de los humanos sólo cuentan con lo exterior, pero ¿por cuánto tiempo pueden contar con eso? Durante su existencia han tenido dinero y armas; bueno, está bien, pero como no pueden llevárselos consigo y aquí en la Tierra no han

trabajado para fortificar su espíritu, cuando se vayan al otro mundo serán débiles, ¡tan débiles! Entonces comprenderán que ahora ya se acabó el tiempo en el que se imaginaban ser fuertes; empezarán a lamentarse, a sufrir, y esto es el Infierno, justamente. Volverán junto a los vivos para tratar de hablar a su mujer, a sus hijos, pero nadie les oirá. Irán también a las sesiones espiritistas y entrarán en un médium para decir: «He llevado una vida estúpida; no hagáis como yo», y allí también nadie les creerá. Después, se reencarnarán y deberán volver a empezar todo desde cero, porque los ladrones se habrán llevado todas las riquezas que habían acumulado.

Así que ya veis las desilusiones que se preparan aquellos que no han conocido la Iniciación; son verdaderamente dignos de lástima. Sin embargo, ¡cuántas riquezas poseen los que han trabajado para adquirir facultades, virtudes y cualidades! Aunque no tengan nada externamente, son ricos en conocimientos y en fuerzas, y, cuando se vayan al otro mundo, se llevarán consigo todas estas riquezas. Como se habían dedicado aquí a ejercitarlas, estas riquezas seguirán siendo suyas y nadie se las podrá quitar. E, incluso, todo lo que deseaban en la Tierra lo encontrarán allí en plenitud. Los que amaban la luz y los colores, podrán contemplarlos sin fin. Para aquéllos cuya alma está llena de música y de sinfonías, las

estrellas y el universo entero cantarán. A aquéllos que estaban llenos de amor se les dará todos los medios para poder ayudar a los demás. A aquéllos que soñaban con saber y conocer, todos los secretos les serán revelados. Ésta es la verdad, mis queridos hermanos y hermanas.

La verdadera fuerza se encuentra en el espíritu, porque las cualidades del espíritu están particularmente relacionadas con la fuerza. La inteligencia, la sabiduría, la pureza, os dan grandes poderes. Y, si tenéis mucho amor, llegaréis también a superar vuestros estados negativos: la pena, la tristeza, la ira, el odio..., porque el amor es un alquimista que lo transforma todo. Pero la verdadera fuerza se encuentra en la verdad, porque la verdad es el verdadero dominio del espíritu.⁵

Jesús dijo: *«Si guardáis mi palabra, conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres»*.⁶ Para liberarse hay que poseer la verdadera fuerza que la sabiduría por sí sola no posee; muchos sabios no han logrado liberarse. Y ni siquiera el amor sólo puede liberaros enteramente. Únicamente la verdad puede hacerlo, es decir, la unión del amor y de la sabiduría. Esto es lo que enseña la Ciencia iniciática. Pero los hombres se olvidan del amor, se olvidan de la sabiduría, y se imaginan que el dinero va a liberarles... ¡Ni hablar! El dinero les esclavizará, porque les dará todas las posibilidades de beber, de comer, de

divertirse, de lanzarse a los placeres, e incluso de vengarse, si hace falta, es decir, les abrirá el camino que conduce directamente al Infierno. Evidentemente, si son sabios y dueños de sí mismos, el dinero les puede permitir liberarse y hacer mucho bien. Pero, dad dinero a los débiles, ¡y veréis si les libera! Exteriormente, quizá se libren de alguien que les importuna, o escapen a las persecuciones, pero interiormente no se liberarán ni de sus debilidades, ni de sus vicios, ni de sus angustias; viajarán, y transportarán con ellos todos sus males. A menudo los más ricos son los que están más encadenados, mientras que los que son pobres, pero inteligentes, son mucho más libres.

Para comprender bien las cosas hay que poner primero cada cosa en su lugar y eso es, justamente, lo que os enseña la escuela de la Fraternidad Blanca Universal. No os enseñará zoología, botánica, etnología, geografía o historia, pero os enseñará cómo vivir. Cómo vivir... no existe una cuestión más descuidada. Para todo lo demás hay escuelas, pero mostradme una en la que se enseñe cómo vivir, ¡no la hay! Y nosotros estamos, justamente, en una escuela especial, excepcional, en la que se enseña cómo pensar, cómo sentir, cómo actuar. Desgraciadamente, muy pocos comprenden su valor; los

demás lo comprenderán cuando tengan que abandonar la Tierra, pero ya será demasiado tarde.

De momento los humanos aún son víctimas de esta filosofía materialista que los mantiene alejados de la verdadera fuerza y no cesan de debilitarse. Pero dentro de algunos años el materialismo será excluido, expulsado, desterrado, y en las universidades, en las escuelas, en las familias, por todas partes instruirán a los humanos en la ciencia del espíritu. Entonces se darán cuenta de que habían estado chapoteando durante siglos y que todos estos descubrimientos técnicos y científicos todavía no eran un progreso. El progreso del espíritu es el verdadero progreso, y no hay progreso fuera del progreso del espíritu. Inscribid estas palabras, si queréis, porque ésta será una fórmula para el futuro. Cada vez se hacen más descubrimientos, pero las adquisiciones que se limitan al dominio material y al confort no pueden mejorar a los humanos. Al contrario, éstos se vuelven más egoístas, más vindicativos, más vulnerables, más enfermizos, y, al mismo tiempo, son más orgullosos, más vanidosos y más desvergonzados. Eso es lo que ha traído el progreso, y eso no es, por tanto, un progreso del espíritu.

El progreso del espíritu consiste en mejorar a las criaturas, en mejorar sus pensamientos, sus sentimientos, para

mantenerlas siempre en buena salud física y psíquica, mientras que, de momento, a menudo el progreso constatado consiste en abrir hospitales, clínicas y cárceles más perfeccionados. En vez de buscar un remedio en el espíritu, de enderezar algo, ahí, en el interior, todos corren a buscar fuera de ellos. Nadie piensa en buscar en el interior, en el alma, en el espíritu, nadie, salvo estos pobres místicos, estos pobres espiritualistas, estos locos, estos «tocados por el Sol», como nos llaman. Pero yo diré: «Vosotros, químicos, farmacéuticos, tenéis que saber que todos los minerales y los metales que están en la Tierra, y que vosotros estudiáis, se encontraban primero en el Sol. Se condensaron progresivamente, tras haber pasado por el estado gaseoso y líquido. Todo lo que la Tierra posee viene del Sol.» Entonces, puesto que es así, puesto que todos los elementos que encontramos en la Tierra estaban en origen en el Sol, ¿acaso es tan insensato nuestro deseo de ir a buscarlos directamente a la fuente, con su frescor y su pureza primeros? Todos se burlan de nosotros y nos ridiculizan. Dicen: «¡Ah! ¡Van a ver el Sol!» Nunca han comprendido la importancia esencial del Sol para el hombre, y se burlan de nosotros. Dejemos que se burlen y nosotros sigamos recogiendo pepitas de oro.

Los rayos de Sol son pepitas de oro gracias a las cuales podemos ir a comprar después cosas formidables en las tiendas celestiales, en las que reconocen el valor de este oro. Sí, en el otro mundo hay tiendas, que yo conozco, en las que todo está expuesto en abundancia y, si poseéis este oro, este oro que viene del Sol, el oro filosófico, os darán todo lo que queráis. Si en la Tierra pedís, por ejemplo, la paz, ¿quién os la podrá dar? ¿Iréis acaso a la farmacia a pedir un kilo de paz?... Se reirán de vosotros. Mientras que en estas tiendas de las que os hablo, no se reirán, y os darán esta paz a cambio de las pepitas de oro que hayáis recogido.

Si los humanos tuviesen más luces, en vez de ridiculizarnos vendrían a suplicarnos que les revelásemos todos los misterios de la naturaleza viviente... Junto a un lago, ¿qué podemos hacer junto a un lago? Allí también hay acumuladas toda clase de riquezas. En el bosque, en las rocas, en las montañas, en las grutas, por todas partes hay tesoros depositados; pero el hombre, inconsciente, se pasea en medio de ellos sin recibir nada de toda esta riqueza.

La verdadera fuerza viene del espíritu, y, como el espíritu está conectado con el centro, debemos, pues, buscar el espíritu y conectarnos con él para que pueda conducirnos hacia el centro, hacia la fuente, de donde recibiremos todos los

elementos que necesitamos.⁷ No se puede negar que haya también algunos elementos depositados en la periferia, en la superficie, pero son los menos. Las cosas reales están depositadas en el espíritu, todo lo demás está más o menos adulterado, o mezclado, es decir, impuro. Incluso el oro y las piedras preciosas, que son lo más puro que existe en la naturaleza, deben ser extraídos de su ganga. Todo lo que encontréis lejos de la fuente está mezclado con impurezas y, por tanto, hay que limpiarlo, decantarlo. Sólo aquéllos que se van directamente a la fuente beben un agua de una pureza absoluta.

En el momento en que dejan el Sol, los rayos son puros; pero cuando atraviesan la atmósfera de la Tierra se cargan de impurezas, y, después, vuelven de nuevo hacia el Sol, tras haber pasado por otros planetas en los que se han descargado de sus impurezas. ¿Eso os extraña? Cuando la sangre sale del corazón es pura, pero, al circular en el cuerpo para alimentar al organismo, se carga de desechos, de venenos, de toxinas, y cuando vuelve después al corazón, no vuelve directamente, porque antes debe pasar por los pulmones para purificarse. Pues bien, de la misma manera, los rayos vuelven hacia el Sol después de haber pasado por otros planetas para purificarse. Se trata de unos hechos reales que los sabios no conocen y

que, aunque se los revelen, no se lo creerán y dirán que son idioteces. Pero los Iniciados, que han ido mucho más allá que los sabios, conocen desde hace mucho tiempo cómo viene la luz a la Tierra, por dónde pasa y cómo vuelve después al Sol.

Algunos quizá objeten: «Usted pone en primer lugar la vida interior, subjetiva... Pero a nosotros nos han enseñado que siempre debemos ser objetivos y que debemos desembarazarnos incluso de la subjetividad, porque sólo lo objetivo es científico y real» les responderé que ésta es una reflexión que prueba que nunca han comprendido el significado de estas dos palabras, objetivo y subjetivo.⁸ ¿Qué es lo objetivo? Lo que no se desplaza, lo que no se mueve, es decir, aquello que se puede medir, pesar y mirar con aparatos; es, pues, un aspecto de las cosas que logramos estudiar porque está muerto. Mientras que lo subjetivo representa la vida, las emociones, la consciencia, el espíritu; no se estudia con el pretexto de que es algo variable, de que no se percibe por todos de la misma manera, y de que no es posible, por tanto, capturarlo para medirlo y clasificarlo... Pero esto es un error. Si lo subjetivo está en perpetuo movimiento es porque lo contiene todo y porque todo en él está vivo. Es la vida, por tanto, lo que en él estudiáis.

Evidentemente, esta desconfianza con respecto a la subjetividad está justificada, en parte, porque existen místicos nebulosos, desequilibrados, histéricos, que son víctimas de su subjetividad enfermiza. Pero, justamente, sacar conclusiones generales a partir de esta gente es un razonamiento erróneo. ¿Por qué no han ido a estudiar a aquéllos que viven una verdadera vida espiritual, una vida espiritual organizada? En ellos no hay nada vago, impreciso o desequilibrado. La verdadera vida interior es armoniosa, verídica, precisa, y, aunque sea variación y movimiento, es objeto de una ciencia. Sólo que, para esta ciencia, hacen falta unos aparatos mejores que los que los sabios tienen a su disposición.

Para los objetos inanimados no es necesario tener unos aparatos tan perfeccionados, pero, para estudiar la vida psíquica, para poder detectar y seguir los cambios del alma y del espíritu, hacen falta otros aparatos más sutiles y sensibles que todavía no son capaces de construir. Así que abandonaron esta ciencia. Y este abandono es la prueba de la incapacidad de los sabios, es la capitulación de su inteligencia; no lo saben, pero yo lo sé. Hubieran debido actuar de otro modo, tendrían que haber dicho: «Es posible que este dominio contenga unas riquezas prodigiosas, la verdadera ciencia, pero, en el estado actual de nuestras capacidades y de nuestros medios de

investigación, no tenemos aparatos para explorarlo. Procuraremos hacerlo en el futuro, pero, de momento, nos limitamos a estudiar aquello que es accesible a nuestros cinco sentidos».

Esto es lo que habrían dicho si fuesen sabios, y no era ninguna capitulación. Pero, un día, voy a darles una reprimenda; esto que acabo de deciros, lo diré abiertamente delante de ellos, y ninguno podrá objetarme, porque entonces ya se habrán hecho muchos otros descubrimientos que darán la razón a nuestra filosofía y ya nadie osará aventurarse a decir, como en el pasado: «¡Esto es imposible!... ¡Es una idiotez!» Dirán: «Es posible», y se refugiarán detrás de esta frase. Por otra parte, ya no se atreven a ser tan categóricos como antes, porque, desde hace algunos años, a medida que descubren cosas, se dan cuenta de que hay, cada vez más, cosas que no conocen. Empiezan a penetrar en el dominio sutil, etérico, que es, justamente, el dominio subjetivo, y, un día, nadie ya podrá objetar nada, porque, como acabo de deciros, habrá demasiadas pruebas que hablarán a favor de nuestra filosofía.

Ahora, escuchad bien lo que voy a explicaros. En el dominio subjetivo debemos recorrer primero una región llena de niebla, de nubes, de polvareda. Es la séfira *Iesod*,⁹ la región

de la Luna. Los Iniciados saben que allí nos encontramos con todas las aberraciones, las elucubraciones y las locuras. Hay que atravesar, pues, esta zona e ir más allá, a la parte superior de *Iesod*, donde reinan la precisión, la claridad, la luz. Como los sabios no han sabido explorar correctamente esta región, tras haber chapoteado un poco en ella, han huido asustados y se han refugiado en *Malbouth*, en el lado denso de la materia, la Tierra. Pero aquéllos que se han atrevido a ir más lejos han visto que, por encima de estas brumas y de estas nubes, el Sol brillaba sin cesar y que todo era matemático, claro y preciso.

Existe, pues, otra ciencia que los sabios no conocen: la ciencia del espíritu. Y la prueba es que un sabio ruso ha dicho recientemente: «Conocemos la materia, pero no tenemos ninguna noción del espíritu; es en este sentido en el que ahora debemos trabajar.» Empiezan, pues, poco a poco, a darse cuenta, y lo que descubrirán es la Ciencia iniciática tal como es conocida ya desde hace mucho tiempo por algunos seres privilegiados.

El que trabaja con el espíritu y para el espíritu, que le da las posibilidades de manifestarse en plenitud, obtendrá, un día, la verdadera fuerza, mientras que los otros, que no hacen esfuerzos, no lo lograrán. Es fácil encontrar ejemplos. Si ya no andáis, porque tenéis un coche, ¿qué sucederá? No sólo se

debilitarán vuestras piernas, sino que esta falta de actividad acabará produciendo daños en vuestro organismo. Suponed también que haya máquinas que dispensen al hombre de hacer la mayor parte de los trabajos: como ya no tendrá gran cosa que hacer, se reblandecerá y se embrutecerá. E incluso, desde que han empezado a poner todos los conocimientos en los libros, ¡se acabó la memoria! Existen aún tribus en el mundo que no conocen la escritura y que, de generación en generación, se transmiten oralmente toda su ciencia: miles de poemas, de fórmulas, de secretos. ¡Estos hombres tienen una memoria increíble! Éste era también el caso de los Druidas, que se negaban a utilizar la escritura porque sabían que los humanos perderían muchas de sus facultades psíquicas a partir del día en que empezasen a contar con los libros. Yo he observado también que muchos que no han ido a la escuela y que no saben leer ni escribir tienen una memoria extraordinaria. Se diría que los libros debilitan la memoria. Eso no quiere decir que yo esté en contra de los libros. Sólo constato lo que sucede; pero, evidentemente, los libros no lo son todo.

Así que, mis queridos hermanos y hermanas, ahí tenéis la respuesta: no debéis buscar la verdadera fuerza fuera de vosotros.

Evidentemente, quedan aún muchas cosas por decir. Por todas partes, en el universo y en el hombre, se manifiestan el principio de la vida y el principio de la muerte. Cuando la vida quiere desarrollarse, fuerzas contrarias empiezan a despertarse para reprimirla, para aniquilarla, y la vida siempre tiene que defenderse. Acción y reacción, pues, no hay más que eso. Y, si el hombre no se vigila, puede ser que el poder de la muerte prevalezca. ¡Cuántas lecciones podemos sacar de esta verdad!

Una hermana, por ejemplo, viene a verme y se queja de que nada le va bien, de que está desanimada, decepcionada... Yo la miro y le digo simplemente: «Es porque se ha inscrito en la escuela de la debilidad. - ¿En qué escuela, Maestro?, pregunta ella. Cuando era joven fui a la escuela, pero ahora no estoy inscrita en ninguna escuela.» Yo le respondo: «Sí, usted está inscrita en la escuela de la debilidad.» Ella no comprende nada y yo se lo explico: «Mire, en esta escuela de la debilidad no se hace ningún esfuerzo, ningún ejercicio físico o espiritual, se refugian en los sillones, en el confort, en la pereza. Está bien, es magnífico, pero ¿qué sucede entonces? Se ralentiza el movimiento interior, se disminuye la intensidad de la vida del espíritu, del pensamiento, y lo negativo se infiltra, deja huellas e impurezas de las que la gente ya no sabe desembarazarse. Debe usted vivir, pues, una vida intensa para rechazar todas

las suciedades que quieren infiltrarse dentro y que van a provocar en usted toda clase de trastornos, Inscríbase ahora en la escuela de la fuerza, es decir, mantenga siempre en usted la actividad, la vigilancia, el dinamismo, el ánimo, el entusiasmo.»

Sabiendo que los dos principios de vida y muerte están en lucha, no debéis ceder, ni dejar que las fuerzas negativas os invadan y os aten. Durante unos momentos, uno se siente bien dejándose llevar, pero después queda paralizado: ni la sangre, ni las células, nada vibra para luchar y combatir, y entonces se produce la invasión del polvo, de los mohos y de los hongos. Cuando una rueda gira rápidamente, el barro no puede pegarse a ella, porque es rechazado; pero, cuando su movimiento se ralentiza, el barro se deposita en ella. ¿Lo habéis comprendido? En esto hay una filosofía y una ciencia extraordinarias. A vosotros, pues, os corresponde ahora hacer esfuerzos, porque sois vosotros los que tenéis un interés formidable en no dejaros llevar por la desidia, por la pereza. Hay que hacer ejercicios para todo: para los miembros, para los pulmones, para el pensamiento, para el sentimiento, para el alma y para el espíritu.¹⁰ Entonces os encontraréis en un estado de vibración que rechaza todas las impurezas y podréis seguir caminando durante mucho tiempo.

Desde hace años os digo: «¡Venga!, ¡inscribíos en la escuela de la fuerza, haced esfuerzos!», porque no hacer nada es la muerte, mis queridos hermanos y hermanas. Un día verificaréis lo necesaria que es la vida intensa. Por eso hay que estar bajo el signo del entusiasmo, por eso no hay que abandonar el amor, el amor espiritual, porque es el que crea en nosotros este estado de movimiento y de irradiación que rechaza todo lo que es negativo y tenebroso. Aquéllos que pretenden ser inteligentes y sabios pensando que es inútil amar y ser buenos han firmado su sentencia de muerte, de muerte espiritual primero... pero la otra muerte no tardará en llegar.

Queridos hermanos y hermanas, debéis decir: «Hoy he comprendido dónde está el sentido de la vida, dónde está la salud y dónde está la fuerza». La fuerza está en la actividad del espíritu.

Bonfin, 2 de agosto de 1965

Notas

1.Cf. *La vida psíquica, elementos y estructuras*, Col. Izvor n° 222, cap. VI: «Cuerpo, alma, espíritu».

2.Cf. *La piedra filosofal – de los Evangelios a los tratados alquímicos*, Col. Izvor n° 241, cap. III: «Vosotros sois la sal de la Tierra»: I – «Marcar a la materia con el sello del espíritu».

3.Cf. «*Conócete a ti mismo*» – *Jnani yoga*, Obras completas, t. 17, cap. III: «El espíritu y la materia» y *La Balanza Cósmica – el número 2*, Col. Izvor n° 237, cap. III: «El 1 y el 0» y cap. IV: «El lugar respectivo de lo masculino y de lo femenino. I – Adán y Eva: el espíritu y la materia».

4.Cf. *Los frutos del Árbol de la Vida – la Tradición cabalística*, Obras completas, t. 32, cap.VI: «La caída del hombre y su reintegración».

5.Cf. *La vida psíquica: elementos y estructuras*, Col. Izvor n° 222, cap. II: «El cuadro sinóptico».

6.Cf. *La verdad, fruto de la sabiduría y del amor*, Col. Izvor n° 234, cap. XVIII: «La verdad os hará libres».

7.Cf. «*En espíritu y en verdad*», Col. Izvor n° 235, cap. III: «La conexión con el centro».

8.Cf. «*Y me mostró un río de agua de vida*», Parte VII, cap. 3: «La verdad de la vida. Objetividad y subjetividad».

9.Cf. *Los misterios de Iesod – los fundamentos de la vida espiritual*, Obras completas, t. 7, parte I: «Iesod refleja las virtudes de los otros sefirots».

10. Cf. *La nueva Tierra – métodos, ejercicios, fórmulas, oraciones*, Obras completas, t. 13.

IX - EL SACRIFICIO

Cada reino de la naturaleza (mineral, vegetal, animal, humano...) tiende a acercarse al reino superior.

Las piedras son las más antiguas en la Tierra, son inertes, insensibles, sin ninguna posibilidad de moverse, ni tampoco de crecer. Por eso su ideal es el de llegar a ser plantas.

El ideal de las plantas es el de llegar a ser animales. Están enraizadas y no pueden desplazarse ni experimentar sentimientos como los animales; por eso desean desprenderse del suelo y moverse. Pero sus células pueden evolucionar entrando en el cuerpo de un animal. Para ellas no hay otro medio de evolución que el de sacrificarse dejándose comer o quemar.

El ideal de los animales es el de llegar a ser hombres, el ideal de los hombres es el de llegar a ser ángeles, y el de los ángeles es el de llegar a ser arcángeles o divinidades.

Cada categoría de seres posee unas cualidades que la categoría precedente no posee. Cada una tiende, pues, a acercarse a la siguiente, a sobrepasar el grado que ya ha alcanzado. Antes de convertirse en ángel, el hombre debe primero llegar a ser un Maestro, porque el Maestro establece

la conexión entre el mundo de los hombres y el mundo de los ángeles. Cuando os dije hace unos días que el ideal del hombre no es cumplir la voluntad de Dios, estabais extrañados, porque eso parecía contradecir lo que os había dicho hasta entonces. En realidad, la predestinación del hombre es, en primer lugar, estudiar, conocer, comprender. Únicamente los ángeles saben cumplir la voluntad de Dios. Cumplir esta voluntad es, pues, nuestro ideal lejano; nuestro ideal actual, inmediato, es estudiar: eso es lo primero que se nos pide. El cumplimiento de la voluntad divina es para los ángeles.

En búlgaro ángel se dice «anguel». Fuego se dice «ogan», y cordero «agné». Si relacionamos las palabras «ogan» y «agné», comprenderemos muchas cosas. Comprenderemos por qué Cristo, el Hijo de Dios, era comparado con el Cordero que debía ser sacrificado antes de la creación del mundo.¹ ¿De dónde viene esta tradición? En el pasado, cuando querían construir una casa, tenían la costumbre, en ciertos países, de regar los cimientos con la sangre de un cordero para que la casa fuese sólida y estuviese bien protegida. Era para recordar a todos que antes de la creación del mundo hubo que hacer el sacrificio de un cordero, o de un ser vivo, para edificar esta construcción sobre unas bases sólidas.

Cristo es el Cordero divino, el espíritu del amor que atrae, acerca, sostiene, y fue puesto como base de la creación; fue sacrificado, inmolado, impregnó la materia de este edificio. Él es la conexión, el cemento que mantiene la cohesión del universo. Por todas partes, en las piedras, en las estrellas, es este amor el que sostiene el armazón. Si el amor desaparece, nuestro cuerpo también empieza a disgregarse, porque es el amor el que une todas las células. El amor es el gran secreto del universo.

Igual que el Cordero se ofreció en sacrificio, el hombre debe también sacrificarse. Por eso los Iniciados nos piden que ofrezcamos nuestro cuerpo y nuestro corazón en sacrificio a Dios. Pero todavía no se ha comprendido el verdadero sentido del sacrificio, que representa la manifestación más alta, la más noble, la más divina. No encontraréis en ninguna parte del universo un acto que supere al sacrificio; es el Omega, la última letra, no hay otra. Jesús vino para pronunciar esta última letra. Otros vendrán después de él para realizar, para aplicar, pero no añadirán nada que pueda superar al sacrificio; el sacrificio seguirá siendo durante toda la eternidad el acto más sublime.

Muy pocos comprenden lo que es el sacrificio. A menudo, oís decir: «¡Me he sacrificado!» Pero, ¿se trataba

verdaderamente de un sacrificio? Os daré un criterio para que podáis saberlo, pero sólo podréis utilizarlo al principio para vosotros mismos, no para los demás, porque, a menos que seáis Maestros o clarividentes, es imposible saber si alguien se sacrifica verdaderamente o si sus actos contienen un elemento egoísta, interesado. El verdadero sacrificio es un gesto, un movimiento, un pensamiento, o un sentimiento, absolutamente desinteresados. Si probáis a analizaros, constataréis que en la mayoría de los casos se han infiltrado los cálculos de la naturaleza inferior en lo que habíais creído que era un acto desinteresado. Y es en eso precisamente en lo que debéis trabajar, porque la verdadera evolución sólo empieza para el hombre el día en que éste llega a actuar de manera impersonal y desinteresada.

Observad al niño. Exige, llora, grita, amenaza; no piensa ni en su padre, ni en su madre, ni en sus hermanos y hermanas. Todo el mundo debe obedecerle, y es terrible, ¡a veces un verdadero tirano! Dice: «¡Vamos!, ¿Qué hacéis? Estáis aquí para ayudarme, porque tengo que crecer. Yo tengo mis ideas, quiero convertirme en el rey del mundo». Da pataditas, aprieta sus pequeños puños y no quiere aceptar las explicaciones de nadie. ¡Qué fuerza, qué decisión!... Está resuelto a luchar contra todo el mundo, sin doblegarse y sin obedecer.

Naturalmente, se lo perdonan, y todos están a su alrededor para satisfacer sus caprichos. Pero, cuanto más crece el niño, más se da cuenta de que el mundo no es exactamente como él se imaginaba y que se le exigen pequeñas cosas: que lleve agua a su viejo abuelo, que haga algunas cositas; le enseñan también a lavarse y a colocar sus vestidos... Sin embargo, no se trata todavía de sacrificios; los niños obedecen por un caramelo, o por una chocolatina, porque se les promete siempre una recompensa si son buenos, y trabajan por los regalos.

Y llega el día en que el niño va a la escuela en donde se encuentra con otros niños como él, y empieza a pensar. Se da cuenta de que debe cambiar sus métodos, que debe hacer concesiones, porque está obligado a frecuentar a otros niños, a hablarles, a jugar con ellos. A veces saca su pañuelo para secarse unas lágrimas; pero, aunque acabe cediendo, tiene una idea en la cabeza... Pasan los años y un día toma un bolígrafo, un papel bonito, y empieza a escribir un poema: jura que está lleno de un amor impersonal... Pero no le creáis, porque, en el fondo, como acabo de deciros, siempre hay una idea oculta, incluso para él.

Finalmente, este niño se ha convertido en un adulto; tiene, a su vez, hijos, y entonces es cuando empieza a hacer verdaderos sacrificios para alimentarles, para vestirles e instruirles. Sin

embargo, si lo analizáis más, veréis que este sacrificio no es muy puro todavía y que contiene motivos ocultos: los hijos crecerán y quizá se conviertan en gente importante; los padres envejecerán, estarán expuestos a las enfermedades, y quizá necesiten una ayuda, etc... Salvo en muy raros ejemplos, en el fondo siempre hay un cálculo.

Si verdaderamente profundizáis en vuestro análisis, veréis que, en realidad, el sacrificio no existe: siempre hay un cálculo detrás, si no es un interés material, grosero, es, al menos, un interés más sutil: el de avanzar, instruirse, perfeccionarse. La diferencia reside solamente en que, en el segundo caso, este interés, que es espiritual y puro, no ocasiona ningún perjuicio a nadie, y hasta es un bien para el mundo entero, mientras que en el primer caso el interés es satisfecho en detrimento del de los demás.

Existen, pues, dos clases de interés: uno de ellos sólo concierne al hombre, a su personalidad, y raramente es benéfico para los que le rodean. Mientras que el otro es tan amplio, tan vasto, que abarca los intereses de toda la colectividad. Y este interés es aceptado por la Fraternidad Blanca Universal. Nunca os acusarán si estáis llenos de interés por la sabiduría, por el amor, por la paz, por la pureza, por la bondad, porque estas virtudes nunca perjudican a nadie: no

hacéis daño, no destruíis, no perturbáis la evolución colectiva del organismo cósmico, al contrario. Pero si manifestáis un interés puramente egoísta, debéis saber que todavía estáis lejos de la evolución divina tal como los Iniciados la conciben. Debemos analizar todo lo que hacemos, todo lo que pensamos, todo lo que sentimos; debemos someterlo todo a examen y buscar el interés que se esconde detrás. ¡Veréis que muy pocas cosas resistirán este examen aunque parezcan impersonales y puras!

Y ahora, si queréis saber en qué casos es verdaderamente vuestro Yo superior el que se manifiesta, lo sabréis muy fácilmente, es una sensación que no puede engañaros. Sí, lo sabréis según la sensación que experimentéis. Tenéis, por ejemplo, el deseo de dar algo a un amigo... Pues bien, si al dárselo sentís una alegría pura y sin reservas mentales, es que vuestro Yo superior es el que se manifiesta. El símbolo del Yo superior es el Sol, y el del yo inferior es la Tierra. Mirad el Sol: da, da sin cesar, mientras que la Tierra toma sin cesar. He ahí la filosofía de la Tierra y la filosofía del Sol.² Éste es un fenómeno que volvemos a encontrar por todas partes en la existencia. En una familia, por ejemplo: los padres dan siempre, alimentan, visten, educan e instruyen a sus hijos, mientras que el hijo toma, come y se ensucia. ¡Ahí tenéis otra

vez a la Tierra y el Sol! Pero la Tierra llegará a ser un día un Sol, y el hijo, que será más tarde padre o madre, se convertirá también, a su vez, en un Sol.

¿Y el discípulo? ¿y el Maestro?... El Maestro puede ser comparado con el Sol, porque el Maestro da al discípulo, le instruye, le protege, trata de educarle y enriquecerle espiritualmente, mientras que el discípulo es exactamente como la Tierra: toma. Diréis: «¡Pero ésta es una filosofía del discípulo muy inferior!» No, es completamente normal, es un estadio por el que debe pasar primero; después, lo mismo que la Tierra, se convertirá en un Sol. Pero ahí pensáis, sin duda, que mis palabras contradicen toda la astronomía, porque habéis leído que dentro de algunos miles de años la Tierra se enfriará y morirá. No, no se conoce muy bien este terreno. La astronomía está todavía en pañales y los astrónomos deben aprender aún, porque, de momento, sólo se han quedado en la apariencia, en la superficie de las cosas.

La Tierra no va hacia su fin; en realidad, es lo contrario lo que sucede. La Tierra es un niño muy joven todavía que bebe, come, toma; es una chiquita, pero crecerá, se volverá cada vez más cálida y luminosa, y un día será un Sol. Esto es lo que nos enseña la verdadera ciencia. Podéis creer a los astrónomos si queréis, pero lo que nosotros sabemos, lo sabemos bien. Más

tarde, la Tierra crecerá y se convertirá en un Sol, porque la luz y el calor —es decir, el amor y la sabiduría— que sin cesar recibe del Sol, se acumulan en sus profundidades y transforman poco a poco su materia. Pero, evidentemente, habrá que esperar aún millones de años, porque esta transformación no puede hacerse de un solo golpe. La Tierra es una fruta que debe madurar, y cuando esta fruta esté madura, miles de seres la comerán. Sí, un día la Tierra se volverá succulenta, mientras que, de momento, es verde, ácida y áspera. Por eso se dice de ella que es un valle de lágrimas y de sufrimientos: porque es todavía una fruta verde y sus zumos son amargos e indigestos.

El Sol hace sin cesar un inmenso trabajo sobre la Tierra con el amor (su calor) y la sabiduría (su luz); y la Tierra, que absorbe y digiere este calor y esta luz, comunica a los seres que la habitan todas las nuevas cualidades que adquiere de esta manera. A medida que la Tierra evoluciona, la humanidad también evoluciona. ¿Cómo? Pues porque los minerales y los vegetales se transforman a medida que la Tierra evoluciona. La Tierra introduce, a lo largo de los siglos, nuevas cualidades y virtudes en las piedras y las plantas, porque la Tierra toma las fuerzas que vienen del Sol y las envía a las plantas. Por eso los hombres y los animales, que comen esta vegetación y que están continuamente en contacto con los minerales y los

metales, se ven obligados a transformarse. La humanidad no puede evolucionar, pues, como ella quiera: su evolución depende de la de la Tierra, está aferrada a ella, atada a ella; si la Tierra no evoluciona, la humanidad tampoco puede evolucionar, porque nadie puede desprenderse súbitamente de la Tierra para irse al Sol. Únicamente los seres excepcionales logran desprenderse de esta dependencia de la Tierra.

El discípulo es como la Tierra: debe digerir el alimento que el Maestro le da y hacerlo trabajar dentro de él para nutrir a los minerales, las plantas, los animales y los hombres. ¿Y dónde se encuentran en él los minerales, los vegetales, los animales y los hombres? Son los sistemas óseo, muscular, circulatorio y nervioso. Sí, todo está ahí, dentro de él, e igual que la Tierra, el discípulo debe ocuparse de alimentar a todos aquéllos que lo habitan. Los alimenta con el amor y la sabiduría.

Los científicos, claro, nunca aceptarán esta teoría. Dirán: «¿Qué nos cuenta? ¡Esto son pamplinas! Según nuestras investigaciones científicas, las plantas nacen de esta manera... mueren de esta otra...» En realidad, si estudiáis cómo suceden las cosas en la naturaleza, si observáis tan sólo un árbol: cómo se forma el brote, después la flor, después el fruto, y cómo al final sólo queda la semilla que resume el árbol entero, sabréis

entonces lo que sucede en los planetas, porque las leyes que rigen la vida de los planetas las volvemos a encontrar exactamente en la vida en la Tierra. Sí, no estamos obligados a ir a los planetas para estudiarlos, porque todo está reflejado en la Tierra en miniatura.

Sólo los grandes Iniciados poseen los medios para conocer directamente cómo se desarrolla la vida en los otros planetas; se reúnen y, mediante el poder del pensamiento y de la palabra, proyectan a uno de ellos al espacio; le envían allí con la misión de ir a hacer estudios «in situ», y cuando vuelve cuenta lo que ha visto. Después envían a otros para verificar y comparar las observaciones. Un gran número de seres han sido enviados al espacio de esta manera y todos han traído las mismas informaciones sin ninguna contradicción. De esta forma, los Iniciados han edificado una ciencia que mantienen secreta. Para tener acceso a esta ciencia sólo hay una llave mágica: el sacrificio puro, el puro desinterés; sólo éstos pueden abrir la entrada. Si mantenemos dentro de nosotros un interés malsano y egoísta nunca podremos penetrar esta ciencia para conocer la realidad de las cosas.

Fue precisamente después de estas expediciones por el espacio que, al observar la Tierra, los Iniciados constataron que todo lo que existe arriba tiene su correspondencia abajo.

Por eso Hermes Trismegisto dijo: «Abajo es como arriba, y arriba es como abajo». Y cuando Jesús decía: «*Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo*»,³ repetía la misma fórmula. La Tierra está tan ligada al Cielo que sigue todos sus movimientos; es como la novia que sigue por todas partes a su amado, o como el niño que no puede dejar que su madre vaya a ninguna parte sin correr detrás de ella. La Tierra sigue todos los movimientos del Cielo, todas sus vibraciones y trepidaciones, todos sus movimientos más imperceptibles.

Debéis trabajar con el sacrificio. Cuando actuamos con desinterés somos invadidos por un gozo inmenso que no se puede comparar con ningún otro gozo en la Tierra. Diréis: «Pero comer es un gozo, una felicidad, un placer; y también divertirse, fumar, besar a una mujer...» Desde luego, hay gozos de todas clases, pero no existe ninguno todavía que supere el gozo del sacrificio: dar. Pero hay que poder hacerlo sin reservas. Si sentís una reticencia es señal, justamente, de que vuestro acto no es impersonal. Muchos hacen como este hombre que rezaba un día a San Nicolás; se encontraba en la orilla de un río que quería atravesar y decía: «San Nicolás, si me ayudas a atravesar el río, te daré mi caballo». Pero una vez en la otra orilla dijo: «Oye, tú estás en el Paraíso, no necesitas mi caballo», y se lo quedó para él.

Los hombres prometen, pero después les tiembla la mano, porque dar es difícil. Esta duda es la que os puede permitir juzgar la naturaleza exacta de vuestros actos: si al dar sentís un poco de tristeza y de pena, es que no sois desinteresados; mientras que si dais con un gozo inmenso, es que es vuestro Yo superior el que se manifiesta. Sí, el Yo superior se expresa en el desinterés. Pero por el momento es inevitable que en el hombre el Yo superior y el yo inferior se manifiesten juntos: el Yo superior, que da como el Sol, y el yo inferior, que toma como la Tierra. Pero el yo inferior será un día como el Yo superior.

Cuando un ser sabe privarse por otro, prueba que ya no es un niño. Si pretendéis ser mayores que los demás, si pretendéis ser más evolucionados y más grandes, os diré: «Entonces, probadlo sacrificándoos más». Si alguien sabe hacer el sacrificio de su tiempo, de su salud, de su dinero y de sus conocimientos, es porque es el más evolucionado. Por eso, cuando el discípulo ha pasado años aprendiendo junto a un Maestro, debe llegar a ser, a su vez, como su Maestro y dar sin cesar su calor y su luz. Entonces, el gozo que siente al dar lo supera todo, y ni siquiera tiene necesidad de ninguna otra recompensa.

Todo el mundo se extraña de que un Maestro trabaje gratuitamente, porque parece tiempo perdido y fuerzas gastadas tontamente.⁴ Todos aquéllos que piensan así han aceptado la filosofía del yo inferior, y por eso no encontrarán ni el gozo ni la felicidad: no se pueden encontrar el gozo y la felicidad en el egoísmo, está prohibido. Pensáis que cuando sacrificáis algo lo perdéis; no, al contrario, es entonces cuando ese algo os pertenece. Sólo las cosas que habéis sacrificado os pertenecerán, lo demás no os pertenecerá nunca. El bien que habéis hecho al sacrificaros os seguirá, correrá tras vosotros hasta el fin de los tiempos.

El gozo puro, profundo, sólo podéis saborearlo si sabéis dar sin pedir nada, sin esperar nada. Por otra parte, entonces os darán también seguramente y, si os dan, tanto mejor, pero no debéis esperar nada. El día en que seáis capaces de este desapego, sentiréis un gozo inmenso. Cuando la madre puede privarse de un trozo de pan para dárselo a su hijo, ¡preguntadle si sufre! Sonríe divinamente.

Jesús sabía el trabajo que harían un día sus discípulos que comían junto a él y bebían sus palabras; sabía que este trabajo sería tan impersonal y desinteresado como el suyo, porque conocía los grandes misterios de la propagación de las simientes. Cada simiente da un fruto de su especie; el sacrificio

era la simiente con la que Jesús alimentaba a sus discípulos y no podía dar otro resultado que el puro sacrificio. Cuando una madre da a sus hijos el ejemplo del sacrificio, éstos se ven impulsados, más tarde, a actuar como ella. Cuando han visto cómo les alimentaba y cuidaba, cómo se levantaba por la noche sin escatimar esfuerzos, sin quejarse, aunque sean egoístas, algún día se verán obligados a imitarla, porque su madre será para ellos el símbolo del sacrificio que vivirá eternamente en su alma.

Y vosotros, al vivir junto a un Maestro que os da el ejemplo del sacrificio perfecto en la felicidad y en el gozo, estáis obligados a reflexionar y a preguntaros de dónde vienen esta felicidad y este gozo. Pues bien, justamente, de su desinterés; y, con el tiempo, todos sus discípulos se volverán como él, porque la simiente que introduce en ellos es la del puro amor, y se reproducirá eternamente. Ésta es una simiente que la Logia negra nunca puede arrancar; ha tratado de aniquilarla en todas partes en donde había en el mundo Escuelas iniciáticas y focos de amor desinteresado, pero no lo ha conseguido porque esta raíz es muy resistente. El amor de un Iniciado es, pues, como una simiente que entra en sus discípulos, y, un día, estos discípulos serán como su Maestro.

Procurad desde ahora hacer actos desinteresados y veréis que una fuente maravillosa brotará dentro de vosotros. Porque la fuente es eso: el desinterés. La fuente es también una imagen del Sol. Los otros representantes del Sol en la Tierra son el aire, que se deja comer y beber, y el árbol, que da frutos. El discípulo debe llegar, pues, a ser como el aire, como la fuente, como el árbol. Si tenéis una fuente dentro de vosotros, una fuente que brota, agua que mana, es que vuestro Yo superior está ahí, presente, y se manifiesta. Pero si estáis secos y áridos, es que vuestro Yo superior, el Sol, no está ahí, la fuente no está ahí, el árbol no está ahí, y no podéis saborear el verdadero gozo, porque el gozo es un don del Sol, del árbol, de la fuente.

El secreto del gozo es dar, sin pesar ninguno y sin segundas intenciones. Aquéllos que pueden lograrlo son los más privilegiados: han comprendido el sentido de la vida, pueden ser padres y madres. Todo el mundo sabe que existen padres, madres e hijos, pero nadie ha pensado nunca en todo lo que podemos descubrir en esta sencilla imagen de la familia. ¿Por qué hay padres y madres? El padre, la madre y el hijo son un resumen de toda una enseñanza. El que ya está maduro y puede dar a los hombres frutos para comer, éste es padre y madre. Pero, el que no piensa más que en sí mismo y no puede dar nada es todavía un niño. Puede ser en apariencia padre o

madre en el plano físico, pero es sólo una apariencia y el mundo invisible no le considera así.

Ser un padre o una madre es un alto ideal a alcanzar, pero ser un niño no es un ideal. El ideal es ser primero un padre o una madre para poder después llegar a ser un niño. Pero todavía no sois capaces de comprenderme... Si sois un fruto, podéis después llegar a ser una semilla, tenéis derecho a ello; pero si todavía no habéis llegado a ser un fruto y ya queréis convertirlos en una semilla, es imposible, porque las semillas vienen después del fruto, y para dar este fruto hay que ser padre y madre, hay que ser capaces de amor impersonal. El ideal es, pues, llegar a ser primero padres o madres para poder traer el hijo al mundo, es decir, el sacrificio, el fruto impersonal del padre y de la madre que saben lo que hacen. Todos aquéllos que no han llevado a cabo una acción impersonal, no han traído aún ningún hijo al mundo, porque todavía no están maduros.

A los trece o catorce años, el niño llega al periodo de la pubertad. La pubertad es una fase de transformación del ser humano: antes era egoísta y personal, y ahora se vuelve capaz de producir, es decir, de hacer también sacrificios. Antes de llegar a la pubertad el niño es incapaz de hacerlos, es como una tierra estéril que debe siempre tomar. Pero, después de la

pubertad, es capaz de producir frutos físicamente y psíquicamente. Por eso puedo deciros que si no tenéis esta fuente que brota dentro de vosotros, es decir, si vuestro amor no es puro y desinteresado, todo estará seco y no daréis cosecha, no tendréis ni flores ni frutos, seréis un desierto, una tierra árida. ¿Y quién quiere frecuentar una tierra árida? Nadie, salvo los Iniciados y los ascetas.

¿Y sabéis por qué los sabios se van al desierto? Pensáis que es para estar solos, para tener paz. No, por primera vez os diré la verdad sobre esta cuestión. Es el mundo invisible el que les empuja hacia los desiertos diciéndoles: «Vosotros sois fuentes, sois Soles, ¡id pues a estos lugares yermos para que en ellos fluya la vida y renazca un día una cultura y una civilización!» Todos los Iniciados son mensajeros enviados por el Cielo para vivificar los lugares en donde antaño florecieron brillantes civilizaciones y ciudades espléndidas y que, a causa de las faltas cometidas por los hombres, ahora ya no son más que ruinas enterradas bajo las hierbas o las arenas. Todo está muerto. Entonces envía Dios a estas fuentes y a estos Soles: los Iniciados. Les dice: «Id, vivid allí, medita, rezad para que un día el agua fluya de nuevo y que estas tierras se conviertan otra vez en vergeles.» Por eso los Iniciados y los ascetas van a los desiertos. No es sólo para alejarse de los humanos, como

imagináis; y quizá ni ellos mismos lo sepan, quizá obedezcan a una fuerza secreta que les empuja, pero la verdadera razón os la revelo aquí.

Si me habéis comprendido hoy, por nada del mundo renunciaréis al gozo que se recibe de una acción impersonal. Todos pueden tratar de compraros diciendo: «Dejad vuestro trabajo desinteresado, venid con nosotros y tendréis dinero, gloria, poder», responderéis: «Me importan un comino vuestro dinero, vuestra gloria y vuestro poder. No quiero perder el gozo inmenso que me da el trabajo desinteresado por este ideal divino del verdadero sacrificio. Lo que queréis ofrecerme me hará perder un gozo que ahora ya nunca me abandona; ¡no lo quiero!» Todos pueden experimentar la verdad de mis palabras.

Cuando dan algo, la mayoría de los hombres quieren que se sepa, quieren que se escriba en los periódicos y que el mundo entero hable de ello. Pero aquéllos que han comprendido el verdadero sentido del sacrificio no malgastarán su gozo diciendo: «Yo soy el que ha dado eso... Sin mí estaríais perdidos...» Analizaos y descubriréis que es imposible alegrarse actuando así; mientras que haciendo el bien secretamente recibís un gozo inmenso. Si todavía no habéis experimentado este gozo, eso no habla a favor vuestro, sino

que prueba, al contrario, que sois niños que todavía tienen necesidad de tomar, niños que ni siquiera ha llegado al estadio de la pubertad: las semillas aún no están formadas, sois estériles y no se puede sacar nada de vosotros. Las verdades eternas están inscritas en todos los fenómenos de la vida. Es de ahí, y hasta de los más pequeños acontecimientos de la existencia, de donde los Iniciados extraen su ciencia y su filosofía.

Podemos emplear todos los medios para buscar otros gozos y otras dichas, pero no los encontraremos, porque fuera del sacrificio no existe la felicidad. ¿Por qué? Porque los otros placeres, los otros gozos, no poseen estos tres elementos: la fuerza, el calor y la luz. Todo gozo que no os refuerza, que no os dilata y no os instruye es un gozo efímero. Y el mundo entero está sumergido en estos gozos efímeros. Todavía no se conoce el gozo inalterable al que nada puede destruir. El verdadero gozo, el que nada ni nadie puede quitaros, es el gozo de sacrificarse, de trabajar para el Reino de Dios; yo no conozco otro. Por eso bebo ahora en esta fuente que es inagotable y que no deja ni penas ni lamentos. Dios nos permite beber en esta fuente, sin cesar, todos juntos.

Si tuviese más tiempo, podría revelaros aún muchas cosas. Normalmente, una de las más grandes tristezas de los hombres

es desaparecer sin dejar hijos, y no es por casualidad. En el pasado, una familia que no tenía hijos estaba verdaderamente perdida para la opinión de los demás. ¡Leed el Antiguo Testamento! La mayor alegría de un padre, incluso en el momento de morir, es el pensamiento de que deja unos hijos nobles e inteligentes. Está orgulloso y, desde el otro mundo, se glorifica pensando: «¡He dejado sucesores!» Por eso también la mayor tristeza de un árbol es la de no tener frutos. Todos los árboles que no son árboles frutales se encuentran en un grado inferior de evolución y, si queréis dar gusto a un árbol, diréis: «Mi querido arbolito, te deseo con todo mi corazón que te conviertas en un árbol frutal.» Al oírlos, el árbol se estremecerá de placer, porque esto es lo que desea, su ideal es llegar a ser un árbol frutal. Con mayor razón sucede lo mismo para los grandes Maestros. La mayor alegría de un Maestro es tener discípulos buenos e inteligentes con los que pueda presentarse ante los jefes de la Fraternidad Blanca Universal diciendo: «¡Estos son mis hijos!... ¡éstas son mis hijas!»

Todos aquéllos que no han comprendido el valor del sacrificio se preparan tristezas y penas. Estamos llamados a ser padres y madres, si no físicamente, al menos espiritualmente.⁵ Debemos, pues, prepararnos, debemos superar el estadio de la pubertad, debemos dar nuestra vida al Cielo y decir:

«Trabajaré, de ahora en adelante, para el Reino de Dios y abandonaré los placeres y los gozos pasajeros que no me aportan nada.» Y, cada vez más, haremos sacrificios: sacrificaremos el tabaco, el alcohol, la carne, los juegos... y muchas otras cosas más... ¿Por qué? Para liberar las fuerzas espirituales que están limitadas y esclavizadas por estos hábitos, porque son estos hábitos lo que impiden que el hombre dé frutos. Mirad el árbol: cuando está invadido de insectos no puede dar frutos y debemos librarle de ellos con insecticidas. Librad igualmente vuestro cuerpo, vuestro corazón y vuestra voluntad de todos estos placeres insensatos que están aspirando el jugo que debería alimentar a vuestro Yo superior. No podéis dar frutos ni hacer sacrificios porque albergáis a otros seres dentro de vosotros que beben y agotan vuestras fuerzas. Debéis desembarazaros de estos insectos y de estas orugas.

El libro de la naturaleza está abierto cada día ante vosotros y podéis leer en este libro las maravillas de la ciencia y de la sabiduría eterna que el Creador ha escrito en cada piedra, en cada rama, en cada estrella. ¿Por qué no las comprendéis? ¿Por qué vuestros ojos no os sirven para ver y vuestros oídos para oír? Porque estáis ocupados con gozos y placeres que os lo impiden. Cuando os decidáis a hacer el sacrificio de estos

gozos y de estos placeres, desprenderéis unas fuerzas formidables, vuestros ojos se abrirán y podréis ver lo que está escrito en el libro de la naturaleza. He ahí el secreto.

Os encontraréis, a veces, ante cuestiones incomprensibles para vosotros y decís: «¡No lo puedo comprender! ¿Por qué? ¡Hay otros que lo comprenden!» Respondeos a vosotros mismos: «Es porque todavía tengo gozos y placeres inferiores que me quitan las fuerzas. Por eso no me quedan para mis ojos interiores.» No hay otra explicación para vuestra incapacidad de ver. Vuestras fuerzas deben ser liberadas para que puedan ir a otra parte a despertar a otras células. Pero los hombres son ignorantes y dicen: «Voy a saborear otra vez este placer, porque, si renuncio a él, moriré privado de gozo.» 6 ¡Qué ignorancia! Al contrario, ¿Sabéis qué gozos os esperan? El ser humano, cuanto más renuncia a los gozos pasajeros, más le invade el verdadero gozo. El que pueda hoy comprender lo que os revelo cambiará completamente su vida, porque esto no son sólo palabras, es la realidad. De momento, ni los sabios ni los filósofos conocen el verdadero origen de nuestras debilidades y de nuestros vicios, y dan toda clase de explicaciones que no son verídicas. La explicación de nuestras debilidades es que alimentamos a unos seres que nos agotan. Debemos desembarazarnos de estos indeseables.

¿Pero cómo se comprenden las cosas?... Un amo le decía un día a su sirviente: «Celestino, mire estos sillones, ¡cuánto polvo! -¡Ah! No me extraña mucho, señor, hace ya tres semanas que nadie se ha sentado encima.» Esperaba, pues, que alguien viniese a sentarse en los sillones para quitarles el polvo. Es una explicación rara, pero muchas explicaciones en la vida se parecen a ésta.

Cuando un chico le dice a su amada: «Te quiero tanto que moriría por ti», es estúpido, ¿qué ganaría ella si él muriese? Debe decir: «Viviré para ti». Así es como debemos comprender el amor. Pero los hombres tienen miedo del amor impersonal porque lo confunden siempre con la pena, la tristeza, la muerte. Es una comprensión errónea. El amor es la vida, y en el amor puro todo está contenido, no hay ninguna privación. Algunos me compadecen y dicen: «¡Pobre! ¡Se priva de todo!» Pero yo les compadezco doblemente, porque, en realidad, son ellos los que se privan de todo al no haber escogido más que unos pocos placeres pasajeros. Y ésta es la verdadera privación. Mientras que en mi vida hay de todo, he hecho una elección formidable.

Yo no predico la muerte, sino la vida, y la vida bien comprendida, justamente. Es la luz la que aporta la vida y el amor. El Cielo no nos pide que nos matemos, sino que

afinemos nuestros placeres, que los hagamos más sutiles, más puros. E incluso aquéllos que pasan su tiempo con los libros, ¿acaso creéis que son más evolucionados? No es leyendo libros como se hacen los más grandes descubrimientos, sino leyendo libros vivos y, sobre todo, nuestro propio libro. El mejor libro está con nosotros, a nuestro alrededor, dentro de nosotros, pero, de momento, la gente lee en las bibliotecas, y cada vez comprende menos. El hombre no ha sido enviado a la Tierra para estar en las bibliotecas y olvidarse de todo lo demás. Su mujer y sus hijos son unos libros magníficos, pero él no los lee nunca. Lee enciclopedias y revistas, se pasa los días subrayando pasajes y tomando notas, le gusta eso, y, sin embargo, sigue siendo desgraciado. ¿Por qué?... Pero cuando os hablo así de los libros y de las bibliotecas, no me comprendáis mal. Conocí a una mujer muy rica que no leía nunca ¡por miedo a estropearse la vista! No es esto lo que os aconsejo; si no leéis absolutamente nada, tampoco está bien.

Nunca os he dicho que teníais que reducir o suprimir vuestros gozos y vuestros placeres, sino solamente que teníais que afinarlos o reemplazarlos por otros gozos y placeres más grandes. Y entre todos los gozos que existen, el más grande no es oír música, pintar o leer, sino el de sacrificarse y trabajar con desinterés para el Reino de Dios. No existe gozo más

grande, pero el sacrificio y el gozo verdaderos sólo son para los seres muy evolucionados.

Sèvres, 2 de mayo de 1945

Notas

1.Cf. *La Ciudad celeste – comentarios del Apocalipsis*, Col. Izvor n° 230, cap. VIII: «El libro del Cordero».

2.Cf. *La clave esencial para resolver los problemas de la existencia*, Obras completas, t. 11, cap. III: «Tomar y dar (el Sol, la Luna y la Tierra)».

3.Cf. «*Busca el Reino de Dios y su Justicia*», Parte II, cap. 3: «En la Tierra como en el Cielo».

4.Cf. *¿Qué es un Maestro espiritual?*, Col. Izvor n° 207, cap. I: «¿Cómo reconocer a un verdadero Maestro espiritual?».

5.Cf. *El grano de mostaza*, Obras completas, t. 4, cap. XII: «Creced y multiplicaos».

6.Cf. *¿Qué es un hijo de Dios?*, Col. Izvor n° 249, cap. III: «El que quiera salvar su vida la perderá».

X - EL ALTO IDEAL

¿Cómo no ser felices en unas condiciones como éstas, mis queridos hermanos y hermanas? ¡Mirad la gentileza del Ángel del aire! Ha limpiado el Cielo, y todo ahora está limpio y transparente, ¡es extraordinario! ¡Qué buen trabajo se puede hacer en estas condiciones! Os he dicho a menudo que, para el hombre, todo depende de aquello en lo que se concentra en la vida, de lo que quiere obtener, de a dónde quiere llegar, en una palabra, de cuál es su ideal. Todo está ahí, porque este ideal actúa sobre él y produce efectos: profundiza, limpia, ordena, armoniza. Todo en su vida se modela y toma forma en función de su ideal. Si éste no es grande, ni noble, sino prosaico y material, todo lo que el hombre hace, siente y piensa se modela en función de su ideal, y no debemos extrañarnos después si no somos felices. Meditad sobre esta cuestión, ¡y veréis todo lo que vais a descubrir!

Que este ideal sea imposible, irrealizable, inaccesible, eso no debe preocuparos; debéis preocuparos solamente de que sea perfecto, sublime, divino. Cuánto tiempo necesitaréis para realizarlo, eso no tiene ninguna importancia. Pero los hombres se preocupan siempre del tiempo y abandonan todo lo que difícil, lejano, inaccesible.

Un ideal es un ser vivo, poderoso, real, que tiene los medios de aportarnos todo lo que nos falta. Por no haber querido comprender esta verdad, los hombres se ven siempre privados de todo lo mejor, al escoger una meta cercana, fácil, material, y así malogran toda la existencia. Un ideal posee una virtud mágica: está conectado con nosotros, y, si es elevado, nos aporta sin cesar partículas y corrientes benéficas. Puesto que lo hemos formado, puesto que pensamos en él y lo amamos, siempre está ahí para mejorar las condiciones y, de esta manera, un día nos encontramos en nuestra vida las nuevas condiciones que este ideal ha preparado. Pero, para eso, debemos amarlo, debemos pensar en él, debemos alimentarlo, y, a pesar de su inmensidad y de la distancia que nos separa de él, debemos acunarlo en nuestro corazón y en nuestra alma. ¡Ahí tenéis la sabiduría más grande y la mayor verdad!

De ahora en adelante debéis aprender a superaros, a sobrepasaros, a superarlo todo para ir formando este ideal, sabiendo que se trata de un ser que ya vive en el mundo divino y que, puesto que existe una conexión entre él y vosotros, se encarga de haceros salir de todas las complicaciones, de todas las desgracias, de todas las miserias. Se acerca y dice: «Aquí me tienes, estoy ahí, ¿acaso me olvidas? Quiero que pienses un poco en mí». Y de nuevo os encontráis inspirados. Sólo que,

¿dónde están ahora esta fe, este saber y esta voluntad capaces de formar un ideal semejante?

Aquéllos que no conocen estas grandes verdades trabajan con unos materiales endebles y unas condiciones inciertas. Después sufren y se quejan, pero ¿de quién es la culpa? No apuntaban muy alto, se contentaban con pequeñas cositas, sin saber que éstas estarían formadas por materiales muy corrientes; porque ahí también juega la ley de afinidad: con un ideal corriente atraemos necesariamente los elementos más apagados y menos resistentes. El hombre debe buscar siempre muy arriba, cada vez más arriba, en el Cielo, en la luz, en la inmensidad, en la profundidad de su ser, los materiales que formarán todos los órganos de su cuerpo y de su cerebro. Pero esto sólo es posible si ha escogido el ideal más elevado, el más sublime.

La mayoría de las veces, los hombres se imaginan que, como pueden ejercer la profesión que han escogido, su ideal ya se ha realizado. Pero, ¿por qué, entonces, sienten en ellos un vacío como si les faltase algo? No es lógico, puesto que ya han obtenido todo lo que deseaban... En realidad, mientras no tengan un alto ideal, les faltará siempre algo, porque únicamente el alto ideal puede llenar todos los vacíos en el hombre; el alto ideal penetra y se infiltra por todas partes,

aporta la plenitud. Yo no digo que no debáis tener una profesión, o que no debáis ser artistas, ni sabios, no, pero no es ahí donde podréis encontrar la inmortalidad, la plenitud. Hay que tener una profesión, porque eso es necesario en la vida, y todas las profesiones son magníficas; pero quedarse en eso y querer encontrar ahí la felicidad, la luz, el saber, el poder, el florecimiento absoluto, es imposible, porque Dios no los ha puesto ahí. Ha puesto en todo esto ciertas posibilidades, pero no unas posibilidades absolutas para nuestra alma y para nuestro espíritu. Para llegar a la plenitud hace falta algo más.

La mejor solución es, pues, mis queridos hermanos y hermanas, la que os indico: tened todo lo que os resulte necesario en la vida, pero que vuestro ideal no esté en eso. Vuestro ideal debe estar tan arriba que ni siquiera podáis alcanzarlo. Entonces estáis en la verdad: sabéis que ni siquiera en miles de años podréis realizar este ideal, pero lo amáis, os lo imagináis, estáis con él, le habláis... Porque él es el que mantiene el equilibrio en vosotros, él es el que os aporta el gozo del Cielo, el que transforma todo lo malo, y el que, un día, hará de vosotros una divinidad.

La mayor sabiduría, el mayor secreto mágico, es saber de antemano que nunca realizaréis vuestro alto ideal, pero que, pensando en él, amándolo, lo realizáis ya de otra manera,

porque os volvéis cada vez más claros, luminosos y puros. Vuestro ideal sigue siendo irrealizable, y ni siquiera vale la pena realizarlo, puesto que os beneficiáis cada día de sus riquezas. ¿Bajo qué forma? Bajo toda clase de formas... Quizá esto os parezca absurdo, pero es en este absurdo, justamente, donde el hombre gana mucho. Todos aquéllos que no han comprendido eso y que han aceptado la filosofía ordinaria y terrestre de la masa no encontrarán nunca lo esencial.

Algunos van a decir: «Sí, pero yo me conozco, soy tan débil, tan tonto, no estoy instruido, nunca lo conseguiré...» Y así es cómo capitulan, porque no han comprendido nada. A los humanos les han metido en la cabeza que son tierra, polvo, y que volverán al polvo. Les han explicado que son débiles, que viven en el pecado y que no hay nada que hacer, que hay que aceptar esta situación: ser desgraciados, feos, criminales. Pero ¿por qué? Porque se han fijado solamente en un aspecto del hombre, en su aspecto físico y material. Desde hace millones de años han observado que el cuerpo era débil y creen que toda la verdad está ahí. No, esto es falso. Al lado del cuerpo físico, hay un alma y un espíritu que vienen directamente de Dios y que Dios mismo ha formado. Pero eso no lo han explicado, han dejado a los hombres en la debilidad, les han sugestionado, diciéndoles: «Sois pecadores y seguiréis

siéndolo». Y, los pobres, no han tenido más que decir: «Amén». Han aniquilado en el hombre la fe en su divinidad y éste ya ni sabe que posee, enterrada en él, una chispa divina sobre la que debe trabajar para hacerla brotar. Los humanos ya no saben que son hijos e hijas de Dios.¹

De ahora en adelante, debéis aceptar esta filosofía que nos enseña que nosotros también somos herederos de nuestro Padre celestial, que llegaremos a ser como Él, que dispondremos de todo su saber, de todo su amor, de todo su esplendor, de todo su poder. Así es como nos acercamos al alto ideal: nos modelamos según el Señor, y no según la debilidad, la enfermedad y la muerte; nos modelamos conforme a un ideal verdaderamente divino que habita en el Cielo y que, desde allí arriba nos sonrío, nos protege, nos consuela y nos envía todo lo que necesitamos. Si hoy no me comprendéis, seguiréis aún durante mucho tiempo con vuestros problemas, vuestras preocupaciones, vuestras tristezas y vuestros desánimos, porque os obstináis en no aceptar la mejor filosofía que existe, que ha existido, que existirá, que yo os estoy transmitiendo. Analizaos, mirad dónde os encontráis, qué deseáis y cómo consideraréis las cosas: constataréis, entonces, la diferencia con lo que acabo de deciros, y os encontraréis en alguna parte, muy lejos.

Suceda lo que suceda, debéis mantener este alto ideal. Evidentemente, diréis que la realidad no es muy buena que digamos, que tenéis un cuerpo físico que es débil, que está enfermo... Pero eso no es grave, sólo es una apariencia. Diréis que no tenéis dinero, que sois desgraciados, que estáis oprimidos, deprimidos... Pero todo eso es otra apariencia también. Si seguís alimentando vuestro ideal dentro de vosotros mismos, éste os liberará de vuestros tormentos y un día os sentiréis un hijo de Dios, dispondréis de riquezas extraordinarias. ¿De dónde vendrán? De arriba... Pero no buscáis nada arriba, siempre buscáis abajo, y abajo las cosas no son sólidas, se rompen, se desmoronan; no tengáis, pues, una confianza absoluta en lo de abajo.

Ahora, hace falta un cambio, una transformación radical, y justamente para eso habéis venido aquí, al Bonfin.² Aprovechadlo, pues. Aprovechaos del Sol, de la calma y de la pureza de esta atmósfera, y, sobre todo, de las conferencias. Pero, después de una conferencia empezáis a hablar de otra cosa, como si lo que os he dicho fuese inútil y sin interés, cuando durante toda la jornada deberíais dar vueltas a estas ideas, durante toda la jornada, trabajando, preparando la comida, al vestiros, al lavaros, deberíais aferraros a esta ideas y decir: «¡Esto es la salvación!» Pero no actuáis de esta manera

y encuentro que no tenéis un método de trabajo eficaz, que no sabéis trabajar en profundidad, ¡siempre es el instinto de entretenimiento el que se lleva el gato al agua! En vez de tomar el trabajo en serio para transformarse y convertirse en estos seres nuevos que el mundo entero necesita, perdéis el tiempo, sólo sabéis perder el tiempo. Estáis aquí para hacer un trabajo sobre vosotros mismos, mis queridos hermanos y hermanas, un trabajo como nunca habéis hecho, y, si os decidís, ¡veréis los resultados!

No sigáis a todos éstos que nunca toman en consideración que tienen un alma y un espíritu, que existe otro mundo con el que deben ajustarse. Lo hacen todo para el cuerpo físico, para la tierra, para la sociedad; y, es verdad, para todo eso nada falta, ¡pero interiormente nada anda bien!... No sigáis esta filosofía, sino que tomad la filosofía divina que yo os traigo. Tened un alto ideal sin preocuparos de vuestra miseria y de vuestras debilidades. Alimentad esta idea de que sois una divinidad en potencia, y trabajando, aprendiendo, rezando, viviendo razonablemente, superaréis un día a todos los que se han incrustado en unas formas pretendidamente correctas, porque se trata de unas formas viejas y caducas que les impiden evolucionar, que les retienen ahí, pegados, y no avanzan. Mirad, por ejemplo, lo que hace una mujer. Cuando

es joven, se maquilla, se cuida, se perfuma; aprende a dibujar, a bailar, a tocar el piano y todo lo que hace falta para seducir a un hombre. Pero todo esto sólo hasta el matrimonio. Una vez casada, ¡para qué continuar! Ya está casada, colocada, y con eso basta. Por eso, empieza a engordar, a atiborrarse, y abandona todo aquello que hacía su encanto, su finura, su poesía. ¿Por qué? ¡Debía conservarlo!... Pero no, no piensa así, y se para. No hay que pararse. Aunque tengáis noventa y nueve años, no debéis pararos, ¡porque entonces se dan, justamente, las mejores condiciones para empezar! Hasta entonces no habíais hecho ni aprendido gran cosa, pero, a esta edad, por fin, ha llegado el momento.

Así es como yo pienso. ¿Y por qué tendría que ser el único en pensar así? Yo quiero tener amigos a mi alrededor que piensen como yo... Diréis que me pesa la soledad... No, en absoluto, porque nunca estoy sólo. ¡Si supierais cuántos seres hay conmigo y alrededor de mí! Si fuerais clarividentes, ¡estaríais asombrados de lo que veríais! Tengo interés en que os volváis clarividentes, ¡porque me comprenderíais mucho mejor! Sí, verdaderamente, tengo interés en que os volváis clarividentes; por otra parte, si seguís ciertas reglas, lo seréis, está escrito por la Inteligencia cósmica. La Inteligencia cósmica lo ha previsto todo, tiene proyectos, incluso, de los

que no tenéis ni idea. Si seguís las reglas divinas, unas riquezas extraordinarias, enterradas desde hace miles de años, van a descubrirse ante vosotros, creedme. Pero, evidentemente, si adoptáis la filosofía común y materialista, si sólo pensáis en lo que está próximo, en lo que es fácil, tangible, no veréis aquello que es muy sutil, y viviréis una vida cualquiera, una vida mediocre y limitada.

Pero volvamos de nuevo al alto ideal, porque siento que todavía no habéis captado lo importante que es para vosotros formarlo, alimentarlo, amarlo con toda vuestra fuerza, con toda vuestra alma, porque es todopoderoso y puede salvaros. Os he dado a menudo esta imagen. Cuando un buzo se sumerge en el mar para buscar perlas y tesoros, está conectado con cables y tubos a un barco, en donde hay hombres que están ahí para vigilarle, y, si está en peligro, hace señales, y le sacan o le envían oxígeno... La mayoría de la gente son como buzos extraviados en el mar que no tienen a nadie para que venga a ayudarles, porque no están conectados a un alto ideal, y están solos, abandonados, a punto de naufragar. Mientras que aquéllos que tienen un ideal pueden bucear libremente, salir, volver a sumergirse, respirar, no corren ningún peligro, porque su ideal les sostiene y les suministra unas partículas

todavía desconocidas. Son hijos de Dios que respiran una atmósfera más pura.

Se pueden encontrar otras comparaciones, y os he dicho también que el alto ideal es como un transformador eléctrico que modifica la tensión de una corriente. Sucede, a veces, que hay aviones que pasan por unos lugares peligrosos, atravesados por corrientes y torbellinos que su radio no ha podido detectar, y son abatidos al suelo sin que se sepa por qué. De la misma manera, la atmósfera fluídica y psíquica en la que estamos sumergidos es atravesada por torbellinos de un poder increíble que provocan bruscamente en algunos embolias o accidentes cardíacos de todas clases que no se pueden explicar. Es, simplemente, porque estas personas han caído en agujeros atmosféricos y han sido destrozadas por unas corrientes que no han podido soportar. En este océano psíquico en el que todos estamos sumergidos, únicamente el alto ideal, como un transformador que reduce la intensidad de una corriente, puede protegernos. Pero los hombres no quieren tener este alto ideal, son perezosos, no les gustan los esfuerzos, están deslumbrados por la apariencia de las cosas, y ¿por qué? Simplemente, porque todavía tienen que sufrir.

Aunque os hablase durante horas, no podría agotar o explicar todas las maravillas que el alto ideal es capaz de

realizar en nosotros mismos. Es como un escultor que nos modela, y eso es el grado superior del arte: llegar a pintarse, a esculpirse, a modelarse uno mismo, a escribir su propio libro. A mí me gustan los artistas; el arte es una puerta abierta al Cielo, un camino hacia la Divinidad, pero, a pesar de eso, encuentro que existen aún unos grados superiores del arte. Los artistas crean la belleza, pero esta permanece fuera de ellos, porque no trabajan sobre su propia materia. Puesto que son exteriores a ellos, estas obras de arte desaparecerán un día y, ellos mismos, cuando vuelvan de nuevo a la Tierra, tendrán que volver a empezar. Mientras que un verdadero pintor, un verdadero escultor, un verdadero poeta, trabaja sobre sí mismo y nunca se separará de todos sus cuadros, de todas sus estatuas, de todos sus libros; se los llevará consigo al otro mundo y se los traerá consigo cuando vuelva en una próxima vida. Esto es la verdadera evolución.³

No niego que los artistas hayan dejado obras maestras inmortales que inspiran y hacen evolucionar a la humanidad entera, pero, según la Ciencia iniciática, según la Inteligencia cósmica, que me ha revelado el objetivo de la creación, pienso que no hay que pararse ahí, porque existen todavía unos grados superiores del arte. Admiro las catedrales, las sinfonías y las estatuas, pero el verdadero ideal es realizar todos estos

esplendores en uno mismo, es decir, ser uno mismo los cuadros, las estatuas, la poesía, la música, la danza... Diréis: «¡Pero nadie se aprovechará de estas obras maestras!» Os equivocáis. Los verdaderos instructores de la humanidad, que se creaban a sí mismos, que se escribían a sí mismos, conmovían a toda la Tierra con su sola presencia, porque se veían y oían a través de ellos todos los colores, todas las formas, todos los poemas y todas las músicas del mundo. Un ser que se crea a sí mismo, que escribe él mismo su propio libro, hace mucho más por la humanidad que todas las bibliotecas, que todos los museos y obras maestras del arte, porque todo eso está muerto, ¡mientras que él está vivo!

En realidad, todo esto que os digo no es nuevo; Jesús lo sabía y yo sólo fui a preguntarle lo que pensaba cuando dijo a sus discípulos: «*Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto*».4 Eso es todo. No les dio ni detalles, ni explicaciones; pero yo, hace ya mucho tiempo, se los pedí. Le dije: «Pero, Señor, ¡nos pides demasiado! ¿Cómo es posible que no conozcas un poquito mejor la naturaleza humana? Los humanos son débiles, son limitados... ¿Cómo es posible que les hayas dado semejantes prescripciones?... Nos pides que levantemos la Tierra. No tenemos fuerzas suficientes...» Entonces, me respondió: «Sí, tienes razón, pero sólo porque

miras el lado terrenal, la apariencia. En apariencia, es verdad, el hombre es débil, pero yo he visto todo lo que posee en él de eterno y de todopoderoso, es decir, su espíritu, que ha salido de Dios, que no muere, que es indestructible y que es capaz de darle todo el poder del Cielo. Por eso he enseñado a los hombres este alto ideal.» Al oír esto me quedé estupefacto, y comprendí también que todo aquello que Jesús no explicó a sus discípulos, puede explicárselo ahora a aquéllos que se lo preguntan.

Actualmente, sin dar explicaciones psicológicas, científicas y filosóficas, siguen repitiendo estas citas: «*Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto.*» Pero ¿cómo podemos ser perfectos? No podemos ser perfectos como el Padre celestial si no le tomamos a Él mismo como el modelo, como el centro de nuestra vida. Los hombres no llegarán nunca a la perfección del Señor porque no le han tomado a Él mismo como la levadura que hace subir la masa; han tomado otra cosa al lado, no se sabe qué, algo viejo, enmohecido, y esperan que sea sólido. No nos servimos de una paja para hacer un bastón, ni construimos nuestra casa con hielo o con cera; tenemos que encontrar materiales que sean sólidos, que lo resistan todo. Ésta es la verdadera ciencia.

La verdadera ciencia es formar, dentro de uno mismo, en la profundidad del cuerpo físico, este cuerpo que se llama el cuerpo de gloria, el cuerpo de inmortalidad, el cuerpo de luz, el cuerpo de Cristo, porque este cuerpo está hecho con una materia que lo resiste todo. Para formarlo, hay que saber cómo amar, cómo pensar, cómo rezar, y conectarse con el Cielo. Mientras no se realizan las condiciones, es imposible obtener grandes cosas.

Procurad escoger y formar en vosotros el ideal más alto, el más sublime: el ideal de Cristo. ¿Cómo se convirtió Jesús en Cristo? Preguntádselo y os responderá: «He dejado una huella sobre la Tierra, y esta huella no puede borrarse, porque realicé el cuerpo de gloria. Amé al Señor, le tomé como modelo, y una multitud de seres y de fuerzas vinieron a ayudarme. Yo solamente pensé y amé, pero no estaba sólo; llamé a todas las criaturas de la jerarquía celestial y, mientras yo me ocupaba solamente de contemplar, de amar y de hablar al Señor, éstas vinieron a reemplazar las partículas de mi cuerpo por partículas luminosas y divinas, vinieron a santificarlo todo en mí. Mi ideal era ser semejante a mi Padre celestial, y me volví como Él. Ahora, ¡haced como yo!» Esto es lo que me dijo Jesús. Y si, vosotros también, amáis este alto ideal, os enviará a una jerarquía de ángeles que se ocuparán de purificaros, de

transformaros, y no quedará ni siquiera una huella de lo que la herencia había acumulado en vosotros desde hace siglos. Para llegar a ser como su Padre celestial, Jesús también se vio obligado a tener este alto ideal, pero no fue él quien se ocupó de reemplazar cada célula, cada partícula de su cuerpo, porque eso ningún hombre puede hacerlo. Hay otras entidades que saben trabajar con la estructura de la materia, y nosotros solamente debemos invitarlas. Éste es nuestro trabajo, y ellas hacen la otra mitad del trabajo. ¿Qué hace el agricultor? Siembra; es la mitad del trabajo. Después, la lluvia, el Sol, e innumerables entidades que viven en el agua, en el aire, en la tierra, se ponen a trabajar sobre las semillas, y es la otra mitad, de la que el agricultor no tiene que ocuparse, porque no es asunto suyo. Lo suyo es sembrar.

Cuando el padre ha depositado un germen en el seno de la madre, ¿creéis acaso que es ella, después, la que lo fabrica todo, que es ella la que ajusta los átomos y las moléculas para que nazca un niño tan bello y tan sano? No, hay otras entidades que se encargan de ello, miles y miles de entidades. De la misma manera, un Iniciado siembra semillas, desencadena ciertos procesos, los orienta, y, después, la naturaleza entera y todas las potencias del cosmos se encargan de hacer lo demás. Esto es lo que me explicó Jesús.

Y ahora, preguntadle también a Jesús: «Y a nuestro Maestro, que está ahí, en esta Roca, y que nos habla, ¿debemos escucharle y seguirle?» Os responderá: «Vuestro Maestro es mi servidor, aprendió muchas cosas a mi lado, os las transmite y, si le escucháis, recorreréis mucho más rápidamente el camino de vuestra evolución».

¡Que la luz y la paz estén con vosotros!

Bonfin, 12 de julio de 1970

Notas

1.Cf. *La fe que mueve montañas*, Col. Izvor n° 238, cap. IX: «La prueba de la existencia de Dios está en nosotros».

2.Cf. *Vida y trabajo en la Escuela divina*, Obras completas, t. 30, cap. II: «El Bonfin».

3.Cf. *Creación artística y creación espiritual*, Col. Izvor n° 223.

4.Cf. «*Sois dioses*», Parte I, cap. 1: «Sed perfecto, como vuestro Padre celestial es perfecto».

XI - LA PAZ

Estos días, mis queridos hermanos y hermanas, os dije algunas palabras sobre las Bienaventuranzas, en primer lugar sobre las Bienaventuranzas de Buda y, después, sobre las de Jesús, en el Sermón de la Montaña. Habréis observado que entre ambas hay algunas diferencias, lo que es normal; Buda precedió en cinco siglos a Jesús, su época y su tarea eran diferentes, pero en el fondo tienen algo en común.

Tomemos, por ejemplo, las palabras de Buda: «Bienaventurados los pacíficos que, evitando la maledicencia, el orgullo y la hipocresía, practican la compasión, la humildad y el amor». Jesús dijo simplemente: «*Bienaventurados los que aportan la paz, porque serán llamados hijos de Dios*» Existen varias traducciones: «bonachones», «pacíficos» ... pero yo prefiero «los que aportan la paz», debido a la palabra «paz», porque esta palabra es la que hoy me interesa. Jesús conocía la enseñanza de todos los grandes Maestros que le habían precedido y sabía la importancia que Buda le daba a la paz. Él mismo decía a menudo: «¡Que la paz sea con vosotros!», o bien: «¡Iros en paz!» Y, al final, les dijo a sus discípulos: «*Me voy, y os dejo mi paz*». ¿Por qué sólo dijo esto al final? Podría haberles dado la paz antes de partir, ¡la necesitaban tanto!

Y ahora también, en el mundo entero, todos buscan la paz, pero la comprenden de una forma muy externa. Dicen, por ejemplo: «¡Déjeme en paz!», es decir, quiero estar tranquilo. ¡Pero la paz es mucho más que eso! Para conocerla hay que estudiarla desde el punto de vista esotérico, y es una de las cosas más difíciles de realizar. Lo que a mí me interesa es cómo comprenden la paz los Iniciados, porque, si no, ¡es tan fácil encontrar un lugar en el que podamos estar tranquilos! No hay más que irse al desierto o a las altas montañas. Pero, aún así, interiormente no tienen la paz. ¿Por qué? Porque se han llevado su «transistor» en la cabeza, este dichoso transistor del que no se separan nunca y que está ahí, siempre en marcha... ¡Y lo que oyen! A menudo está sintonizando las estaciones del Infierno, donde también hay músicas, claro, pero ¡qué músicas!, ¡qué estrépito! Sin embargo, están ahí, en paz, en tranquilidad, en silencio... Sí, exteriormente, todo está en calma, pero interiormente se desencadenan las tempestades, las tormentas y los huracanes. Todo está alterado, porque el transistor está ahí, en marcha, y recibe, capta... ¿Por qué? Porque son ignorantes, simplemente, y cuando uno es ignorante nada puede marchar como Dios manda.

El organismo humano representa un microcosmos construido exactamente a imagen del macrocosmos, es decir,

que existe entre ambos (microcosmos y macrocosmos) toda una red de correspondencias.¹ Y la Ciencia esotérica, justamente, está basada en la ley de correspondencias. El hombre es algo muy pequeño en un cosmos inmensamente grande, pero cada órgano de su cuerpo está en afinidad con una región del cosmos que le corresponde. Evidentemente, no hay que imaginarse que el cosmos tiene órganos como los nuestros, pero, en su esencia, nuestros órganos y los órganos del cosmos tienen algo idéntico; están en correspondencia absoluta y, gracias a la ley de afinidad, el hombre puede alcanzar en el espacio las fuerzas, los centros y los mundos que corresponden a ciertos elementos que hay en él. Este conocimiento de las correspondencias abre, pues, unas posibilidades inauditas.

La literatura esotérica menciona muchas cosas que todavía no están bien explicadas. Por todas partes vais a encontrar las palabras «microcosmos» y «macrocosmos», pero muy pocos saben verdaderamente lo que son el microcosmos y el macrocosmos, y cómo ponerlos en relación para poder trabajar con ellos y obtener resultados. Y suponed que os revelo que el microcosmos está invertido en relación al macrocosmos... que lo que está abajo en el microcosmos corresponde a lo que está

arriba en el macrocosmos... Reflexionad y veréis que eso trastocará vuestra comprensión de las cosas.

Jesús dijo que el que aporta la paz será llamado hijo de Dios. ¿Por qué? ¿Y qué significa ser hijo de Dios? Ser hijo de Dios es ser como Dios mismo, es ser a su imagen, de la misma manera que el microcosmos es a imagen del macrocosmos. Sólo que, aquí, la correspondencia ya no pertenece al dominio físico, material, sino al dominio del espíritu. En el dominio del espíritu volvemos a encontrar las mismas correspondencias. Dios, es lo grande; hijo de Dios, es lo pequeño, y ambos son semejantes. Así pues, microcosmos y macrocosmos se refiere al dominio de la materia, mientras que hijo de Dios y Dios se refiere al dominio del espíritu.

Tratemos ahora de comprender lo que es la paz.

El cuerpo físico está constituido por un gran número de órganos relacionados entre sí; cada uno hace un trabajo particular, pero todos deben estar en acuerdo, en armonía, porque, si no, se producirán trastornos, lo que en música se llaman disonancias. Así pues, cuando todos sus órganos hacen su trabajo desinteresadamente, impersonalmente, para el bien del organismo entero, el hombre está sano y en paz. Pero este bienestar, esta paz, no son aún más que estados puramente

físicos. Para tener la paz del alma y del espíritu hay que ir mucho más arriba, es preciso que todos los elementos que constituyen el otro organismo, el organismo psíquico, vibren también al unísono, sin egoísmo, sin tirantezas, sin prejuicios, como los órganos del cuerpo físico cuando éste se encuentra en buena salud. La paz y la armonía, pues, son unos estados de conciencia superiores. Sólo que, como la paz depende también del organismo, y los menores inconvenientes que se producen en éste pueden turbar la armonía psíquica, es necesario que todo esté en armonía para que la paz se instale completamente.

La paz, tal como se comprende en general, todavía no es la verdadera paz. Si durante unos minutos, o unos instantes, no sentimos interiormente ninguna agitación ni trastorno, eso todavía no es paz, porque no es un estado duradero. La verdadera paz, una vez que se ha instalado, ya no podemos perderla. Sí, la paz no es solamente sentirse bien, tranquilos y sin preocupaciones durante un momento, sino que es algo mucho más profundo, mucho más precioso... Es ya un resultado. ¿Y de qué es un resultado? Lo veréis dentro de un rato.

En una orquesta, cuando todos los instrumentos están bien afinados y todos los músicos siguen la dirección del jefe de orquesta, el resultado es una armonía perfecta. De igual

manera, en el ser humano la paz es también una armonía, un acuerdo perfecto entre todos los elementos, fuerzas, pensamientos, sentimientos. Esta paz profunda, indecible, es muy difícil de obtener, porque para ello hace falta voluntad, amor y un gran saber. Cuando el discípulo empieza a aprender y a comprender la naturaleza y las propiedades de cada elemento en él, cuando vigila para no introducir nada que pueda perturbar la armonía entre estos elementos, y, finalmente, cuando consigue eliminar de su organismo, de sus pensamientos y de sus sentimientos todo aquello que no vibra al unísono, entonces obtiene la paz.

Si alguien fuma, si come y bebe cualquier cosa, introduce en su organismo ciertos elementos nocivos que le hacen enfermar y no puede tener paz. Si tiene dolor de muelas, si tiene cólicos o palpitaciones de corazón, ¿cómo queréis que esté en paz? Ha permitido que se instalen en él partículas que obstruyen o que fermentan, y ahora tiene que eliminarlas. Lo mismo sucede para lo psíquico. Mientras el hombre ignore la naturaleza de sus sentimientos, de sus pensamientos, de sus deseos, de sus pasiones, de sus instintos, y mientras los respire y se alimente con ellos, sin saber si le harán bien o mal, nunca tendrá paz.

La paz es, pues, la consecuencia de un saber preciso sobre la naturaleza de los elementos. Y después, claro, como acabo de decirlo, hace falta una gran atención y la voluntad de no introducir jamás, ni de dejar que se introduzcan, elementos perturbadores. Cuando el hombre llegue a ser razonable, prudente, despierto, vigilante, para salvaguardar su reino, este reino que él mismo representa, solamente entonces obtendrá una paz estable y duradera. ¿Y cómo se manifestará esta paz? Como una felicidad indescriptible, una sinfonía ininterrumpida, un estado de conciencia sublime en el que todas las células se bañan en un océano de luz, nadan en las aguas vivas y se alimentan de la ambrosía. El hombre vive entonces en una armonía tal que el Cielo se refleja en él: empieza a descubrir todos los esplendores que antes no había visto, porque estaba demasiado agitado y su mirada interior, e incluso exterior, no podía fijarse en las cosas para verlas.

Si alguien tiene preocupaciones, si acaba de enterarse de que se ha arruinado, o de otra mala noticia, aunque pase por los lugares más bellos, llenos de flores o de muchachas encantadoras, no verá nada de nada, el pobre, porque estará concentrado en otra cosa; aunque mire, sus ojos no ven nada. Sólo la paz permite ver y comprender la presencia de todas las cosas más sutiles; por eso lo Iniciados, que empiezan a

saborear la verdadera paz, descubren las maravillas del universo. Mientras que los otros están agitados, corren a derecha e izquierda, tan inquietos y tan atormentados que no tienen tiempo de pararse para leer y descifrar este libro que está a su alrededor, que está dentro de ellos, y pasan por la vida sin ver nada.

La paz, pues, aporta la luz, la visión clara de las cosas, y, al mismo tiempo, permite conocer el éxtasis. No se puede alcanzar el éxtasis viviendo en la turbación y la agitación. Todos los santos, todos los profetas, todos los Iniciados, que han saboreado el éxtasis, empezaron por restablecer durante mucho tiempo, -con la oración, el ayuno y las meditaciones- esta paz, esta armonía, este acuerdo con todo el universo, con todos los mundos poblados de criaturas sublimes. Nunca se ha visto a nadie saborear el éxtasis sin haber restablecido previamente las condiciones adecuadas y, ante todo, la paz.²

Pero la paz sólo puede venir cuando todas las células se ponen a vibrar al unísono con una idea sublime y desinteresada. Por eso los Iniciados tienen razón al decir que el hombre no puede conocer la paz mientras no introduzca en sus células, en su ser, pensamientos de amor, es decir, la misericordia, la generosidad, el perdón, la abnegación. No puede, porque solamente estos pensamientos aportan la paz.

Mirad: si tenéis algo que reprochar a vuestro vecino, si no podéis perdonarle y os devanáis los sesos para saber cómo vengaros... o bien, si alguien os ha pedido prestado dinero y pensáis sin cesar que os lo tiene que devolver, no es posible que tengáis paz, porque estos pensamientos son demasiado personales, demasiado egoístas.³ Y, aunque estéis tranquilos durante unos minutos, durante unas horas, eso no es aún la paz, es un poco de reposo, una calma momentánea (y esta paz, hasta los malvados pueden tenerla) y, después, de nuevo caéis en estados negativos.

La verdadera paz es un estado espiritual que, una vez que lo hayamos obtenido, no podemos perder. Cuando tenéis el deseo de cumplir la voluntad de Dios y de amar a todos los hombres, de ayudarles, de perdonarles, esta idea, que hace vibrar al unísono todas las partículas de vuestro ser, os aporta la paz. Y, una vez que hayáis llegado a obtener esta paz, os sigue por todas partes: la tuvisteis ayer, y hoy se encuentra ahí todavía... Incluso al día siguiente, cuando os despertáis, está de nuevo ahí, y os asombráis al constatar que ni siquiera necesitáis hacer esfuerzos para tenerla de nuevo. Antes, para serenaros, os veáis obligados a concentraros durante mucho tiempo, a rezar, a cantar, o hasta a tener que ingerir algo; y ahora ya no es necesario.

Debéis trabajar durante mucho tiempo con la idea de amar, de hacer el bien, de perdonarlo todo, hasta el momento en que esta idea se vuelva tan poderosa que impregne todas vuestras células y éstas empiecen a vibrar al unísono con ella... Entonces la paz ya no os abandona y, aunque se produzcan acontecimientos que vengan a turbaros, miráis dentro de vosotros mismos, y la paz está ahí. Ya no es como antes, un momento de serenidad, una tranquilidad fabricada, impuesta, que sólo dura mientras trabajáis para mantenerla. ¿Habéis visto las fieras? Cuando el domador está ahí, hacen como que se entienden, pero, en cuanto éste les deja, de nuevo se lanzan las unas sobre las otras para destrozarse. Pues bien, con las células sucede lo mismo. Mientras hacéis esfuerzos, ejercicios, mientras pronunciáis fórmulas, bueno, aceptan calmarse un poco, pero, en cuanto os ausentáis, cuando tenéis la cabeza en otra parte, los trastornos vuelven de nuevo. Eso es lo que vemos también en la sociedad, en las familias, en las escuelas... Sí, sobre todo en las escuelas: cuando el maestro está presente, los niños son buenos y están cada uno en su sitio, pero, en cuanto el maestro sale, se agitan, gritan y se pelean.

Lo mismo sucede con nuestras células: en cuanto nos ausentamos un poco, es un caos. Debemos, pues, ocuparnos de ellas, lavarlas, alimentarlas, como si fuesen nuestros hijos,

nuestros alumnos. Sí, y cuando hayamos logrado educarlas, cuando sepan hacer su trabajo sin pelearse y sin discutir, entonces la paz estará ahí, la paz profunda, aquélla de la que hablaba Jesús, y Buda también... Porque Buda tuvo que trabajar también durante años para alcanzar esta paz; durante años luchó y sufrió para llegar a dominarlo todo y armonizarlo todo en él. Y la paz, ¿veis?, no la puede aportar el orgullo, ni la maledicencia, ni la hipocresía. Buda sabía verdaderamente de lo que hablaba cuando decía que, para obtener la paz, el hombre debe desembarazarse de la maledicencia, del orgullo, de la hipocresía, y cultivar, al contrario, la compasión, la humildad y el amor, que son, justamente las tres virtudes que lo acuerdan y armonizan todo.

Jesús, en cambio, dijo solamente: *«Bienaventurados los que aportan la paz, porque serán llamados hijos de Dios»*. Pero es evidente que sobreentendía lo mismo. Para tener la paz hay que llegar a introducir en uno mismo la humildad, la compasión y el amor, porque, sin estas virtudes, siempre vivimos en la agitación. Otra diferencia entre Jesús y Buda es que Buda no habló de recompensas. Buda solamente dijo:

«Bienaventurados aquéllos que transmiten su saber con dulzura y sinceridad.»

«Bienaventurados aquéllos que se ganan la vida sin perjudicar o lastimar a ninguna criatura.»

«Bienaventurados, más allá de toda expresión, aquéllos que escapan a las limitaciones de su personalidad.»

«Bienaventurados aquéllos que han alcanzado el éxtasis con la contemplación de la verdad profunda y auténtica concerniente al mundo y a nuestra existencia.»

Mientras que Jesús siempre añadió la recompensa:

«Bienaventurados los que aportan la paz, porque serán llamados hijos de Dios.»

«Bienaventurados los dulces, porque ellos heredarán la Tierra.»

«Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados.»

Evidentemente, lo que hoy os digo sobre la paz no es nuevo para vosotros, ya lo habéis oído varias veces... pero debéis oírlo aún, hasta que lleguéis a realizar esta paz en vosotros. Solamente, lo repito, para que esta paz venga a instalarse en el plano físico, debéis conocer las reglas de la nutrición; y para que se instale en los planos astral y mental, debéis conocer la naturaleza de los sentimientos y de los pensamientos.

Entre el hombre y el universo, entre el microcosmos y el macrocosmos, existe una correspondencia absoluta, pero, con

su forma de vivir, el hombre ha roto esta correspondencia; ya no está en acuerdo, en sintonía, su organismo ya no está en correspondencia ideal, perfecta, con el macrocosmos, con Dios. Esta correspondencia es la que el hombre debe restablecer ahora. Cuando vibre de nuevo en armonía con los ángeles, con los arcángeles, con el mundo divino, volverá a ser un hijo de Dios. Pero a los humanos no se les instruye sobre eso. En las escuelas, en las familias, se les enseña de todo, salvo de cómo vibrar en armonía con todos los principios celestiales, con todas las entidades divinas, con el Dueño del universo. Muy pocos seres en la Tierra tratan de obtener la paz, de tener éxtasis, para asemejarse, por fin, a su Padre celestial, a su Creador; y, cuando lo consiguen, obtienen poderes, los ángeles están a su servicio, como estaban al servicio de Jesús cuando él realizó esta armonía con su Padre celestial. Sí, cuando Jesús llegó a realizar esta paz en sí mismo, los ángeles empezaron a servirle.⁴ El hombre solamente obtiene verdaderos poderes si llega a vibrar en armonía con toda la creación. Pero, mientras siga siendo anárquico, siempre es rechazado, combatido, aplastado. Estas son unas leyes absolutas, no soy yo quien las ha inventado, y cada uno puede constatarlas en sí mismo.

Cuando el hombre salió de los talleres del Creador, le dieron todo lo necesario para desarrollarse y para volver a encontrar el camino hacia su patria celestial. Cuando un niño viene al mundo no le falta nada; puede tener el corazón ligeramente desplazado hacia la derecha, o el estómago demasiado pequeño, o los riñones que funcionen mal, pero, tiene, de todas formas, un corazón, un estómago, unos riñones, unos pulmones, etc., todo está ahí. De la misma manera, cada vez que un alma viene a encarnarse en la Tierra, posee unos órganos y unos instrumentos que corresponden a todas a todas las cualidades y las virtudes que están allá arriba, en el Cielo. Y, puesto que esto es así, todo le es posible. Progresivamente, claro, pero hace falta, antes que nada, conocer las leyes. ¿Y cuáles son estas leyes?

Si ponemos, a una cierta distancia, dos pianos bien afinados, y tocamos una tecla de uno o de otro teclado, producimos un sonido; pero el otro piano responde también, como si alguien hubiese tocado la tecla correspondiente. Decimos que hay resonancia. Todos conocen este fenómeno, pero no se han parado a profundizarlo para comprender que lo mismo sucede en el hombre. Sí, si éste logra afinar su piano, es decir, su ser, no sólo físicamente sino también psíquicamente, con este gran piano que es el universo, puede llegar hasta las

potencias celestiales para hacer intercambios con ellas y recibir, de esta manera, ayuda y consuelo. Sí, es una forma de comunicar: habláis, y os oyen; podéis incluso provocar ciertas fuerzas en el universo para hacerlas venir hasta vosotros y utilizarlas. Es, justamente, en estos intercambios en donde Dios ha puesto las más grandes posibilidades de evolución, pero los humanos, que lo ignoran, nunca tratan de tocar conscientemente con este piano, es decir, de alcanzar unas teclas más elevadas; tocan siempre las teclas inferiores, que les ponen en comunicación con las regiones infernales. Raramente tocan las notas que pueden conectarles con el Cielo.

Preguntáis: «Pero ¿cómo afinar nuestro piano... nuestro organismo?» No os inquietéis, se afinará sólo. Si cultiváis el amor, la abnegación, la misericordia, la indulgencia, la amplitud de miras, el organismo empezará a afinarse por sí mismo, porque trabajáis con unas fuerzas que, automáticamente, armonizan todo lo demás. Si habéis desequilibrado vuestro sistema nervioso, ¿acaso lo habéis hecho conscientemente, científicamente? ¿Sabíais exactamente dónde y cómo ibais a producir el desorden? No, pero introduciendo en vosotros pensamientos y sentimientos estrafalarios lo habéis desequilibrado todo; no es necesario, para eso, conocer el emplazamiento de todos los centros del

sistema nervioso. De la misma manera, pues, llegaréis a afinar vuestro organismo trabajando con pensamientos y sentimientos superiores que harán vibrar armoniosamente todos vuestros centros espirituales.

Siento que al hablaros así, mostrándoos la importancia de este trabajo, muchos de vosotros van a decidirse a consagrarse a él, de vez en cuando, sabiendo que todo su futuro depende de ello: su felicidad, su gloria, su esplendor, todo. Mientras los humanos no conozcan la realidad de las cosas, descuidan cultivar ciertas cualidades, y después se arrastran en las decepciones, las amarguras. Se quejan constantemente de que la vida no tiene sentido, de que Dios no existe, porque nada les va bien. Pero no porque ellos sean estúpidos, estén enfermos y sean desgraciados, deja de haber en el mundo seres inteligentes, sanos y felices. Sí, lo que es defectuoso es su razonamiento. No han aprendido a reflexionar y a estudiar, porque quizá no hayan tenido amigos e instructores inteligentes, y entonces repiten las mismas estupideces. No saben que pueden hacer un trabajo para alcanzar las teclas superiores de su teclado a fin de que el gran piano responda exactamente y venga a socorrerles, a ayudarles, a sostenerles; y entonces, están siempre quejándose, lloriqueando, arrastrándose en la pereza, mientras que otros trabajan y

tienen resultados. ¿Por qué no van a verles y a preguntarles cómo podrían cambiar su vida? Pero no, no se desplazan, ¡y seguirán eternamente en el atolladero!

Sí, mis queridos hermanos y hermanas, hay que desplazarse. Suponed que seáis desgraciados, que estéis angustiados, que nada ande bien... ¿Qué podéis hacer? En vez de quedaros ahí, llorando y dando vueltas sin ton ni son, ¿por qué no vais a ver a estos seres que pueden ayudaros? Diréis: «Pero ¿dónde están?... ¿Dónde podemos encontrarlos?» Están ahí, están ahí continuamente, y, con el pensamiento podéis dirigirlos a ellos y alcanzarles, gracias a la ley acústica de resonancia, o bien, como la llamo yo a menudo, la ley de simpatía o de afinidad. Cuando conoce esta ley, el hombre se ve obligado a superarse, a sobrepasarse, para tocar las cuerdas más sensibles, las más sutiles de su ser y hacerlas vibrar en armonía, sabiendo que habrá fuerzas, entidades y regiones que le responderán. ¡Cuántas veces os he hablado de esta ley acústica del eco! Decís: «¡Os amo!...» Estáis solos y, sin embargo, hay una multitud de voces que os responden: «¡Os amo!» Si decís: «¡Os detesto!», el eco lo repetirá también. Puesto que esto es una realidad en el plano físico, ¿por qué no sería también una realidad en el plano del pensamiento?

Tomad una pelota y lanzadla contra una pared. Si no os apartáis, vuelve sobre vosotros golpeándoos. Se trata de la misma ley que la del eco, la del choque de vuelta. También conocen los hombres esta ley en el plano físico, pero nunca piensan que en el dominio psíquico también existe la misma ley. Sí, si emitimos algo malo, como no sabemos cómo ir a otra región para escaparnos de los efectos, recibiremos, un día u otro, algunas tejas sobre la cabeza. Así es como se explica todo. Puesto que las cosas son así, debemos decidirnos a trabajar con otros métodos para obtener unos resultados completamente diferentes. No hay otras conclusiones.⁵

Mientras no hayáis comprendido el secreto mágico de la ley de afinidad, nunca obtendréis grandes resultados. Cada sentimiento que experimentáis es de una naturaleza determinada y, en virtud de esta ley, va a despertar en el espacio unas fuerzas de la misma naturaleza que se dirigen hacia vosotros. Si vuestro sentimiento es malo, el resultado será malo; si es bueno, recibiréis algo bueno. Gracias a esta ley podemos atraer todo lo que queramos de los grandes depósitos del universo, pero siempre que emanemos, que proyectemos pensamientos y sentimientos de la misma naturaleza que aquello que deseamos. Estos pensamientos y estos sentimientos son los que determinan absolutamente la

naturaleza de los elementos y de las fuerzas que serán despertadas muy lejos, en alguna parte del espacio, y que, tarde o temprano, llegarán hasta vosotros.

Esta ley de afinidad es para mí el mayor arcano, la varita mágica. En ella he basado toda mi existencia. Conociendo esta ley, trabajo en un sentido determinado, pensando en todo lo mejor y más bello que hay, y espero que eso suceda. Muchas cosas ya han sucedido, y otras sucederán más tarde. Gracias a esta ley puedo explicároslo toso: la estructura de los humanos, su inteligencia, su riqueza, su miseria, ¡todo!

Mirad lo que sucede en el mar con los peces. El mar contiene todos los elementos químicos, todos los minerales, y he ahí que tal pez se forma un cuerpo coloreado, brillante, fosforescente, y tal otro se forma un cuerpo apagado y feo. ¿Por qué? Porque cada uno ha atraído las partículas correspondientes. Evidentemente, se trata de algo inconsciente, pero cada pez toma del mar los elementos que convienen a su naturaleza. Y con nosotros sucede lo mismo. Nosotros somos peces sumergidos en el océano etérico, y, como este océano contiene todos los elementos difundidos por el Creador, llegamos a ser tales o cuales según los elementos que hayamos atraído para formar nuestro cuerpo. Así es como todo se explica. Por ejemplo, alguien es feo, desgraciado, está

siempre enfermo; quizá eso no venga de esta encarnación, sino de encarnaciones anteriores en las que no estaba instruido ni tenía las cosas claras, y en las que, en este estado de ignorancia, atrajo unos elementos perniciosos de los que ya no sabe cómo desembarazarse. Pero ahora, conociendo esta ley de afinidad, que es la ley mágica más formidable, la base de toda creación, tiene que comenzar inmediatamente un trabajo de transformación y, si no es posible restablecerlo todo en esta encarnación, será para la próxima.

Sin el conocimiento de esta ley, mis queridos hermanos y hermanas, os lo digo, os lo repito, lo subrayo, no iréis muy lejos. Pero si creéis en esta ley, que es absoluta, y comenzáis desde hoy a tocar en el registro superior de vuestro teclado, atraeréis unas partículas de una naturaleza tan luminosa, tan preciosa, que todo empezará a restablecerse en vosotros, primero en el plano astral y mental, y, finalmente, incluso en el plano físico, porque todo el mundo verá que os habéis vuelto más simpáticos, más irradiantes, más inteligentes, y hasta más poderosos; entonces os considerarán de otra manera, os recibirán de otra manera, y vuestro destino cambiará. En la vida todo está relacionado.

Mientras el hombre no sepa sobre qué ley está basada la existencia y siga saqueándolo todo a su alrededor,

evidentemente, las fuerzas de la naturaleza no pueden ayudarle mucho tiempo y se ven obligadas a abandonarle. Pueden ayudarle durante un cierto tiempo, pero, si ven que continúa destruyendo todo lo que Dios le ha dado, le abandonan. Y después, ¡cuántas tristezas y amarguras!... un verdadero infierno. Desgraciadamente, hay muchos que han llegado a esta situación. ¡Con cuántos me he encontrado!... Y ni siquiera sabían cómo habían llegado hasta ahí. Además, ni siquiera podía explicárselo, porque todo estaba oscuro e ilógico en su cabeza. Hubiera sido necesario volver a empezar todo desde el principio, instruirles durante años... y, sobre todo, ¡hubiera sido necesario que tuviesen la buena voluntad de escuchar! Pero no la tenían, y en cinco minutos no podía mostrarles el encadenamiento de los hechos: dónde y cuándo habían empezado a extraviarse, y cómo, poco a poco, habían llegado a esta situación deplorable.

Muy pocos son capaces aceptar el encadenamiento que existe entre causas y consecuencias. Aunque se les muestre con argumentos y pruebas casi tangibles, no lo ven. En realidad, todo lo que se produce en la existencia o en el universo ha sido previamente preparado. Sí, y eso debéis inscribirlo, porque en el Tercer Testamento esta gran verdad estará también inscrita, junto a muchas otras, como un punto

irrefutable. Nada se produce en la vida social, económica, política, religiosa, artística, científica, sin que haya habido previamente unas condiciones, unos factores, es decir, unas causas que hayan preparado este acontecimiento. Si os imagináis que las cosas suceden así como así, sin razón, entonces nunca podréis ser aceptados en una Escuela iniciática. La primera condición exigida por los grandes Maestros de la humanidad es este conocimiento del encadenamiento de causas y de consecuencias: saber que nada se produce sin causa. Entonces os aceptan, y después trabajan con vosotros, os ayudan a mejoraros. Pero si no creéis en esta ley, quienquiera que seáis, no os aceptan, os cierran la puerta porque os consideran como un ser peligroso. Ésta es otra de las cosas que ignoráis.

Os doy el medio espiritual más grande, la llave oculta más grande, pero ¿cuántos de vosotros van a servirse de ellos? Hacedlo, aunque sólo sea para verificar lo fiel y verídica que es la Naturaleza, para verificar que todo lo que está escrito en los Libros sagrados se realiza y que los Iniciados nunca han engañado a los humanos. Como nunca habéis preparado las condiciones adecuadas para verificar la veracidad de los Evangelios, entonces, evidentemente, no os los tomáis en serio.

Pero, preparad las condiciones adecuadas, y veréis que todo en ellos es absoluto.⁶

Se dice, por ejemplo: *«Buscad el Reino de Dios y su Justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura»*.⁷ ¡Si creéis que la gente está dispuesta a verificarlo!... Pero algunos lo hicieron, buscaron el Reino de Dios y vieron que todo lo demás les era dado. Y yo encuentro, incluso, que todo lo demás no vale la pena. ¿Qué es todo lo demás para el que ya tiene el Reino de Dios dentro de él? Además, no se dice: «cuando tengáis» el Reino de Dios todo lo demás os será dado, no, sino «cuando lo busquéis»; es decir, que antes incluso de haberlo encontrado, solamente al buscarlo, al concentraros en él, al desearlo con todas vuestras fuerzas, sin nada al lado que os tiente u os aleje de él, se os dará todo lo demás. Y todo lo demás, lo que no es el Reino de Dios, ¿qué es? Pues bien, son las buenas condiciones, el dinero, el tiempo, la salud, los amigos, la libertad... Eso es «todo lo demás»: las condiciones para obtenerlo. Porque el Reino de Dios y su Justicia (y no la nuestra, que está basada en el interés) es un estado de beatitud, de armonía, de paz, de amor, de pureza, de perfección, de plenitud. Así que, ¿qué queda por desear, puesto que el Reino de Dios lo abarca todo? Pero, mientras esperamos la realización de este «todo», necesitamos los

medios, las condiciones, y eso es «lo demás», lo que le es dado al hombre cuando busca el Reino de Dios.

Ahora, hay que tratar de verificarlo. Sólo que, la mayoría de los humanos tienen tantas otras cosas que les tientan, que brillan como espejuelos ante sus ojos, que para el Reino de Dios no hay candidatos. Pero aquéllos que tienen verdaderamente las cosas claras sólo buscan el Reino de Dios y su Justicia, porque saben que la Tierra y el Cielo les pertenecerán. Evidentemente, eso no es algo que vaya a suceder en dos o tres días, pero, para aquéllos que están hambrientos solamente de grandes cosas, no existe nada que sea más deseable. Probadlo. Lanzaos y veréis cómo todo lo demás palidecerá; os daréis cuenta de que, hasta ahora, sólo habíais buscado decepciones, sombras, vacío.

Los humanos buscan siempre lo que es perecedero, ilusorio, y que, en definitiva, no les va a aportar nada más que dolores y penas... Pero les resulta difícil comprenderlo y cambiar. Para comprender, hay que haber sufrido, haberse sentido decepcionado, desgraciado, pisoteado... Pero yo no acuso ni critico a nadie, sólo digo que no les ha sido dado a los que son jóvenes buscar el Reino de Dios y su Justicia. Hay que ser mayor, muy mayor, interiormente y exteriormente, para desear cosas semejantes. El que es joven juega aún con las

muñecas, los soldados de plomo y los castillos de arena; su edad no le permite preocuparse de cuestiones más profundas, pero, cuando madure, abandonará todas estas diversiones para dedicarse a realizaciones más grandiosas. Sí, es preciso sufrir mucho, estar decepcionado, tocar verdaderamente fondo, e incluso llegar a la desesperación, para comprender que aquello que deseábamos no nos aportaba ni la paz, ni el poder, ni la plenitud. Pero es imposible explicar eso a todos aquéllos que son demasiado jóvenes; tienen que hacer sus experiencias. ¡Es algo tan lejano para ellos!... No corresponde a su edad. Dicen: «Sí, está bien, es profundo, es sensato, lo comprendo... pero no me dice nada, yo quiero diversiones, placeres...»

Por eso es imposible instruir y aclarar las cosas a todo el mundo. Cada uno debe hacer su propio camino. Quizá diréis: «Entonces, si las cosas son así, ¿Por qué habla usted a jóvenes –a adultos que todavía son jóvenes- que todavía tienen necesidad de sus muñecas y de sus soldados de plomo?» Os explicaré por qué. Conozco la naturaleza humana, he recorrido muchos caminos y he hecho bastantes experiencias para saber que ni las conferencias, ni los sermones, ni los libros, nada puede hacer salir a ciertas personas de sus malos hábitos o de sus placeres nocivos, pero continúo instruyéndoles porque, de todos modos, eso puede servirles.

Mirad los niños que están aquí, que me escuchan, quizá no tomen en serio lo que digo, desde luego, pero, de todos modos, mis palabras se graban en las profundidades de su memoria o de su subconsciente y, más tarde, cuando empiecen a sufrir y a quemarse, porque hayan transgredido ciertas leyes, estas verdades que oyeron cuando eran pequeños aparecerán en su consciencia. Eso no quiere decir que se liberen inmediatamente de sus errores, no, quizá vuelvan a las andadas, pero dirán: «Esta vez todavía no he logrado obrar bien... pero la próxima lo conseguiré». Así pues, estas huellas, estas grabaciones, todavía no habrán logrado arrancarles de sus tendencias, pero, de todas formas, la luz, que está siempre ahí, les atraerá un poco y les influenciará en sus decisiones.

Habéis oído hablar del barco que chocó contra un iceberg. Pues bien, se trata del mismo fenómeno, pero en el sentido negativo. El barco naufragó porque, al construirlo, se olvidaron de un minúsculo pedazo de hierro en la brújula y, como este pedazo de hierro atraía imperceptiblemente la aguja, la dirección estaba falseada y, evidentemente, tras kilómetros y kilómetros, el barco se había apartado considerablemente de su ruta. Porque, aunque la diferencia de ángulo al principio no sea más que de una milésima de grado, después de miles de kilómetros hay una desviación tal entre el punto al que

llegamos y el que queríamos llegar que cabrían varios sistemas solares entre estos dos puntos. Ahora, suponed que un Iniciado haya infiltrado una pepita de oro –se trata de un símbolo, claro- en la cabeza de un hombre que se dirige hacia el Infierno; esta pepita hará que su aguja se desvíe sin cesar y, un buen día, en vez de estar perdido, ¡estará salvado! Dirá: «Yo iba hacia el Infierno... ¡y mirad ahora a dónde he llegado! Ay, ay, ay... ¡cuánta gente me espera con laureles y con coronas!... ¡Pero no es aquí a donde quería llegar!» Sí, pero es allí donde se encuentra, sin embargo, porque alguien le puso en la cabeza una partícula de oro puro. Evidentemente, todo eso llegará tras peripecias y peripecias...

Así es como un Maestro puede hacer algo, a pesar de todo, sabiendo que es imposible ayudar inmediatamente a todo el mundo. Han venido a verme muchas personas y a algunos nunca logré hacerles comprender las leyes en las que está basada la vida. Si lo hubiesen podido comprender, habrían evitado desgracias y caídas, pero no pudieron. Y, si ahora me seguís preguntando: «Pero, ¿por qué no tuvo éxito con ellos?... Usted disponía de argumentos y de métodos cuya eficacia ha sido reconocida por muchos...» ¡Ah! la respuesta es un poco triste. Algunos individuos están cargados de un karma terrible, y es este karma el que les impide comprender.

Si comprendiesen, se escaparían de los sufrimientos y el karma se iría... con las manos vacías, no podría castigarles, hacerles pagar. Pero como están obligados a pagar, es decir, a sufrir mucho, el karma ensombrece su comprensión y no les permite ver la veracidad de mis palabras. Ésta es la respuesta.

Desde hace más de cincuenta años he tenido la posibilidad de estudiar a los seres humanos, de observar el desarrollo de su vida. Y, cuando constato cómo algunos terminaron mal, y otros, al contrario, triunfaron, veo la verdad de lo que os estoy diciendo. Pero mi conclusión es que, de todas formas, hay que tratar de ayudar a los humanos. Aunque las condiciones sean deplorables, aunque parezca inútil, siempre hay que dejarles un elemento, algo como una semilla depositada en su alma, en su subconsciente, para que un día se acuerden de que habéis tratado de hacer algo por ellos. Habéis hecho un gesto, por minúsculo que sea, les habéis dado un buen consejo o una buena mirada, y, un día, en un momento terrible, quizá se acuerden. A menudo he tenido esta experiencia: muchos vinieron años después, simplemente porque les di algo –un consejo, una buena palabra; esto creció dentro de ellos, y un buen día se acordaron. Así que, vosotros también, nunca debéis ser intransigentes o implacables, ni siquiera con aquéllos que parecen condenados a no encontrar nunca el

camino en esta encarnación; nunca se sabe lo que puede suceder y hay que tratar de dejar algo bueno en su cabeza, en su alma.

Pero volvamos a la paz. No os imaginéis que con un cambio de apartamento, de amigos, de profesión, de país, de religión... de marido o de mujer, lograréis la paz. Si fuese tan fácil, yo habría sido el primero en hacerlo. Pero no creo que la paz dependa de estos cambios y vosotros tampoco lo creáis. Una pequeña tranquilidad, una tregua, sí, pero, inmediatamente después, allí donde os encontréis, os van a asaltar otros tormentos, porque no habréis comprendido que la paz depende de un cambio en la forma de pensar, de sentir y de actuar. Cambiad eso y, aunque os quedéis en los mismos lugares, con las mismas dificultades, tendréis la paz. La verdadera paz no depende de las condiciones exteriores, la paz viene de dentro y brota, os invade, a pesar de las turbulencias y las trepidaciones del mundo entero. Es como un río que desciende de las alturas. Y cuando poseéis esta paz y sois capaces de derramarla, de difundirla como algo real, vivo, cuando hacéis un trabajo sobre el mundo entero llevando la paz a los demás, entonces, os volvéis otro ser, os eleváis en la jerarquía, sois un hijo de Dios, representáis a Dios en la Tierra, porque, en virtud de la ley de correspondencias

universales, propagáis las mismas bendiciones, las mismas riquezas, los mismos esplendores que hay arriba.

Pero, debido a su egoísmo, a su orgullo, a su maldad, los humanos nunca encuentran la paz. ¡Id a verlos! Hacen todo lo que pueden para encontrarla, pero no lo consiguen, porque no saben lo que es.

Tienen una tregua, como los prisioneros, a los que envían a pasear durante unos minutos, o como los caballos, o los perros, a los que se deja correr durante unos momentos. Eso es lo que tienen, un poco de libertad... Y se aprovechan de ella, porque saben que después, de nuevo, serán encerrados y atados. No son libres, y los seres humanos tampoco son libres, porque son explotados por fuerzas inferiores.

Un día tuve una conversación sobre este tema con un escritor. Yo había dicho en una conferencia que el hombre es utilizado y esclavizado por las entidades del plano astral, y estaba indignado, no quería admitir que hubiese espíritus que se sirviesen de los humanos y les explotasen. Le dejé hablar unos momentos y, después, le dije: «Usted, que escribe libros, ¡qué lejos está, Dios mío, de tener una verdadera comprensión de las cosas! Está extrañado, está indignado, y tiene razón; pero voy a mostrarle lo que nunca ha visto. ¿Acaso no hay

gente que arranca la piel a los animales para hacer cosas con ella y luego venderlas? ¿Y otros que los matan para hacer jamones y morcillas con su carne? ¿Acaso no los explotan para alimentarse y enriquecerse?... Si los humanos son tan injustos y crueles con sus pequeños hermanos, los animales, ¿Por qué no habría también otros seres, en el mundo invisible, que hagan lo mismo con los humanos, que tomen su carne para hacer morcillas con ella, o que desgarran su piel para venderla después en alguna parte? Allí también hay comerciantes, ¿sabe usted?...» Entonces, evidentemente, ya no supo qué responder.

Y hasta, si llevo más lejos la cosa, ¡cuántos pensadores y escritores se han apropiado de las investigaciones de los demás para adquirir gloria o enriquecerse, sin darse cuenta de que estaban actuando exactamente igual que los que hacen jamones y salchichas con la carne de los animales! ¿Dónde está su honestidad? ¿Dónde está su nobleza? ¿Veis?, tengo argumentos. Los hombres preguntan, se indignan, pero es porque no han estudiado cómo suceden las cosas en la naturaleza. Y si algún día vosotros también tenéis cuestiones que no están muy claras y que os indignan, pues bien, venid y hablaremos. Os mostraré quizá pequeñas cosas que no habíais visto y que os darán la respuesta. Sí, para no plantearse

continuamente cuestiones insolubles, el hombre debe entrar en una Escuela iniciática, porque es ahí solamente donde aprende el lugar de cada cosa y las grandes leyes de la existencia; entonces avanza y resuelve todos sus problemas.

Cuando Buda decía: «Bienaventurados aquéllos que han alcanzado el éxtasis con el conocimiento de la verdad profunda y auténtica concerniente al mundo y su existencia», sobreentendía este conocimiento de las correspondencias, es decir, de los intercambios y de las afinidades que existen entre el hombre y el universo. La paz es la condición del éxtasis; la paz abre la puerta a los éxtasis. Pero, para tener esta paz, hay que preparar el terreno, es decir, liberarse, pagar todas las deudas para que nadie venga a molestaros reclamando cualquier cosa. Si os persigue una jauría de acreedores, ¿cómo queréis tener la paz? Huyendo de estos acreedores, diréis, escapándonos de ellos. De acuerdo, pero ¿cómo huiréis de los acreedores que están dentro de vosotros, los pensamientos y los sentimientos que os persiguen? Razonar así, pues, es señal de que os falta saber y conocimientos verdaderos. No os engañéis, los pensamientos y los sentimientos os alcanzarán siempre.

Para tener la paz hay que haberse liberado primero, resolviendo todos sus problemas. Y cuando, por fin, somos

libres, estamos libres de sufrimientos, libres de preocupaciones, de enfermedades, de deudas, de debilidades, ¡libres!... entonces, sí, tenemos la paz ¿Veis?, mis queridos hermanos y hermanas, no os hagáis ilusiones, meteos bien en la cabeza todas estas grandes leyes. Para tener la paz, para convertirnos en hijos de Dios, debemos restablecer el acuerdo, la armonía con el mundo divino. Sólo que, claro, necesitáis a alguien que os explique los lazos, las afinidades, las correspondencias, las líneas de fuerza que conectan las cosas entre sí. Para mí, está claro, muy claro, veo este armazón, veo cómo está construido el universo, cómo todo está relacionado. Desgraciadamente, a menudo falta esta ciencia. Me he encontrado con muchos eruditos, escritores, artistas, filósofos, profesores, médicos, y he visto que carecían de este saber del que os hablo. Tenían muchos conocimientos, desde luego, pero no tenían aún la Ciencia iniciática. Todos están orgullosos de su saber, porque les da muchas posibilidades, y, sobre todo, un lugar en la sociedad y dinero; todos están orgullosos de tener diplomas o algunas condecoraciones, pero eso no les aporta la plenitud, ni la liberación, ni el gozo. Entonces yo concluyo que este saber es magnífico, útil, indispensable incluso, puesto que procura algunas ventajas materiales, pero que no es suficiente, porque no es capaz de mejorar a los seres, que siguen siendo

débiles, malvados, avaros, egocéntricos. Mientras que el saber de los Iniciados, en cambio, os aportará la paz, la liberación, la plenitud.

En realidad, yo preconizo las dos cosas. Pienso que el saber oficial es necesario para tener una profesión, como todo el mundo, para asegurarse la existencia y no ser una carga para los demás, pero sin el saber iniciático la vida no tiene sentido. Si habláis de este saber a los sabios oficiales, éstos no os comprenden, creen que con el suyo basta... Pero entonces, ¿por qué no puede transformar a nadie? Podéis leer todos los libros, conocer todas las ciencias, y seguiréis siendo los mismos, aunque el cerebro tenga la posibilidad de grabar todo el saber del mundo, y hasta cien veces más. Sí, la naturaleza ha preparado al cerebro de tal forma que éste puede abarcar todo el saber actual, todos los libros de la Tierra, y todavía quedará sitio. ¡Sus posibilidades son increíbles!

En realidad, existe otro cerebro, todavía más antiguo y más importante que el que nosotros conocemos, en el que están escondidos los mayores poderes, las mayores riquezas. Este cerebro, que está situado más abajo que el corazón y los pulmones, hacia el centro del ser humano, contiene un saber grabado, condensado desde hace millones de años; pero sería demasiado largo hablaros de eso hoy.**8**

Os lo digo, pues, acumulando conocimientos en vuestra cabeza no os volveréis mejores, no os transformaréis. Gracias a estos conocimientos, claro, podéis ampliaros, extenderos, pero sólo en la superficie; en realidad seguís siendo como sois, formidables, sin duda, para los conocimientos: ¡una oficina de informaciones!... pero, para el carácter, las virtudes, las cualidades, nada: seguís siendo tan miedosos, tan débiles, tan sensuales, tan miserables como antes. Mientras que con el saber espiritual, con el saber divino, que os obliga a ir en profundidad y en altura, ya no podréis seguir siendo los mismos. En cuanto conocéis bien algunas verdades, os veis obligados a transformaros, a ser mejores, y entonces sois capaces de ayudar a los demás, de salvarles. ¡Os convertís en un Sol!

«Bienaventurados aquéllos que saben despojarse de las ilusiones y de las supersticiones» decía Buda. Pues bien, el saber oficial aún es una ilusión, es maya. Las ilusiones, igual que los sufrimientos, son necesarias en la vida para alcanzar la Divinidad; sí, son necesarias, aunque sean ilusiones; pero un día habrá que despojarse de ellas.

Ahora, si llegáis a comprender que es necesario tener las dos clases de saber, el saber oficial y el saber iniciático, será maravilloso. A todos los que vinieron a preguntarme si debían

dejar sus estudios en la universidad para consagrarse solamente a nuestra Enseñanza, siempre les dije: «No, el saber oficial, los diplomas, etc., son necesarios para la vida en la Tierra. Vamos, termine sus estudios, y el otro saber podrá tenerlo también». Nunca he aconsejado abandonar los estudios en las escuelas o en las universidades, salvo en casos excepcionales; mientras que si otro estuviera en mi lugar aconsejaría a todo el mundo, sin duda, que lo abandonasen todo para venir a aprender solamente aquí. No se me puede acusar, pues, de fanatismo o de beatería. Yo soy liberal, muy liberal. Pero ahora sería demasiado largo entrar en el detalle de los programas y ver si lo que se les pide a los estudiantes está basado en un verdadero conocimiento de la naturaleza humana o si, más bien, las consecuencias que se derivan de ello, que son, a menudo, catastróficas para el equilibrio y la salud de los estudiantes, no están en total contradicción con el saber iniciático, ¡cuya meta es hacer divinidades y no enfermos!

Éstas son las palabras que quería deciros hoy con respecto a al afinidad. Para mí, se trata de la palabra más significativa, una palabra mágica. Ahora os corresponde a vosotros atraer de este océano cósmico los mejores elementos, los más irradiantes, los más sutiles, para construir vuestro cuerpo de

gloria, el cuerpo de inmortalidad, el cuerpo de luz que está en cada uno de vosotros. Este cuerpo de gloria es mencionado en los Evangelios, pero no hay muchas informaciones relativas al mismo. Un día, en Videlinata, en Suiza, os hablé de él. Un pastor protestante, uno de los más célebres de Ginebra, un hombre con mucha amplitud de espíritu y muy comprensivo, asistió a mi conferencia y después vino a verme. Estaba maravillado, encantado, y me dijo: «Nunca se ha explicado lo que es el cuerpo de gloria, pero a mí es lo que me interesa. ¿Podría decirme algo sobre él?» ¡Os podéis imaginar si le dije algo! Yo estaba contento de hablar con él porque todo su ser vivía, vibraba, irradiaba la vida espiritual.

Todos nosotros tenemos el cuerpo de gloria, pero debemos aportarle materiales para que pueda formarse. ¿Cómo? ¿Y cómo forma la madre a su hijo? Comiendo, bebiendo, respirando, pensando, viviendo, le da materiales, y, cada vez más, el niño se desarrolla. Ella es quien lo forma, pero ella no puede crearlo. Nosotros tampoco podemos crear a Cristo en nosotros. Para concebirlo, es preciso, primero, que el Espíritu Cósmico fertilice nuestra alma, y después, igual que la madre, podremos formarlo con todo lo que emanamos de nosotros mismos, con todo lo mejor que podemos vivir.⁹ Cuando a veces tenemos estados de conciencia muy elevados, cuando

tenemos el deseo de abrazar al mundo entero, de trabajar para el Señor, de despojarnos, de hacer algo noble y grande, entonces, las partículas que emanamos van a añadirse a nuestro cuerpo de gloria. Así es cómo podemos hacerlo crecer; sólo puede ser formado con lo mejor de nosotros. Y si lo alimentamos durante mucho tiempo con nuestra carne, con nuestra sangre, con nuestro fluido, con nuestra vida, un día empieza a brillar, a irradiar, y se vuelve muy fuerte, muy poderoso, invulnerable, inmortal, porque está formado por materiales que no se corroen, que no se oxidan, que son eternos, y es capaz de hacer maravillas, primero en nosotros, y después fuera de nosotros. Cristo puede hacer milagros a través del cuerpo de gloria.¹⁰

Todos llevamos dentro de nosotros un germen de Cristo que podemos desarrollar. Y ahí volvemos a la ley de afinidad. Sólo podéis formar este cuerpo de gloria con los mejores pensamientos, con los mejores sentimientos, tratando de permanecer siempre agarrados al mundo de la luz, al mundo divino. Aunque os asalten estados espantosos, debéis tratar de superarlos. Sí, debéis dominaros y decir: «Sobrepasaré eso... Sobreviviré». Como la pequeña rana que se cayó en un vaso de leche: ya no podía salir de él, iba a ahogarse... Pero hizo tantos esfuerzos, se debatió tanto a uno y otro lado que llegó a

montar la manteca, se apoyó sobre ella, y ¡hop!, saltó fuera del vaso. El ser humano también puede sobrevivir siempre, salir de todas las dificultades, pero tiene que pensar en dominarse, tiene que hacer esfuerzos, porque, si no, se ahogará. ¿Veis?, debe ser como esta pequeña rana.

Cuando el hombre logra superarse, puede atraer hacia él todas las partículas más luminosas del océano etérico para soldarlas a su cuerpo de gloria, y así es como se convierte en un hijo de Dios.

Desde hoy mismo puede obtener estas partículas, primero en pequeña cantidad, y, después, cada día más. Eso es lo que nosotros hacemos cada mañana viendo el Sol. Nos alejamos de la Tierra, nos conectamos con el Cielo, con el Sol, del que tomamos algunas partículas muy luminosas que añadimos a nuestro cuerpo de gloria. Pero, en realidad, bien sea en una habitación, bien sea en la Roca, en una iglesia o en la cima de una montaña, se trata del mismo proceso; siempre podemos buscar, encontrar, atraer las mejores partículas.

Ahí tenéis otra página del verdadero saber que la mayoría de los humanos no conocen. Se pavonean, se tiran faroles, se las dan de importantes, pero, en realidad, no tienen ni idea de lo que es este verdadero saber, y no es de ellos de quienes se

pueda decir: «Bienaventurados, porque saben». Lo han estudiado todo, pero no se han estudiado a sí mismos ni a toda la naturaleza viva e inteligente que está a su alrededor.

No quiero disminuir el valor y el mérito de todos aquéllos que han contribuido al avance de la ciencia. Por ejemplo, estoy maravillado de aquéllos que, como Fabre, observaron los insectos. ¡Cuántas cosas que aprender de ellos! Hay también sabios que consagraron su vida a estudiar solamente los mosquitos, o los conejos, o los sapos... Y otros que sólo estudian los microbios. Ya veis, ¡olvidar al Señor para estudiar una especie de microbios! Pero todo el mundo encuentra que eso es algo formidable, magnífico. Evidentemente, es normal que se haga todo lo posible para librarse de estos bichos que causan estragos a la humanidad... Pero no hacen nada para librarse de otros microbios que saquean y destruyen las almas y los espíritus.

Los humanos deben aprender a concentrarse en lo esencial, es decir, en lo que puede transformar su existencia. ¿Acaso el estudio del sapo puede transformar vuestra existencia... aunque sepáis incluso cómo hace pipí? Pero, a los sabios que hacen este tipo de estudios se les da toda la gloria del mundo. ¿Y quién les cubre de gloria? Los ignorantes. Porque, ¿acaso hay algo de glorioso en ocuparse todo el día de una pequeña

cosa, siempre la misma, mientras el mundo entero decae y vive en las tinieblas? Piensan, por ejemplo, que si estudian los mosquitos salvarán quizá a los hombres de la malaria. Está bien, la idea es muy buena, pero yo pienso que la malaria existirá siempre, porque esta enfermedad no viene sólo de los mosquitos, sino que es también el resultado de un estado deplorable de la conciencia humana. Si los humanos pusiesen orden en sí mismos, ningún mosquito podría inocularles la malaria. Ésta es mi filosofía.

¿Por qué son tan poderosos los mosquitos, y por qué, cada año, centenares de miles de hombres mueren por enfermedades causadas por insectos o microbios de todas clases? Porque son susceptibles de tener estas enfermedades; su sangre no es pura. Si su sangre fuese pura, ningún insecto, ningún microbio podría perjudicarles. Tomemos un ejemplo. Tenéis pólvora; si está seca, se inflama y puede producir explosiones. Humedecedla un poco, y se acabó, ya no podéis encenderla. Las cosas, pues, sólo se pueden realizar en ciertas condiciones determinadas. ¿Por qué la sangre es susceptible de contaminarse? Porque contiene elementos impuros. Si el hombre los rechazase, si purificase su sangre, ningún microbio podría actuar, y entonces estaría protegido, sería invulnerable. Por eso, en vez de estudiar solamente los mosquitos, hay que

enseñar al hombre a purificarse y a dejar a los mosquitos tranquilos. Pero, sobre todo, como dije en otras conferencias, mejor que matar los mosquitos es suprimir las ciénagas, porque, si sigue habiendo ciénagas, siempre habrá mosquitos.¹¹

Desde el punto de vista simbólico, las ciénagas representan las condiciones deplorables que hay dentro de nosotros. Mientras no cambiemos estas condiciones, el mal sigue ahí, con las guerras, las miserias, las enfermedades. Tenemos que comprender que, en primer lugar, debemos suprimir las causas que provocan el debilitamiento, la vulnerabilidad, y, a menudo, estas causas se encuentran donde no las buscamos. Si algún día llegamos a secar las ciénagas, los mosquitos desaparecerán, porque ya no habrá condiciones adecuadas para ellos. Cuando estuve en Israel me mostraron antiguas ciénagas que lograron sanear y volver fértiles. Antes, sólo eran unos lugares prolíficos en toda clase de inconvenientes, y ahora son jardines llenos de flores y de frutos. ¡Ah!, ¡si supiesen hacer lo mismo interiormente! Exteriormente, claro, es más fácil... ¿Quién no sabe que para suprimir los mosquitos hay que desecar y colmar las ciénagas? Pero yo hablo de un dominio que la gente ignora. El hombre no se ocupa suficientemente de su vida interior para mejorarla, liberándola

de ciertas debilidades. Estas debilidades, por la ley de afinidad, tocan las teclas de este «piano» del que os he hablado hace un rato, y producen unas vibraciones que atraen elementos nocivos de las que ya no se puede liberar. Por eso hay que llegar a desembarazarse de todas estas debilidades y tendencias perniciosas para que ya no haya elementos capaces de atraer a las entidades maléficas, porque estos elementos son un alimento que atrae a los insectos, a las avispas y a las hormigas. ¡Cuántas veces lo he verificado!

Mirad mi chalet, está muy bien construido, no tiene agujeros, todo es estanco, hermético, pero, en cuanto dejo algunas pequeñas cosas por ahí, sobre la mesa, o sobre el aparador, las hormigas llegan. ¿De dónde vienen? ¿Cómo han encontrado el camino? Tienen antenas y, desde lejos, saben hacia donde dirigirse. Son muy sabias, porque han descubierto las antenas y los radares antes que nuestros sabios; porque, si no, ¿cómo podrían ver a través de las paredes que hay algo de comer? Si quito esta comida, desaparecerán, pero yo la dejo, y las digo: «Os doy una hora para desaparecer». Pero, primero, convoco a su jefe –porque tienen un jefe- y a él le doy la orden, no a las demás, y él se encarga de comunicársela. ¿Con qué medio? ¿Con ondas eléctricas? Todavía no he estudiado bien esta cuestión. En todo caso, digo: «Si en una hora no habéis

abandonado este lugar, ¡preparaos! Os ahogaré, o emplearé el flytox... ¡y será terrible! Os doy una hora para que os vayáis». Después, hago mi trabajo. Y, cuando vuelvo, ¡ni una hormiga!... se han ido. Pero si no doy la orden de que se vayan, se quedan ahí jornadas enteras. Todo eso me ha hecho reflexionar y descubrir muchas cosas...

Podemos y debemos extraer grandes verdades de los menores fenómenos de la existencia. Sólo que hay que pararse en ellos, y la gente no lo hace. Sólo Newton se ocupó de una manzana que caía... Durante miles de años habían visto caer manzanas sin dar al hecho ninguna importancia. ¿Qué tenía de extraordinario? Era algo normal. Pero, si nos fijásemos en muchas otras cosas, superaríamos a Newton. ¡Hay tantos otros descubrimientos por hacer!

Pero dejemos de momento las manzanas tranquilas y sigamos estudiando la paz: cómo obtenerla, cómo dejar de tener deseos caprichosos y egoístas que impiden que la paz entre en nosotros, cómo armonizarnos con todo el universo, con todas las criaturas. También podéis estudiar el cuerpo de gloria y, sobre todo, la ley de afinidad, porque esta ley es la que os dará la posibilidad de transformaros y de construir el futuro que deseáis.

También podéis profundizar las palabras «microcosmos» e «hijo de Dios», meditando en ellas. Os lo he dicho, Dios es el macrocosmos, e hijo de Dios es el microcosmos, pero en el dominio del espíritu. Un hijo de Dios es un microcosmos que está en correspondencia absoluta con su Padre. Todos nosotros somos hijos de Dios, pero solamente en potencia, hijos de Dios que todavía no han llegado a la madurez, porque no vibramos en armonía perfecta con Él. Tal como nosotros somos, débiles, ignorantes, malvados, no podemos aún ser verdaderos hijos de Dios. Un verdadero hijo de Dios no puede ser ni ignorante, ni débil, ni malvado. Para mí, ¡está tan claro todo eso! Y si logro aportaros esta claridad a vosotros también, entonces creo que habré cumplido mi tarea. La claridad, sí... que todo deje de estar dislocado, disperso, las piedras por un lado, el cemento por otro, etc., sino que cada cosa esté en su sitio, como en un edificio.

Durante años y años, he trabajado solamente para contemplar y comprender la estructura de este edificio que es el universo. Sí, durante años; era la única cosa que me interesaba, y días y noches me desdoblé para tener la visión clara de este armazón. Sabía que todo lo demás no tenía importancia, pero que lo esencial era ver la estructura. No es malo estudiar la multiplicidad de los hechos y de los

fenómenos del plano físico, pero solamente elevándonos hasta el mundo de las leyes y de los principios podemos tener una visión clara de la estructura del mundo. Necesité años para lograrlo, pero hoy la tengo, y por eso puedo instruiros, aclararos las cosas, aconsejaros: porque me refiero siempre a este modelo. Mientras busquemos solamente abajo, en el mundo de los fenómenos, mientras sólo tomemos nuestros modelos en el dominio de las apariencias, no podemos conocer la verdadera realidad de las cosas y, tarde o temprano, nos encontraremos en un callejón sin salida.

¡Cuántas cosas por revelaros!... Muy pocos reconocen aún el valor de la filosofía que os apporto. Pero existen en el mundo unas fuerzas más poderosas que los hombres que les obligarán, un día, a apreciar esta Enseñanza en su justo valor. Por eso, no me preocupo. Vivo con la convicción de que, tarde o temprano, cada cosa estará en su sitio. De momento todo está patas arriba; lo que tiene valor es denigrado, y lo que no tiene ningún valor es puesto en primer lugar. Mirad: dan un valor formidable al oro, a las joyas, a las casas, a los coches. ¿Y a las ideas?... ¡Ningún valor! Pues bien, esto es lo contrario de lo que yo he visto en este edificio cósmico. Allí arriba, en el mundo divino, en primer lugar está una idea, una verdad.

Esto es lo que consideran arriba: una idea; todo lo demás viene después. Pero los humanos, que lo han invertido todo, han puesto en primer lugar aquello que la Inteligencia cósmica había puesto en el último, e inversamente. Pero eso no durará siempre, porque ahí también existe una ley de correspondencias según la cual la belleza interior debe estar vestida de belleza exterior, e inversamente. Así es cómo la Inteligencia de la naturaleza ha dispuesto las cosas. Pero, en el mundo humano, claro, a menudo sucede lo contrario: los hombres más viciosos y los más diabólicos están rodeados de todo lo más rico y suntuoso, mientras que aquéllos que tienen las mayores cualidades no tienen exteriormente lo que corresponde a estas cualidades. Porque, al estar por encima de todas las codicias, no hacen nada para apoderarse de las riquezas que no tienen y poseen apenas unas migajas en el plano físico; exteriormente nada corresponde a todo el esplendor que hay en ellos: todo está invertido.

En el pasado lejano, cuando se respetaba el verdadero orden de las cosas, todos aquéllos que eran pobres interiormente eran pobres exteriormente, y los que eran ricos interiormente también lo eran exteriormente. Como el Señor. Dios tiene todas las cualidades y las virtudes y posee también toda la riqueza del universo. Sólo aquí, entre los humanos, este

orden ya no existe. Pero, como la ley es absoluta –todo lo de abajo debe ser como lo de arriba-, algún día habrá otro ordenamiento y todos encontrarán su sitio: aquéllos que son ricos en inteligencia, en bondad, en nobleza, tendrán también todas las riquezas exteriores, y aquéllos que no tengan estas cualidades, no tendrán nada. Evidentemente, no serán los humanos los que restablezcan este orden, porque no saben quién lo merece y quién no; será obra de la Inteligencia cósmica, porque la ley de correspondencias es una ley absoluta en el universo. De momento, existe en todas partes, salvo en la Tierra, pero, un día, también en la Tierra esta ley deberá ser restablecida.

Diréis: «Pero, ¿Por qué esta ley, que observamos en las plantas, en los animales, en los minerales... no es respetada por los hombres?» Porque éstos han trabajado demasiado para camuflarse, para engañar. En ellos, todo es disfraz... ¡teatro!, porque tienen la posibilidad –Dios se la ha dado- de disimular. Pero no podrán seguir así mucho tiempo, la Inteligencia de la naturaleza restablecerá, incluso entre los hombres, esta correspondencia que existe por todas partes. Mirad los animales, por ejemplo. Cuando son malos, venenosos, pues bien, exteriormente podemos reconocerlo y tomar precauciones o escaparnos. Los buitres, las serpientes, los

escorpiones, o los pulpos, tienen algo de inquietante, de repugnante; su apariencia externa corresponde exactamente a lo que son interiormente. Y con los minerales sucede lo mismo: los metales preciosos y las piedras preciosas poseen unas virtudes que las piedras comunes no poseen. Ésta es una cuestión muy rica, muy vasta, y me siento tentado a explorarla un día... Pero, ante todo, son los principios los que me interesan, las reglas, los ejercicios, los métodos, para que el hombre pueda progresar y transformarse. Lo demás sólo son migajas de la Ciencia esotérica, no es lo esencial. Lo esencial son los principios.

Si me habéis comprendido, desde hoy mismo podréis obtener grandes resultados, produciendo con vuestros pensamientos y con vuestros sentimientos unas vibraciones y unas emanaciones mucho más elevadas y armoniosas que se irán muy lejos en el espacio a buscar, de entre miles de millones de elementos, aquéllos que les corresponden. Podemos hacerlo todo con la ley de afinidad, pero es necesario saber y hace falta persistir. Con la llave que hoy os he dado, podéis reconstruirlos, transformarlos, convertirlos en Arcángeles, en Divinidades. Sí, podéis, pero, evidentemente, hace falta tiempo.

Imaginad que habéis encargado un palacio; es posible que ya esté en marcha, pero todavía no se ha concretizado en la materia, y, vosotros seguís viviendo en la misma barraca. Pero este palacio llegará. Como lo habéis encargado, si lo habéis pagado, llegará, con seguridad. En otras conferencias os expliqué cómo trabaja la voluntad con la imaginación¹²... Pero, antes de que el lado sutil y etérico del pensamiento se condense y concrete, hace falta mucho tiempo. Así pues, no creáis que vuestros deseos no se estén realizando ya en alguna parte, porque todavía no se hayan realizado en el mundo visible y tangible. Sí, muchas cosas ya están en camino, mis queridos hermanos y hermanas, sólo que no las veis.

A menudo os he oído decir: «Hace años y años que trabajo, que rezo, que medito, ¡pero no tengo ningún resultado!» ¡Cuánto os equivocáis! Hablar de esta manera es no haber aprendido nada de esta Enseñanza extraordinaria. Sí, porque hay una cosa que debéis saber, y es que, para tener resultados materiales con el trabajo espiritual, hace falta mucho tiempo. Siento que, a veces, debéis pensar también con respecto a mí: «Usted dice que hace un trabajo, pero ¿dónde están los resultados? No se ve nada», Sí, quizá, de momento, pero es porque a mí no me gusta emprender cosas fáciles y rápidamente realizables. Yo me he lanzado a lo más difícil y

más largo de realizar, por eso no veis gran cosa. Pero yo sí veo, veo vuestros progresos, vuestras transformaciones. Si quisiese cosas fáciles, éstas serían visibles más rápidamente, e incluso ya estarían realizadas, como ciertas plantas, que en unos meses ya dan frutos. Sí, pero mis plantas son de una naturaleza tal que necesitan mucho tiempo para crecer y dar frutos. Pero, también, ¡qué frutos!

Si creéis que os estoy engañando, sois, claro, libres de creerme o no. Pero yo sé lo que sé. Sólo aquello que es más difícil, irrealizable casi, me interesa y me atrae. ¿Por qué pedir lo fácil, que no durará? Sólo vale la pena trabajar para algo cuyo esplendor supera toda imaginación. Ahí tenéis a alguien que va a consagrar cinco o seis años para llegar a ser médico, ingeniero o químico. ¿Qué son cinco o seis años? ¿Por qué no concentrarse en una cualidad que sólo se llegará a desarrollar verdaderamente después de que hayan pasado siglos? Por ejemplo, la inteligencia divina, la bondad celestial, el autodomínio... ¿Creéis que en cuatro o cinco años tendréis un diploma de autodomínio? Pues bien, eso es lo que debemos perseguir obstinadamente, lo que no es fácil. Un diploma de manicuro o de pedicuro se obtiene en unos meses. Esto es fácil, demasiado fácil... Invito ahora a los humanos a entrar en otros dominios, a emprender otras actividades, y veremos si en

cinco, seis, o diez años, tendrán los diplomas. ¡Hacen falta siglos para obtener un diploma de esta naturaleza! Sí, pero vale la pena.

Y yo, ¿acaso no es verdad que he emprendido la cosa más difícil? Transformar a los humanos es casi imposible, irrealizable, pero eso es lo que me tienta, eso es lo que quiero: transformarlos a todos, sin excepción, hacerlos felices, sanos, libres ricos, daros la plenitud. ¿Es esto posible? Sí, gracias a vuestra buena voluntad.

Y, supongamos ahora que ciertos «filósofos» encuentren que me he equivocado escogiendo una tarea que se ha probado desde hace mucho tiempo que es insensata y que soy digno de lástima, puesto que creo que los humanos son perfeccionables, que una chispa divina está depositada en ellos, que el Reino de Dios va a instalarse en la Tierra, cuando, justamente, todos los acontecimientos en el mundo parecen demostrar lo contrario... A eso responderé que la naturaleza humana es susceptible de equivocarse, que muchos se equivocan en la vida, pero que cada uno tiene derecho a escoger su forma personal de equivocarse. Puesto que otros han escogido equivocarse en tal o cual dominio –político, artístico, científico o religioso– entonces, ¿por qué no tendría yo también el derecho de equivocarme alimentando este ideal de transformar

a los humanos? Así que, estoy en el error y las ilusiones (¡por supuesto!), pierdo el tiempo (¡está claro!), persigo quimeras (¡no hay que discutirlo!)... pero, justamente, con estos «errores» y estas «ilusiones» soy feliz, vivo en la plenitud y la luz. Así que, la cosa empieza a ser inquietante para vosotros, porque corréis el riesgo también de ser arrastrados a las mismas ilusiones, a los mismos errores que yo... ¡y a la misma felicidad indescriptible! Por eso os aconsejo que toméis medidas y precauciones cuando todavía estáis a tiempo, porque, después, ya será demasiado tarde. Soy honesto, ¿veis? Os he prevenido.

Bonfin, 10 de agosto de 1968

Notas

1.Cf. *Del hombre a Dios – Sefirots y jerarquías angélicas*, Col. Izvor n° 236, cap. XI: «El cuerpo de Adam Kadmon».

2.Cf. *La vía del silencio*, Col. Izvor n° 229.

3.Cf. «*Busca el Reino de Dios y su Justicia*», Parte V, cap. 2: «Amad a vuestros enemigos».

4.Cf. *El grano de mostaza*, Obras completas, t. 4, cap. VI: «Las tres grandes tentaciones».

5.Cf. *El Libro de la Magia divina*, Col. Izvor n° 226, cap. XI: «Tres grandes leyes mágicas».

6.Cf. *La piedra filosofal – de los Evangelios a los tratados alquímicos*, Col. Izvor n° 241, cap. I: «Sobre la interpretación de las Escrituras».

7.Cf. «*Busca el Reino de Dios y su Justicia*», Parte IV, cap. 1: «El Reino de Dios y su Justicia».

8.Cf. *La armonía*, Obras completas, t. 6, cap.IX: «El plexo solar y el cerebro» y cap. X: «El centro Hara».

9.Cf. *Las semillas de la felicidad*, Col. Izvor n° 231, cap.XX: «La fusión en los planos superiores».

10.Cf. «*Sois dioses*», Parte IX, cap. 4: «El cuerpo de gloria».

11.Cf. *Los secretos del libro de la naturaleza*, Col. Izvor n° 216, cap. III: «El manantial y la ciénaga».

12.Cf. *La pedagogía iniciática*, Obras completas, t. 28, cap. III: «La imaginación creadora».